

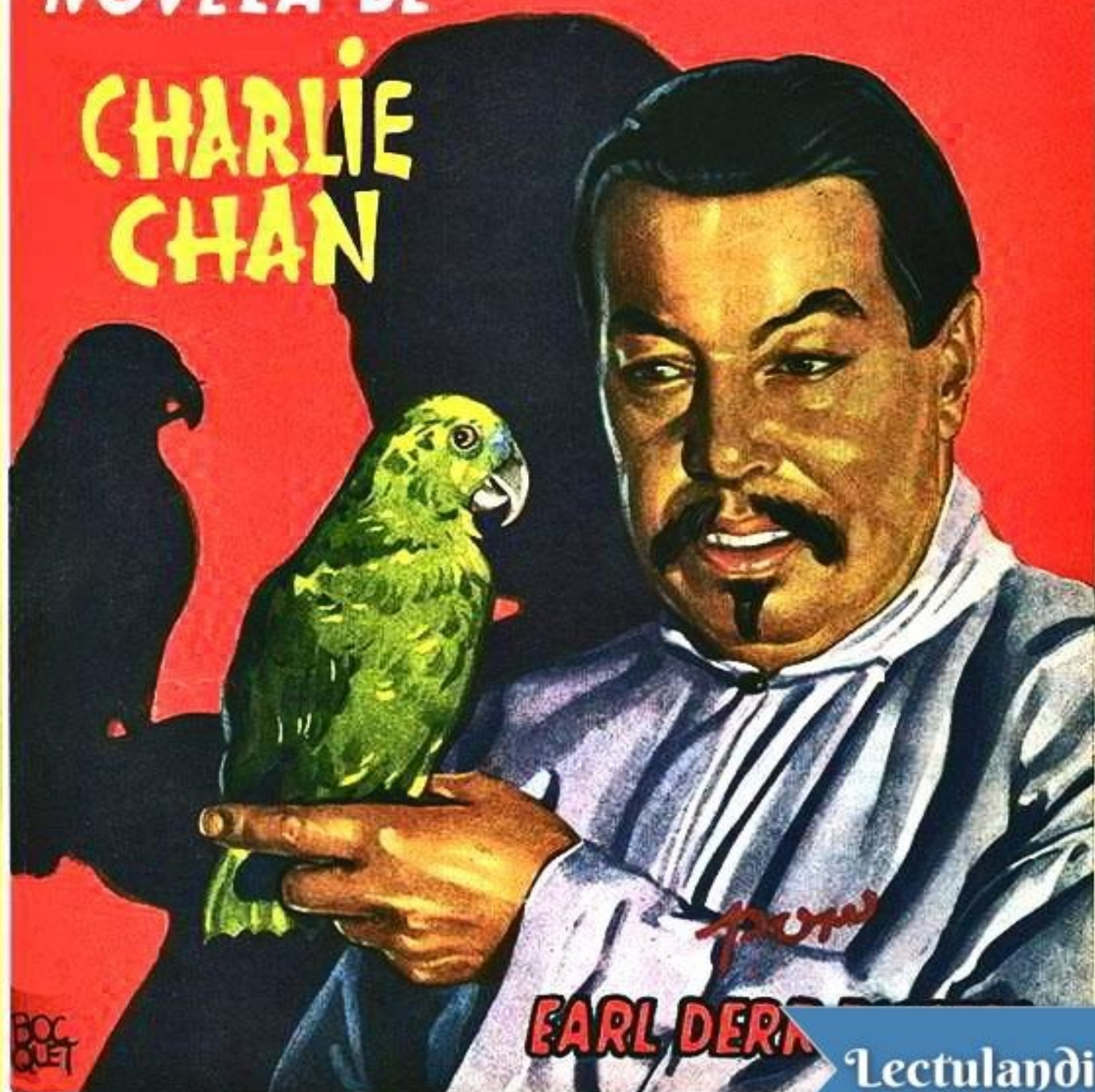
BIBLIOTECA ORO *se*

0'90

EL LORO CHINO

NOVELA DE

CHARLIE
CHAN



EARL DER...

Lectulandia

«El loro chino» transcurre en 1926. Charlie Chan llega a San Francisco desde Hawai portando un valioso collar de perlas que la familia Phillimore necesita vender para salvarse de la ruina económica. Él y Bob Eden, el hijo del joyero encargado de la transacción, deben entregarlo en un rancho del desierto, pero algo huele mal, un loro parlanchín muere y Chan, transformado en el criado chino Ah Kim, y Eden deberán averiguar que está sucediendo realmente.

Lectulandia

Earl Derr Biggers

El loro chino

Charlie Chan - 2

ePub r1.0

Titivillus 21.11.16

Título original: *The Chinese Parrot*
Earl Derr Biggers, 1926
Traducción: José Mallorquí
Ilustraciones: Joan Pau Bocquet Bertrán
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL LORO CHINO

NOVELA DE
CHARLIE
CHAN

por
EARL DERR BIGGERS



CAPITULO PRIMERO

LAS PERLAS PHILLIMORE

Alejandro Eden penetró en el enorme salón en donde exhibía sus artículos la razón social Meek y Eden. Cuarenta impecables dependientes estaban de pie tras las vitrinas resplandecientes de magníficas piedras preciosas, plata, oro y platino. Sus trajes, cortados por mano maestra, no tenían la menor arruga y en todas las solapas se veía un clavel rojo tan fresco y lozano como si hubiera crecido allí.

Eden contestó amablemente a los saludos de sus empleados y se dirigió a su

despacho. Era un hombre menudo, de cabellos grises, mirada perspicaz y modales imperiosos, como convenían a un hombre de su posición, ya que la familia de Meek, una vez heredado su dinero dejó lo demás a cargo de Alejandro Eden, quien quedó como único propietario de la más célebre joyería de California.

Al llegar al final del amplio salón, subió una corta escalera que le condujo a las lujosas oficinas que ocupaban el entresuelo y en las cuales pasaba todo el día. En la antesala encontró a su secretaria.

—Buenos días, señorita Chase —saludó.

La muchacha respondió con una sonrisa. El buen gusto de Eden, desarrollado con su larga experiencia en el mercado de joyas, no le había fallado cuando tomó por secretaria a la señorita Chase. Era una muchacha rubia, de ojos azules; sus maneras eran exquisitas, y su traje, una verdadera delicia.

Alejandro Eden miró su reloj.

—Dentro de diez minutos —anunció—, espero una visita. Una antigua amiga mía, la señora Jordan, de Honolulu. Así que llegue hágala pasar a mi despacho.

—Muy bien, señor Eden.

El joyero entró en su oficina y después de colgar en la percha el sombrero, el abrigo y el bastón, miró distraídamente al diario que estaba sobre su mesa y se acercó a la ventana, donde permaneció contemplando la fachada de la casa de enfrente.

El día estaba en sus comienzos y la niebla, que había cubierto San Francisco durante toda la noche, ocupaba aún las calles. Destacándose incongruentemente de la pálida niebla, Eden vio un cuadro todo luz y color. Sus pensamientos habían retrocedido por el largo camino de su vida y en aquella escena que contemplaba se movía un muchacho de diecisiete años: él mismo.

Cuarenta años atrás... Era una noche, en Honolulu, el alegre y feliz Honolulu de la monarquía. Tras una cortina de helechos, en uno de los ángulos del enorme salón de los Phillimore, tocaba la orquesta; sobre el brillante pavimento bailaban juntos el joven Alejandro Eden y Sally Phillimore. De cuando en cuando, el joven perdía el compás, ya que la danza era nueva para él —se trataba de un baile, introducido hacía poco en Hawai, llamado el *two-step*—. Pero no era sólo su desconocimiento del *two-step* lo que le hacía perder el compás, sino también el saber que entre sus brazos llevaba a la muchacha más hermosa de las islas.

Hay seres a quienes la fortuna les sonríe con una tenacidad ilógica. Sally Phillimore era uno de ellos. Además de su belleza, que constituía de por sí suficiente don, era la heredera de la principal fortuna de Hawai. Los barcos de Phillimore navegaban por los siete mares; en miles de acres de Phillimore maduraba la dulce caña de azúcar y el ananás. Mientras danzaban, Alejandro Eden veía en el blanco cuello de la joven un símbolo de su elevada posición; el famoso collar de perlas que Mark Phillimore adquirió en Londres y por el cual había pagado un precio que arrancó exclamaciones de asombro a todo Honolulu.

Eden, el de Meek y Eden, siguió mirando a través de la niebla. Era un placer

revivir aquella noche en Hawai, noche mágica, llena de efluvios de flores exóticas, y escuchar otra vez la alegre risa, el lejano rumor de la resaca, el suave canturreo de los músicos indígenas... Débilmente recordó los azules y brillantes ojos de Sally. Con más vigor —porque ahora estaba cerca de los sesenta años y además era hombre de negocios— volvieron a destacarse ante su vista las enormes y brillantes perlas que descansaban sobre el pecho de la joven...

¡Bah! —se encogió de hombros— ¡Todo aquello había ocurrido cuarenta años atrás y desde entonces habían pasado muchas cosas! Por ejemplo: el casamiento de Sally con Fred Jordan y, luego, unos años más tarde, el nacimiento de Víctor, su único hijo. Eden sonrió. ¡Qué error más grande había cometido Sally al dar aquel nombre a su hijo^[1]!

Se dirigió a su mesa y se sentó ante ella. Seguramente alguna hazaña de Víctor era la responsable de la escena que dentro de pocos momentos se desarrollaría en aquel despacho. Sí, sin duda Víctor iba a poner fin al drama de las perlas Phillimore.

Estaba abismado en el examen del correo cuando, poco después, su secretaria abrió la puerta y anunció:

—La señora Jordan.

Eden se levantó. Sally Jordan, más hermosa que nunca —¡qué valientemente había luchado con los años!— entró en la oficina.

—¿Qué tal, Alee^[2]?

Eden cogió entre las suyas las frágiles manos de la dama.

—¡Sally! ¡No sabes lo que me alegro de verte! Siéntate —acercó un pesado sillón de cuero a su mesa—. Como siempre, el sitio de honor es para ti. —Él se sentó en el mismo lugar que antes. Luego, cogió una plegadera y se golpeó con ella la palma de la mano izquierda. A pesar de su habitual aplomo, a Alejandro Eden le dominaba en aquellos momentos cierto embarazo—. ¡Ah!... ¡Ejem! Y... ¿cuántos días hace que estás en la ciudad?

—Creo que dos semanas... Sí, justo, el lunes hizo dos semanas.

—No has cumplido la promesa que me hiciste, Sally. No me has notificado tu llegada.

—¡He pasado unos días tan divertidos! —protestó— ¡Víctor es siempre tan bueno conmigo!

—¡Ah, sí, Víctor!... Supongo que estará bien, ¿no? —Eden volvió la vista hacia la ventana—. Se disipa la niebla, vamos a tener un día...

—Alee, amigo mío, no te andes con rodeos. Vayamos al asunto que me ha traído. Como te dije el otro día, he decidido vender las perlas Phillimore.

El joyero movió afirmativamente la cabeza.

—Haces bien. ¿Para qué sirven ahora?

—No, no —objetó la señora Jordan—. Es verdad que a mí ya no me sirven para nada; las perlas son para la juventud. Sin embargo, no es ese el motivo que me impulsa a venderlas. Si pudiera las conservaría, pero... estoy... arruinada, Alee.

Eden volvió otra vez la vista hacia la ventana.

—Parece absurdo, ¿verdad? —siguió Sally Jordan—. Todos los barcos, todas las fincas de mi padre, desvanecidos en el aire. La casa de la playa hipotecada hasta lo imposible... Víctor emprendió algunos negocios desafortunados... ¿comprendes?

—Comprendo —murmuró Eden.

—Ya sé que tú piensas que Víctor es un mal muchacho, un loco, un descuidado... quizá cosas aun peores. Pero ten en cuenta que es todo lo que me queda desde que Fred murió. Y... ¡le quiero tanto!

—No, no pienso nada malo de Víctor, Sally —sonrió Eden—. Yo también tengo un hijo.

—¡Oh! Perdona. Debí preguntarte antes por él. ¿Cómo está Bob^[3]?

—Supongo que muy bien. Si ha almorzado pronto, seguramente vendrá antes de que te vayas.

—¿Te ayuda en el negocio?

Eden se encogió de hombros.

—No es que me ayude precisamente. Ahora hace tres años que salió de la Universidad. El primero de esos años lo pasó en los Mares del Sur, el otro, en Europa y, por las referencias que tengo, el tercero lo pasa en la sala de juego de su círculo. Sin embargo, parece que no se preocupa mucho por su carrera. Lo último que he sabido de él es que piensa entrar en las filas del periodismo. Esto —y el joyero abarcó la oficina con un ademán— a lo cual he dedicado yo toda mi vida, es una carga demasiado pesada para Bob.

—¡Pobre Alee! —murmuró Sally Jordan—. La nueva generación no quiere comprendernos. Pero he venido a hablarte de mis penas. Esas perlas son todo lo que me queda en el mundo.

—¡Que es bastante! —dijo Eden.

—Sí, bastante para sacar a Víctor del atolladero en que está. Y supongo que también me bastará para los pocos años que me quedan de vida. Papá pagó por ellas noventa mil dólares. En aquellos tiempos era una fortuna, pero ahora...

—Ahora... —repitió Eden—. Parece que no te das cuenta de las cosas, Sally. Como todo, las perlas han aumentado de valor desde mil ochocientos. Hoy día ese collar vale, por lo menos, trescientos mil dólares.

—¡No puede ser! —exclamó Sally— ¿Estás seguro? No has visto nunca el collar...

—Hace un momento me preguntaba si te acordarías. Veo que no. Antes de que tú vinieras estaba evocando una noche de hace cuarenta años, cuando fui a visitar a mi tío en Honolulu. Entonces tenía yo diecisiete y tú me enseñaste a bailar el *two-step*. Aquella noche, una de las más memorables de mi vida, llevabas el collar.

—Ahora lo recuerdo. Para mí también es una noche memorable. Papá acababa de traerme el collar y era la primera vez que lo llevaba en público. ¡Cuarenta años...! ¡Volvamos otra vez al presente, Alee! Los recuerdos, a veces, dañan. —Quedóse

callada unos momentos—. ¿Trescientos mil dólares, dices?

—No te aseguro que pueda conseguirte tanto. He dicho que el collar vale esa cantidad. Pero no es fácil encontrar un comprador que disponga de tanto dinero. El hombre en quien he pensado...

—¡Oh! ¿Has encontrado alguien?...

—Sí... lo he encontrado, pero se niega a dar más de doscientos veinte mil. Desde luego, si tienes prisa en vender...

—La tengo. ¿Y quién es ese Midas?

—Madden. P. J. Madden.

—¿El de Wall Street?

—Sí. ¿Le conoces?

—Por los periódicos. Es un hombre muy famoso, pero no le he visto nunca.

—¡Es curioso! —murmuró Eden— Él parece que te conoce. Me enteré de que estaba en San Francisco y cuando el otro día me telefoneaste fui en seguida a su hotel. Me dijo que estaba buscando un regalo para el cumpleaños de su hija, pero no pareció entusiasmarle mi oferta. Sin embargo, al decirle que eran las perlas Phillimore, se echó a reír. «¡Las perlas de Sally Phillimore!» —dijo— «Me las quedo». «Trescientos mil dólares» —dije yo—. «Doscientos veinte mil, ni un céntimo más», me contestó.

Sally Jordan estaba asombrada.

—Pero, Alee, ese hombre no puede conocerme. ¡No lo entiendo! Sin embargo, ofrece una fortuna. ¡Por favor, corre y cierra el trato con él, antes de que se marche de San Francisco!

De nuevo, la secretaria abrió la puerta del despacho.

—El señor Madden, de Nueva York —anunció.



De nuevo, la secretaria abrió la puerta del despacho.

—Está bien —dijo Eden—, que pase en seguida. —Volvióse hacia su amiga—. Le pedí que viniera esta mañana y hablase contigo. Ahora, escucha un consejo. No te muestres demasiado impaciente. Quizá logremos sacarle algo más, aunque lo dudo. Es un hombre muy duro, Sally, muy duro. Lo que cuentan de él los periódicos no es más que la pura verdad.

Se interrumpió al ver entrar al hombre de quien estaba hablando.

P. J. en persona, el gran Madden, héroe de mil combates en Wall Street, un metro ochenta de altura, semejante a una torre de granito, con el traje gris que invariablemente vestía. La mirada de sus fríos ojos azules recorrió la estancia con un soplo helado.

—¡Ah, señor Madden! Adelante —dijo, levantándose, el joyero.

El millonario entró en el despacho, seguido de una alta y lánguida joven envuelta

en un costoso abrigo de pieles y de un hombrecillo vestido de azul.

—Señora Jordan —dijo Eden—, le presento al señor Madden, de quien le estaba hablando hace un momento.

—Señora Jordan —repitió Madden, inclinándose ligeramente. Había negociado tanto con el acero, que su voz se había contagiado un poco de la dureza de aquel metal—. He traído conmigo a mi hija Evelyn y a mi secretario, Martín Thorn.

Por un momento, Eden contempló el interesante grupo que había invadido su tranquilo despacho. El famoso financiero, frío, competente, consciente de su poder; la delgada y altiva muchacha, acaparadora de todo el afecto de Madden, y el flaco secretario que, servilmente, se mantenía apartado de su jefe.

—¡Por favor, siéntense! —siguió el joyero, y acercó varias sillas. Madden aproximó la suya a la mesa. El ambiente parecía haberse cargado con su presencia. Los demás circunstantes parecían haber empequeñecido ante él.

—No es necesario ningún preámbulo —dijo el millonario—. Hemos venido a ver esas perlas.

Eden se sobresaltó.

—Temo que me haya entendido usted mal —murmuró—. Las perlas no están ahora en San Francisco.

Madden le miró fijamente.

—Entonces, cuando usted me dijo que viniera a ver a la dueña...

—Quise decir solamente eso.

Sally Jordan corrió en su ayuda.

—Al salir de Honolulu, señor Madden, no pensaba vender mi collar. Han sido acontecimientos posteriores los que me han obligado a tomar esa decisión. Pero ya lo he enviado a buscar.

—Yo pensé que las perlas estaban aquí —dijo la muchacha, echándose hacia atrás el cuello del abrigo. A su manera, era hermosa, pero fría y dura como su padre—, de lo contrario no hubiese venido —terminó.

—No te preocupes —la interrumpió su padre—. ¿Dice usted, señora Jordan, que ha enviado a buscar el collar?

—Sí. Esta noche, si todo va bien, saldrá de Honolulu. Dentro de seis días estará aquí.

—Entonces no me conviene —dijo Madden—. Mi hija sale esta noche para Denver. Yo me marcho mañana por la mañana hacia el Sur y dentro de una semana me reuniré con ella en Eldorado, para ir juntos al Este.

—Puedo entregarle el collar donde usted diga —sugirió Eden.

—Sí... podría usted hacerlo —reflexionó Madden—. Volvióse hacia la señora Jordan y le preguntó: —¿Es el mismo collar de perlas que llevaba usted en 1889, en el viejo Palace Hotel?

Sally le miró sorprendida.

—Sí, el mismo —contestó.

—Y más hermoso que entonces, se lo aseguro —sonrió Eden—. Según una antigua superstición que hay en el comercio de joyas, señor Madden, las perlas toman la personalidad de quien las lleva y se aclaran o se oscurecen según la persona. Si eso es verdad, ese collar se habrá vuelto mucho más bello con el curso de los años.

—¡Bah! —exclamó rudamente Madden— ¡Oh, perdón! No quise decir que la señora no sea encantadora. Pero es que yo no siento la menor simpatía por las estúpidas supersticiones de su comercio... ni por ninguna otra superstición. En realidad, soy un hombre muy ocupado. —Y añadió—: Bueno, me quedo el collar por el precio que le ofrecí.

Eden movió la cabeza.

—Ese collar no vale menos de trescientos mil dólares, como ya le dije, señor Madden.

—Para mí, no. Doscientos veinte mil. Veinte mil ahora y el resto treinta días después de la entrega del collar. Tómenlo o déjenlo.

Se levantó y miró fijamente al joyero. Eden era un adepto ferviente del regateo, pero algo en el rostro del millonario le quitó toda esperanza de triunfo. Volvióse hacia su amigo y le dirigió una implorante mirada.

—Conforme, Alee —dijo la señora Jordan—. Acepto.

—¡Está bien! —suspiró Eden—. Se lleva usted una verdadera ganga, señor Madden.

—Yo siempre me llevo gangas —replicó Madden—. De lo contrario, no compro. —Sacó su talonario de cheques—. Como he dicho antes, veinte mil ahora.

Por primera vez habló el secretario; su voz era tenue, helada y de una turbadora cortesía.

—¿Dice usted que las perlas llegarán dentro de seis días?

—Sí, poco más o menos serán seis días —contestó la señora Jordan.

—Y llegan por... —insinuó el secretario.

—Un mensajero privado —dijo secamente Eden un poco molesto por la intervención de Martín Thorn.

—Sí, claro —dijo este. Madden había llenado ya el cheque y lo dejó sobre la mesa—. Estaba pensando, señor Madden —siguió Thorn—, que si la señorita Evelyn tiene que pasar unos días en Pasadena, seguramente deseará lucir allí el collar. Dentro de seis días estaremos allí cerca y a mí me parece...

—¿Quién ha de comprar el collar? —le interrumpió Madden—. No voy a llevar de un lado a otro del país una joya tan valiosa.

—¡Pero, papá! —exclamó la joven— a mí me gustaría mucho llevarlo en Pasadena este invierno...

Se interrumpió. P. J. Madden había enrojecido violentamente.

—El collar me será entregado a mí en Nueva York —dijo a Eden, sin hacer caso de su hija ni de Thorn—. Pasaré algunos días en el Sur... pues tengo una casa en Pasadena y un rancho en el desierto, a cuatro millas de Eldorado. Hace mucho tiempo

que no he estado allí y si uno no vigila de cuando en cuando a sus encargados van aflojando su interés y se pierde todo. Tan pronto como regrese a Nueva York le telegrafiaré y podrá traerme el collar a mi despacho. Dentro de treinta días le entregaré el cheque por el resto del importe.

—Perfectamente, señor Madden —asintió el joyero—. Si quiere usted esperar un momento, le mandaré hacer una factura de venta indicando las condiciones en que esta se realiza. Los negocios son los negocios.

—Desde luego —convino el millonario. El joyero salió de su despacho.

Evelyn Madden se levantó.

—Te espero abajo, papá. Quiero echar un vistazo a los jades que tienen en existencia. —Se volvió hacia la señora Jordan y siguió—: En San Francisco, ¿sabe usted?, se encuentran los mejores jades del mundo.

—Sí, claro —sonrió la dama. Se levantó y estrechó la mano de la muchacha—. Tiene usted un cuello muy bonito, señorita. Antes de que entrasen ustedes le decía al señor Eden que las perlas Phillimore necesitaban juventud. Bien, por fin la tendrán. Espero que las luzca con toda felicidad durante muchos años.

—Muchas gracias —contestó Evelyn, y salió de la habitación.

Madden echó una mirada a su secretario.

—Espéreme en el auto —ordenó. Una vez solo con la señora Jordan, la miró ceñudo y preguntó—: ¿No me había visto usted nunca?

—Que yo recuerde, no. ¿Cree usted que le he visto antes?

—No, supongo que no. Pero yo sí la he visto a usted. ¡Oh! Han pasado muchos años y no hay ningún mal en hablar de esas cosas. Quiero que sepa que para mí es una gran satisfacción poseer esas perlas. Esta mañana se ha cicatrizado, al fin, una vieja herida.

La dama le miró fijamente.

—No le entiendo —murmuró.

—No, claro que no me entiende. En las postrimerías del siglo pasado, usted y su familia solían abandonar sus islas y pasar unos días en el Palace Hotel. Yo entonces era botones de aquel hotel. La veía a usted bastante a menudo, y una de las veces en que la vi llevaba ese famoso collar. Entonces pensé que era usted la mujer más hermosa del mundo. Esto puedo decírselo ahora porque los dos somos... somos...

—Somos viejos —dijo suavemente la señora Jordan.

—Sí... eso quería decir. Yo la adoraba, pero... no era más que un botones... Si usted llegaba a mirarme, ni me veía. Para usted no era yo más que un mueble. Aquello hería mi orgullo... una herida muy profunda, como le he dicho antes. Entonces juré hacerme rico y casarme con usted... Ahora los dos podemos reírnos de aquellas fantasías. Esta última parte de mis proyectos no llegó a realizarse. Pero hoy tengo sus perlas... Su collar adornará el cuello de mi hija. Si no la he conseguido a usted, por lo menos he conseguido lo que constituía su mayor orgullo. Eso cierra, al fin, mi herida.

Sally Jordan miró al millonario. En otros tiempos se habría resentido por las palabras de aquel individuo, pero entonces no.

—Es usted un hombre extraño —dijo.

—Soy lo que soy. Tenía que decírselo. De lo contrario, mi triunfo no habría sido completo.

En aquel momento entró Eden.

—Bien, señor Madden. ¿Tiene usted la bondad de firmar aquí?... ¡Muchas gracias!

—Ya recibirá mi telegrama —dijo Madden—. En Nueva York, recuérdelo bien; en ningún otro sitio. Buenos días. —Se volvió hacia la señora Jordan y le tendió la mano.

La dama se la estrechó sonriendo.

—Adiós. Ahora ya le veo.

—¿Y qué es lo que ve?

—Un hombre vano y terrible, pero simpático.

—Muchas gracias. Me acordaré de sus palabras. Adiós.

Cuando hubo salido, Eden se dejó caer en su sillón.

—Ya hemos terminado. Ese hombre siempre logra lo que se propone.

—Sí —asintió la señora Jordan—, siempre triunfa. Y, a propósito, Sally, no he querido que le dijese al secretario quién le traía las perlas, pero creo que a mí sí me lo debe decir.

—Desde luego. Las trae Charlie.

—¿Charlie?

—Sí, el sargento Chan, de la Policía de Honolulu. Hace mucho tiempo, cuando aún teníamos la casa de la playa, era nuestro mayordomo.

—Chan. ¿Un chino?

—Sí. Charlie dejó nuestro servicio para ingresar en la Policía, donde ha logrado una gran fama. Hace tiempo que deseaba venir al continente y he satisfecho ese deseo suyo haciéndole traer el collar. Por más que hubiese buscado no habría encontrado mejor mensajero. Respondería de Charlie Chan con mi vida... no, esa ya no tiene ningún valor. Respondería de él con la vida del ser a quien más quiero en el mundo.

—¿Y dice usted que embarca esta noche?

—Sí, en el *President Pierce*, que llegará aquí el próximo jueves por la tarde.

Se abrió la puerta y un simpático joven quedóse inmóvil en el umbral. Su delgado rostro estaba curtido por el sol. Parecía muy dueño de sí y su sonrisa había dejado encantada a la señorita Chase al pasar por el antedespacho de Eden.

—¡Oh! Perdón, papá... no sabía que estabas ocupado... Pero ¡Quién está aquí!

—¡Bob! —exclamó la señora Jordan—. ¡Sinvergonzón! No sabes las ganas que tenía de verte. ¿Cómo estás?

—Encantado de la vida. ¿Y usted?

—Bien, gracias. A propósito, te entretienes mucho almorzando. Si hubieses

llegado un poco antes habrías encontrado a una muchacha muy bonita.

—Ya la he encontrado. Si se refiere usted a Evelyn Madden, la he visto abajo, al entrar..., estaba hablando con uno de esos grandes duques desterrados que tenemos para que atiendan a los clientes. Ni me he detenido a mirarla. No he ido a ningún sitio durante la pasada semana que no me la haya encontrado.

—A mí me ha parecido muy bonita —dijo la señora Jordan.

—Pero es un iceberg —objetó el muchacho—. ¡Brrr! ¡Uno se congela cerca de ella! Sin embargo, creo que no es orgullo, sino herencia. Mientras subía me he cruzado con el gran P. J.

—¿Y no has probado nunca con ella tu sonrisa?

—Una vez... Pero ¿es que me está usted catequizando para hacerme caer en la anticuada trampa del matrimonio?

—Eso es lo que tú necesitas. Lo que todos los jóvenes necesitan.

—¿Para qué?

—Como incentivo. Como algo que os obligue a aprovechar la vida.

Bob Eden se echó a reír.

—Las muchachas de hoy no son como eran cuando usted iba destrozando corazones por el mundo.

—¡Son mucho más bonitas! Los jóvenes sois los que os estáis volviendo tontos —en seguida añadió—: Bueno, Alee, me tengo que marchar.

—Ya me pondré en comunicación contigo el próximo jueves —dijo el joyero—. Y cree que siento no haber conseguido más.

—No esperaba yo obtener tanto dinero —replicó la dama—. Estoy muy contenta, papá no me abandona —murmuró. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Y, rápidamente, salió del despacho.

Eden se volvió hacia su hijo.

—Supongo que no habrás empezado a trabajar todavía en ningún periódico, ¿verdad?

—Todavía no. —El joven encendió un cigarrillo—. Desde luego, todos los directores van detrás de mí, pero los he despedido a cajas destempladas.

—Bien, pues síguelos despidiendo unos cuantos días más. Es necesario que en las próximas tres semanas estés completamente libre. Tengo un trabajito para ti.

—¡Encantado, papá! —Frotó una cerilla en un principesco jarrón K'ang-Hsi— ¿Qué clase de trabajo es ese? ¿Qué debo hacer?

—Ante todo, ir a esperar el próximo jueves por la tarde al *President Pierce*.

—La cosa promete. Ya me imagino lo que es. Una joven, con el rostro cubierto por un espeso velo, llega a los Estados Unidos...

—No, quien llega a los Estados Unidos es un chino.

—¿Un qué?

—Un policía chino de Honolulu, llevando en sus bolsillos un collar de perlas valorado en más de un cuarto de millón.

—Está bien —asintió Bob Eden—. ¿Y luego?...

—Luego... —murmuró, pensativo, Alejandro Eden—. ¿Quién sabe? Quizá eso no sea más que el principio.

CAPITULO II

EL DETECTIVE DE HAWAI

A las seis de la tarde del jueves siguiente, Alejandro Eden se dirigió al Hotel Stewart. Durante todo el día, una lluvia de febrero había caído sobre la ciudad sumiéndola en una oscuridad prematura. Durante unos instantes, Eden permaneció en la puerta del hotel, contemplando el desfile de paraguas y las luces de Geary Street, que brillaban débilmente entre la niebla. En San Francisco la edad no tiene mucha importancia, por eso Alejandro Eden sentíase rejuvenecido, como si tuviera cuarenta años, mientras se dirigía al ascensor para subir a la habitación de Sally Jordan.

La dama le esperaba en la puerta; parecía una hermosa joven con aquel traje gris de noche.

—¿Qué tal, Alee? —sonrió—. Pasa. ¿Te acuerdas de Víctor?

Víctor se acercó apresuradamente. Eden le miró con interés. Hacía mucho tiempo que no había visto al hijo de Sally Jordan y se fijó en que, a sus treinta y cinco años, Victor empezaba a dar muestra de los estragos que en él había hecho la disipada vida que llevaba. Sus ojos parecían cansados, como si hubiesen mirado demasiado tiempo las brillantes luces de los salones; tenía el rostro ajado y el pecho hundido, pero su traje era impecable; sin duda su sastre aún no se había dado cuenta de la ruina de los Phillimore.

—¿Qué tal, qué tal? —saludó alegremente. Su corazón ardía de entusiasmo, pues veía dinero en perspectiva—. Según tengo entendido, esta noche es la noche.

—Y yo me alegro mucho —añadió Sally Jordan—. No me sentiré completamente dichosa hasta que me quite del pensamiento ese collar. Es un peso demasiado grande para mi edad.

Eden se sentó.

—Bob ha ido al muelle a esperar al *President Pierce* —explicó—. Le he dicho que venga en seguida con ese chino amigo vuestro.

—Muy bien —asintió Sally Jordan.

—¿Un coctel? —ofreció Víctor.

—No, gracias —replicó Eden. Bruscamente se puso en pie y dio unas cuantas vueltas por la habitación.

La señora Jordan le miró inquieta.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

El joyero volvió a su sillón.

—Sí, ha ocurrido algo —admitió—, algo... un poco extraño.

—¿Relacionado con el collar? —preguntó, interesado, Víctor.

—Sí —asintió Eden. Se volvió hacia Sally—. ¿Te acuerdas, Sally, de lo que nos dijo Madden? Me refiero a sus últimas palabras: «En Nueva York, recuérdelo bien, en ningún otro sitio».

—Sí, las recuerdo.

—Pues ha cambiado de parecer —dijo el joyero—. Lo cual no parece propio de P. J. Madden. Esta mañana me ha telefoneado desde su rancho en el desierto para decirme que le lleve allí el collar.

—¿Al desierto? —preguntó, asombrada, la señora Jordan.

—Sí, al desierto. Naturalmente, me sorprendió. Pero sus palabras fueron terminantes y ya sabes qué clase de hombre es. Uno no puede discutir con él. Le escuché y cuando terminó de hablar asentí. Sin embargo, cuando hubo colgado el teléfono me puse a pensar. Ya sabes lo que dijo aquella mañana en mi despacho. Me pregunté si sería realmente P. J. Madden quien me había telefoneado. La voz parecía la misma... pero, a pesar de eso, decidí no correr ningún riesgo.

—Bien hecho —asintió la dama.

—Por lo tanto, le telefoneé. Perdí no sé cuanto tiempo buscando el número, hasta que al fin lo encontré gracias a un cliente suyo de San Francisco. Eldorado siete seis. Pregunté por P. J. Madden y, a los pocos momentos, hablaba con él. —¿Y qué dijo?

—Alabó mi precaución, pero sus órdenes fueron todavía más terminantes. Me dijo que habían llegado hasta él ciertos rumores inquietantes, debido a los cuales temía llevar el collar a Nueva York. No me explicó qué clase de rumores eran. Terminó diciéndome que consideraba el desierto como el lugar ideal para una transacción de tanta importancia. El sitio en que menos podría imaginar ningún ladrón encontrar un collar valorado en un cuarto de millón de dólares. Desde luego, no me dijo todo esto por teléfono, pero ese fue el significado de sus palabras.

—Tiene toda la razón del mundo —dijo Víctor—. Sí, en parte tiene razón, lo reconozco. He pasado mucho tiempo en el desierto y, a pesar de los novelistas, hoy día es el lugar más tranquilo de Norteamérica. Nadie cierra las puertas de las casas, ni piensa jamás en ladrones. Si uno pregunta a algún rancharo por la protección que ejerce allí la policía, os mira sorprendido y murmura algo acerca de un *sheriff* que está a un centenar de millas de distancia. Todo eso es cierto, pero, a pesar de todo eso...

El joyero se levantó otra vez y dio unas cuantas vueltas más a la habitación.

—A pesar de todas esas seguridades, no me gusta la idea. Supongamos que alguien tratase de apoderarse de la joya. ¡Qué lugar más estupendo! En medio de un océano de arena y sin más testigos que los cactus. Suponga que envíe allí a Bob con el collar y que caiga en una emboscada. A lo mejor Madden no está ya en ese rancho solitario. Puede haberse marchado al Este, o al otro mundo con una bala en la

cabeza...

Víctor se echó a reír burlonamente.

—Me parece que se deja usted llevar por la imaginación —dijo.

—Quizá —admitió, sonriendo, el joyero—. Parece como si empezara a hacerme viejo, ¿verdad, Sally? —miró su reloj—. ¿Dónde estará Bob? Ya debía estar aquí. Si me lo permites, usaré tu teléfono.

Llamó al muelle y cuando hubo colgado el aparato parecía más preocupado que antes.

—El *President Pierce* llegó hace más de tres cuartos de hora —anunció—. En media hora hubiesen podido estar aquí.

—El tráfico es enorme a esta hora —le recordó Víctor.

—Sí... es verdad —asintió Eden—. Bueno, Sally, ya te he explicado lo que ocurre. ¿Tú qué piensas?

—¿Qué quiere usted que piense? —intervino Víctor—. Madden compró el collar y desea que se le entregue en el desierto. No somos nosotros quienes debemos criticar sus órdenes. Si no lo hacemos, puede enfadarse y romper el compromiso. No, nuestra obligación consiste en entregarle las perlas, obtener su recibo y esperar el cheque.

Eden se volvió hacia su amiga.

—¿Es esa tu opinión, Sally?

—Sí, Alee. Creo que Víctor tiene razón. —Miró, orgullosa, a su hijo. Eden también le miró, pero no con la misma expresión.

—Muy bien —contestó—. Entonces no hay tiempo que perder. Madden tiene mucha prisa, pues quiere marchar a Nueva York en seguida. Esta misma noche, enviaré a Bob con el collar... pero me niego en absoluto a enviarle solo.

—Yo iré con él —ofreció Víctor.

Eden movió la cabeza.

—No —objetó—. Prefiero que vaya un policía, aunque pertenezca a una fuerza tan lejana como Honolulu. ¿Crees, Sally, que lograrás convencer a ese Charlie Chan para que acompañe a Bob?

—Estoy segura. Charlie haría cualquier cosa por mí.

—Conformes, pues. Pero ¿dónde diablos estarán? Te digo que empiezo a inquietarme...

El timbre del teléfono le interrumpió. La señora Jordan corrió al aparato.

—Dígame... ¡Oh! ¿Qué tal, Charlie? ¡Suba en seguida! Estamos en el piso catorce. Sí. ¿Está solo? —colgó el teléfono y volviéndose hacia Eden, anunció—: Dice que viene solo.

—¡Solo! —exclamó el joyero—. No... entiendo lo que ocurre... —y se dejó caer pesadamente en su sillón.

Un momento más tarde miró con interés al regordete hombrecillo que Sally Jordan y su hijo acogían calurosamente en la puerta. El detective de Honolulu entró en la habitación. Su figura, con las ropas occidentales, distaba mucho de ser

distinguida. Su mofletudo y marfileño rostro era de una gran vulgaridad, pero lo que llamó en seguida la atención del joyero fue la expresión de sus ojos, una mirada aguda que hacía brillar las pupilas como si fueran dos piedras preciosas.

—Alee —dijo Sally Jordan—, te presento a mi viejo amigo Charlie Chan. Charlie, el señor Eden. Charlie se inclinó.

—San Francisco rebosa grandes honores —dijo Charlie Chan—. Primero he sido amigo viejo de señora Sally, y ahora hace conocimiento de honorable señor Eden.

El joyero se puso en pie.

—¿Cómo está usted? —saludó.

—¿Ha tenido un buen viaje, Charlie? —preguntó Víctor.

El detective se encogió ligeramente de hombros.

—El Océano Pacífico tuvo durante todo tiempo dolores grandes en su interior. Para hacer demostración, él se movió mucho. Charlie Chan sintió simpatía por viejo Océano y se movió mucho también.

Eden se acercó al chino.

—Perdóneme la brusquedad, pero... mi hijo... debía haber ido a esperarle al puerto...

—Yo tengo sentimiento grande —dijo Chan mirando gravemente al joyero—. Culpa es, sin duda, de Charlie. Pido perdón por mi estupidez, por no encontrar a hijo de usted en el muelle.

—¡No lo entiendo! —murmuró Eden.

—Yo paseé varios minutos cerca barco —siguió el detective—. Ninguna persona se acercó a Charlie Chan. Luego cogí taxi y vine a hotel.

—¿Ha traído el collar? —preguntó Víctor.

—Yo siento placer grande en quitar enorme peso de mis espaldas. —Y dejó sobre la mesa la esperada joya.

Eden se acercó y cogió las perlas.

—¡Magnífico! —exclamó— ¡Magnífico! No debíamos habérselas dejado a Madden por ese precio, Sally. Son perfectas... No recuerdo haber visto jamás cosa semejante... —contempló unos instantes más las perlas y al fin, dejándolas otra vez sobre la mesa, exclamó—: Pero Bob, ¿dónde estará ese chico?

—No se preocupe usted —murmuró Víctor, cogiendo el collar—. Seguramente se habrán cruzado en el camino sin encontrarse.

—Culpa es sólo de Charlie Chan —insistió el chino—. Siento vergüenza grande.

—Sí, quizá sea eso —interrumpió Eden—. Pero ahora que tienes las perlas, Sally, voy a decirte algo que no sabes. No lo he hecho antes para no inquietarte. Esta tarde, a las cuatro, me han llamado por teléfono... Madden otra vez. Sin embargo, algo en su voz se me hizo sospechoso. «Las perlas llegan en el President Pierce, ¿verdad?» me preguntó. «Sí» le contesté. «Y ¿quién las trae?» le contesté que la pregunta me parecía muy extraña. Él me dijo que temía por las perlas y que estaba en condiciones de ayudar a su salvaguardia. Insistió tanto, que, al fin, le dije: «Muy bien, señor

Madden, cuelgue el teléfono y dentro de diez minutos le llamaré para darle los informes que desea». Hubo una pausa, transcurrida la cual le oí colgar el receptor. Pero no llamé al desierto, sino a la Central y solicité me dieran el número del aparato desde donde me había llamado. Resultó ser el de una tienda que hay en el cruce de las calles Sutter y Kearny.

El joyero hizo una pausa. Notó que el detective le miraba con gran interés.

—¿Se extraña ahora de que esté inquieto por Bob? —siguió Madden—. Ocurren cosas muy extrañas. Le aseguro que este asunto no me gusta nada...

Se oyeron unos golpes en la puerta y Eden corrió a abrirla. Su hijo, alegre y sonriente, entró en la habitación. Al verle, como suele suceder, la ansiedad del padre se convirtió en ira.

—¡Bonito hombre de negocios estás tú hecho! —exclamó.

—Un momento, papá —Bob Eden se quitó el chorreante impermeable—. ¡Hola, Victor! ¿Qué tal, señora Jordan? El señor, supongo que será Charlie Chan.

—Tengo sentimiento grande no haber encontrado a usted en muelle —murmuró el detective—. Culpa es sólo de Charlie Chan.

—¡Nada de eso! —exclamó el joyero—. Como de costumbre, la culpa es de él. ¿Me quieres decir cuándo será el día en que te harás cargo de las responsabilidades que pesan sobre ti?

—¡Haz el favor, papá! Hasta este momento no he dejado de hacerme cargo de mi responsabilidad.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo? No has encontrado al señor Chan, ¿verdad?

—Hombre, te diré... en parte no...

—¿En parte no? ¿Es que te has propuesto volverme loco?

—No me he propuesto nada y si terminas de una vez de atacarme, te explicaré todo lo ocurrido. Pero haz el favor de no interrumpirme. Ante todo, si me lo permiten, me sentaré. ¡Estoy rendido!

Acomodóse en un sillón y encendiendo un cigarrillo, empezó:

—Cuando, alrededor de las cinco, salí del Círculo para dirigirme al muelle, encontré cerca de la puerta un desvencijado taxi que en alguna remota edad fue nuevo. Subí a él y al llegar cerca del Embarcadero^[4] me fijé en que el conductor era un tipo inmundo, con una cicatriz en una mejilla y una oreja que parecía una coliflor. Al irle a pagar, dijo que me esperaría, pero expresó tanto entusiasmo, que me escamó un poco. Me refugié bajo un cobertizo para no mojarme. El *President Pierce* no había amarrado aún. Al poco rato de esperar, me fijé en un sujeto que estaba próximo a mí. Era un hombre delgado, al parecer muy friolero, pues llevaba el cuello del abrigo subido hasta las orejas. Unas gafas negras le ocultaban los ojos. Debo de tener una gran fuerza psíquica, pues en seguida me disgustó aquel tipo. Me hizo el efecto de que sus ojos, detrás de aquellas ventanas ahumadas, estaban clavados en mí. Me dirigí a otro lado del cobertizo, y el individuo me siguió. Salí a la calle y él hizo lo mismo. Fui hasta la pasadera, que entonces ya había sido colocada, y esperé a que

bajaran los pasajeros. Desde luego, el de los lentes seguía pisándome los talones.

Bob Eden se interrumpió y miró sonriente a los que le rodeaban.

—Mientras iba de un lado a otro, tomé una decisión. Fue una gran idea. Yo no tenía las perlas; quien las tenía era el señor Chan. Entonces, ¿para qué llamar la atención de los demás hacía el señor Chan? Permanecí junto a la pasadera mirando ansiosamente a los pasajeros que desembarcaban del viejo *P. P.* Al fin vi al hombre que me pareció ser el señor Charlie Chan, pero no me moví. Con el rabillo del ojo le estuve observando mientras iba de un lado a otro fingiendo buscar a alguien. Por fin le vi salir a la calle cuando en el barco ya no quedaba nadie más que el encargado de recoger los pasajes.



—Al fin vi al hombre que me pareció Charlie Chan, pero no me moví.

Entonces volví a mi taxi y pagué al chofer. «¿Esperaba a alguien que debía llegar en el barco?» me preguntó. «Sí, —le dije—. Venía a esperar a la Emperatriz de China, pero me han dicho que ha muerto». Me echó una mirada asesina. Al alejarme vi que

el de las ventanillas ahumadas se acercaba al coche. «¿Taxi, caballero?», preguntó el de la oreja de coliflor. Y el de los lentes se metió dentro. Tuve que andar bastante rato bajo la lluvia antes de encontrar otro coche. Cuando mi taxi echaba a andar, vi que el de la coliflor venía a poca distancia. Bajamos por la Third, luego subimos por la calle Market hasta la de Powell, Saint Francis y por último fuimos al círculo, siempre escoltados por mis dos amigos. Al entrar en el Círculo, vi que se quedaban ante la puerta y supongo que aún deben de estar allí, pues yo salí por la cocina para venir aquí. —Bob hizo una pausa y luego siguió—: Y esta es, papá, la larga y emocionante explicación de por qué no encontré al señor Chan.

—¡A fe que tienes más sesos de lo que yo me figuraba! —sonrió, orgulloso, Eden—. Hiciste perfectamente. Pero, óyeme, Sally... esto me gusta cada vez menos. Ese collar tuyo no es muy conocido. Ha estado en Honolulu durante muchos años, por lo tanto, si lo robasen, podrían disponer de él en seguida. Si quieres aceptar mi consejo, no lo envíes al desierto...

—¿Por qué no? —interrumpió Victor—. El desierto es el lugar más a propósito para entregarlo. El lugar que no me parece muy seguro es esta ciudad.

—Alee —dijo Sally Jordan—, necesitamos el dinero. Si el señor Madden está en Eldorado y pide que se le lleve allí el collar, enviémoslo en seguida y obtengamos un recibo. Una vez el recibo en nuestro poder... allá él con el collar. Estoy deseando verme libre de esta preocupación.

—Está bien —suspiró Eden—. Tú eres quien debe decidir. Como convinimos, Bob saldrá con la joya esta misma noche a las once, siempre y cuando consigas lo que me prometiste... es decir, que no vaya solo. —Y miró a Charlie Chan, que, de pie junto a la ventana, miraba fascinado la muchedumbre que llenaba la Geary Street.

—Charlie —llamó Sally Jordan.

El chino volvióse hacia la dama. En sus ojos había una interrogación.

—¿Qué quería decir con aquello de que sentía un gran placer al quitarse de encima el peso de las perlas? —preguntó la dama.

—Chan quiso decir que ahora dan principio vacaciones —contestó el chino—. Largos años ha estado dentro de Charlie Chan deseo de admirar maravillas de continente. Momento ha llegado ya. Yo siento alegría y felicidad grandes, no como en viaje. Entonces perlas hacían peso abrumador, sobre Charlie Chan. Ahora yo siento ligero.

—Lo siento, Charlie. —La señora Jordan movió la cabeza—. Lo siento, porque quisiera pedirle que volviese a cargar con ese peso que ha soltado con tanta alegría. Es un favor personal.

—Charlie sentirá felicidad grande en hacer favor a usted —contestó el detective.

La señora Jordan le expuso el plan de que acompañase a Bob Eden al desierto. El rostro del chino no sufrió la menor alteración.

—Iré —prometió gravemente.

—Gracias, Charlie, muchas gracias —dijo, suavemente, la dama.

—En su juventud, Charlie Chan ha sido criado de honorable casa Phillimore —murmuró el detective—. En su corazón, como en antiguo jardín, florecen recuerdos de bondades no han sido pagadas. —En los ojos de Sally aparecieron las lágrimas—. Vida sería perdida toda —terminó—, si no existiera en ella lealtad.

«Muy florido», pensó Eden. Pero volviendo a lo práctico, dijo:

—Todos sus gastos serán pagados. Y esas vacaciones se retrasarán sólo unos días. Creo que es mejor que lleve usted las perlas, pues nadie le conoce, y, por lo tanto, no sospecharán nada. Muchas gracias por todo.

El chino quitóse un cinturón especial para llevar dinero y objetos de valor y guardó el collar en él.

—Señorita Sally, aparte preocupación de usted. Cuando el joven y Charlie Chan encuentren a señor Madden, yo haré entrega de hermoso collar. Si nosotros no encontramos a señor Madden, yo guardaré perlas con cuidado grande.

—Ya lo sé —sonrió la señora Jordan.

—Entonces, todo está conforme —dijo el joyero—. Señor Chan, usted y mi hijo tomarán el vapor que sale a las once para Richmond, que enlaza con el tren que va a Barstow. En esa población cogerán el tren para Eldorado. Mañana por la noche llegarán al rancho de Madden. Si el señor Madden está allí y todo parece en orden...

—¿Por qué ha de estar todo en orden? —interrumpió Víctor—. Si el señor Madden está en el rancho ya es bastante.

—No hay que correr riesgos —siguió Eden—. Ustedes dos comprenderán lo que, una vez allí, deben hacer. Si Madden está en el rancho, entréguele el collar y tomen el recibo. Una vez hecho eso, estamos ya listos. Ahora, señor Chan, nos vamos. Vendremos a buscarle a las diez y inedia. Hasta entonces puede hacer lo que más le guste.

—Cosa que más gusta a Charlie Chan ahora es bañera llena de agua caliente. A las diez y media Charlie Chan estará en vestíbulo de hotel con enorme peso otra vez encima. Adiós... Adiós... —Se inclinó ante cada uno de los circunstantes y salió de la habitación.

—Hace treinta y cinco años que me dedico a los negocios, pero nunca había empleado un mensajero semejante —dijo Eden.

—Es una excelente persona ese Charlie —murmuró Sally Jordan—. Defenderá las perlas con su propia vida.

—Espero que no haya que llegar a ese extremo —rio Bob—. Yo también tengo una vida y me sabría muy mal perderla.

—¿Por qué no se quedan a cenar con nosotros? —invitó Sally.

—Otro día, muchas gracias —contestó el joyero—. Bob y yo tenemos que ir a casa a hacer sus maletas. No quiero perderle de vista hasta el momento de tomar el tren.

—Una última advertencia —dijo Víctor—. No se muestren demasiado escrupulosos cuando lleguen al rancho. Si Madden corre algún peligro, allá él. Le

entregan la joya, toman el recibo y nada más.

Eden movió la cabeza.

—No me gusta el cariz que toma este asunto, Sally. ¡No me gusta!

—No te preocupes —sonrió la dama—. Tengo completa confianza en Charlie y en Bob.

—Por mi parte —dijo el joven—, prometo portarme lo mejor que pueda. Y si el tipo aquel del abrigo me sigue al desierto, prometo quitarle el frío para toda su vida.

CAPITULO III

EN CASA DE CHAN KEE LIM

Una hora más tarde, Charlie Chan bajó de su habitación y durante unos instantes permaneció en el resplandeciente vestíbulo del hotel. De nuevo sentía pesar sobre él una gran responsabilidad. En su cintura llevaba otra vez el collar de perlas, que era lo único que quedaba de la en un tiempo incalculable fortuna de los Phillimore. Después de echar una rápida mirada a su alrededor, salió a la Geary Street.

La lluvia había ya cesado. La calle, animadísima a aquella hora, resonaba con las bocinas de los automóviles y las conversaciones de los transeúntes que se dirigían a los cines y teatros.

La luz y la alegría de aquella ciudad emocionaron a Charlie Chan. Sin embargo, si hubiera hablado con alguno de los hombres del 1900, se habría enterado de que aquello que veía no era más que una pobre imitación de la vida nocturna de otros tiempos. Pero como él no tenía ningún recuerdo, el espectáculo presente bastó para entusiasmarle. En un restaurante popular consumió su cena. Esto ya fue una aventura suficiente para un hombre que no había conocido el Billy Bogan's Louvre. Café en el lugar donde ahora se levanta el Banco de Italia, ni guardaba ningún alegre recuerdo de Delmonico's, en la O'Farrell Street, o del Odeon, en la Pup, ni del Black Catt, alegres lugares desaparecidos para siempre. Participó de la comida de los hombres blancos y bebió tres tazas de té.

Un joven con aspecto de empleado de comercio, consumía una humilde cena junto a Chan. Después de cambiar unas palabras acerca del azucarero, Charlie se aventuró a hacerle una pregunta.

—Perdone usted atrevimiento de desconocido —dijo—. Yo tengo tres horas para pasear sobre las mojadas, pero interesantes calles de ciudad de usted. ¿Usted tendría bondad de hacer mención de lo que yo debo hacer?

—¡Hombre... no sé! —dijo, sorprendido, el joven—. No hay mucho que ver ya, San Francisco no es lo que era antes.

—Tal vez el Barbary Coast —sugirió Chan.

—Ya no existe. El Thalia, el Elko, el Midway... todos esos nombres no son ya más que recuerdos. Spider Kelley está ahora en Arizona, trabajando la tierra. Todos los antiguos salones de baile están convertidos en garajes... Pero sí; queda un espectáculo. Esta noche se celebra la entrada del Año Nuevo en el Barrio Chino.

Bueno... —se echó a reír—, creo que esto es innecesario que se lo diga a usted.

Chan asintió.

—Sí, doce de febrero. Mañana, Año Nuevo.

Salió a la calle. Sus ojillos brillaban de alegría. Recordó las soñolientas calles de Honolulu, donde todo el mundo se retira a sus casas a las seis de la tarde y ya no vuelve a salir hasta la mañana siguiente. ¡Qué distinta aquella ciudad del continente! El chófer de uno de los ómnibus de turismo se acercó a él:

—Le enseñaré los antiguos fumaderos de opio, las salas de *fan-tan* —ofreció, pero, al fijarse mejor en el detective, se marchó sin hablar más.

Poco después de las ocho, Charlie Chan entraba en el Barrio Chino.

El ambiente estaba lleno de alegría carnavalesca. Las fachadas de las casas aparecían alumbradas por centenares de farolillos. Las calles se veían atestadas de niños, hombres y mujeres de todas las edades, quienes, vestidos con las galas de sus antepasados y alegre el corazón, se preparaban a recibir con todos los tradicionales honores al año que iba a nacer.

Poco después, el detective caminaba por la desierta Waverley Place. Un muchacho le ofreció un ejemplar del *Chinese Daily Tribune*. Lo compró y siguió adelante, mirando atentamente los números de las casas.

Por fin encontró el que buscaba y empezó a subir por una oscura escalera. Al llegar a un descansillo que se veía adornado con largas tiras de papel rojo con letras doradas, destinado a ahuyentar los malos espíritus, se detuvo y llamó con fuerza a la puerta. Un chino alto y delgado, con una gris y rala barba, y vestido con una larga blusa de seda negra, respondió a la llamada.



Un chino alto y delgado, con una gris y rala barba...

Por un momento, los dos hombres permanecieron callados. Al fin, Chan, sonrió.

—Buenas noches, ilustre Chan Kee Lim —saludó en el más puro cantonés—. ¿Es que ya no conoces a tu indigno primo de Hawai?

En los estrechos ojos de Kee Lim brilló una lucecilla.

—De momento, no —replicó—, ya que has venido dentro del traje de un endiablado extranjero y has llamado a mi puerta con la misma violencia que los extranjeros. Pero, bienvenido seas a mi despreciable casa. Te ruego te dignes entrar en ella.

Siempre sonriendo, el detective entró en la vivienda, la cual estaba adornada con ricos cortinajes de seda Hang-chiu. Frescas flores perfumaban el altar de los antepasados. Por todas partes se veían macetas con lirios chinos, el pálido y oloroso *su-sin-fah*, símbolo del año que iba a nacer. Sobre una repisa y junto a un menudo

Buda de madera de Ning-Po, había un reloj despertador.

—Sírvete sentarte en esta miserable silla —dijo Kee Lim—. Llegas tan inesperadamente como la lluvia en agosto. —Dio unas palmadas. A los pocos momentos entró una mujer—. Mi mujer, Chan So —explicó el viejo—. Trae pasteles de arroz y unos refrescos de vino de rosas —ordenó.

Se había sentado frente a Charlie Chan. Entre ambos había una pequeña mesa de té cubierta de pétalos de flores de almendro.

—No teníamos ninguna noticia de tu llegada —dijo.

—No, no podía daros ninguna noticia. He venido para terminar un trabajo.

Los ojos de Kee Lim se hicieron más pequeños.

—Ya he oído hablar de tus trabajos —murmuró.

El detective estaba un poco inquieto.

—¿No los apruebas? —preguntó.

—Es mucho decir que no los apruebo. Lo que ocurre es que no lo entiendo. ¿Qué tiene de común un chino con uno de esos diabólicos policías extranjeros?

Charlie sonrió.

—Hay momentos, honorable primo —admitió—, en que yo tampoco me comprendo.

La cortina de juncos que estaba al final de la habitación se abrió y una joven entró en la estancia. Sus ojos eran oscuros, brillantes, y su rostro tan hermoso como el de una muñeca. Aquella noche, con motivo del Año Nuevo, vestía los pantalones de seda y la bordada blusa de su raza. Pero su cabello cortado, su paso, sus gestos, sus modales, todo estaba copiado de sus hermanas norteamericanas. En las manos traía una bandeja llena de todos los dulces propios del Año Nuevo.

—Mi hija Rosa —explicó Kee Lim—. Saluda a nuestro famoso primo de Hawai. —Se volvió hacia Charlie Chan y siguió—: Ella también quiere ser norteamericana y es tan insolente como las hijas de los locos hombres blancos.

La muchacha se echó a reír.

—¿Por qué no? He nacido aquí. He aprendido la gramática en las escuelas norteamericanas, y ahora trabajo lo mismo que las norteamericanas.

—¿Trabajas? —preguntó, con interés, Charlie.

—Los clásicos deberes de la mujer han sido olvidados —explicó Kee Lim—. Se pasa el día sentada en la central de teléfonos del Barrio Chino, hablando con una pared llena de resplandecientes ojos rojos y amarillos.

—¿Es eso una cosa tan terrible? —preguntó la joven, dirigiendo una risueña mirada a su tío.

—Un trabajo muy interesante —dijo Charlie.

—Interesantísimo —replicó, en inglés, la muchacha. Y salió de la habitación. Unos momentos más tarde, regresó con el vino de rosas que sirvió a los dos hombres. Luego fue a sentarse a un extremo de la habitación y observó llena de curiosidad a aquel célebre pariente venido del otro lado del mar. Por los periódicos de San

Francisco se había enterado hacía tiempo de sus hazañas.

Durante más de una hora, Chan habló con su primo de los lejanos días en que ambos eran niños y vivían en China. Al fin miró hacia la repisa.

—¿Dice la verdad ese reloj? —preguntó.

Kee Lim se encogió de hombros.

—Es un diabólico reloj extranjero —contestó—. Por lo tanto, un mentiroso empedernido.

Chan consultó su reloj.

—Con mi más profundo sentimiento —anunció—, tengo que marcharme. Esta noche, mi deber me lleva muy lejos de aquí... hacia el desierto que está en el Sur. He tenido la ocurrencia, honrado y trabajador primo mío, de indicar a mi mujer que envíe a tu honorable casa todas las cartas importantes que se reciban. Si llega algún mensaje durante mi ausencia, ¿tendrías la bondad de guardarlo aquí hasta que vuelva? Dentro de muy pocos días estaré de regreso. Entretanto, permaneceré lejos de toda comunicación.

La joven se levantó y acercóse a su padre y a su tío.

—En el desierto —dijo—, también hay teléfonos.

Charlie la miró con súbito interés.

—¿En el desierto? —preguntó.

—¡Ya lo creo! Hace sólo dos días me pidieron que llamase a un rancho situado cerca de Eldorado. Un rancho llamado... No me acuerdo como se llamaba.

—Quizá el rancho de Madden —murmuro, esperanzado, Charlie.

—Sí, ese era el nombre. Fue una llamada muy extraña.

—¿Y vino del Barrio Chino?

—Sí, desde luego. De la tienda de Wong Ching, en Jackson Street. Deseaba hablar con su pariente Louie Wong, cocinero en el rancho de Madden. El número del teléfono era, Eldorado, siete seis.

Charlie disimuló su ansiedad, pero su corazón latía con toda su fuerza. Ahora volvía a ser el diabólico policía extranjero.

—¿Quizá oíste lo que decían? —murmuró.

—Que Louie Wong debía venir en seguida a San Francisco. Mucho dinero y una excelente posición le esperaban aquí...

—¡Rosa! —interrumpió Kee Lim—. No es correcto que reveles los secretos de tu diabólica profesión. Ni siquiera a uno de la familia Chan.

—Tienes razón, sabio primo —asintió Charlie. Volvióse hacia la muchacha—. Tú y yo, hermosa florecilla, volveremos a vernos. Ahora, con el más profundo de los pesares, debo marcharme.

Kee Lim le acompañó hasta la puerta.

—Adiós, notable primo. En ese viaje que vas a emprender, camina despacio.

—¡Adiós! —contestó Charlie—. Te deseo las mayores felicidades para el año que va a nacer.

Una vez en la calle, siguió el consejo de su primo y caminó lentamente. La noticia que le había dado la hija de su primo era realmente asombrosa. Louie Wong había sido llamado a San Francisco por su pariente Wong Ching, el vendedor de porcelanas. ¿Para qué?

Un viejo chino le indicó la calle Jackson. El escaparate de la tienda de Wong Ching estaba lleno de maravillosas tazas y jarrones Swatow. Pero, al parecer, en aquellos momentos la tienda no estaba abierta para la venta. Charlie estuvo llamando durante todo un minuto, pero nadie respondió a su llamada.

Cruzó la calle y se escondió en un oscuro portal. Más pronto o más tarde, alguien contestaría a sus llamadas. En un balcón próximo, una orquesta china tocaba sus típicos instrumentos llenando la noche con sus dulces melodías. Por fin calló la orquesta y el silencio nocturno sólo fue turbado por las secas pisadas de los zapatos americanos y el suave deslizar de las suelas de fieltro de las zapatillas chinas.

Al cabo de unos diez minutos, se abrió la puerta de la tienda de Wong Ching y un hombre salió a la calle. Durante unos instantes miró cautelosamente a derecha e izquierda. Era un hombre delgado, llevaba un abrigo con el cuello subido hasta las orejas y el sombrero calado hasta los ojos, y, además, llevaba lentes ahumados. Charlie Chan permitió que en su mofletudo rostro apareciese cierto interés.

El hombrecillo fue cruzando las calles hasta salir del Barrio Chino. Chan le siguió a distancia. Aquello era un juego de niños para él. Así llegaron hasta un hotel de mísero aspecto, el Killarney, en uno de los cruces de la Avenida de Grant, donde se metió el de los lentes ahumados.

Al mirar su reloj, Chan decidió soltar su presa y se dirigió hacia la Union Square. Iba muy preocupado. Estaba convencido de que, tanto él como Bob Eden, iban rectos a una trampa.

De regreso a su hotel, volvió a guardar en su maleta los objetos que había sacado. En la oficina le notificaron que su baúl había llegado, pero que aún no lo habían subido a la habitación. Pidió que se lo guardasen hasta su regreso, pagó su factura, y, con la maleta junto a él, se sentó en uno de los amplios sillones del vestíbulo, donde esperó pacientemente.

A las diez y media en punto, Bob Eden entró en el hotel. Al salir a la calle, Chan vio detenido ante la puerta, un enorme automóvil.

—Suba, señor Chan —dijo el joven, cogiendo la maleta del detective. Al entrar el chino en el oscuro interior del coche, Alejandro Eden le saludó.

—Dile a Miguel que vaya despacio, pues quiero hablar —indicó el joyero a su hijo.

Bob Eden dio la orden al chofer; en seguida, subió al automóvil.

—Señor Chan —dijo, en voz baja, el joyero—, estoy muy inquieto.

—¿Han sucedido acontecimientos nuevos? —preguntó Chan.

—Sí —contestó Eden—. Usted estaba presente esta tarde cuando he explicado lo de la llamada telefónica que he recibido hoy desde un teléfono público. Esta misma

noche me he puesto en comunicación con Al Draycott, jefe de la «Agencia Gale de Detectives». Le pedí que viese de encontrar al hombre del abrigo y de los lentes ahumados que Bob vio en el puesto y hace una hora me telefoneó diciéndome que había descubierto al hombre en cuestión.

—Quizá en el Hotel Killarney —sugirió Chan, procurando disimular su alegría.

—¡Caramba! —exclamó Eden—. También usted le ha descubierto. ¡Es asombroso...!

—Suerte es asombrosa —dijo Chan—. Suplico perdón a usted por interrupción. Yo hago promesa de que nunca ocurrirá otra vez.

—Bien pues, Draycott descubrió a aquel sujeto y me notificó que se trataba de Shaky Phil Maydorf, uno de los hermanos Maydorf, que son un par de bribones que han debido abandonar Nueva York por motivos de salud. Según parece, el hombre está enfermo de malaria, pero, por lo demás, se halla en perfectas condiciones y parecen interesarle mucho nuestros asuntos. Bueno, señor Chan, ahora le toca a usted explicarnos cómo lo descubrió.

Chan se encogió de hombros.

—Hay hombres indignos a quienes suerte dirige amplias sonrisas. —Y les explicó su visita a Chan Kee Lim, cómo se había enterado de la llamada telefónica al desierto y cómo había visto salir de la tienda de Wong al hombre del abrigo—. Después no hubo dificultad grande en seguir a desconocido hasta hotel —terminó.

—Bueno pues, yo estoy más inquieto que nunca —dijo Eden—. ¿Por qué habrán llamado al cocinero de Madden? Le repito que este asunto no me gusta nada...

—No digas, papá —protestó Eden—. ¡Es interesantísimo!

—No para mí. No siento la menor alegría por la atención que nos dispensa ese Maydorf. ¿Y dónde diablos estará el otro hermano? No se trata de dos malhechores modernos, de esos que lo fían todo a su revólver. Son hombres que emplean la cabeza, malhechores que son mirados con respeto hasta por la misma policía, pues nunca les ha podido coger con las manos en la masa. He telefoneado a Sally Jordan y he tratado de convencerla para que no envíe el collar... ¡Pero ese hijo suyo, como está deseando coger el dinero, no hace más que darle prisa para terminar el asunto! ¿Qué puedo yo hacer? Si se tratara de otra persona, me desentendería de todo... pero Sally Jordan... es una vieja amiga. Y como usted ha dicho antes, señor Chan, por algo existe en el mundo una cosa que se llama lealtad. Pero le aseguro que les envío al desierto con todo el sentimiento de mi alma.

—No te preocupes, papá. Estoy seguro de que será muy divertido. Toda la vida he deseado intervenir en un asesinato. Como espectador, claro está.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —preguntó el joyero.

—Pues que el señor Chan es un detective, ¿no? Un detective en vacaciones. Si hubieras leído una sola novela de misterio, sabrías que un detective nunca trabaja tanto como cuando está de vacaciones. Es como el cartero, que el día que tiene libre lo dedica a pasear. Nos dirigimos a casa de P. J. Madden, uno de los principales

financieros de Norteamérica. Madden está sentenciado a muerte. Me apuesto diez contra uno a que cuando el señor Chan y yo lleguemos a su rancho, lo hallaremos asesinado sobre una alfombra.

—No es cosa de juego —le reprochó severamente su padre—. Señor Chan, usted parece un hombre muy hábil. ¿Tiene algo que indicar?

Charlie Chan sonrió en las tinieblas.

—Alabanzas suenan dulces a todos los oídos —dijo—. Siento inclinado a hacer humilde indicación.

—Diga en seguida lo que piensa —suplicó Eden.

—Yo hago súplica a usted que piense en futuro. El joven señor Eden y el indigno Charlie Chan llegan juntos a rancho de señor Madden. ¿Qué pensamiento tiene el espectador? ¡Ah! Perlas acompañan a ellos, ¿por qué, si no, vienen dos hombres?

—Es verdad —asintió Eden.

—La humilde indicación de Charlie Chan —siguió el chino—, es que señor Bob Eden llegue solo a casa Madden en desierto. Que él dé contestación a todas preguntas que él no lleva perlas. Que como negras nubes cubrían escena, su honorable padre ha hecho ir a él para que haga examen de si todo está bien. Cuando joven señor Eden haya logrado seguridad de que todo es conforme, él dirá que telefonará a su honorable padre.

—Es una buena idea —asintió Eden—. Y entretanto...

—A una hora cierta, chino llamará a rancho pidiendo empleo. Chino irá vestido como vagabundo de desierto. ¿Quién podrá hacer suposición de que en estómago de miserable chino reposan valiosas perlas?

—¡Es una idea fantástica! —exclamó, entusiasmado, Bob Eden.

—Quizá —admitió Chan y siguió—: Entonces, usted y Charlie Chan hacen observaciones y si cosas parecen en regla, usted hace entrega de collar a señor Madden.

—¡Maravilloso! —exclamó el muchacho—. Cuando subamos al tren, nos separaremos. Mañana, a la una y cuarto, debemos llegar a Barstow, y allí tomaremos el tren que llega a Eldorado a las seis poco más o menos. Uno de mis amigos me ha dado una carta de recomendación para Will Holley, director del periódico de Eldorado. Le invitaré a cenar conmigo y luego marcharé al rancho de Madden. Usted, desde luego, puede ir por otro camino. Y como seguramente me vigilarán durante el viaje, es mejor que no nos dirijamos la palabra. De ahora en adelante no nos conocemos. Eso es lo que usted quiere decir, ¿verdad?

—Usted ha tenido inteligente comprensión.

El coche se había detenido ante el embarcadero.

—Aquí tienen sus billetes —dijo Alejandro Eden sacando dos sobres—. Tienen las camas en el mismo vagón, pero en distintos sitios. En el sobre de usted, señor Chan, encontrará cierta cantidad de dinero para sus gastos. Debo decirle que su plan me parece excelente... pero ¡por amor de Dios!, vayan con cuidado. Bob, hijo mío...

tú eres lo único que tengo en la vida. A veces te riño y me enfado contigo, pero... te... te... ¡Ve con cuidado!

—No te preocupes, papá. Aunque no quieras creer, lo, he crecido bastante y, además, me acompaña un grande hombre.

—Señor Chan —siguió el joyero—, mucha suerte y un millón de gracias.

—No haga usted mención de ello —sonrió Chan—. Paseo más alegre que hace cartero es en día de fiesta. Charlie Chan hará lo que mejor pueda.

Siguió a Bob hasta el muelle. Momentos más tarde, el barco que conducía a los dos compañeros navegaba sobre las negras aguas del puerto. Ya no llovía. En el cielo centelleaban millares de estrellas, pero sobre la bahía soplaban un viento helado. Charlie permaneció solo sobre cubierta; el sueño de toda su vida se había realizado: ¡Por fin conocía el continente! Las luces de la ciudad se fueron debilitando en la lejanía. Y el detective pensó en su hogar, en la casa de Punch Bowl Hill, donde su mujer y sus hijos esperaban con paciencia su regreso, asombrándose de pronto de lo lejos que estaba de ellos.

Bob Eden se reunió con él y señalando el resplandor que se veía a lo lejos, sobre la Avenida de Grant, dijo:

—Noche de fiesta en el Barrio Chino.

—Fiestas, tienen motivo. Mañana es día primero de año, de año cuatro mil ochocientos sesenta y nueve.

—¡Caray! —sonrió Bob— ¡Cómo vuela el tiempo! Feliz Año Nuevo, pues.

—Deseo igual a usted.

En aquel momento, el barco salió fuera del puerto. Desde la isla prisión de Alcatraz, la luz de un faro iluminaba las oscuras aguas. El viento era ahora más helado que antes.

—Yo me voy abajo —dijo Bob, estremeciéndose—. Supongo que esto es la despedida, ¿no?

—Cuando usted llegue a rancho de señor Madden, usted busque a vagabundo.

Al quedarse solo, Charlie se abismó otra vez en la contemplación de las luces de la ciudad, que ahora se confundían con las estrellas.

CAPÍTULO IV

EL «RESTAURANTE DEL OASIS»

Cuando el viernes, Bob Eden bajó del tren en una estación medio en ruinas, la noche iba cayendo ya sobre la población de Eldorado. Su viaje desde San Francisco a Barstow habíase hecho sin ningún incidente. En esta ciudad, sin embargo, ocurrió algo inquietante, pues perdió todo rastro de Charlie Chan.

Fue en el comedor de la estación de Barstow donde vio por última vez al detective de Hawai, que consumía una taza de té. Como aún faltaba bastante tiempo para coger el tren de Eldorado, Bob Eden salió a dar una vuelta por la ciudad. Al volver, cerca de las tres, buscó en vano al chino. Subió solo al tren y al pisar el andén de la estación de Eldorado se dio cuenta de que era el único viajero que había bajado en aquel solitario lugar.

Recordando el valor del «peso» que abrumaba al detective, sintió cierta alarma. ¿Habría sufrido Chan algún accidente? O acaso... ¡Quién sabe! ¿Qué sabían ellos, en realidad, del detective chino? Cada hombre tiene su precio y la tentación que se había puesto ante Charlie Chan era enorme. Pero no... Bob Eden recordó la expresión de los ojos del detective cuando prometió a Sally Jordan defender aquellas perlas con su propia vida. Sin duda los Jordan tenían motivos sobrados para confiar en él. Sin embargo, suponiendo que Shaky Phil Maydorf no estuviera ya en San Francisco...

Salió de la estación y con una sola mirada abarcó toda la ciudad, la cual se destacaba sobre un fondo de tostadas colinas. En la calle principal se veía un cine, un Banco, la oficina de correos, y, sobresaliendo de todos, un edificio de dos pisos con un rótulo en el que se leía, «Hotel del Desierto». Eden cruzó la calle y, sorteando los polvorientos automóviles que estaban parados junto a la acera, se dirigió al hotel. Sentados en el doble asiento de un puesto de limpiabotas, dos rancheros le miraron con interés al verle entrar en el hotel.

El despacho del «Hotel del Desierto» estaba alumbrado por una bombilla de modesta potencia, a cuya luz un hombre leía un periódico de Los Ángeles.

—Buenas noches —saludó Bob Eden.

—... noches —contestó el individuo.

—¿Me permitiría dejar aquí mi maleta? —preguntó el joven.

—Déjela donde le parezca —contestó el dueño del hotel—. Supongo que no querrá ninguna habitación. Si quiere, le haré un precio especial.

—No —contestó Bob—, no necesito habitación.

—Está bien —contestó el hombre.

—¿Me podría indicar dónde están las oficinas de *Eldorado Times*?

—En la primera travesía —murmuró el hotelero, enfrascándose otra vez en la lectura del periódico.

Bob Eden fue hasta la primera travesía y se metió en ella. Inmediatamente, sus pies se hundieron en la arena. Pasó ante varias casas más pequeñas que las de la calle principal. Una de ellas era una lampistería, otra, una tienda de ultramarinos, y, por fin, llegó ante otra en cuya ventana se leía: «*The Eldorado Times*» y debajo: «Se hacen con toda pulcritud trabajos de imprenta». No se veía ninguna luz en el interior. Del tirador de la puerta colgaba un cartel. Bajo el polvo que lo cubría, podía leerse:

«Volveré dentro de una hora. ¡Sabe Dios para qué! Will Holley»

Sonriendo, Bob Eden regresó al «Hotel del Desierto».

—¿Qué hay de la cena? —preguntó.

—Yo también estaba pensando en ella —contestó el hotelero—. Nosotros no servimos comidas.

—Pero, debe de haber algún restaurante...

—¡Ya lo creo que lo hay! Esta es una población a la moderna. Ahí, junto al Banco, está el «Oasis».

Después de darle las gracias, Eden volvió a salir. Detrás de unos cristales que llevaban años sin limpiar, encontró el «Oasis». Un alto y largo mostrador y un empañado espejo indicaban que, en algún tiempo, aquello había sido realmente un oasis.

El joven se sentó en uno de los altos taburetes. A su derecha estaba sentado un hombre con zahones y en mangas de camisa, cuyo rostro lucía una barba de lo menos ocho días. A su izquierda sentábase una joven elegantemente vestida con una blusa y pantalones de montar. Un muchacho semejante a un jeque árabe de los que salen en el cine, le presentó un grasiento menú. Eden escogió el plato del día: «Bistec con cebolla, patatas fritas, mantequilla y café. Total, ochenta centavos». El jeque marchó a hacer el encargo.

Mientras esperaba la cena, Bob Eden trató de ver, por medio del espejo, el rostro de la joven que estaba junto a él. No le pareció mal, a pesar de lo sucio del azogado cristal que la reflejaba. El cabello, trigueño, asomaba bajo las alas de un breve sombrero de fieltro. El cutis era de una finura no fabricada por ningún salón de belleza. En aquel momento, la joven parecía bastante atareada con su comida.



El cabello, trigueño, asomaba bajo las alas de un breve sombrero de fieltro.

Por fin llegó la cena; todo el menú venía en la misma fuente. La carne, las cebollas, las patatas fritas y la mantequilla... pero platos ni uno. Miró a sus vecinos. Evidentemente, los platos eran un lujo desconocido en el «Oasis». Cogió, pues, un desgastado cuchillo y un tenedor, apartó a un lado las cebollas, y se encaró con el bistec.

La primera impresión de las cosas es muy importante, por eso Bob Eden comprendió en seguida que no era un antagonista humilde y sumiso el que se enfrentaba con él. El bistec le miraba tan retadoramente, que todo lo que ocurrió luego quedó cumplidamente justificado. Al cabo de unos cuantos minutos de lucha, Eden llamó al jeque.

—¿Y si me trajeses un cuchillo de acero? —preguntó.

—Sólo tenemos tres y están ocupados —replicó el muchacho.

Bob Eden reanudó la lucha. Con los músculos en tensión, los dientes contraídos y el rostro furibundo, se lanzó sobre el bistec y cortó con todas sus fuerzas. Se oyó un terrible chirrido al resbalar el cuchillo sobre la fuente y con profundo horror, Bob, vio que el bistec se levantaba de su lecho de cebollas y huía de la fuente, corría por encima del mostrador para saltar luego sobre las rodillas de la joven y de allí al suelo.

Eden vio volverse hacia él los azules ojos de la joven, llenos de risa.

—Perdóneme usted, señorita —dijo—. Creí que era un bistec y ha resultado un perrillo faldero.

—Y como yo no llevo falda... —rio la joven, mirando sus pantalones de montar—. ¿Podrá usted perdonarme alguna vez? Debí haberme vestido de mujer. Este incidente demuestra que las mujeres debemos ser femeninas.

—El otro traje no la haría a usted más femenina —replicó, galantemente, Eden. Y volviéndose hacia el jeque, ordenó—: Tráeme algo que sea menos feroz.

—¿Quiere ternera mechada? —preguntó el muchacho.

—Tráela y empezaremos otro *round*. ¡Ah! Escucha. Tráete una servilleta para la señorita.

—¿Una qué? ¿Una servilleta? No tenemos ninguna. Le traeré una toalla.

—¡No, no, por favor! —exclamó la joven—. No ha sido nada.

El jeque se alejó hacia la cocina.

—Creo que es mejor que no entre en escena una toalla del «Oasis» —dijo la joven.

—Seguramente tiene usted razón —asintió Bob—. Desde luego, le abonaré a usted los perjuicios.

La joven volvió a sonreír.

—¡De ninguna manera! Yo soy quien debería pagarle a usted el bistec. No fue culpa suya lo ocurrido. Uno necesita mucha práctica para poder comer en las arenas del «Oasis».

Eden la miró cada vez más interesado.

—¿Tiene usted mucha práctica? —preguntó.

—¡Ya lo creo! Mi trabajo me trae por aquí muchas veces.

—¿Su trabajo?

—Sí. Ya que parece que su bistec nos ha presentado, puedo decirle que trabajo para el cine.

«¡Claro!», pensó Eden. El desierto está lleno de artistas de cine hoy día.

—¡Ah! ¿Y la he visto en alguna película? —preguntó.

—No, no me ha visto ni me verá nunca. No soy actriz. Mi trabajo es mucho más interesante. Soy una buscadora de lugares.

La ternera mechada llegó en aquel momento. Por fortuna, alguna mano piadosa la había cortado en pedazos pequeños con alguna guillotina que no estaba a la vista del público.

—¿Una buscadora de lugares? Yo debería saber qué es eso.

—Seguramente, debería saberlo. No es más que lo que indica la palabra. Busco escenarios. Viajo desde Vandeventer Trail, a Piñon Flat, y desde Salton Sea, a los Morongos, siempre tratando de encontrar algo nuevo que el querido público tome por Argelia, Arabia, los Mares del Sur...

—Parece un trabajo interesante.

—Y lo es. Sobre todo, cuando se quiere a esta comarca como la quiero yo.

—¿Ha nacido aquí, tal vez?

—¡Oh, no! Vine aquí con papá, para que le visitara el doctor Withcomb, que vive a unas cinco millas del rancho de Madden. Cuando... papá me dejó, tuve que buscar un empleo, y... Pero ahora me doy cuenta de que le estoy contando la historia de mi vida.

—¿Y por qué no? —dijo Eden—. Las mujeres y los niños siempre han confiado en mí. ¡Tengo una cara tan de buena persona! Pero, a propósito, este café es horrible.

—¡Ya lo creo! —asintió la muchacha—. ¿Y qué tomará de postre? Hay dos clases: pastel de manzana... y no tomar nada. Escoja usted.

—Ya he escogido. Me quedo con el segundo. —Pidió la cuenta—. Si me permite usted que pague su consumición...

—¡De ninguna manera! —protestó la joven.

—Sin embargo, desde el momento en que mi bistec la ha atacado...

—Olvídelo. Ya sabe usted que la culpa fue mía. Y si dice una palabra más, seré yo quien pagará su cuenta...

Sin hacer caso del palillo que amistosamente le ofrecía el cajero, Bob Eden siguió a la joven a la calle; era ya de noche y estaba completamente desierta.

—¿Dónde vamos? —preguntó Eden—. ¿Al cine?

—¡No, por Dios! La película que hacen la vi cuando tenía yo diez años. Cuénteme lo que ha venido usted a hacer aquí. La gente también confía en mí.

—Es una historia bastante complicada. Algún día se la explicaré. De momento, estoy buscando al director de *Eldorado Times*. Tengo una carta para él.

—¿Will Holley?

—Sí. ¿Le conoce?

—Todo el mundo le conoce. Venga conmigo, debe de estar en su despacho, ahora.

Se dirigieron a las oficinas del periódico. Bob Eden estaba contentísimo por llevar junto a él a aquella joven. Era la muchacha más atractiva y segura de sí misma que había visto. Y todo ello sin afectación. Realmente, las ciudades del desierto eran encantadoras.

En la ventana de la imprenta brillaba una luz y bajo ella se veía la figura de un hombre inclinado sobre una máquina de escribir. Cuando entraron, Will Holley se levantó, quitándose una visera verde. Era un hombre alto, delgado, de unos treinta y cinco años, entre cuyos cabellos se veían brillar prematuras canas.

—¡Hola, Paula! —saludó.

—¿Qué tal, Will? Mira lo que he encontrado en el «Oasis».

Holley sonrió.

—Nadie más que tú podía encontrarle —dijo—. Eres la única persona en el mundo capaz de encontrar algo interesante en Eldorado. ¡Muchacho, no sé quien eres, pero te aconsejo que te vayas antes de que el desierto te coja por su cuenta!

—Traigo una carta para usted, señor Holley —dijo Eden. Sacó el sobre—. Es de un viejo amigo suyo... Harry Fladgate.

—Harry Fladgate —repitió Holley. Leyó la carta—. Una voz del pasado, de cuando los dos éramos unos críos en el viejo «Sun» de Nueva York. ¡Aquello sí que era un periódico! —Guardó silencio durante unos instantes, con la mirada fija en la noche—. Dice Harry que ha venido usted aquí por un asunto —añadió.

—Sí —contestó Eden—, más adelante se lo explicaré. De momento, sólo deseo alquilar un automóvil para que me lleve al rancho de Madden.

—¿Desea ver a P. J. en persona?

—Sí, y lo más pronto posible. Está aquí, ¿verdad?

—Sí —asintió Holley—, se supone que está. Sin embargo, yo no le he visto. Corre el rumor de que el otro día llegó en automóvil de Barstow. La señorita podrá decirle de él muchas más cosas que yo. Y, a propósito, ¿se han encontrado por casualidad, o estaban paseando a la luz de la luna?

—El caso es... —sonrió Bob—, que la señorita... Bueno, que la señorita atrajo hacia ella un bistec que estaba en mi plato, allá en el «Oasis». Tuve que advertirle que el infiel bistec era mío y allí empezó la conversación. En cuanto a los nombres... y todo lo demás...

—Comprendo —dijo Holley—. Señorita Paula Wendell, ¿me permite que le presente al señor Bob Eden? No hay que olvidar la etiqueta, aunque estemos en esta avanzada del infierno.

—Muchas gracias, amigo —dijo Eden—. Jamás me habían hecho un favor tan grande como el que acaba de hacerme usted. Ahora que ya nos ha presentado, señorita Wendell, y que, por lo tanto, ya puedo hablar con usted, dígame una cosa... ¿conoce al señor Madden?

—Tanto como conocerle, no. Esta humilde servidora suya no ha tenido el honor de ser presentada al gran Madden. Pero hace algunos años, mi compañía impresionó una película en su rancho. Tiene una casa magnífica y un *patio* encantador. El otro día nos presentaron un argumento en el cual cuadraría a maravilla el *patio* del señor Madden. Le escribí pidiéndole permiso para utilizarlo, y contestó desde San Francisco diciendo que marchaba a su rancho y que estudiaría nuestra demanda. Su carta era muy amable.

La señorita Wendell se sentó en uno de los ángulos de la mesa de Holley.

—Hace dos noches llegué a Eldorado —siguió—, y, en seguida, me dirigí a casa de Madden, pero lo que ocurrió fue muy extraño. ¿Le interesa?

—¡Ya lo creo! —le aseguró Bob.

—Verá: la puerta del cercado estaba abierta y entré en los campos. Los faros de mi coche iluminaron de pronto la entrada del granero y vi un encorvado viejo con una gran barba negra y una mochila a la espalda; sin duda era uno de esos viejos buscadores de oro que aún se encuentran de cuando en cuando en este país. Fue su expresión la que me llamó la atención. Al ver la luz de los faros se quedó como un conejo asustado, hasta que al fin se marchó corriendo. Llamé a la puerta del rancho. Pasó bastante rato y por último salió a abrir un hombrecillo pálido y tembloroso.

Según dijo, era Thorn, el secretario de Madden. Le doy mi palabra de que el individuo parecía terriblemente asustado. Le expliqué el asunto que me llevaba allí y se mostró muy brusco conmigo. Me dijo claramente que no podía ver al gran P. J. «Vuelva dentro de una semana», me repitió varias veces. Empléé todos los argumentos posibles para que me dejase hablar con su jefe, hasta que, harto ya, me dio con la puerta en las narices.

—De manera que no pudo ver a Madden —murmuró, lentamente, Bob—. ¿Pasó algo más?

—Poca cosa. Al volver a la población, vi a distancia, en la carretera, al viejo y encorvado buscador de oro, pero cuando llegué al lugar donde me pareció haberlo visto, no estaba ya. No traté de buscarlo, al contrario, di todo el gas. Mi amor por el desierto desaparece en cuanto se hace de noche.

—Muchísimas gracias —dijo Bob Eden, encendiendo un cigarrillo; y añadió—: Señor Holley, tengo que marchar inmediatamente al rancho del señor Madden. Si quiere usted indicarme donde hay un garaje...

—De ninguna manera —protestó Holley—. Por casualidad tengo un cacharro que contesta al nombre de *Horacio Greeley* y en él le acompañaré hasta su destino.

—No quisiera interrumpirle en su trabajo.

—No se burle, que me destroza el corazón. ¡Mi trabajo!

—Perdone usted —dijo Eden—. Ahora recuerdo el cartel que vi ahí fuera.

Salieron juntos de la oficina y Holley cerró la puerta. La calle estaba completamente desierta. El director del periódico abarcó con un ademán la escena.

—¡El desierto! —exclamó—. Desde luego, es grande y los que vivimos aquí lo amamos de día, cuando el sol calienta amistosamente, pero por las noches, en las frías y solitarias noches...

—No es tan malo, Will —protestó la joven.

—¡Oh, no!, no es tan malo —admitió el periodista—. Sobre todo ahora, con la radio y las películas. Noche tras noche me siento en ese cine y a veces, en algún noticiario, o, en cualquier otra película, veo la Quinta Avenida, la Calle 42, mujeres envueltas en abrigos de pieles, escaparates... Pero nunca he podido ver Park Row. —Caminaron un rato en silencio y por fin Will Holley añadió suavemente—: Si me quieres, Paula, me harás un favor. Presentarás a tu compañía un argumento que se desarrolle en Park Row, para que aparezcan en escena el tráfico bajo el ferrocarril aéreo, el almacén de Perry... Yo te juro que la estaré viendo hasta que estos miserables ojos cieguen.

—Ya me gustaría —dijo ella—. Pero a mi empresa sólo le interesa el desierto, los espacios abiertos lejos de la ciudad.

—¡Sí, ya lo sé! —asintió Holley—. Uno de estos días escribiré un artículo acerca de eso.

—Señor Eden —dijo en aquel momento la joven, tendiéndole la mano—. Me despido de usted para ir a pasar una noche magnífica en el «Hotel del Desierto».

—La veré otra vez, ¿verdad? —se apresuró a preguntar Bob.

—Seguramente. Mañana pienso ir al rancho de Madden. Y esta vez si está él en el rancho, le veré.

—Si está en el rancho —repitió pensativo Eden—. Bien, buenas noches. Pero antes de que se vaya, ¿qué tal le ha parecido mi bistec?

—Encantador. Buenas noches.

Will Holley guio a Eden hasta un venerable automóvil que estaba parado delante del hotel.

—Suba —dijo—, es un viajecito muy corto.

—Un momento, tengo que ir a buscar mi maleta —dijo el joven. Entró en el hotel, y, a los pocos momentos, salió con su maleta, que dejó en el interior del automóvil.

—*Horacio Greeley* está a punto —dijo Holley—. Corramos hacia el Oeste, joven. Eden subió junto al periodista y el cochecillo emprendió la marcha calle abajo.

—Es usted muy amable —dijo el muchacho.

—No es sólo amabilidad. He estado reflexionando. El viejo P. J., ¿sabe usted?, no concede nunca ninguna entrevista. Pero, a lo mejor, quizá pueda vencerle. Esos hombres famosos, cuando salen de la ciudad suelen humanizarse algo. Si lograra conseguir esa entrevista, sería un triunfo para mí. Volverían a oír hablar de Holley en Park Row.

—Haré todo lo que pueda para ayudarle —prometió Eden.

—Muchas gracias. Pero me parece que no tendré mucha más suerte que la última vez.

—¡Oh! Entonces, ¿usted ha visto ya a Madden? —preguntó, interesado, Eden.

—Una sola vez. Hace doce años, cuando era yo reportero en Nueva York. Me las compuse para entrar en una casa de juego de la Calle 44. No gozaba de muy buena reputación el lugar, pero allí estaba el gran P. J. Después de pasarse todo el día jugando a la Bolsa, no podía dejar el juego, y, por la noche, iba a continuarlo ante una rubita.

—¿Trató usted de entrevistarle?

—Sí, entonces era un muchacho muy atrevido. Corría el rumor de que Madden estaba preparando un negocio de ferrocarriles y decidí interrogarle acerca de ello. Me acerqué a él y le dije que era un periodista... fue todo lo que pude decirle. «¡Váyase al diablo!, —rugió—. ¿No sabe que nunca concedo interviús?» —Holley se echó a reír—. Esta fue mi primera y única entrevista con P. J. Madden. Quiero ver si lo que no logré aquella noche en la Calle 44, lo consigo esta noche en el desierto.

El coche había llegado ya a la cumbre de una colina. Ante ellos se extendía un mundo nuevo, el desierto gris, solitario y misterioso.

CAPITULO V

EN EL RANCHO DE MADDEN

Con sumo cuidado, Will Holley guio su coche por entre las rocas que bordeaban el camino; «Ve con cuidado, *Horacio*» —murmuró. La carretera sólo estaba marcada por dos profundos surcos entre los cactus y mezquites. Un conejo quedóse un momento en medio del camino, deslumbrado por la luz de los faros; poco después desapareció en la noche.

Bob Eden vio unas cuantas palmeras tras una cerca de espino artificial, y un poco más allá de los árboles, una ventana iluminada.

—Rancho Alfalfa —explicó Will Holley.

—¿Por qué vive gente aquí? —preguntó Eden.

—Algunos viven aquí porque no pueden vivir en otro sitio —contestó el periodista—. El país no es malo para instalar en él un rancho. Crecen manzanas, limones, peras...

—Pero ¿y el agua?

—¡Ah, el agua! Esto es realmente un desierto, porque la mayoría de la gente no se preocupa de hacer excavaciones para encontrarla. Algunos la han encontrado a treinta metros... Madden no tuvo que excavar más que diez. Pero eso forma parte de la suerte de Madden. Su rancho está sobre un río subterráneo.

El coche siguió adelante. Se balanceaba bastante, pero las manos de Holley cogían fuertemente el volante. Soplaban un viento helado, que obligó a Eden a levantarse el cuello de su abrigo.

—Esto me hace recordar aquella vieja canción en la cual el héroe promete amar a no sé quién hasta que las arenas del desierto se enfríen —dijo.

—Seguramente, quien la compuso, no había estado nunca de noche en el desierto. ¿Es la primera vez que viene usted a esta comarca? ¿Qué clase de californiano es usted?

—De la rama de la Puerta de Oro. Es la primera vez que vengo por aquí.

—¿Y cuántos días piensa pasar en el desierto?

—No sé —replicó Eden. Permaneció callado durante unos instantes; su amigo le había dicho que Holley era hombre de fiar, pero no era necesaria aquella advertencia, porque bastaba con mirar su simpático rostro—. Holley, voy a explicarle a usted por qué he venido —siguió—. Confío en su discreción. Lo que voy a contar no es

ninguna interviú.

—Esté tranquilo. Soy hombre que sabe guardar un secreto. Pero, si lo prefiere, no me cuente nada.

—Prefiero contárselo —dijo Eden. Y explicó la compra de las perlas Phillimore por Madden, su orden de que fueran entregadas en Nueva York y luego la inesperada contraorden de que se entregasen en el desierto—. Es una cosa bastante extraña —terminó.

—Sí, es extraña —asintió Holley.

—Pero no es eso todo —siguió Eden. Y a continuación, omitiendo sólo la intervención de Charlie Chan, explicó todo lo que había ocurrido en San Francisco el día que llegaron las perlas—. ¿Qué le parece a usted? —preguntó al final.

—¿A mí? Pues que me volveré a quedar sin interviú.

—¿No cree que Madden esté en el rancho?

—¡Claro que no! Fíjese en la aventura que le ocurrió a Paula la otra noche. ¿Por qué no pudo ver al gran P. J.? ¿Por qué no salió a la puerta a ver lo qué ocurría? Pues, sencillamente, porque no estaba allí. Amigo, me alegro de que no haya ido usted solo a ese rancho. Sobre todo, habiendo traído las perlas.

—¡Hombre, tanto como traerlas!... ¿Y qué sabe de ese Louie Wong? Supongo que le conoce, ¿verdad?

—Sí. La otra mañana le vi en la estación. Lea mañana el *Eldorado Times* y verá una gacetilla que dice: «Nuestro respetable conciudadano, señor Louie Wong, marchó a San Francisco el pasado miércoles».

—¿El miércoles? ¿Y qué clase de sujeto es ese Louie?

—Pues... es un chino. Hace mucho tiempo que está aquí. Durante los cinco últimos años ha sido encargado del rancho de Madden. No sé gran cosa acerca de él. Hablaba muy poco... excepto con el loro.

—¿El loro? ¿Qué loro?

—Su único compañero en el rancho. Un loro australiano que un capitán regaló a Madden hace algunos años. Madden trajo al rancho el pájaro, que se llama *Tony*, para que acompañara al cocinero y guardián. Acostumbrado a vivir entre gente de mar, *Tony* tenía una lengüecita que daba miedo. Al principio de estar aquí, uno tenía que taparse las orejas para no oír las barbaridades que soltaba. Son unos bichos muy inteligentes esos loros australianos. De estar con Louie, *Tony* ha aprendido hasta a hablar en chino.

—¡Caramba!

—No es tan extraño como parece. Esa clase de pájaros repiten todo lo que oyen, por eso *Tony* habla en los dos idiomas. Los rancheros de los alrededores le llaman el loro chino. —Habían llegado ante un grupo de álamos y pimenteros que rodeaban una bonita casa de ladrillos—. ¡Ya estamos en el rancho de Madden! —dijo Holley—. Y, a propósito, ¿ha traído usted revólver?

—No. No he traído ninguno. Creí que Charlie...

—¿Qué?

—Bueno, quise decir que estoy desarmado.

—Y yo también. Vaya, pues, con cuidado. ¿Quiere hacerme el favor de abrir esa puerta?

Bob Eden bajó del coche y abrió la puerta de la cerca. Cuando Will Holley hubo hecho entrar a *Horacio Greeley* en el corral, Eden la cerró otra vez.

La casa, planta baja nada más, era de estilo español. Ante la puerta se extendía un amplio porche, a donde daban cuatro ventanas a través de las cuales se veía el iluminado interior.

Eden llamó a la maciza portalada. Pasó bastante rato hasta que, por fin, la puerta se abrió unos centímetros y un pálido rostro apareció tras ella.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó. Del interior de la casa llegaban las alegres notas de un *fox-trot*.

—Deseo ver al señor Madden —dijo Bob—, al señor P. J. Madden.

—Y usted, ¿quién es?

—No se preocupe por ello. Ya le diré quien soy al señor Madden. ¿Está aquí?

La puerta se cerró un poco.

—Está aquí, pero no puede recibir a nadie.

—A mí sí me recibirá, Thorn —dijo secamente Eden—. Haga el favor de decirle al señor Madden que ha llegado un mensajero de Post Street, San Francisco.

La puerta se abrió de par en par.

—¡Oh!, perdóneme —exclamó Thorn—. Pase, haga el favor. Le estábamos esperando. Pase... ¡ah!... —su rostro se ensombreció al ver a Holley—. Perdónenme un momento.

El secretario desapareció por una puerta del fondo, dejando a los visitantes en el salón. Entrar en aquella estancia después de atravesar el desierto, era como entrar en un paraíso. Las paredes eran de roble tallado; de ellas pendían grabados muy hermosos; sobre varias mesitas brillaban bellas lámparas y junto a ellas había profusión de revistas y diarios. En una amplia chimenea ardía un montón de troncos; en el otro extremo, un aparato de radio lanzaba las notas de una lejana orquesta.

—¡Vaya casa! —exclamó Bob Eden. Y señalando hacia la chimenea, siguió—: ¡Y que no están desarmados!...

—Esa es la colección de armas de Madden —explicó Holley—. Wong me la enseñó una vez. Están todas cargadas.

Eden estudió pensativamente la habitación. Una pregunta le atormentaba. ¿Dónde estaba Charlie Chan?

Un reloj dio con gran lentitud las nueve. El fuego chisporroteó; la lejana orquesta empezó otro *fox*.

De pronto, la puerta por donde había salido Thorn se abrió bruscamente, y, al volverse, los dos hombres vieron en el umbral, semejante a una torre de granito, al hombre que Bob había visto salir del despacho de su padre, a Madden, el gran

financiero, a P. J. en persona.

La primera sensación de Bob fue de profundo alivio, como si un enorme peso se desprendiese de sus hombros. Pero en el acto sintióse profundamente defraudado. Era joven y adoraba las emociones. Todo el misterio del desierto se esfumaba de golpe al aparecer Madden vivo. Ya no quedaba más que entregar las perlas cuando llegase Charlie y regresar a casa en seguida.

—Buenas noches, caballeros —saludó el millonario—. Me alegro mucho de verles. Martin —añadió, dirigiéndose a su secretario, que le había seguido—, apague esa maldita radio. —El secretario obedeció—. Bien —preguntó Madden—, ¿quién de ustedes dos es el que viene de Post Street?

El joven se adelantó.

—Soy Bob Eden, hijo de Alejandro Eden, señor Madden. El señor, es un amigo mío y vecino de usted, Will Holley, de *Eldorado Times*. Ha tenido la amabilidad de acompañarme hasta aquí en su coche.

—Perfectamente. —El señor Madden parecía muy alegre—. Siéntense cerca del fuego. Thorn, traiga cigarros. —Con sus propias manos colocó dos sillones junto a la chimenea.

—Me sentaré sólo un momento —dijo Holley—. Comprendo que ustedes dos han de tratar de negocios y no quiero molestarlos. Pero, antes de irme, señor Madden...

—¿Qué? —preguntó, secamente, el millonario, mordiendo el extremo de su cigarro.

—No creo que se acuerde usted de mí —siguió Holley.

Madden le miró unos instantes.

—No olvido nunca una cara —dijo—. A usted le he visto en algún sitio. ¿En Eldorado?

Holley negó con la cabeza.

—No, fue hace doce años, en la Calle 44, en Nueva York —Madden le miraba con más atención—, en una casa de juego cerca de Delmonico's, una noche de invierno...

—Espere un momento —le interrumpió el millonario—. Hay personas que dicen que me hago viejo... pero escuche esto: Usted me pidió una interviú y yo le mandé al diablo.

—¡Maravilloso! —rio Holley.

—No está mal mi memoria, ¿verdad? Me acuerdo perfectamente de aquel lugar. Fui allí muchas noches, hasta que descubrí que hacían trampas. Me timaron bastante dinero. ¿Por qué no me dijo usted que en aquella casa todos eran una cuadrilla de vivos?

Holley se encogió de hombros.

—¡Hombre!, el recibimiento que usted me hizo no incitaba a las confidencias. Pero, volviendo a lo que iba, señor Madden, todavía pertenezco al periodismo y una interviú de usted...

—Nunca he concedido ninguna —le interrumpió el millonario.

—Lo siento —se lamentó Holley—. Un viejo amigo mío dirige una agencia en Nueva York y sería un gran triunfo para mí si pudiera telegrafiarle algo de usted. Alguna noticia financiera, por ejemplo. La primera interviú de P. J. Madden.

—¡Imposible!

—Siento mucho que diga usted eso, señor Madden —dijo Bob Eden—. El señor Holley ha sido muy amable conmigo y yo tenía la esperanza de que por esta vez hiciera una excepción.

Madden se recostó en su butaca y lanzó una columna de humo hacia el techo.

—Bueno —dijo en tono más amable—. Como se ha molestado tanto por mí, señor Eden, quiero complacerle. —Se volvió hacia Holley—. Óigame, poca cosa, ¿eh? Sólo algunas palabras respecto a los negocios de este año.

—Es usted muy amable, señor Madden.

—¡Oh! No tiene importancia. Aquí, en el campo, siento mucha menos antipatía por los periodistas que en la ciudad. Le dictaré unas palabras a Thorn y puede usted venir a buscarlas mañana a mediodía.

—Perfectamente —dijo Holley, levantándose—. ¡No sabe usted lo que eso significa para mí! —Estrechó la mano del millonario y luego la de Eden. Sus ojos, al mirar a este, dijeron: «Todo está conforme, me alegro». Se dirigió a la puerta, se detuvo un momento, y dijo—: Buenas noches, hasta mañana.

Apenas se había cerrado la puerta tras del periodista, Madden se inclinó hacia adelante. Su expresión cambió por completo.

—Bien, señor Eden —dijo—. Desde luego, ha traído las perlas, ¿verdad?

Eden sintió una profunda vergüenza. ¡Todos sus miedos parecían tan pueriles en aquella elegante habitación!

—Pues... —empezó.

Detrás de él se abrió una puerta vidriera y alguien entró en el salón. Sin volver la cabeza, Eden aguardó. El recién llegado estaba ahora frente a él, junto a la chimenea. Era un chino pequeño, que vestía unos pantalones muy raídos, zapatillas de terciopelo y una holgada blusa de seda de Canton. En los brazos llevaba un par de leños.

—Yo *cleel* que *señol* *quelía* más mucho fuego —dijo con voz torpe. Su rostro era sumamente inexpresivo. Tiró los leños al fuego y al volverse dirigió una rápida mirada a Bob Eden. Por un momento sus ojos se animaron y una lucecilla apareció en ellos. Aquella mirada era la de Charlie Chan.

El criado salió silenciosamente.

—Las perlas —insistió rápidamente Madden—. ¿Qué hay de las perlas? —Martin Thorn se acercó más.

—No las he traído —dijo, lentamente, Bob Eden.

—¡Qué! ¿Dice que no ha traído el collar?

—No, no lo he traído.

El rostro de Madden se puso como la grana.

—¿Qué significa esto? —rugió—. Esas perlas son mías, las he comprado, ¿no? Dije que las trajesen aquí... ¡las quiero!

«Llame a su criado», estas palabras estuvieron a punto de salir de los labios de Bob Eden. Pero algo que había visto en la mirada de Charlie Chan le hizo vacilar. No, antes tenía que hablar con el detective.

—Lo último que dijo usted a mi padre fue que el collar debía ser entregado en Nueva York —le recordó a Madden.

—¿Y qué? ¿Es que no puedo cambiar de parecer?

—Sin embargo, mi padre creyó que el asunto requería ciertas precauciones. Ocurrieron algunas cosas...

—¿Qué cosas?

Eden hizo una pausa. ¿Para qué explicarlas? Les tomarían por locos.

—Baste decir, señor Madden, que mi padre se niega a enviar las perlas a este lugar ante el temor de que sean robadas.

—¡Su padre es un idiota! —exclamó Madden.

Bob enrojeció violentamente.

—Si desea dar por terminado el asunto... —dijo levantándose.

—No, no. Perdóneme. He hablado a la ligera. Siéntese, haga el favor —Eden obedeció—. Me extraña mucho lo ocurrido. ¿De manera que su padre le ha enviado para que eche un vistazo al lugar?

—Sí, señor. Temía que le hubiera ocurrido algo a usted.

—A mí no me pasa nunca nada, a menos que yo lo desee —replicó, con aplomo, Madden—. Bien, pues, ya está usted aquí. ¿Qué piensa hacer?

—Mañana por la mañana telefonearé a mi padre y le diré que envíe en seguida el collar. Si no tiene usted inconveniente, permaneceré aquí hasta que llegue.

Madden movió disgustado la cabeza.

—Retraso... retraso... No me gusta nada eso. Tengo que irme a Nueva York urgentemente. Pensaba salir mañana mismo hacía Pasadena para depositar el collar en un Banco y luego marchar a Nueva York.

—¡Ah! —exclamó Eden— ¿Entonces no pensaba concederle la entrevista a Holley?

Madden frunció el ceño.

—¿Y qué? ¿Es que tiene alguna importancia? —Bruscamente se levantó—. Bueno, desde luego puede quedarse aquí, Pero mañana a primera hora telefonee a su padre. Le advierto que no quiero perder más tiempo.

—Muy bien —asintió Eden—. Y ahora, si me lo permite, me retiraré... estoy rendido por el viaje...

Madden tocó un timbre. Pocos momentos después Charlie Chan entró en la habitación.

—Ah Kim —dijo el millonario—. Este caballero ocupará la habitación del final del pasillo. —Y señaló en aquella dirección—. Coge su maleta.

—Muy bien, *señor* —asintió Ah Kim, cogiendo la maleta de Eden.

—Buenas noches —dijo Madden—. Si desea algo, el criado se lo dará. Es nuevo en la casa, pero conoce su obligación. Puede llegar a su habitación por el *patio*. Que descanse.

—Muchas gracias. Buenas noches.

Cruzó el *patio* detrás del chino. En el cielo brillaban millares de estrellas. El viento era más frío que nunca. Al entrar en el cuarto que le había sido asignado vio con satisfacción que en la chimenea ardía un alegre fuego.

—Pido humildemente perdón —dijo Chan— por haber encendido fuego.

Eden miró hacia la cerrada puerta.

—¿Qué fue de usted? Le perdí de vista en Barstow.

—Yo hice pensamientos profundos —dijo, suavemente, Chan— y tomé decisión de no esperar tren. En camión de compatriota, entre muchas verduras, salí de Barstow. Mucho mejor yo llegué a rancho de día. Soy Ah Kim, cocinero. ¡Suerte quiso que en lejana juventud aprendiese arte de cocina!

—¡Es usted maravilloso! —rio Eden.

Charlie Chan se encogió de hombros.

—He pasado vida aprendiendo hablar bien inglés. Ahora tengo que ahogar palabras buenas para no dejar florecer sospecha en cerebro de los demás. Situación no es alegre para Charlie Chan.

—Bueno, no será por mucho tiempo —replicó Eden—. Todo parece conforme.

El detective se encogió de hombros sin contestar.

—¿Es que no está todo conforme? —preguntó, con interés, Eden.

—Si usted permite a Chan que ofrezca su humilde opinión, diré que cosas no están tan conformes como yo sentiría alegría grande que estuviesen.

—¿Qué ha descubierto?

—No he descubierto ninguna cosa.

—Entonces...

—Pido perdón —interrumpió Chan—. Usted sabe tal vez que chinos tienen grande fuerza psíquica. Charlie Chan no puede decir en palabras qué ocurre. Pero en fondo corazón...

—¡Oh! No se preocupe por eso —dijo Eden—. No podemos dejarnos guiar por impresiones. Hemos venido a entregar unas perlas a Madden si estaba aquí y a que nos diese el recibo. Madden está aquí, por lo tanto nuestra obligación es bien sencilla. Por mi parte no quiero exponerme a que se pierda la venta. Ahora mismo voy a entregarle las perlas.

Chan pareció compungido.

—¡No, no, yo suplico...!

—Vamos a ver, Charlie. Estamos lejos de casa, en un desierto. Los chinos, como usted dice, pueden tener una gran fuerza psíquica, pero yo no puedo decir eso a Víctor Jordan ni a papá. Todo lo que teníamos que descubrir era si P. J. Madden

estaba aquí o no. Está, luego debe usted hacer el favor de ir a decirle en seguida que deseo verle en su habitación dentro de veinte minutos. Cuando yo vaya, usted quédese a la puerta y entre en cuanto le llame. Entregaremos allí nuestro encargo.

—Error será muy grande —objetó Chan.

—¿Por qué? ¿Puede darme alguna razón definida?

—Es difícil decir en palabras. Pero...

—Entonces, lo siento mucho, pero tendré que seguir mi parecer. Hago mía toda la responsabilidad. Ahora, creo que es mejor que vaya...

De mala gana, Charlie salió del dormitorio. Bob Eden encendió un cigarrillo y se sentó ante el fuego. El más profundo de los silencios pesaba sobre la casa, sobre el desierto, sobre el mundo. Un silencio pavoroso, que daba la impresión de que nada podría romperlo.

Eden empezó a pensar en lo que le había dicho Charlie Chan. Todo aquello no tenía ningún valor. Los chinos tienen una gran tendencia a teatralizar las cosas. El mismo Chan estaba interpretando un nuevo papel y sus palabras de disgusto por los bajos menesteres a que debía dedicarse, no eran sinceras. Estaba deseando que la aventura se alargase para poder ir imaginando fantasías mientras tanto. Aquel no era el sistema norteamericano. Por lo menos, no era el sistema de Bob Eden.

Echó una mirada a su reloj. Habían transcurrido ya diez minutos desde que Charlie había salido; pasados diez minutos más se dirigiría a la habitación de Madden y por fin se vería libre de la preocupación de aquellas perlas. Se levantó y dio unas vueltas por el cuarto. Por la ventana opuesta al *patio* contempló a través del desierto la sombra de las lejanas colinas. «¡Qué país!» pensó. No para él. Prefería las calles asfaltadas, el rumor de la gente, de los automóviles y de los tranvías. Aquel silencio era algo terrible, intolerable...

Un horrible grito resonó en la noche. Bob Eden quedóse helado. Otro grito, y, en seguida, sonó una extraña voz:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesino! —Otra vez el grito—: ¡Socorro! ¡Aparte ese revólver! ¡Socorro! ¡Socorro!

Bob Eden corrió al *patio*. Al salir vio a Thorn y a Charlie Chan, que salían por el otro lado. Madden, ¿dónde estaba Madden? Pero de nuevo sus sospechas resultaron fallidas. Madden salió del salón y se reunió con ellos.

El grito se oyó otra vez. Y, en aquel momento, Bob Eden descubrió de donde procedía. En el otro extremo del *patio*, subido en su percha, se veía un pequeño loro australiano con la cabeza erguida.

—¡Ese maldito bicho! —gritó, furioso, Madden—. Perdóneme, señor Eden, que no le haya advertido su presencia. Es *Tony*, el loro. Como habrá usted comprendido por sus palabras, ha tenido un pasado borrascoso.

El loro dejó de chillar y miró solemnemente a las personas que estaban ante él.

—A cada uno le llegará su turno, caballeros —graznó.

Madden se echó a reír.

—Eso es de cuando estaba en una taberna —dijo—. Según tengo entendido, lo compraron a un tabernero.

—Hagan el favor, señores, a cada uno le llegará su turno.

—Está bien, *Tony* —dijo Madden—. No nos hemos reunido para beber. Y ahora cállate ya. Espero que no se habrá alarmado, señor Eden. Se ve que hubo algún asesinato en esa taberna donde transcurrió la infancia de *Tony*. Martín —se volvió hacia su secretario—, enciérrelo en el granero.

Thorn se acercó al pájaro y Bob Eden tuvo la impresión de que el secretario estaba más pálido que de costumbre. Acercó las manos al loro. ¿Fue imaginación de Eden, o aquellas manos temblaban?

—Aquí, *Tony*. ¿Quieres venir conmigo? —el secretario desató la cadena que sujetaba al loro por una de las patas.

—Quería verme, ¿verdad? —dijo el millonario, y acompañó a Bob hasta su dormitorio. Después de cerrar la puerta, dijo—: ¿Qué desea? ¿Es que ha traído el collar?

Abrióse la puerta y el chino penetró en la habitación.

—¿Qué diablos quieres? —gritó Madden.

—¿Amo está *pien*?

—¡Claro que estoy bien! ¡Vete de aquí en seguida!

—Mañana —siguió Charlie Chan en su papel de Ah Kim, al mismo tiempo que dirigía una significativa mirada a Bob Eden—, mañana día *plecioso*, muy *ponito*. *Puenas* noches.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta. Eden le vio cruzar el patio sin hacer el menor ruido. El chino no esperaba a la puerta del dormitorio del millonario.

—¿Qué quería decirme? —insistió Madden.

El cerebro de Eden trabajó activamente.

—Quería verle a solas un momento. ¿Tiene usted completa confianza en Thorn, su secretario?

P. J. Madden lanzó un bufido.

—¡Hombre! Cualquiera creería que me ha de traer el Banco de Inglaterra. ¡Claro que tengo confianza en Thorn! Hace quince años que está a mi servicio.

—Quería asegurarme, nada más —replicó Eden—. A primera hora de la mañana telefonaré a mi padre. Buenas noches.

Salió otra vez al patio. El secretario regresaba de cumplir el encargo de su jefe.

—Buenas noches, señor Thorn —saludó Eden.

—¡Oh! Buenas noches, señor Eden —contestó el secretario, y se alejó rápidamente.

De regreso a su habitación, Bob empezó a desnudarse. Estaba tan desconcertado como inquieto. ¿Sería aquella aventura tan sencilla como había supuesto antes? En sus oídos sonaba aún el terrible graznido del loro. ¿Sería verdad que *Tony* había aprendido aquella llamada de socorro en un tabernucho de Australia?

CAPITULO VI

EL AÑO NUEVO DE TONY

Olvidando la promesa de llamar a su padre a primera hora de la mañana, Bob Eden permaneció cómodamente acostado en su cama. El maravilloso amanecer del desierto, famoso a través de todos los libros que hablan de él, transcurrió sin recibir su aprobación. Eran las nueve cuando se despertó, después de haber dormido toda la noche de un tirón, y se sentó en la cama para despabilarse.

Lentamente, después de mirar a su alrededor, fue localizando su posición en el mapa de California. Uno tras otro, los sucesos de la noche anterior acudieron a su memoria. Ante todo, la escena en el «Oasis». ¡Aquel saltarín bistec eludiendo sus ataques con una diabólica agilidad! ¡Aquella bellísima muchacha que había convertido el espantoso restaurante en un auténtico oasis! El viaje a través del desierto, en compañía de Will Holley. El resplandeciente salón del rancho; el *fox-trot* de la orquesta de Denver. Madden inclinándose anhelante y pidiendo las perlas Phillimore. Chan con sus zapatillas de terciopelo explicándole sus temores mentales y tenebrosas premoniciones. Y por fin, a media noche, el horrible grito del loro.

La luz del día había disipado ya todos sus temores y el joven empezaba a sospechar que había cometido una tontería al dejarse convencer por el detective de Hawai. Chan era oriental además de policía. Semejante mezcla hacía que la cosa más inocente se le apareciese como algo espantoso. Al fin y al cabo, él, Bob Eden, era el representante de Meek y Eden y, por lo tanto, podía obrar como mejor le pareciese. ¿Era acaso Chan el responsable de aquella expedición?

Se abrió la puerta y en el umbral apareció Ah Kim en la persona de Charlie Chan.

—¿*Ustel* sale a *tomal almuelzo*? —dijo en voz alta aquella extraña mezcla humana—. Si *ustel* no *cole leplisa almuelzo cogel* mucho *flio*.

Después de pronunciar estas palabras, Charlie cerró suavemente la puerta y entró en la habitación haciendo muecas de disgusto.

—Hablar así es trabajo difícil para Chan —se quejó—. Chino sin dignidad es como hombre sin traje, no tiene majestad. Usted ha tenido sueño largo.

—Comparado conmigo ayer noche, Rip Van Winkle^[5] padecía de insomnio.

—Charlie Chan hace humilde indicación que usted se aparte de esta cama. Gran señor Madden tiene nervios muy excitados en salón.

Eden se echó a reír.

—Con que está nervioso, ¿eh? Bueno, vamos a calmarle —y echó a un lado las sábanas.

Chan estaba arreglando las cortinas de la ventana.

—Desierto es grande. Mucha arena por todos lados —dijo.

—Sí —asintió Bob—. Hay mucho desierto. Pero óigame, tenemos que hablar mientras aún es tiempo. Ayer noche cambió usted nuestros planes.

—Sí, yo hago suposición.

—¿Y por qué?

—Usted oyó loro gritar: ¡Asesino! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Aparte ese revólver!

—Sí, pero eso seguramente no significa nada.

Charlie se encogió ligeramente de hombros.

—Loros no saben inventar palabras. Sólo hacen repetición de palabras que dicen personas.

—Desde luego —asintió Eden—. Y *Tony*, sin duda, repetía algo que oyó en Australia o en algún barco. Si quiere que le diga la verdad, Charlie, ahora, a la luz del día, tengo la impresión de que ayer noche hicimos una tontería. Antes de almorzar entregaré las perlas a Madden.

Charlie guardó silencio durante unos instantes.

—Charlie Chan da consejo de esperar un poco —dijo.

—¿Por qué esperar?

—Charlie Chan quiere tener conversación con *Tony*. *Tony* pájaro de inteligencia grande. Habla chino. Chan no tiene inteligencia tan grande, pero también habla chino.

—¿Y qué cree usted que le dirá *Tony*?

—*Tony* puede dar explicación de cosas extrañas que ocurren en rancho.

—A mí no me parece ver nada extraño —objetó Eden.

El chino movió la cabeza.

—Charlie Chan está en situación mala si tiene que hacer discusión con joven inteligente como usted es.

—Pero, óigame, Charlie —protestó Eden—. Ayer noche prometí que esta mañana telefonaría a mi padre. Madden no es un hombre fácil de manejar.

—*Ho malimali* —contestó Chan.

—Sin duda debe usted de tener razón en lo que dice, pero yo no entiendo el chino.

—Usted ha cometido error natural —contestó el detective—. Suplico perdón por corregir a usted. No es chino. Son palabras hawaianas. Willie Chan, mi primo, traduciría por ganar tiempo.

—Eso es más fácil de decir que hacer.

—Usted es joven inteligente. Usted puede hacer con facilidad grande. Sólo pocas horas, mientras yo tengo conversación con inteligente *Tony*.

—Está bien —replicó Bob—, esperaré hasta las dos. A esa hora, si no ha ocurrido

nada, entregaremos las perlas. ¿Comprendido?

—Quizá.

—¿Dice que quizá lo ha comprendido?

—No. Charlie ha querido decir que quizá entregaremos perlas. —Eden miró los firmes ojos del chino—. Sin embargo —añadió Chan—, acepte mis más ardientes gracias. Usted tiene amabilidad grande. Ahora usted vaya a tomar miserable almuerzo que Charlie ha preparado.

—Dígale a Madden que voy en seguida.

En su percha, *Tony* estaba ocupado en picotear su comida. Por la otra ventana de su cuarto, Eden vio que Chan se acercaba al pájaro y se detenía ante él.

—*Hoo la ma* —gritó el detective.

Tony levantó la cabeza y la inclinó hacia un lado.

—*Hoo la ma* —replicó con voz aguda.

Chan se acercó más y empezó a hablar rápidamente en chino. De cuando en cuando se detenía, y entonces el pájaro contestaba asombrosamente, con alguna frase china también.

De pronto, Martín Thorn apareció en el patio. Su pálido rostro estaba ensombrecido por la ira.

—¿Qué diablos estás haciendo? —gritó.

—*Peldón, señol* —replicó el chino—. *Tony* muy simpático. ¿Puedo *lleval* a él a cocina conmigo?

—No te acerques para nada a ese pájaro —ordenó Thorn.

Chan se alejó hacia la cocina. Durante un rato, Thorn permaneció con la vista fija en el lugar por donde había desaparecido el chino. En su mirada había a la vez ira y terror. Cuando Bob Eden se retiró de la ventana, estaba hondamente preocupado. ¿Acaso tendría razón el detective?

Se dirigió al baño, que estaba entre aquella habitación y la contigua. Cuando se reunió con Madden, observó que la excitación nerviosa era en el millonario más fuerte que nunca.

—Siento mucho haberme retrasado —se excusó Bob—, pero este aire del desierto...

—Está bien, está bien. No hemos perdido el tiempo. Ya he pedido que me pongan en comunicación con su padre.

—Buena idea —dijo el joven, sin ningún entusiasmo—. Habrá llamado a la oficina, supongo.

—Naturalmente.

De pronto, Eden recordó que era sábado por la mañana y que, a menos que estuviera lloviendo en San Francisco, Alejandro Eden estaría en aquel momento camino del campo de golf de Burlinghame, donde permanecería hasta la noche, por lo menos, o quizá hasta el domingo. ¡Que hiciese sol en San Francisco, Señor! —deseó, con toda su alma, el joven.

Thorn entró en el salón y dirigió una hambrienta mirada a la mesa colocada junto al fuego. Los tres se sentaron ante el almuerzo preparado por el nuevo cocinero Ah Kim. Era un almuerzo excelente, pues Charlie Chan no había olvidado su aprendizaje en casa de los Phillimore. A medida que iba transcurriendo, Madden se ablandó un poco.

—Espero que no se alarmaría usted por los gritos de *Tony*, ayer noche.

—¡Hombre, de momento!... —admitió Eden—. Desde luego, así que descubrí de donde venían me tranquilicé.

—Sí, ese *Tony* tiene un pasado muy rojo —dijo Madden.

—Como muchos de nosotros —murmuró Eden.

Madden le dirigió una rápida mirada.

—Ese pájaro me lo regaló el capitán de un barco australiano —dijo—. Lo traje aquí para que hiciese compañía a mi cocinero Louie Wong.

—Creí que su cocinero se llamaba Ah Kim —dijo, inocentemente, Bob.

—¡Oh! El de ahora no es Wong. Louie tuvo que marchar a San Francisco el otro día. Ese Ah Kim pasó ayer por aquí y le contraté. Es un simple suplente, hasta que regrese Louie.

—Tiene usted mucha suerte —dijo Eden—. Cocineros tan buenos como Ah Kim no se encuentran cada día.

—Cuando vengo al Oeste, siempre acostumbro traer un cuerpo de criados. Pero esta vez fue una visita casi inesperada.

—Su casa está en Pasadena, ¿verdad? —inquirió Eden.

—Sí, en Orange Grove Avenue. Este rancho lo hice construir para pasar de tanto en tanto unos días en él, cuando el asma me molesta demasiado. Además, es muy agradable alejarse algún tiempo del bullicio de la gran ciudad. —El millonario se levantó y miró su reloj—. Dentro de un momento contestarán de San Francisco —añadió.

Eden miró el teléfono, que estaba en un lado del salón.

—¿Especificó en la llamada que quería hablar con mi padre? —preguntó Bob.

—No, sólo pedí la oficina. Pensé que si no estaba podríamos dejar el recado.

Thorn se acercó al millonario.

—Señor Madden, ¿y la entrevistó para Holley? —preguntó.

—¿Por qué diablos me comprometería?

—Puedo traer aquí la máquina de escribir —empezó el secretario.

—No, iremos a su habitación. Si llaman al teléfono, señor Eden, tenga la bondad de contestar.

Los dos hombres salieron del salón. Ah Kim entró sin hacer el menor ruido y se dispuso a quitar la mesa. El joven encendió un cigarrillo y se sentó ante el fuego que el brillante sol hacía completamente inútil.

A los veinte minutos sonó el timbre del teléfono. Bob se levantó, pero, antes de que alcanzara la mesa donde estaba, Madden llegó junto a él. El joven, que había

esperado poder estar solo durante la conferencia, lanzó un profundo suspiro. Con gran alivio por su parte, oyó al otro extremo del hilo la melodiosa voz de la secretaria de su padre.

—Oiga —dijo—. Soy Bob Eden, estoy en el rancho del señor Madden, en pleno desierto. ¿Cómo le prueba esta maravillosa y soleada mañana?

—¿Por qué supone que hace buen día aquí? —preguntó la joven.

El corazón de Eden estuvo a punto de dejar de latir.

—No me diga que no hace sol. Me destrozaría el alma.

—¿Por qué?

—Porque, aunque usted es bonita a todas horas, me gusta imaginármela con un rayo de sol sobre sus cabellos.

Madden apoyó una de sus pesadas manos en su hombro.

—¿Se cree que está preparando una cita con alguna corista? Vaya directo al asunto.

—Perdóneme —dijo Eden—. Señorita Chase, ¿está mi padre?

—No, recuerde que hoy es sábado. Está en el golf.

—¡Ah! Entonces es que hace buen día. Bien, dígame que me telefonee así que llegue. Eldorado siete seis.

—¿Dónde está su padre? —preguntó, ansiosamente, Madden.

—Jugando al golf.

—¿Dónde? ¿En qué campo?

Bob lanzó un suspiro.

—Supongo que habrá ido a Burlinghame, ¿verdad?, —preguntó por teléfono.

«¡Qué joven más simpática!», pensó el muchacho, mientras la secretaria contestaba.

—Hoy no. Ha ido con unos amigos a otro campo. No ha dicho a cuál.

—Muchas gracias —dijo Bob—, haga el favor de dejarle una nota con el encargo que le he dado. —Y colgó el teléfono.

—Estamos de desgracia —dijo alegremente—. Ha marchado a jugar al golf y nadie sabe dónde.

Madden lanzó un juramento.

—¡El viejo imbécil! ¿Por qué no atiende a sus negocios?...

—¡Oiga usted, señor Madden...!

—¡Golf, golf, golf! —rugió Madden—. El golf ha destrozado más hombres honrados que el *whisky*. Si yo hubiese perdido el tiempo en los campos de golf, hoy no sería lo que soy. Si su padre tuviera el más mínimo sentido...

—¡He escuchado ya bastantes impertinencias! —exclamó Eden, levantándose.

Los modales de Madden cambiaron instantáneamente.

—Perdóneme —se excusó—. Pero, reconocerá usted, que lo que está pasando es realmente fastidioso. Quería ese collar para marcharme hoy...

—Pero el día apenas ha empezado —le recordó Eden.

—Ya veremos. No estoy acostumbrado a estas esperas.

Bob Eden le miró alejarse. Madden, dueño de un sin fin de millones, se salía de sus casillas por un insignificante collar de perlas. El joven quedóse pensativo. Su padre se hacía viejo. Hacía años que no acudía al mercado de Nueva York. ¿Habría cometido algún enorme error al vender aquel collar en un precio que tal vez fuera muy inferior al real? ¿Acaso la prisa que demostraba Madden era debida al temor de que Alejandro Eden se enterase de lo que valía en realidad el collar y anulase la venta?

Bob salió al patio. El helado viento de la noche había cesado y el histórico sol del desierto caía con toda su fuerza sobre la arena del cercado recinto.

Dentro de unas jaulas se veían varias gallinas y pavos. Durante unos instantes, contempló un macizo de fresales llenos de fruto. Por encima del tejado de la casa asomaban las ramas de los altos álamos, muda promesa de fresca sombra.

Era curioso observar cuántas cosas vivían en aquella desolada comarca. Dio una vuelta por el *patio* y, antes de salir, se detuvo un momento a charlar con *Tony*.

—*Ho la ma* —dijo.

Tony se irguió.

—*Sung kai yat bo* —contestó.

—Tienes toda la razón —dijo alegremente Bob.

—*Gee fang low hop* —replicó, un poco débilmente, *Tony*.

—Debe de ser verdad, pero yo no lo creo —y Eden se alejó del patio.

Se preguntó qué estaría haciendo Chan. Sin duda el detective habría creído preferible obedecer la orden de Thorn de no acercarse al loro. No era de extrañar, puesto que la ventana de la habitación del secretario quedaba en frente de la percha de *Tony*.

De regresó al salón, Eden cogió un libro. Minutos antes de las doce oyó resonar en el corral al asmático ronquido de *Horacio Greeley*. Poco después, Will Holley entraba en el salón. El periodista sonreía alegremente.

—¿Qué tal? —saludó Bob—. Madden está dictando a Horn la interviú. Siéntese. —Se acercó más a Holley—. Y haga el favor de recordar que no he traído aquellas perlas. Mi asunto con Madden no ha terminado aún.

Holley le miró con súbito interés.

—Está bien. Pero ayer noche creí que todo estaba normal. ¿Cree usted...?

—Más tarde se lo explicaré —interrumpió Eden—. Puede que esta tarde vaya al pueblo —y en voz más alta siguió—: Me alegro de que haya usted venido. Cuando ha llegado, empezaba a encontrar el desierto demasiado grande.

Holley sonrió.

—Alégrese, le he traído algo. Un verdadero almacén de ingenio y sabiduría —y le tendió un periódico—. Este es el *Eldorado Times* de esta semana, que acaba de salir de la imprenta. Podrá enterarse del viaje de Louie Wong a San Francisco. Todo son noticias interesantísimas.

El muchacho tomó el periódico. Se componía este de ocho pequeñas páginas llenas de noticias y anuncios.

—Bien —dijo—, parece que la cena que dieron el martes las damas de la Junta de Asistencia Social, fue un éxito.

—Sí, pero lo más emocionante está dentro —hizo notar Holley—; en la página tres. Si lo lee, se enterará de que los coyotes están haciendo bastante daño en el valle. Muchos rancheros están preparando trampas.

—Siendo así —dijo Eden—, qué suerte que Henry Grant cuide de las gallinas de la señora Dickey durante la permanencia de esta en Los Ángeles.

Holley se levantó y, durante unos instantes, contempló su periódico.

—¡Y pensar que hubo un tiempo en que trabajé con Mitchell en el *New York Sun*! —murmuró tristemente— No le enseñe esta inmundicia a Harry Fladgate. Cuando Harry me conoció yo era un periodista —dio unos pasos por el salón—. A propósito, ¿le ha enseñado Madden su colección de armas de fuego?

—No —dijo Bob, levantándose.

—Es muy interesante, pero muy sucia; creo que Louie tenía miedo de tocarlas. Todas esas armas —las señaló— tienen su historia. Debajo de cada una hay una tarjeta escrita a máquina: «Regalada a P. J. Madden por Til Taylor» —Taylor era uno de los mejores *sheriffs* que ha tenido Oregón—. Y este... fíjese, es magnífico. Se lo regaló a Madden Bill Tilgham. Este revólver entró en acción en Front Street cuando Dodge City era una aldehuela.

—¿Y ese de las muescas? —preguntó Eden.

—Perteneció a Billy el Niño. En todo Nuevo Méjico recuerdan a Billy el Niño. Y este otro, lo llevaba Bat Masterson. Pero la joya de la colección —la mirada de Holley se deslizó sobre la pared—, el más estupendo de la colección... no está aquí.

—¿Falta un revólver? —preguntó, lentamente, Eden.

—Así parece. Se trata de uno de los primeros Colts... un cuarenta y cinco, regalo de William S. Hart. —Y Holley señaló un lugar vacío en la pared—. Estaba aquí —añadió, y se alejó hacia otro lado.

Eden le detuvo.

—Espere un momento —dijo, en voz baja—. Explíqueme eso. Ha desaparecido un revólver y la tarjeta. Aún se ve el lugar donde estaba.

—¿Por qué está tan emocionado? —preguntó, sorprendido, Holley.

Eden tocó con un dedo el lugar donde debía estar el revólver.

—No se ve la menor señal de polvo donde estaba la tarjeta. ¿Qué significa eso? Pues que el revólver de Bill Hart ha sido retirado de aquí hace sólo unos días.

—Pero... ¿qué está usted diciendo?

—¡Ssst! —advirtió Bob. Se había abierto la puerta y Madden, seguido de Thorn, entró en la estancia. Durante unos instantes, el millonario miró fijamente a los dos hombres.

—Buenos días, señor Holley —dijo—. Aquí le traigo su interviú. ¿Dijo que la

enviaría a Nueva York?

—Sí, señor. Esta mañana he teleografiado a mi amigo y la está esperando.

—Haga el favor de indicar la manera de cómo la ha conseguido. Así no se enfadarán los muchachos que han tratado en vano de conseguirla en Nueva York. Sobre todo, no cambie nada de lo que digo.

—Ni una coma —sonrió Holley—. Vuelvo corriendo al pueblo. Repito las gracias, señor Madden.

—De nada, he tenido mucho gusto en ayudarle —replicó el millonario.

Eden siguió a Holley al corral. Cuando estuvieron a cierta distancia de la casa, el periodista se detuvo.

—Parece que lo del revólver le ha emocionado bastante, ¿qué ocurre?

—¡Oh! Supongo que nada. Por otra parte...

—¿Qué?

—No sé, Holley, me hace el efecto de que algo raro ha ocurrido últimamente en este rancho.

—¡No es posible! Pero no me tenga en suspenso.

—No puedo hacer otra cosa. Es una historia demasiado larga y es necesario que Madden no nos vea juntos mucho tiempo. Como le he prometido, esta tarde iré a verle a Eldorado.

Holley subió a su coche.

—Está bien —dijo—. Hasta luego, pues.

Eden sintió cierta tristeza al ver alejarse a *Horacio Greeley*. Al llegar Holley, había tenido la impresión de que entraba en el rancho un soplo de humanidad. Pero al momento se disipó la tristeza, porque lo que había sido un punto lejano habíase convertido en un automóvil de turismo, a cuyo volante se veía a la joven del «Oasis», Paula Wendell.

Bob corrió a franquear el cercado. Dirigiéndole un alegre saludo con la mano, la joven entró en el corral.

—¿Qué tal? —la saludó—. Empezaba a temer que no viniese.

—Es que me he dormido —explicó Paula—. El desierto me da sueño. ¿Se ha fijado en el aire? Personas que tenían motivo para saberlo, me han dicho que es como el vino generoso.

—¿Ha almorzado bien?

—Perfectamente, en el «Oasis».

—Pobrecita. ¡Qué café!

—No tiene importancia. Me ha dicho Will Holley que Madden está aquí.

—Sí, está aquí. Pase al rancho si quiere verle.

En el salón encontraron al secretario del millonario. Dirigió una fría mirada a la joven. Pocos hombres hubieran podido hacer aquello, pero Thorn era distinto a los demás.

—Thorn —dijo Bob—, esta señorita desea ver al señor Madden.

—Tengo una carta suya —explicó la joven—, en la cual me daba permiso para que mi Compañía impresionara una película en el rancho. Seguramente me recordará usted; estuve aquí el miércoles por la noche.

—Me acuerdo perfectamente de usted —contestó, con acritud, Thorn—. Y lamento mucho que el señor Madden no pueda recibirla. Me ha dicho también que le comunique que lamenta mucho tener que negar el permiso que le concedió por carta.

—Si el señor Madden ha dicho eso, yo no lo creeré mientras no se lo oiga decir por su propia boca —replicó la joven, en cuyos ojos brillaba una llama de ira.

—Le repito, señorita, que no desea verla —insistió Thorn.

Paula se sentó.

—Dígale al señor Madden que este rancho es encantador —dijo—. Y dígame también que permaneceré sentada en este sillón hasta que venga él mismo a decirme lo que le ha encargado que me diga usted.

Thorn vaciló un momento. Por fin salió del salón.

—Es usted muy audaz —rio Eden.

—Tengo que serlo por fuerza.

En aquel momento entró Madden.

—¿Qué significa esto...?

—Señor Madden —la joven se había levantado y sonreía con una extraña dulzura—. Estaba segura de que me recibiría. Tengo aquí una carta que me escribió desde San Francisco. ¿La recuerda usted?

Madden cogió la carta y echó una mirada a su contenido.

—Sí, sí, desde luego, la recuerdo. Lo siento mucho, señorita Wendell, pero desde que escribí esta carta, han ocurrido bastantes cosas... tengo un negocio entre manos... —y dirigió una mirada a Eden—. En resumen, sería un verdadero inconveniente para mí tener en estos momentos el rancho lleno de artistas de cine. ¡No sabe usted cuanto lo siento!

La sonrisa de la joven se esfumó.

—Muy bien —dijo—. Pero esto será un perjuicio para mí en la compañía. Mis superiores no aceptan excusas. Yo les había dicho que todo estaba ya arreglado.

—Pues se precipitó usted un poco.

—No lo creí yo así. Tenía la palabra de P. J. Madden. Sin duda hice mal en dar crédito al rumor que corre de que Madden no ha faltado jamás a su palabra.

El millonario estaba visiblemente inquieto.

—Sí... claro... yo..., nunca he faltado a mi palabra. ¿Cuándo pensaba hacer venir a los artistas?

—Está todo convenido para el lunes.

—¡Es imposible! —replicó Madden—. Pero si pudiera aplazarlo unos días, hasta el jueves... —Dirigió otra mirada a Eden—. Para entonces nuestro negocio ya estará liquidado.

—Sin duda alguna —asintió Eden, deseoso de ayudar a la joven.

—Muy bien —dijo Madden—. Hágalos venir el jueves y el rancho entero será para ustedes. Puede que yo no esté ya aquí, pero ya lo dejaré todo en orden.

—Señor Madden, es usted muy amable —dijo Paula—. ¡Ya sabía yo que podía confiar en usted!

Dirigiendo una mirada de disgusto a su jefe, Thorn salió de la estancia.

—Tiene razón —asintió Madden, sonriendo amablemente—. La fama de Madden se conserva intacta. Su palabra vale tanto como su firma, ¿no es así?

—Si alguien lo duda, que me lo pregunte a mí —replicó Paula.

—Ya es casi hora de comer —dijo el millonario—. ¿Se quedará aquí?

—Muchas gracias, pero...

—¡Claro que se quedará! —interrumpió Bob Eden—. Come en un restaurante de Eldorado llamado el «Oasis» y si no se queda aquí es que ha perdido el sentido.

La joven se echó a reír.

—Son ustedes muy buenos conmigo.

—¿Cómo no? —murmuró Madden—. Entonces, quedamos conformes. Nos hacía falta una persona como usted para que alegrase nuestras comidas. —Tocó un timbre y al entrar el cocinero, le ordenó—: Ah Kim, pon otro plato en la mesa. Señorita Wendell, comeremos dentro de diez minutos.

Cuando el millonario hubo salido de la habitación, la joven se volvió hacia Eden.

—Ya está arreglado —dijo—. Ya sabía yo que en cuanto le viera, todo se solucionaría.

—Es natural. Viéndola a usted, ¿qué hombre es el que no accede a sus deseos?

—Eso parece un piropo.

—Lo quiere ser. ¿Sabe que me he pasado la noche soñando con usted?

—No se burle de mí. Me parece que el haberla conocido me hará cambiar de vida.

—Entonces, no habré venido en vano. —Con un ademán señaló las armas de Madden—. ¿Qué significa ese arsenal?

—¡Oh! Es la maravillosa colección de armas de fuego de nuestro huésped. Venga y le enseñaré a llamar a cada una por su nombre.

En el mismo instante, Madden y Thorn regresaron y Ah Kim sirvió una comida excelente. Durante el curso de ella Thorn no dijo nada, pero el millonario, bajo el influjo de los ojos de la joven, habló mucho y bien. Al terminar el café, Bob Eden advirtió, de pronto, que el reloj colocado cerca de la ventana que daba al patio señalaba las dos menos cinco. ¡Las dos! Bob tenía un convenio con Chan respecto a aquella hora. ¿Qué deberían hacer? El impasible rostro del oriental no le había indicado nada al joven.

Madden estaba hacia la mitad de un largo relato referente a sus primeras batallas en pos de la riqueza, cuando el chino entró de pronto en el salón. Quedóse inmóvil, y, aunque no habló, su aspecto hizo que el millonario se interrumpiese.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Muelto! —dijo, solemnemente, Ah Kim—. ¡Muelto completamente!

—¿Qué diablos está diciendo? —preguntó Madden.

—¡Poblecito Tony! —siguió Ah Kim.

—¿Qué le pasa a Tony?

—¡Poblecito Tony pasa Año Nuevo en *otlo* mundo! —terminó el chino.

Inmediatamente, Madden se puso en pie y salió al *patio*. En el suelo, al pie de su percha, se veía sin vida, al loro chino.



Al pie de su percha, se veía sin vida al loro chino.

El millonario se inclinó y cogió el pájaro.

—¡Pobre viejo Tony! —murmuró—. Ha muerto.

Bob Eden miraba fijamente a Thorn. Por primera vez desde que le conocía, vio deslizarse por sus labios la sombra de una sonrisa.

—Tony era muy viejo —dijo el millonario—, mucho. —Miró fijamente al chino y siguió—: Me esperaba esto. Últimamente, Tony no ha estado tan alegre como antes. —Tendió el pájaro al chino y terminó—: Entiérralo en cualquier sitio, Ah Kim.

En el salón, el reloj dio dos sonoras campanadas. Ah Kim, en la persona de

Charlie Chan, se alejaba lentamente llevando entre las manos el loro muerto, murmurando palabras chinas. De pronto se detuvo y volviendo la cabeza, dijo con toda claridad:

—*Hoo malimali.*

Bob Eden recordó la única frase hawaiana que conocía.

CAPITULO VII

EL CARTERO SALE A PASEAR

Los tres hombres y la joven regresaron al salón. La alegría había desaparecido de todos los rostros.

—¡Pobre *Tony*! —dijo el millonario, cuando todos se hubieron sentado—. Es como si se hubiera muerto un viejo amigo. Hace cinco años que me lo regalaron.

Durante unos instantes permaneció en silencio, con la mirada perdida en el espacio.

Paula se levantó.

—Tengo que volver al pueblo —anunció—. Muchas gracias por la comida, señor Madden. Confío en el viernes, ¿eh?

—Puede usted confiar. A no ser que ocurriese algo. En ese caso, ¿dónde podría verla?

—Estaré en el «Hotel del Desierto». Pero no creo que ocurra nada. Confío en la palabra de P. J. Madden.

—Desde luego, nada ocurrirá. Siento mucho que se tenga que marchar.

Bob Eden se adelantó.

—Tenía ganas de ir a dar una vuelta por el pueblo. Si no tiene usted inconveniente en llevarme hasta allí...

—¡Encantada! —sonrió Paula—. Pero no sé si podré traerle aquí por la noche.

—No se preocupe, volveré a pie.

—No hay necesidad de que vuelva andando —dijo Madden—. Según parece, Ah Kim sabe guiar un auto. Es un criado muy útil ese Ah Kim. ¡Ah Kim! —llamó. Quedóse pensativo unos instantes y luego siguió—: Le voy a enviar al pueblo para que haga algunas compras, pues nuestra despensa está casi vacía. Al volver puede recogerle. —El chino entró en el salón—. Ah Kim, cuando vuelvas del pueblo, traerás en el automóvil al señor Eden.

—*Pelfectamente*. Yo *tlael* —dijo, indiferente, Ah Kim.

—Me reuniré con usted frente al hotel a la hora que diga.

Ah Kim le miró con disgusto.

—¿*Señol clee pien* las cinco?

—Sí, sí. Quedamos pues en que a las cinco allí.

—Si *señol talda* más, Ah Kim *estará* lejos con coche —advirtió el chino.

—Está bien, estaré allí —prometió el joven. Marchó a su habitación y cogió una gorra. Al regresar al salón, Madden le esperaba.

—En el caso de que su padre telefonara, le diré que todo está conforme, ¿no?

A Eden le dio un salto el corazón. No había pensado en aquello. Si su padre regresara por casualidad a la tienda... Pero no, era imposible. Además, no podía cambiar sus planes sin despertar sospechas en Madden.

—Desde luego —dijo, con indiferencia—. Si dice que quiere hablar precisamente conmigo, entonces, que telefonee a las seis.

Cuando salió al corral, la joven estaba poniendo en marcha el coche. Corrió a franquear la valla y una vez el auto estuvo en el arenoso sendero, subió junto a la señorita Wendell.

El vehículo se puso en marcha y, por primera vez, Bob pudo fijarse en el desierto que le rodeaba. A lo lejos, muy lejos, se divisaba la sombra de las montañas cubiertas de nieve. Era esta la única visión de frescura. A ambos lados del coche se extendía una interminable sabana de arena. Todas las plantas que se veían estaban erizadas de amenazadoras púas. Las biznagas, palos verdes y los cactus, parecían troncos quemados en la calcinada extensión sobre la cual brillaba un sol de fuego...

—¿En qué está usted pensando? —preguntó la joven.

Eden se encogió de hombros.

—Esto parece un infierno apagado del que sólo han quedado las pavesas.

—Al principio, el desierto no gusta a nadie —sonrió la joven—. Recuerdo la noche que bajé del tren en Eldorado, hace muchos años, con mi pobre padre. Yo era una niña, llegaba de un suburbio de Filadelfia, o sea, de la civilización. Cuando me encontré en medio de esta salvaje región, sentí unos deseos grandísimos de llorar.

—¡Pobrecita! —murmuró Eden—. Pero ahora le gusta, ¿verdad?

—Sí, el desierto tiene una belleza sobrenatural. Uno pierde aquí la noción del tiempo. Me gustaría que visitara usted Palm Springs en primavera, después de las lluvias... cuando la verbena florece y las plantas más feas se cubren de delicadísimas flores. De todos modos, en cualquier estación existen siempre las noches del desierto, con su techumbre de brillantes estrellas y el ambiente lleno de profunda paz.

—¡Oh! Sin duda es un lugar maravilloso para descansar —asintió Eden—. Pero da la casualidad que yo no estoy cansado.

—¡Quién sabe! Quizá antes de que nos separemos pueda hacerle entrar en la antiquísima orden de los Amantes del Desierto. Las condiciones que se requieren para el ingreso son rígidas: Hay que tener un alma sensible, saber apreciar la belleza... Le aseguro que somos un grupo de gente selecta... la plebe no cuenta entre nosotros.

En aquel momento, un rayo de sol se reflejó sobre una hermosa esmeralda engarzada en un aro de platino.

Eden quedóse sin aliento durante unos instantes.

—¿Qué significa eso? —preguntó al fin.

—¿El qué?

—Ese anillo. No me había fijado en él. ¿Es de compromiso?

—Lo parece, ¿verdad?

—No me diga que se va a casar con un artista de cine.

—Debería usted conocerme mejor.

—Claro que la conozco, pero descríbame ese hombre feliz. ¿A quién se parece?

—A mí.

—Naturalmente —y Bob quedóse callado.

—No está enfadado, ¿verdad? —preguntó la joven.

—Enfadado no —gruñó Eden—. Pero sí herido. Veo que no quiere hablar de ese asunto.

—Verá... algunos incidentes de mi vida debo reservármelos. Sobre todo, cuando se habla con una persona a quien se conoce tan poco.

—Como usted quiera.

El automóvil emprendió la ascensión de las colinas que ocultaban la población de Eldorado y, al poco rato, se detenía ante la puerta del «Hotel del Desierto». Al bajar, Bob preguntó:

—¿Cuándo la volveré a ver?

—El jueves, quizá.

—Para entonces seguramente ya me habré marchado; tengo que verla antes.

—Mañana por la mañana pasaré por delante del rancho. Si quiere, le llamaré.

—Es usted muy amable... pero mañana está muy lejos aún. Mientras cena en el «Oasis», yo me pasaré la noche pensando en usted. Dele usted recuerdos a aquel bistec, si le ve por casualidad. Hasta mañana... ¿Me permite que le compre un despertador?

—No tenga miedo, no me dormiré —rio Paula—. Adiós.

—Adiós, gracias por el viaje —contestó Bob.

Cruzó la calle en dirección a la estación de ferrocarril, que era al mismo tiempo oficina de telégrafos. Frente a la ventanilla del empleado, vio a Will Holley, que esperaba con una larga hoja de papel entre las manos.

—¿Qué tal? —saludó el periodista—. He venido a telegrafiar la interviú. ¿Me buscaba?

—Sí, pero antes quiero enviar también un telegrama.

El empleado, un insignificante joven de cabellos de un rubio arena, levantó la vista.

—Oiga —dijo—, no podré enviarlo. Con el telegrama del señor Holley tengo para una hora lo menos.

Holley se echó a reír.

—Está bien, hombre, puedes interrumpirlo y seguir después de enviar el del señor Eden.

Frunciendo el entrecejo, Eden reflexionó acerca de cómo debía redactar el difícil

mensaje. ¿Cómo indicar la situación a su padre sin que se enterara todo el mundo? Por fin escribió:

«Comprador aquí, pero ciertas condiciones aconsejan que *hoo malimali*. Señora Jordan traducirá estas palabras. Cuando hable contigo por teléfono promete enviar valioso paquete en seguida y luego olvídalo. Cualquier mensaje confidencial para mí envíalo a Will Holley, *Eldorado Times*. Desierto muy bonito, pero demasiados misterios para un joven comerciante como tu amante hijo: Bob.»

Entregó la amarilla hoja de papel al atareado telegrafista, indicándole que lo enviara por duplicado a la oficina de su padre y a su casa.

—¿Cuánto es? —preguntó luego.

Después de consultar un libro, el joven dijo una cantidad que Eden pagó añadiendo una propina, con lo cual asombró más aún al joven.

—¡Vaya día el de hoy! —exclamó—. Siempre pedía un poco de emoción en mi vida, pero ahora que ha llegado, me parece que no estoy en condiciones de resistirla. Sí, señor, lo enviaré por duplicado...

Holley dio algunas indicaciones al joven respecto a la interviú de Madden y salió a la calle con Eden.

—Vayamos a mi despacho —dijo el periodista—. Ahora no hay nadie por allí. Estoy deseando saber lo que ocurre en casa de Madden.

En el destartalado hogar del *Eldorado Times*, Eden se sentó en una silla llena de remiendos, mientras Holley se quitaba el sombrero reemplazándolo por una visera de celuloide. Luego se sentó ante una máquina de escribir.

—A mi amigo de Nueva York le encantará esta noticia —dijo—. Madden ha sido muy amable al concederme la interviú. El nombre de Will Holley volverá a aparecer en los grandes rotativos. Pero, volviendo a usted. Lo que me dijo esta mañana me ha sorprendido bastante. Ayer noche creí que todo iba bien. No me dijo si llevaba o no sobre usted el collar, pero yo creo que lo tiene usted...

—No lo tengo —interrumpió Eden.

—¡Oh! ¿Está todavía en San Francisco?

—No, lo guarda mi compañero.

—¿Su qué?

—Holley, desde el momento en que Harry Fladgate dice que es usted de fiar, es que lo es. Por lo tanto, voy a confiar por entero en usted.

—Eso es muy halagador... continúe.

—Algo me dice que necesitaré su ayuda. —Y después de echar una mirada a su alrededor, le descubrió la verdadera identidad del criado Ah Kim.

Holley sonrió.

—Es muy divertido, siga, siga adelante. Tengo la impresión de que si bien al llegar usted ayer noche al rancho todo parecía normal, en realidad no ocurría así. ¿Qué pasó?

—Ante todo, Charlie creyó que había algo extraño. Lo presentía. Va sabe usted

que los chinos tienen una gran fuerza psíquica.

Holley se echó a reír.

—¿De veras? No creo que haga usted caso de esas tonterías. ¡Oh! Perdón... supongo que habrá tenido otros motivos.

—Le aseguro que al principio a mí también me parecieron tonterías. Me reí de Chan y me dispuse a entregar en seguida las perlas. De pronto, sonó en la oscuridad una llamada de socorro que jamás hubiera esperado oír.

—¡Cómo! ¿Una llamada de socorro? ¿Quién la lanzó?

—Su amigo el loro chino: *Tony*.

—Pero eso no quiere decir nada —dijo Holley.

—Sin embargo, un loro no inventa palabras —le recordó Eden—. No hace más que repetir las. Quizá me he portado como un imbécil, pero lo cierto es que he vacilado en entregar las perlas. —A continuación, explicó cómo aquella mañana había decidido esperar hasta las dos para que, entretanto, Charlie procurase hacer hablar al loro y cómo aquel plazo había terminado con la muerte del animalito—. ¡Y así estamos! —terminó.

—¿Desea mi consejo? —preguntó Holley—. Espero que lo desee, porque, de todos modos, se lo voy a dar.

—Suéltelo —dijo Bob.

Holley le sonrió paternalmente.

—No suponga ni por un momento que no me gustaría creer que ocurre algo en el rancho de Madden... ¡Bien sabe Dios las pocas cosas que ocurren aquí y que un suceso semejante sería como maná caído del cielo! Pero tal como usted se explica, me da la impresión de que ese chino ha logrado contagiarle su estado de nervios.

—Charlie es sincero —protestó Bob.

—No me cabe la menor duda —asintió Holley—. Pero es oriental, y, además, detective. En el rancho de Madden no ocurre nada extraño. Es verdad que *Tony* lanzaba gritos salvajes durante la noche... pero siempre lo había hecho.

—¿Le ha oído usted alguna vez?

—La verdad, no le he oído nunca pedir socorro y gritar asesino, pero cuando llegó aquí, yo vivía en casa del doctor Withcomb y pasaba varias veces al día por delante del rancho de Madden. *Tony* tenía algunas palabras extrañas metidas en la cabeza. Creo que pasó su juventud entre crímenes y actos de violencia. No tiene, pues, nada de particular que la pasada noche graznase de esa manera. Entre el desierto, la oscuridad y las palabras de Charlie, se le ha despertado a usted la fantasía.

—¿Y la muerte de *Tony*?

—Lo que ha dicho Madden. *Tony* era más viejo que esas colinas. Tenga en cuenta que ni siquiera los loros viven eternamente. Eso no es más que una simple coincidencia. Me temo que su padre no esté muy satisfecho, amigo mío. Si Madden llega a enterarse, con lo impetuoso que es, le echará del rancho y dará por terminada la transacción. ¡Y ya le veo a usted de vuelta a casa explicando que no ha cerrado la

venta porque al loro del señor Madden se le ocurrió morir! Muchacho, muchacho... Confío en que su padre es una buena persona, de lo contrario, le aniquilaría.

Eden quedóse pensativo.

—¿Y lo de la falta del revólver? —preguntó.

Holley se encogió de hombros.

—Cosas más extrañas las encontrará en cualquier sitio si las busca. El revólver ha desaparecido, sí, es verdad. ¿Pero qué? Madden puede haberlo vendido, regalado, o llevado a su habitación.

Bob Eden se recostó en su silla.

—Creo que tiene usted razón. Cuanto más reflexiono a la luz del día más estúpido me juzgo. —Por la ventana vio detenerse un automóvil ante la tienda de ultramarinos. Charlie Chan estaba erguido al volante. Salió a la puerta y gritó:

—¡Ah Kim!

El regordete detective se acercó, y, sin decir ni una palabra, entró en la oficina.

—Charlie —dijo Bob Eden—, le presento a un amigo mío, el señor Will Holley. Holley, le presento al sargento Chan, de la Policía de Honolulu.

Al oírse llamar por su nombre, Charlie entornó los ojos y murmuró fríamente:

—¿Cómo está usted?

—El señor Holley es de confianza —le tranquilizó Eden—. Se lo he explicado todo.

—Charlie Chan está en país extraño —replicó el detective—. Tal vez hubiese escogido no dar confianza a nadie. Pero Charlie es rústico sin duda. Señor Holley concederá perdón, ¿verdad?

—Le aseguro a usted que no diré ni una palabra —le dijo el periodista.

Chan no replicó. Quizá se acordaba de otros hombres blancos que también habían dado su palabra.

—De todas maneras, no tiene ninguna importancia —dijo Eden—. Tengo el convencimiento, Charlie, de que estamos persiguiendo fantasmas. Hemos hablado el señor Holley y yo, y, por lo que él dice, debo reconocer que no ocurre nada de particular en el rancho. Cuando regresemos esta noche entregaremos las perlas y volveremos a casa. —El rostro de Chan se ensombreció—. Convenga conmigo en que nos hemos portado como dos viejas medrosas.

Una expresión de ofendida dignidad se reflejó en el rostro del chino.

—Un pequeño momento. Usted dé permiso a vieja miedosa para que diga otra tontería. Hace pocas horas, loro cayó de percha y hundióse en eternidad. Muerto.

—¿Y qué? —dijo, un poco cansado, Eden—. Murió de viejo. No discutamos sobre eso, Charlie...

—¿Quién hace discusión? —preguntó Charlie Chan—. Yo siento desprecio mucho por discusión. Viejas como Charlie, sólo aceptan hechos sin duda. —Cogió una hoja de papel de encima de la mesa de Holley y sacando un sobre del bolsillo, vació su contenido sobre el papel—. Charlie Chan suplica a su joven amigo examine

restos de comida de *Tony*. Tenga amabilidad grande de explicar a mí qué ve.

—Cañamones —contestó Eden—. La comida habitual de un loro.

—Sí —asintió Chan—, cañamones. Pero ¿qué dice usted de polvo blanco que hay tanto?

—¡Caramba! —exclamó Holley.

—Charlie Chan no hace suposiciones. Antes de ir a tienda yo he detenido en farmacia. Hombre inteligente de polvos ha hecho examen. ¿Saben qué ha contestado a Charlie Chan?

—Arsénico —sugirió Holley.

—Sí. Rancheros compran mucho para matar ratas. Loros también mata arsénico. Eden y Holley se miraron asombrados.

—Pobre *Tony* muy enfermo antes de salir grande viaje —siguió Chan—. ¡Muy silencioso, muy enfermo! Charlie Chan ha hecho persecución de asesinos de hombres. Pero ha tenido que venir a continente para hacer persecución de asesinos de loros. Comprendo fama de Estados Unidos.

—¡Le han envenenado! —exclamó Bob— ¿Por qué?

—Famoso refrán de ustedes dice que «Hombre muerto no dice palabras». Loro muerto hace igual. *Tony* hablaba chino como Charlie Chan. Nunca más *Tony* y Charlie Chan hablarán.

Eden se cubrió el rostro con las manos.

—¡Me estoy volviendo loco! —dijo— ¿Qué significa todo esto?

—Usted haga reflexión —indicó Chan—. Loros no hacen invención de palabras. *Tony* gritó: «¡Socorro! ¡Asesino! ¡Aparta ese revólver!». La humilde vieja hace suposición que *Tony* dice palabras que ha escuchado hace tiempo. *Tony* hace repetición, porque palabras han sido recordadas por... ¿por qué?

—Siga, Charlie —suplicó Eden.

—Han sido recordadas por suceso que hizo anticipación a grito. ¿Qué suceso? Charlie Chan ha hecho hondas reflexiones. Quizá *Tony* recordó palabra por ver luz en cuarto que ocupa Martín Thorn, el secretario.

—¿Qué más sabe usted, Charlie? —preguntó Eden.

—Esta mañana, Charlie Chan cumplía deberes de mujer vieja en habitación de señor Thorn. Su mirada ha caído sobre pared y ha visto mancha de papel más oscuro de mismo tamaño que cuadro de desierto que estaba colgado cerca. Hice investigación y llegué a convencerme que cuadro había sido movido de sitio no mucho tiempo antes. ¿Por qué cuadro ha sido apartado? Charlie ha levantado cuadro y debajo ha visto agujero pequeño, quizá de bala de revólver.

Eden lanzó una exclamación.

—¿Un disparo?

—Sí, bala muy hundida en pared. Bala que equivocó su camino y no hizo agujero en cuerpo de persona, que pobre *Tony* oyó gritar socorro hace pocas noches.

De nuevo, Holley y Eden se miraron.

—Bien —dijo el periodista—, ya tenemos lo del revólver de William S. Hart, el que faltaba en la colección. Debemos explicarle eso al señor Chan.

Chan se encogió ligeramente de hombros.

—Ustedes pueden evitar molestia —advirtió—. Ayer noche noté lugar que abandonó revólver junto a compañeros. También encontré esto en basura. —Sacó una arrugada tarjeta, en la cual se leía escrito a máquina: «Regalado a P. J. Madden por William S. Hart. 29 septiembre, 1923»—. Día entero —siguió el detective—, Charlie ha buscado revólver que falta. Éxito no ha acompañado.

Will Holley se levantó y estrechó calurosamente la mano del chino.

—Señor Chan —dijo—, ¿tiene usted toda la razón! —Se volvió hacia Eden y siguió—: No me pida consejo nunca más. Siga el que le dé el señor Chan.

—Lo seguiré —dijo Eden.

—Usted haga reflexión —indicó Chan—. ¿Qué honor ganaré si sigue consejo de vieja?

—Olvídelo, Charlie. ¡Lo siento de todo corazón!

Chan estaba radiante.

—Gracias muchas. ¿Todo conforme? ¿No entregamos collar esta noche?

—¡Claro que no! —aseguró Eden—. Estamos sobre la pista de algo, sabe Dios de qué. En adelante, guiará usted, Charlie. Yo iré donde usted me mande.

—Pero usted es profeta grande —dijo Chan—. Cartero en día de fiesta va a dar paseo largo. Nosotros volvemos a rancho de Madden y encontraremos algo. Alguna persona diría: «Madden está en rancho, entreguen collar y marchen con recibo». Deber no permite a nosotros hacer cosa tan fácil. Si entregamos collar y marchamos lejos, verdad queda oculta y culpable puede marchar. Collar queda ahora en lugar seguro. —Recogió las pruebas del envenenamiento de *Tony* y las guardó en el bolsillo—. ¡Pobre *Tony*! Esta mañana ha dicho a mí que hablaba mucho. Ahora, como *bumerang*^[6] su consejo ha vuelto contra *Tony*. Deber urgente de Charlie Chan de momento es negociar con vendedor carne. Ustedes encontrarán quince minutos después frente hotel.

Cuando hubo salido, Holley y Eden permanecieron callados durante unos instantes.

—Bueno —dijo, al fin, el periodista—, estaba equivocado... ¡completamente equivocado! En el rancho de Madden ocurre algo anormal.

—Sí, ocurre algo, pero ¿qué?

—Todo el día —siguió Holley—, he estado preocupado con esa interviú que me ha concedido Madden. ¿Por qué, sin motivo aparente, habrá roto una de sus costumbres?

—Si me lo pregunta a mí pierde el tiempo —advirtió Eden.

—No se lo pregunto, ya tengo la solución. Después de oír a Charlie he reflexionado sobre ello y he llegado a la siguiente conclusión: Madden sabe que en cualquier momento puede ocurrir algo. Y ese algo ocurrido en su rancho puede

descubrirse y aparecer en todos los periódicos. Entonces se da cuenta de que necesita amigos entre los periodistas. Por eso, al fin, ha descendido de su trono. ¿No tengo razón?

—Parece bastante lógico —asintió Eden—. Me alegro de que haya ocurrido algo. Antes de salir de San Francisco, le dije a mi padre que presentía que me vería envuelto en algún asesinato. Pero lo que ocurre supera a mi fantasía. No hay ningún cadáver, ningún arma, ningún motivo, ningún asesinato. ¡Nada! Ni siquiera podemos demostrar que se haya asesinado a alguien —se levantó—. Bueno, será mejor que empiece a prepararme para volver al rancho.

—Vigile bien —aconsejó Holley—. No se arriesgue. Y si necesita ayuda, recuerde que aquí está Will Holley.

—Esté tranquilo. Adiós. Puede que mañana le vea.

Salió a la calle y se dirigió al «Hotel del Desierto». Era sábado y a tal hora de la tarde Eldorado estaba lleno de rancheros vestidos con pantalones kaki de montar y camisas multicolores. Hombres sencillos, para quienes aquel pueblo era la ciudad. A través de los cristales de la barbería y salón de billares veíase un grupo jugando a los dados. Otros, apoyados en los troncos de los álamos, discutían del mal estado de los caminos, de las cosechas y de la política.



Estaba lleno de rancheros.

Por fin, llegó Charlie y detuvo el cochecito al otro lado de la calle. Eden se dirigió al auto y al subir se fijó en que el detective tenía la vista fija en la puerta del hotel. Al sentarse, siguió la dirección de la mirada del chino.

Un hombre había salido del «Hotel del Desierto». Un hombre que parecía completamente fuera de lugar, entre aquellos rancheros ligeramente vestidos. Llevaba un abrigo abrochado hasta el cuello, el ala del sombrero de fieltro caída sobre los ojos, los cuales, a su vez, quedaban ocultos por unas gafas de cristales ahumados.

—¡Mire quién está allí! —dijo Eden.

—Sí —asintió el chino, mientras el coche bajaba por la calle principal—. Tengo idea de que Hotel Killarney ha perdido huésped importante. Ha perdido, o ha ganado... ¿quién puede decir?

Dejaron la pavimentada calle y en el rostro de Charlie Chan apareció una sonrisa de satisfacción.

—Trabajo grande que hacer —dijo—. Profundos misterios para dar solución. Siento placer grande, estando lejos de casa, tener compañía de viejo amigo.

Bob Eden le miró, sorprendido.

—¿Un viejo amigo? —preguntó.

Chan sonrió.

—En garage Punch Bowl Hill coche igual que este espera regreso de Charlie Chan. Siento impresión de pasear por familiares calles Honolulu.

Llegaron a lo alto de las colinas y ante ellos apareció la maravilla de las maravillas: la puesta de sol en el desierto. Sin fijarse en lo accidentado del terreno, Chan dio todo el gas.

—¡Cuidado, Charlie! —gritó Eden en el momento en que su cabeza estaba a punto de agujerear la capota— ¿Qué le pasa?

—Suplico perdón —dijo Chan, aminorando la velocidad—. Por un instante creí que automóvil sentía también nostalgia que abrumba corazón de Charlie Chan.

CAPITULO VIII

UN JUEGUECITO AMISTOSO

Durante algún tiempo, el hermanito gemelo del coche de Punch Bowl Hill siguió valientemente adelante sin que el detective ni Bob dijeran ni una palabra. La noche iba cayendo lentamente sobre el desierto. Las sombras iban aumentando. La púrpura que teñía las lejanas montañas atenuábase y el viento se hacía por momentos más fresco.

—Charlie —dijo Bob Eden—. ¿Qué le parece este país?

—¿Este desierto?

Eden asintió.

—Siento felicidad grande de haber visto. Siempre he tenido deseos grandes de encontrar cambio. Aquí he encontrado.

—No se parece mucho a Hawai, ¿verdad?

—No. Hawai es como collar de perlas sobre pecho Océano. Humedad siempre en aire, árboles frescos. Aquí muy distinto. Aire es seco como periódico año pasado.

—Pues dicen que si uno se lo propone llega a gustarle este país.

Chan se encogió de hombros.

—Charlie Chan prefiere reservar esfuerzos voluntad para otros lugares. Desierto ha causado impresión grande, pero deseo marchar lejos en seguida.

—Yo también —rio Eden—. Así que llega la noche empiezo a echar de menos las luces de la calle, un pequeño restaurante en O'Farrell Street, unos cuantos amigos y una botella de agua mineral en la mesa.

—Charlie comprende perfectamente a usted. Juventud es en su corazón como canción muy alegre. Por usted tengo deseos grandes de que alejemos pronto rancho Madden.

—Bien. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Abrir bien oídos y esperar. Juventud, creo, no gusta hacer espera. Pero debe ser. Hablando por mí, no gusto trabajo de ahora. Hacer cocina no es idea que Charlie Chan tiene de vacaciones alegres.

—Bien, tendré paciencia lo mismo que usted.

—Usted joven muy deportista, Charlie Chan tiene contento mucho. Problema que se pone frente a nosotros, tiene interés grande. En Honolulu llaman a mí para que investigue crimen. Muerto tiene cuchillo clavado en corazón. Pruebas muchas.

Charlie Chan sigue pista que asesino deja y hace posible descubrimiento. Aquí no ocurre cosa así. Charlie Chan debe dar solución a misterio grande, pero antes ha de hacer descubrimiento de qué misterio es el que debe dar solución.

—Usted lo ha dicho —rio Eden.

—Pero una cosa brilla como nieve blanca en montaña lejos. Una noche cerca, persona fue asesinada en rancho de Madden. Persona es desconocida y asesino es también desconocido. Pero esto con sólo detalles pequeños que hemos de dar solución.

—¿Y qué pista tenemos para empezar?

—Grito de loro en noche. Repentino asesinato de pobre pájaro. Bala escondida detrás de cuadro. Y grande revólver ausente de sus compañeros. Nosotros ganaremos honor grande si hacemos desenredar madeja con tan pocas pruebas.

—Una cosa hay que no comprendo ni poco ni mucho —dijo Eden—. Me refiero a Madden. ¿Está enterado de lo ocurrido, o bien es Thorn quien lo ha hecho todo?

—Pregunta de usted tiene importancia grande —asintió Chan—. Tiempo dará explicación a nosotros. Ahora creo mejor no hacer amigo a Madden. Usted no ha dicho nada, espero, de San Francisco. De Shaky Phil Maydorf y extraño comportamiento de él.

—No, no le he contado nada. Ahora precisamente estaba pensando si no sería mejor después de haber visto a Maydorf en Eldorado.

—¿Por qué? Perlas no corren peligro. ¿Oí en oficina de periódico que usted decía seguiría consejos de Charlie Chan?

—Sí, lo oyó usted.

—Pues hay que *hoo malimali* a Madden. Otro sistema no ganaría nada, perdería mucho quizá. Usted dice que Maydorf está en Eldorado y Madden dice entonces que peligro está aquí y que perlas deben ir a Nueva York. ¿Qué pasa entonces? Usted va de aquí, Madden va de aquí, Charlie Chan va de aquí. Y misterio queda durmiendo para siempre.

—Me parece que tiene usted razón. Pero ¿no cree usted que lo que supone ha ocurrido en el rancho pudo haber sucedido el miércoles por la noche?

—¿Usted tiene motivo para dar preferencia a miércoles por la noche?

Brevemente, Bob Eden explicó al detective lo que había visto Paula Wendell aquella noche. La inquietud de Thorn, cuando salió a abrirla la puerta, su insistencia en que Madden no podía recibirla y, lo más importante, el buscador de oro que vio junto a la valla. Chan le escuchó con interés.

—Tenemos nueva prueba. Buscador de oro puede tener importancia grande para nosotros. La señorita conoce mucho país, ¿no?

—Sí, ha estado muchos años recorriendo los alrededores.

—¿Sabe señorita guardar secretos, quizá?

—Puede estar usted seguro.

—Usted no conceda confianza. Hablar mucho da sentimiento grande. Pero usted

puede decir a señorita que abra mucho ojos para hacer descubrimiento de buscador oro. Quizá buscador oro es detalle de importancia grande. —Se acercaban ya al rancho de Madden—. Usted ahora —siguió Chan—, haga papel niño inocente. Cuando padre de usted conteste a teléfono, usted dará cuenta de que está preparado. Charlie Chan enviado aviso por telégrafo.

—¿Que le ha avisado? ¡Y yo que le he enviado dos telegramas!

—Entonces padre de usted está bien preparado. Charlie ha dado advertencia a padre de usted que a veces voz que suena en teléfono suena también en oídos de otras personas.

—Piensa usted en todo, Charlie.

La puerta del cercado estaba abierta y Charlie detuvo el coche frente al rancho.

—¡Mucho cuidado! —advirtió antes de separarse—. Usted ponga oído atento y ponga cuidado grande que nadie descubra verdadera persona que es Ah Kim. Charlie regresa ahora a humillante trabajo. Adiós.

En el salón, caldeado por un alegre fuego, estaba sentado Madden firmando un montón de cartas. Al oír entrar a Eden levantó la vista de su trabajo y le saludó:

—¿Qué tal? ¿Ha sido agradable la tarde?

—Sí, supongo que usted también la habrá pasado alegremente.

—No, ni siquiera aquí puedo verme libre de los negocios. He estado firmando el correo acumulado de tres días. ¿Ya está usted aquí, Thorn? —siguió al ver entrar a su secretario—. Creo que tendrá tiempo de echar estas cartas al correo antes de la cena... Coja el coche pequeño, que es el más apropiado para este terreno.

Thorn cogió las cartas con gran rapidez, las dobló y las metió en los sobres. Madden se levantó y, acercándose al fuego, preguntó a Bob:

—¿Le ha traído Ah Kim?

—Sí.

—¿Sabe guiar bien? —insistió Madden.

—Muy bien.

—Es un criado poco corriente, ese Ah Kim.

—Según me dijo, el saber guiar le viene de haber conducido un camión de verduras en Los Ángeles —dijo, indiferente, Bob—. Fue lo único que logré sacarle.

—¿Es callado?

—Tanto como un abogado de Northampton, Massachusetts.

Madden se echó a reír.

—Y, a propósito —dijo, en el momento en que Thorn salía—, su padre no ha telefonado.

—¿No? Seguramente no llegará a casa hasta la noche. Si no tiene inconveniente, le telefonaré más tarde.

—¡Ya lo creo que lo deseo! No quisiera que me creyese usted inhospitalario, pero estoy deseando marcharme de aquí, debido a algunas cartas que he recibido... ¿comprende?

—Desde luego. Haré todo lo posible por ayudarlo.

—Es usted muy amable —dijo el millonario. Bob se sintió un poco culpable—. Voy a beber un trago antes de cenar. Eso predispone a una buena digestión —siguió el famoso millonario, quien era mucho más humano de lo que se lo habían pintado—. Las indigestiones son una cosa que a su edad no se conocen... ¡créame que le envidio!

Marchóse, dejando al joven entretenido con la lectura de un periódico de Los Ángeles que había comprado en Eldorado. De cuando en cuando, Bob se daba cuenta de que Ah Kim entraba en el salón ultimando los preparativos para la cena.

Una hora más tarde, Madden, su secretario y Bob, se sentaban ante la mesa dispuesta por Ah Kim. Muy distinta a la que en aquellos momentos servían a la joven en quien estaba pensando. Cuando el criado entró con el café, Madden dijo:

—Enciende el fuego en el *patio*, Ah Kim. Nos sentaremos un rato allí.

El chino salió a cumplir el encargo. Eden vio que Madden le miraba fijamente. Bob sonrió y, levantándose, dijo:

—Supongo que mi padre había ya vuelto de jugar al golf. Voy a llamar por teléfono.

—Ya lo haré yo —dijo Madden—. Dígame el número.

Bob se lo dijo y el millonario lo pidió con un tono que infundía respeto.

—Ayer noche —dijo, al terminar— indicó usted que habían ocurrido ciertas cosas en San Francisco... cosas que obligaron a su padre a tomar ciertas precauciones. ¿Tiene inconveniente en explicármelas?

—Debieron de ser fantasías de un detective, puesto que ahora todo aparece aclarado...

—¿Detective? ¿Qué detective?

—Mi padre, naturalmente, tiene contratos con diversas agencias de detectives privados. Uno de ellos vino con la noticia de que un célebre ladrón había llegado a San Francisco y demostraba mucho interés por nuestro establecimiento. Desde luego, no sería nada...

—¿Un famoso ladrón? ¿Cómo se llamaba?

Bob Eden, que nunca había sido buen embustero, vaciló un momento.

—No recuerdo bien el nombre. Creo que era inglés; el Liverpool Kid o algo por el estilo.

Madden se encogió de hombros.

—Si alguien se ha enterado de la existencia de esas perlas, ha debido de ser por indiscreción de ustedes. Ni mi hija, ni yo, ni Thorn, hemos dicho una palabra de ellas. Hemos sido la discreción personificada. Pero creo que, como usted dice, es producto de la fantasía detectivesca.

—Seguramente.

—Salgamos fuera —invitó el millonario. Y abrió la puerta de cristales que conducía al *patio*, en medio del cual ardía una alegre hoguera que proyectaba rojizos

reflejos sobre los ladrillos de la pared y las sillas de mimbre—. Siéntese —invitó Madden—. ¿Un cigarro? Prefiere sus cigarrillos, ¿verdad? —Encendió un magnífico cigarro puro y, recostándose en su sillón, dirigió la vista hacia el estrellado cielo—. Me gusta mucho más el *patio* que el salón —dijo—. Un poco frío, quizá, pero uno se siente más en pleno desierto... ¿Se ha fijado lo brillantes que son aquí las estrellas?

Eden le miró sorprendido.

—Sí, me había fijado —dijo. Y añadió para sí—: Pero nunca creí que te hubieras fijado tú.

En el salón, Thorn estaba dedicado a la radio. Una horrible serie de cuentos de niños, solos de violín y lecturas morales, llegaban hasta el *patio*. Luego se oyó la agria voz de una mujer, que daba prisa a los pecadores para que se arrepintiesen.

—Coja Denver —gritó Madden a su secretario.

—Ya lo estoy buscando, señor Madden —contestó Thorn.

Por fin cesaron los ruidos parasitarios y se oyó una suave melodía.

—¡Esto es! —asintió Madden—. La orquesta del Brown Palace de Denver. Quizá mi hija está bailando al son de esta música... ¡Pobrecita, debe de estar preocupadísima conmigo! Le prometí estar allí hace dos días. ¡Thorn!

El secretario apareció en la puerta.

—¿Me llamaba, señor Madden?

—Sí, recuérdeme mañana por la mañana que quiero enviar un telegrama a mi hija.

—Perfectamente, señor Madden —y Thorn entró otra vez en el salón.

Durante un rato, los dos hombres guardaron silencio. Por fin, Madden lanzó un profundo bostezo.

—No somos bastantes para jugar al *bridge* —murmuró—. ¿Y si hiciésemos una partidita de póker para pasar el tiempo, muchacho?

—Por mí, encantado. Sin embargo, me parece que es usted un punto demasiado fuerte para mí.

—Pondremos un límite a las apuestas.

Madden se había puesto en pie.

—Vamos, pues —dijo.

Entraron otra vez en el salón y cerraron la puerta.

A los pocos momentos, los tres hombres estaban sentados ante una mesa redonda.

Bob Eden había jugado al póker en la Universidad y hasta se defendía bastante bien en los círculos periodísticos de San Francisco, pero todo aquello era juego de niños comparándolo con el presente. Madden ya no era el hombre que se fijaba en la brillantez de las estrellas. Ahora sólo tenía ojos para ver los colores de las fichas rojas, blancas, azules... Era el Madden bolsista, el hombre que jugaba con ferrocarriles, altos hornos y las finanzas de las naciones; era el Madden que, después de haber pasado el día en Wall Street, iba a tentar la suerte en la ruleta de la Calle 44.

De pronto, a mitad de juego, sonó un golpe en la puerta. Bob Eden sintió que el

corazón le daba un salto.

—¿Quién puede ser? —murmuró el millonario, frunciendo el ceño.

—La policía —sugirió Eden—. Han descubierto la timba —y pensó: «no será verdad tanta belleza».

Mientras recogía las cartas, Madden en persona fue a abrir. Desde donde se hallaba, Eden vio con toda claridad el oscuro desierto y el hombre que había llamado. Era un tipo delgado, al que había visto por primera vez en el muelle de San Francisco y más tarde en el «Hotel del Desierto»; Shaky Phil Maydorf en persona, pero sin los ahumados cristales que habían mantenido ocultos sus ojos.

—Buenas noches —dijo Maydorf; su voz era también sutil y fría—. Supongo que este es el rancho del señor Madden, ¿verdad?

—Yo soy Madden. ¿Qué desea usted?

—Desearía ver a un viejo amigo mío, Martín Thorn, su secretario, ¿sabe usted?

Thorn se levantó y se dirigió hacia el recién llegado.

—¿Qué tal? —dijo, sin el menor entusiasmo.

—Se acuerda de mí, ¿verdad? Soy Henry McCallum. Le conocí en una cena, en Nueva York, hace un año.

—¡Ya lo creo que me acuerdo! —contestó Thorn—. Pase, haga el favor. Le presento al señor Madden.

—Mucho gusto —dijo Shaky Phil.

—Y el señor Eden, de San Francisco —siguió la presentación.

Bob se levantó, quedando frente a frente de Shaky Phil Maydorf. Los ojos de aquel hombre, sin el velo de los lentes, parecían pinchar como las agudas púas de las plantas del desierto. Durante unos momentos miró insolentemente al muchacho. ¿Se habría dado cuenta —pensó Eden—, que sus movimientos en el muelle de San Francisco no habían pasado inadvertidos? De ser así, había que reconocer que sus nervios eran excelentes.

—Me alegro de conocerle, señor Eden —dijo.

—Y yo, señor McCallum —replicó el joven. Maydorf se volvió hacia Madden.

—Espero que no habré venido a interrumpirles —murmuró con una pálida sonrisa—. El caso es que vivo en casa del doctor Withcomb, porque estoy enfermo de los bronquios, y como estos alrededores son tan solitarios, cuando me enteré de que el señor Thorn estaba aquí, no pude resistir la tentación de venir a verle.

—Me alegro mucho de que lo haya usted hecho —dijo Madden, pero el tono de su voz desmentía las palabras.

—Pero por mí no interrumpan la partida —siguió Maydorf—. *Póker*, ¿eh? ¿Es una apuesta particular, o puede entrar cualquiera?

—Quítese el abrigo y siéntese —replicó, agriamente, Madden—. Martín, dele al señor una serie de fichas.

—¡Esto es volver a vivir! —dijo el recién llegado, apresurándose a aceptar— ¿Y qué tal, amigo Thorn?

Con su habitual frialdad, Thorn declaró que estaba perfectamente y el juego se reanudó. Si antes Bob había esperado ganar, ahora perdió ya toda esperanza. La partida se convirtió en una auténtica batalla. El recién llegado era un verdadero genio. Mantenía las cartas apretadas contra el pecho y su rostro parecía tallado en piedra. La batalla se libraba entre él y Madden; Thorn y Eden eran simples espectadores de aquella lucha entre dos gigantes.

En aquel momento, Ah Kim entró con un brazado de troncos para el fuego. Si el espectáculo que vio le causó algún asombro, no lo demostró. Madden le ordenó que sirviese unos *whiskys* con soda y, mientras el chino colocaba los vasos sobre la mesa, Bob Eden advirtió con un estremecimiento que el estómago del detective estaba a un palmo escaso de las largas manos de Shaky Phil. ¡Si el terrible Maydorf hubiese sabido...!

Pero este no pensaba en aquel momento en las perlas Phillimore. Su atención estaba reconcentrada en el juego.

—Una carta —pidió.

El timbre del teléfono resonó en la habitación. El corazón le dio un brinco a Bob Eden. Lo había olvidado por completo. Por fin, iba a hablar con su padre, mientras Shaky Phil Maydorf estaba a pocos pasos de distancia. Al ver que Madden le miraba, se levantó.

—Supongo que es para mí.

Cruzó el salón en dirección al teléfono.

—Óigame...

—...

—¿Eres tú, papá?

—...

—Sí, soy Bob. Llegué sin novedad... Paso unos días con el señor Madden. Sólo quería que supieras dónde estoy.

—...

—Sí, esto es todo. Todo. Puede que te llame mañana por la mañana. ¿Ha sido bueno el partido?

—...

—¡Qué lástima! Adiós.

Madden se levantó violentamente. Su rostro estaba como la grana.

—Espere un momento —gritó.

—Sólo quería que mi padre supiera dónde estoy —dijo, rápidamente, Eden. Se sentó otra vez en su silla—. ¿Quién da ahora?

Madden ahogó una maldición y de nuevo siguió el juego. Eden estaba radiante. Otro nuevo retraso, pero esta vez la culpa no era de él, sino de P. J. Madden.

Al ver que su tercer montón de fichas se esfumaba rápidamente, pensó con cierto disgusto que la noche estaba empezando y que el tiempo no tiene ninguna importancia en el desierto.

—Otra mano y me retiro —dijo, con firmeza.

—Otra mano y nos retiramos todos —gruñó Madden. Parecía abrumado.

—Entonces hagamos una puesta buena —dijo Maydorf—. Quitemos el límite.

Fue una excelente mano, e inesperadamente, una lucha entre Maydorf y Bob Eden. Con la débil esperanza de completar dos parejas, el joven se encontró con cuatro nueves entre las manos. Quizá debía haberse fijado en que Maydorf sostenía sus posturas, pero no lo notó y fue aumentando las puestas. Por fin, mostró sus cartas y vio reflejarse una diabólica sonrisa en el rostro de Shaky Phil.

—¡Cuatro reinas! —dijo, extendiendo sus cartas con un gesto de experto—. La suerte siempre está con las señoras. Creo que todos ustedes me pagan.

Le pagaron. Bob Eden contribuyó de bastante mala gana con cuarenta y siete dólares. «Los cargaré a gastos generales», pensó.

El señor Maydorf estaba de un humor maravilloso.

—Ha sido una velada agradabilísima —dijo, mientras se ponía el abrigo—. Si puedo, me dejaré caer por aquí otra noche.

—Buenas noches —gruñó Madden.

Thorn cogió una linterna eléctrica de un cajón.

—Le acompañaré hasta la puerta de la valla —anunció.

Bob Eden sonrió. ¡Una linterna con la luna bañándolo todo con su luz plateada!

—Es usted muy amable —dijo el forastero—. Buenas noches, caballeros, y muchas gracias. —Y, sonriendo alegremente, siguió al secretario.

Madden cogió un cigarro y lo mordió con rabia.

—¿Para eso hemos llamado a su padre? —preguntó, furioso.

El joven sonrió.

—¿Qué quería usted que hiciese? ¿Decirlo todo delante de aquel pájaro?

—No, pero no tenía necesidad de colgar tan pronto el aparato. Iba a hacerle salir del salón. Ya está llamando otra vez a su padre.

—De ninguna manera —contestó Eden—. Se ha acostado ya y no quiero despertarle hasta mañana por la mañana.

El rostro de Madden estaba rojo como la púrpura.

—Le repito que llame a su padre. Cuando doy una orden, estoy acostumbrado a que la obedezcan.

—¿De veras? Pues esta vez no será así.

Madden le lanzó una mirada aniquiladora.

—Joven... usted... usted...

—Ya lo sé —le interrumpió Eden—. Pero ha sido culpa suya. Si insiste en llenarse el rancho de desconocidos debe aceptar las consecuencias de ello.

—¿Quién ha llenado el rancho? Yo no invité a ese idiota. ¿Dónde demonios le conocería Thorn? Ese Thorn a veces se porta como un imbécil. —El secretario entró y dejó la lámpara en el cajón de donde la había sacado. Su jefe le miró con profundo disgusto—. Supongo que su amigo se habrá marchado encantado —dijo, con

sarcasmo.

Thorn se encogió de hombros.

—Lo siento mucho, señor Madden. No he podido impedirlo. Ya ha visto usted cómo se ha metido en casa.

—La culpa es de usted por conocerle. ¿Quién es ese hombre?

—Es un agente de bolsa o algo por el estilo. Le doy mi palabra, señor Madden, de que no somos amigos. Ya sabe usted cómo es esa clase de gente.

—Bien, pues mañana por la mañana va a verle y le dice que aquí no queremos más visitantes. Dígale de mi parte que si vuelve a comparecer por aquí le echaré a puntapiés.

—Está bien, señor Madden. Mañana por la mañana iré a casa del doctor y se lo diré con diplomacia.

—¡Nada de diplomacias! —rugió el millonario—. No gaste diplomacia con un hombre como ese. Yo no la emplearé si le vuelvo a ver por aquí.

—Bien, señores, me voy a la cama —dijo Eden.

—Buenas noches —contestó Madden.

Bob encontró en su habitación a Ah Kim, ocupado en encender el fuego. Cerró cuidadosamente la puerta y dijo:

—Charlie Chan ya había notado —sonrió el detective.

—Shaky Phil nos ha limpiado. Se me ha llevado cuarenta y siete dólares como cuarenta y siete soles.

—Humildemente, Chan aconseja a usted tenga cuidado —advirtió el chino.

—Humildemente creo que tiene usted razón —rio Eden—. Tenía la esperanza de que usted estuviera fuera cuando Thorn y nuestro amigo se dirigieron a la puerta de la valla.

—Charlie Chan estaba. Pero luna daba luz fuerte y acercarse cerca costaba dificultad grande.

—De una cosa estoy seguro —explicó Bob—. P. J. Madden no había visto nunca a Shaky Phil. O eso, o es el mejor actor que ha existido, desde que murió Edwin Booth.

—Thorn, sin embargo...

—¡Oh! Thorn le conoce perfectamente. Pero no ha sentido la menor alegría al verle. El modo que ha tenido de portarse Thorn parece indicar que Shaky Phil tiene algún poder sobre él.

—Cosa posible —asintió Chan—. Hace recordar último descubrimiento.

—¿Ha descubierto algo, Charlie? ¿Qué?

—Esta noche, cuando Thorn ha corrido a ciudad con coche, he hecho registro en habitación de secretario.

—Siga, que pueden interrumpirnos.

—Debajo montaña grande de camisas blancas, está revólver 45 que señor William S. Hart hizo regalo a señor Madden.

—¡Caramba!

—Dos balas están descargadas. Usted haga reflexión.

—Ya he reflexionado. Se trata de dos disparos.

—Charlie Chan da humilde consejo que usted duerma para hacer fuerzas emociones de mañana. —Al llegar cerca de la puerta, el detective se detuvo y añadió —: ¿Dónde fueron balas? Contestación es: nosotros sabemos destino de una. Hizo agujero en pared que cubre cuadro de desierto.

—¿Y la otra? —preguntó, pensativo, Bob.

—Otra no sabemos agujero que hizo. Vigilaremos y quizá hagamos descubrimiento. Buenas noches. Muchos sueños felices.

CAPITULO IX

VIAJE NOCTURNO

El domingo por la mañana, Bob Eden se levantó a una hora que para él era asombrosamente temprana. Varios factores se unieron para conseguir el extraño fenómeno: El sol del desierto que inundó su habitación y los gallos del *patio* que lanzaron al aire sus alegres *kikirikís*. A las ocho de la mañana, estaba ya en el corral, dispuesto para todo lo que el día le deparase.

El día era magnífico. En aquel momento, el desierto estaba habitable. La frescura de la noche perduraba aún en el ambiente. Las nubes que coronaban los lejanos y nevados montes tenían reflejos multicolores y, si bien, como todos los de su edad, Bob pretendía no sentir la menor emoción por el encanto de la naturaleza, salió a dar un paseo por los alrededores del rancho, sintiendo que su corazón se llenaba de la alegría de vivir.

Al dar la vuelta al granero, encontró a Thorn abriendo un hoyo en la arena. Junto a él había un cesto. Con su traje oscuro y el sudoroso y pálido rostro, parecía un enterrador acomodado.

—¡Hola! —saludó Eden— ¿A quién entierra esta mañana?

Thorn dejó de cavar. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

—Alguien tiene que hacerlo —se quejó—. El nuevo cocinero es demasiado gandul y si todo esto se tirase por aquí, los alrededores del rancho parecerían pronto un estercolero.

Y con un ademán señaló el cesto lleno de botes de hojalata.

—Se desea secretario particular para que entierre latas de conservas —sonrió Eden—. Otra nueva fase de su profesión, Thorn. Es una buena idea esa de enterrarlos —añadió, cogiendo uno de los botes—. Sobre todo, este que veo ha contenido arsénico.

—¿Arsénico? —murmuró Thorn, secándose la frente—. ¡Ah, sí! Empleamos bastante. Para matar ratones, ¿sabe?

—¡Sí, claro, ratas! —murmuró Eden, dando a su voz una extraña inflexión, al mismo tiempo que dejaba el bote en el mismo sitio.

Thorn vació el contenido del cesto dentro del hoyo y, en seguida, lo cubrió con la arena que había sacado. Bob, haciendo el papel de mirón indiferente, le observaba con toda atención.

—¡Así! —dijo el secretario, aplanando la arena sobre la excavación—. He tenido siempre pasión por la limpieza —cogió el cesto—. Y, a propósito —añadió—, si no se ha de ofender, quisiera darle un consejo.

—Tendré una gran satisfacción en escucharlo —dijo Eden, echando a andar junto a él.

—No sé las ganas que tendrá su padre de vender ese collar. Pero hace quince años que estoy al servicio del señor Madden y puedo asegurarle que no es persona a quien se pueda hacer esperar impunemente. No me extrañaría que le dijese que había decidido no comprar las perlas.

—Yo hago todo cuanto puedo. Además, el señor Madden ha conseguido una verdadera ganga y sólo con que reflexione un momento...

—En cuanto P. J. Madden pierde la paciencia —dijo Thorn—, ya no se detiene a pensar. Yo sólo me limito a advertírselo a usted.

—Muchas gracias —contestó, con indiferencia, Eden.

Thorn dejó la pala y el cesto junto a la puerta de la cocina, de la cual salía un agradable olor de tocino frito. Lentamente, el secretario se dirigió hacia el patio. Ah Kim salió de la cocina; su rostro estaba como la grana a causa del calor del fogón.

—*Puenos días, señol* —dijo—. *Ustel* ha visto *salil* el sol esta mañana.

—Me he levantado muy pronto, pero no tanto —contestó el joven. Viendo que Thorn se metía en su habitación siguió—: He estado contemplando a nuestro amigo Thorn mientras enterraba unas cuantas latas. Entre otras, la que últimamente contuvo arsénico.

Chan dejó de interpretar el papel de Ah Kim.

—Señor Thorn hombre mucho trabajador —dijo—. Quizá pronto, trabajo suyo mucho mayor. Equivocación lleva a otra equivocación. Chinos tienen refrán que dice: «Hombre que sube a caballo en tigre feroz no puede bajar».

Madden apareció en el patio.

—¡Eh, Eden! —llamó—. Su padre está al aparato.

—Veo que papá se ha levantado muy pronto —murmuró el joven, mientras se reunía con el millonario.

—Le he llamado yo —dijo Madden—. Ya he perdido demasiado tiempo.

—¿Qué tal, papá? —preguntó Bob—. Esta mañana puedo hablar con toda tranquilidad. Todo está conforme aquí.

—¿El señor Madden, dices? Sí, está perfectamente. Ahora está junto a mí. Dice que quiere en seguida el collar.

—Muy bien, se lo enviaremos en seguida —contestó Eden padre.

Bob lanzó un suspiro de satisfacción. Su telegrama había llegado.

—Dígale que lo envíe hoy mismo —ordenó Madden.

—Pregunta el señor Madden, papá, si podrás enviar hoy el collar.

—Imposible —contestó el joyero—. No lo tengo aquí.

—Hoy no puede ser —dijo Bob a Madden—. No lo tiene...

—Ya le he oído —rugió Madden—. Deme el teléfono. Óigame, Eden, ¿qué quiere usted decir con eso de que no tiene el collar?

Bob pudo oír la respuesta de su padre.

—¡Oh, señor Madden! ¿Cómo está usted? Las perlas estaban en bastante mal estado... no podía dárselas tal como estaban. Se las entregué a uno de mis colegas para que las limpiase...

—Un momento, Eden —tronó el millonario—. Voy a hacerle una pregunta. ¿Entiende usted el inglés, o no? ¡Cállese mientras hablo! Le voy a decir una cosa. ¡Quiero las perlas en seguida, ahora, *pronto*^[7]!. ¿Me entiende? ¡Me importa un comino que estén limpias o sucias! ¡Las quiero en seguida! Creo que me habrá entendido.

—Perfectamente —replicó el amable padre de Bob—. Mañana por la mañana me las entregarán y se las enviaré mañana por la noche.

—Lo que significa que llegarán al rancho el martes por la noche. Me va usted a matar de un disgusto, Eden. Me dan ganas de echarlo todo a rodar y que se quede usted con esas malditas perlas... —El millonario se detuvo un momento. Bob le oyó respirar fatigosamente—. ¿Me promete que el collar saldrá hacia aquí mañana por la noche?

—Le doy mi palabra —contestó el joyero—. Se las enviaré mañana lo más tarde.

—Está bien. Tendré que esperarme. Pero conste que es la última vez que le compro nada a usted. Adiós.

Trémulo de ira, el millonario colgó el teléfono. Su malhumor continuó durante el almuerzo y los esfuerzos de Eden para animar la conversación resultaron completamente vanos. Después del almuerzo, Thorn cogió el coche pequeño y desapareció a lo largo de la carretera. Bob Eden salió al cercado para esperar a Paula.

Mucho antes de lo que se atrevía a confiar, terminó su espera. Paula Wendell, fresca y adorable como una mañana de California, llegó en su automóvil, deteniéndose junto a la cerca de espino.

—¿Cómo está usted? —dijo—. Suba. Hace el efecto de que se alegra de verme.

—¡Alegrarme! Ya lo creo, señorita. ¡Es usted mi salvavidas! Las relaciones no son muy amistosas esta mañana en esta antigua casa. Le parecerá a usted increíble, pero el señor P. J. Madden no siente la menor simpatía por mí.

Paula puso en marcha el automóvil y dijo, riendo:

—¡Qué hombre más loco!

—Sí que está loco. ¿Sigue usted luchando con los pétreos bistecs del «Oasis»?

—No faltaba más. Bueno, dígame ahora, ¿qué le ha parecido la mañana? ¿Había visto alguna vez un colorido semejante?

—Nunca. Y no ha sido logrado con potingues de tocador.

—Estoy hablando del desierto. Fíjese en aquellos picos nevados.

—¡Encantadores! Pero, si no tiene usted inconveniente, prefiero mirar cosas más próximas. Sin duda, le habrá dicho que es usted muy guapa.

—¿Quién?

—Wilbur, su novio.

—Se llama Jack. No critique a un hombre honrado cuando no está presente.

—Claro que es un hombre honrado, de no serlo no le hubiera aceptado usted. Pero aunque sea así, escuche lo que voy a decir, señorita. El matrimonio es la solución de los débiles.

—¿Usted lo cree?

—Estoy seguro. He reflexionado mucho sobre ese asunto. Como ejemplo, tengo mi propio caso. De cuando en cuando he encontrado una joven cuyos ojos decían: «Me casaré contigo, si quieres». Pero yo he sido cauto y me he mantenido fuerte.

—¿Siempre?

—Siempre. ¡Y encantado! Soy libre. Hago lo que me da la gana. Cuando llega la noche y las luces empiezan a encenderse a lo largo de la Unión Square, no tengo que hacer más que coger el sombrero y nadie me dice «¿Dónde vas, Bobito? ¿Te acompaña?»

—¿Nadie?

—Ni un alma viviente. ¡Es maravilloso! Y usted... su caso es exacto que el mío. Claro que hay millones de muchachas que no tienen cosa mejor que hacer que casarse. Allá ellas. Pero usted... usted que tiene un trabajo estupendo. El desierto, las colinas, los cañones... ¡y quiere abandonar todo eso por una cocina de gas en un piso interior!

—Quizá podamos tener una criada.

—Infinidad de gente puede tener una criada, pero ¿dónde encontrarla? Yo la aviso... reflexione bien. Ahora tiene usted de todo lo que le hace falta... con el matrimonio se terminará. Tendrá que zurcir los calcetines de Wilbur...

—Ya le he dicho que se llama Jack.

—¿Y qué? No por eso romperá menos calcetines. Me da rabia pensar que una joven como usted ha de estropearse las manos...

—Hay mucho de verdad en lo que usted dice —admitió Paula.

—Sólo le he recordado lo más elemental —le aseguró Bob.

La joven guio el coche a través de una puerta.

Eden vio un magnífico rancho rodeado de pequeñas construcciones.

—Estamos en casa del doctor Withcomb —dijo Paula—. Es un hombre muy simpático el doctor. Quiero que se conozcan.

Paula le guio hasta un salón no tan lujosamente amueblado como el de Madden, pero con muchas más comodidades. Cerca de una ventana se veía a una mujer de pelo cano. Su rostro era bondadoso y sus ojos serenos y atrayentes.

—Buenos días, doctor —dijo la joven—. Le he traído un visitante.

La mujer se levantó y su sonrisa pareció iluminar la habitación.

—¿Qué tal, joven? —dijo, estrechando la mano de Bob.

—¿Usted es el doctor? —preguntó, asombrado, Bob.

—¡Claro! —contestó la mujer—. Pero usted no me necesita, está perfectamente.

—Y usted también —contestó el joven—. Aunque no soy doctor, también sé apreciarlo.

—Cincuenta y cinco años —dijo la mujer—, pero en salud, no tengo que envidiar a ningún joven. Siéntese usted. Disponga de toda la casa. ¿Dónde vive?

—En el rancho de Madden.

—Ya me he enterado de que está aquí. Ese P. J. Madden no es un verdadero vecino. Le he ido a visitar varias veces, pero él nunca me ha devuelto la visita. Es muy orgulloso. Esas gentes no son para vivir en el desierto. Aquí todos somos amigos.

—Por lo menos, usted ha sido una amiga para muchos —dijo Paula.

—¿Para qué vivimos, sino para ayudarnos los unos a los otros? —murmuró la doctora Withcomb—. He hecho lo que he podido y sólo siento no haber podido hacer más.

Bob Eden se sintió empequeñecido ante aquella mujer.

—Venga, le voy a enseñar mis dominios —invitó la doctora—. He hecho un vergel florido de lo que antes era un trozo de desierto, espero que conste así en la lápida de mi tumba. ¡Tenía que haber visto cómo estaba esto cuando llegué! Un gato y un rifle era todo lo que yo poseía. Y el gato no quiso quedarse aquí. Mi primera casa la construí con mis propias manos. Estaba a cinco millas de Eldorado... sin embargo, cada día iba al pueblo y volvía a casa. Entonces aún no se conocía al señor Ford.

Les guio hasta las casitas que rodeaban el rancho. Rostros cansados se iluminaron al verla acercarse. Ojos llenos de tristeza brillaron de esperanza.

—Han acudido a ella de todo el país —dijo Paula—. Y ella les ha dado nueva vida...

—¡Bah! —exclamó la doctora—. No he hecho más que portarme como una amiga con ellos. El mundo es duro. La amistad hace milagros.

En la puerta de una de aquellas casitas encontraron a Martín Thorn conversando animadamente con Shaky Phil Maydorf. Hasta este se ablandó un poco durante las breves palabras que cambió con la doctora.

Por fin, cuando con bastante disgusto se marcharon, la doctora Withcomb le acompañó hasta la puerta.

—Venga a menudo a verme, joven —dijo.

—Se lo aseguro —contestó Bob Eden. Durante unos instantes conservó entre las suyas la fuerte mano de la mujer—. ¿Sabe que empiezo a descubrir cierta belleza en el desierto? —dijo.

La doctora sonrió.

—El desierto es viejo, pero, por lo mismo, está lleno de sabiduría. Si uno sabe verla, se descubre mucha belleza en él. Pero no todos pueden. —Y terminó—: Recuerde que la puerta de la casa de la doctora Withcomb está siempre abierta.

Durante un rato, los dos jóvenes fueron en silencio.

—Me ha hecho el mismo efecto de cuando iba a casa de la tía Evangelina —dijo Eden—. Al marcharme, estaba esperando que me diese un buñuelo.

—Es una mujer admirable. La conozco muy bien. Fue la luz de sus ventanas la primera cosa que vi al llegar al desierto. Y la luz de sus ojos... ¡Nunca lo olvidaré! Los seres grandes no están todos en las ciudades.

Siguieron adelante. El sol del mediodía caía a plomo sobre ellos; un suave vapor parecía velar las lejanas colinas que señalaban el emplazamiento de Eldorado. Los pensamientos de Bob Eden volvieron a los extraños problemas que se enfrentaban con él.

—No me ha preguntado usted todavía a qué he venido aquí —dijo.

—No —contestó la joven—, sabía que pronto se daría usted cuenta de que en el desierto todos somos amigos y entonces me lo diría.

—Lo haré... algún día. De momento... no puedo. Pero, volviendo a la noche de su primera visita a Madden... Dígame, ¿presintió usted que ocurría algo raro?

—Sí.

—Yo sólo puedo decirle que probablemente tuvo usted razón. —La joven le dirigió una rápida mirada—. Y tengo que descubrir si no se equivocó. Daría cualquier cosa por encontrar aquel viejo buscador de oro. ¿No hay alguna posibilidad de que le vuelva usted a ver?

—Cabe dentro de lo posible.

—Si ocurriera así, ¿podría avisarme en seguida, si no es pedir mucho?

—Tendré un gran placer. Por más que creo que el hombre debe de estar ya, por lo menos, en Arizona. ¡La última vez que le vi corría mucho!

—Razón de más para desear encontrarlo —dijo Eden—. Quisiera... poder explicarle... No es que no tenga confianza en usted. Es... que ese secreto no me pertenece.

—Lo comprendo. No tengo interés en conocerlo.

—A cada minuto que pasa me parece más encantadora.

Por fin, el coche se detuvo frente al rancho de Madden y Bob bajó de él. Durante unos segundos contempló los serenos ojos de la joven y sonrió.

—¿Sabe una cosa? —dijo—. Antes sentía cierta antipatía por Wilbur. Pero ahora me doy cuenta de que Wilbur me ha hecho un gran favor. Ya no siento la menor antipatía hacia él. Hasta el último instante de mi vida le daré las gracias de todo corazón.

—¿De qué diablos está usted hablando?

—¿No me entiende? Pues es muy sencillo. Acabo de darme cuenta de que he estado al borde de la mayor tentación de mi vida. Pero ya no tengo que preocuparme, Wilbur me ha salvado. ¡Simpático Wilbur! Salúdele de mi parte la próxima vez que le escriba.

—No se preocupe. Aunque no hubiera existido Wilbur, su libertad no corría el

menor peligro. Ya hubiese yo velado por ello.

—No me tranquiliza, prefiero la seguridad de ahora. A ver cuando volvemos a dar otro paseo juntos. Me sabe mal que se vaya... el resto del domingo será muy triste. ¿Le importaría que fuese al pueblo esta tarde?

—Lo más probable es que ni siquiera me entere. Adiós.

La predicción de Bob respecto al domingo resultó cierta... fue interminable y triste. A las cuatro de la tarde ya no pudo resistir más. El calor había aminorado, pues habíase levantado un agradable vientecillo; el muchacho, con permiso de Madden, quien seguía de pésimo humor, cogió el automóvil y marchó hacia las diversiones de Eldorado.

Estas eran, al parecer, muy pocas. Junto a una de las ventanas del «Hotel del Desierto» el propietario leía un interminable periódico dominical. La calle principal estaba completamente desierta. Después de dejar el auto frente al hotel, el joven se dirigió a la oficina de Holley.

El periodista salió a la puerta a recibirle.

—¿Qué tal? —dijo—. Estaba deseando que viniese. Hay un telegrama para usted. Eden cogió el amarillo sobre y se apresuró a abrirlo. El mensaje era de su padre.

«No sé qué ocurre, pero estoy muy inquieto. De momento seguiré tus instrucciones. Tengo plena confianza en vosotros, pero te recuerdo que situación mía sería muy embarazosa si se perdiese venta. Los Jordan desean se lleve a cabo venta y Víctor amenaza marchar a esa en cualquier momento. Tenme al corriente.»

—¡Caray! —exclamó Eden— ¡Eso si que estaría bien!

—¿El qué? —preguntó Holley.

—Víctor amenaza con venir aquí. Victor es el hijo de la propietaria de las perlas. ¡Sólo nos faltaba ese idiota!

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Holley, sentándose.

—Varias cosas —replicó Bob Eden—. Empezaré por la mayor tragedia; ¡me han limpiado cuarenta y siete dólares! —Y explicó lo de la partida de póker—. Luego, he descubierto al señor Thorn enterrando un bote que había contenido arsénico. Además, Charlie ha descubierto en la habitación de Thorn el revólver de William S. Hart. Faltaban dos balas.

Holley lanzó un silbido.

—¿De veras? Me parece que su amigo Chan va a mandar a la cárcel a ese Thorn.

—Quizá —admitió Bob—. Pero falta aún mucho. Uno no puede acusar de asesinato a un hombre sin encontrar antes el cadáver.

—¡Oh! ¡Ya lo encontrará Chan!

—Quizá sí. Pero este asunto no me satisface. Me gustan las emociones, pero claras, no como la de ahora, que uno no sabe de qué va. ¿Sabe algo de su interviú?

—Sí, mañana la publicarán en Nueva York. —Los cansados ojos de Will Holley se iluminaron—. Cuando usted ha llegado, estaba recordando mis tiempos de periodista en Nueva York —y señaló un grueso libro de recortes que estaba sobre la

mesa—. Algunas de las cosas que escribí para el viejo *Sun* —explicó—. ¡No están mal del todo!

Bob Eden cogió el libro y lo hojeó.

—Yo he pensado entrar en el periodismo —dijo.

Holley le lanzó una rápida mirada.

—Piénselo dos veces —le advirtió—. ¿Qué puede ofrecerle el periodismo a usted, que tiene un negocio que marcha viento en popa? Menos mal, mientras uno es joven, pero cuando llega a la vejez... —Se levantó y dejó caer una mano sobre la espalda del muchacho—. Cuando uno es viejo, y la vejez llega a los cuarenta, ¿entonces qué? A copiar telegramas hasta el día en que el dueño sale a dar una vuelta por la oficina, os ve una cana y dice: «Echad de aquí ese vejstorio. Yo quiero hombres jóvenes». No, amigo mío, no se dedique al periodismo. Tenemos que hablar usted y yo.

Y hablaron. Eran las cinco cuando Holley se levantó y cerró su libro de recortes.

—Vamos —dijo—. Le invito a cenar en el «Oasis».

Sentada a una de las mesas vieron a Paula Wendell.

—¿Cómo están ustedes? —les saludó—. Vengan aquí. Esta noche me siento derrochadora, ceno en una mesa.

Los dos hombres se sentaron frente a ella.

—¿Ha sido el día tan triste como esperaba? —preguntó la joven a Bob.

—Muy triste por contraste después de haberla visto a usted.

—Pidan gallina —aconsejó Paula—, se ha criado en la casa y no está mal del todo.

Siguieron el consejo. Cuando aparecieron las amplias fuentes, Bob Eden arqueó el pecho, se lo golpeó con las manos y dijo:

—¡Pónganse a salvo, que voy a partir esa piedra!

Holley miró la gallina.

—Parece la misma de siempre —suspiró—. ¡No sé que daría por una comidita casera!

—Debería usted casarse —sonrió la joven—. ¿No cree usted, señor Eden?

Bob se encogió de hombros.

—He conocido varios individuos que se casaron con la esperanza de gozar de las comiditas caseras. Ahora vuelven a los restaurantes, con la única diferencia de que tienen que llevar con ellos a su mujercita. ¡Doble cuenta y menos comida!

—¿A qué es debido ese cinismo? —preguntó Holley.

—¡Oh! El señor Eden es enemigo acérrimo del matrimonio —contestó la joven—. Hoy mismo me lo estaba diciendo.

—Sólo trataba de salvarla —explicó Eden—. Wilbur le ha robado su inocente corazón.

—¿Wilbur? —preguntó, extrañado, Holley.

—Insiste en llamar a Jack con ese nombre —dijo la joven—. Es su irrespetuosa manera de referirse a mi novio.

Holley miró el anillo.

—Aunque no le conozco, le felicito de todo corazón —dijo.

—Y yo —siguió Eden—. Como decía este mediodía...

—No interesa —le interrumpió la joven, y añadió, dirigiéndose al periodista—: Despiértese, Will. ¿En qué estaba usted pensando?

—Estaba recordando la cena que me sirvieron una noche en Mouquin's —replicó—. Según he oído decir, lo han cerrado ya hace tiempo. Ha desaparecido, lo mismo que otros alegres lugares. A veces me pregunto si me gustaría ahora Nueva York...

El periodista habló del viejo Manhattan que había conocido. Para Bob, el tiempo transcurrió sin notarlo. Al levantarse, Eden se fijó en un hombrecillo con aspecto de profesor universitario que estaba sentado a una mesa próxima.

—Buenas noches, vecino —dijo Holley.

—Buenas noches —contestó el desconocido.

—¿Ha venido a observarnos? —preguntó el periodista, pensando en el próximo número de su periódico.

—No, he venido a ver si consigo algún ejemplar de rata canguro —contestó el hombre—. Me han dicho que existe aquí una variedad, cuya cola mide tres milímetros más que las conocidas hasta ahora.

—¡Ah! —exclamó Holley—. Ya entiendo, naturalista, ¿eh? Déjese caer por la oficina del *Times* uno de estos días y hablaremos un rato.

—¡Encantado! —dijo el pequeño naturalista.

—Pero ¿quién está aquí! —exclamó, de pronto, Holley. Bob Eden se volvió a tiempo de ver entrar en el «Oasis» a un chino que parecía tan viejo como el desierto. Su rostro tenía el color de una pipa de espuma después de varios años de uso—. Louie Wong —explicó Holley—. De vuelta de San Francisco, ¿eh Louie?

—¿Qué tal? —dijo Louie con voz chillona—. Ya he vuelto.

—¿No te podías acostumbrar a estar lejos de aquí? —insistió Will.

—San *Flancisco* no bueno —contestó Louie—. Todo tiempo lluvia ha caído *soble* mí. Más bonito *desielto*.

—¿Otra vez a casa de Madden? —preguntó Holley. Louie asintió—. Tienes suerte, Louie. El señor Eden se dirige ahora al rancho y puedes ir con él.

—Desde luego —asintió Bob.

—Voy a *tomal* té caliente. Usted *espelal* un poquito —dijo Louie, sentándose ante el mostrador.

—Está bien, te esperamos frente al hotel.

Salieron los tres a la calle. El naturalista les siguió y después de despedirse de ellos desapareció en las tinieblas.

Ni Holley ni Eden dijeron palabra.

—Ustedes me perdonarán —dijo Paula Wendell—. Tengo que escribir algunas cartas.

—¡Ya no me acordaba! —exclamó Eden—. Bueno, no se olvide de dar recuerdos

de mi parte a Wilbur.

—Son cartas de negocios —contestó, severamente, la joven.

—¿De manera que Louie Wong ha vuelto? —murmuró Eden— ¡Pues nos ha fastidiado!

—¿Por qué? Louie puede tener mucho que contar.

—Quizá. Pero en cuanto vuelva a su trabajo... ¿qué será de Charlie? Le despedirán y yo me quedaré solo en el escenario. Y no me sé muy bien mi papel.

—No se me había ocurrido. Sin embargo, hay trabajo sobrado para dos criados en el rancho de Madden. Me parece que se quedará con los dos. Entonces Charlie podría hacer hablar a Louie. Nosotros podríamos estarle haciendo preguntas durante un año entero y no enterarnos de nada. Pero Charlie es distinto.

Poco después, Louie Wong salió del «Oasis». En una mano llevaba un maletín y en la otra un paquete.

—¿Qué traes ahí, Louie? —preguntó Holley, examinando el paquete—. Plátanos, ¿eh?

—*Tony* gusta mucho plátanos —explicó el viejo—. ¡Simpático *Tony*!

Eden y Holley se miraron.

—Louie —dijo el periodista—. El pobre *Tony* ha muerto.

Aquellos que creen que los chinos son inexpresivos, debieran haber visto a Louie en aquel momento. Su rostro se contrajo como si hubiera recibido una dolorosa herida y de sus labios salió un torrente de palabras que no necesitaban traducción. Eran expresiones de dolor y de ira.

—¡Pobre Louie! —dijo Holley—. Está insultando a la calle, como dicen en China.

—¿Cree usted que lo sabe? —preguntó Eden—. Quiero decir, si sabe que *Tony* ha sido asesinado.

—Así parece, ¿no?

Siguiendo con su torrente de denuestos, Louie Wong subió al coche y Bob Eden ocupó su sitio al volante.

—Hasta la vista —le despidió Will.

Bob Eden ocupó su puesto frente al volante, y, teniendo a su espalda a Louie Wong, emprendió el viaje más extraño de su vida.

La luna no había salido aún; las estrellas tenían aquella noche una luz débil y antipática. Al entrar en el desierto, Eden tuvo la sensación de que se metía en el infierno. A ambos lados del camino se veían las fantasmagóricas sombras de los retorcidos cactus, que parecían seres humanos muertos después de una agonía terrible. Del asiento posterior del coche llegaba como un soplo del más allá la débil voz del chino, lamentándose de la muerte de su amigo *Tony*.

Los nervios de Bob Eden eran firmes; sin embargo, sintió una gran alegría cuando por fin divisó las luces del rancho de Madden. Dejó el coche en la carretera y fue a abrir la puerta de la cerca. Una ramita se había enredado en el picaporte y Bob tardó

varios segundos en poder abrirla. Por fin lo consiguió; en seguida regresó al coche y entró en el corral. Lanzando un suspiro de satisfacción, detuvo el auto frente al granero. Charlie Chan apareció ante la luz de los faros.

—¡Ah Kim! —llamó Bob—. Le traigo una sorpresa. Louie Wong ha vuelto al desierto. —Bajó del coche. En la parte posterior no se oía ningún ruido—. ¡Vamos, Louie! —gritó—. Ya hemos llegado.

Se detuvo horrorizado. A la débil luz que llegaba del rancho, vio que Louie había caído de rodillas y que su cabeza descansaba sobre la portezuela abierta.

—¡Dios mío! —exclamó Eden.

—Un momento —dijo Charlie Chan—. Buscaré linterna.

Se marchó hacia la casa, mientras Bob permanecía como clavado en el suelo. Rápidamente, el eficiente Charlie volvió y con ayuda de la linterna eléctrica hizo un rápido examen del cuerpo del chino. Bob Eden vio una incisión en el costado del viejo traje de Louie... una incisión bordeada de algo húmedo y oscuro.



Con ayuda de la linterna hizo un rápido examen del cuerpo del chino.

—Ha recibido puñalada en costado —dijo serenamente Charlie—. ¡Muerto... como *Tony*!

—¿Muerto...? ¿Cuándo? —murmuró Eden— ¿En el minuto que bajé del coche para abrir la puerta? ¡Es imposible!

De entre las sombras salió Martin Thorn.

—¿Qué pasa? —preguntó— ¡Cómo! Si es Louie. ¿Qué le ha ocurrido?

Se acercó al coche y la luz de la lámpara que sostenía en la mano Charlie Chan cayó un momento sobre su espalda y dejó ver un desgarrón de la tela. Un desgarrón como el que se hubiera causado cualquiera al pasar por debajo de una cerca de espino artificial.

—¡Es horrible! —exclamó Thorn—. Un momento, corro a avisar al señor Madden.

Se dirigió a la casa y Bob Eden permaneció con Charlie Chan junto al cadáver de Louie Wong.

—Charlie —murmuró en voz baja el joven—, ¿se ha fijado en el desgarrón que llevaba Thorn en la americana?

—Charlie Chan se ha fijado. He explicado a usted ya viejo refrán chino: «Hombre que sube a caballo en tigre feroz, no puede bajar».

CAPITULO X

EL CAPITÁN BLISS, DE LA BRIGADA DE INVESTIGACIÓN CRIMINAL

A los pocos momentos, Madden se reunía con ellos junto al auto. El millonario temblaba de ira. Lanzando un gruñido arrancó la linterna de manos de Charlie Chan y se inclinó sobre la inmóvil figura tendida en el interior del coche. El reflejo de la lámpara iluminaba su sanguíneo rostro y escrutadores ojos. Bob Eden le contemplaba con interés.

En el suelo del coche yacía inmóvil un hombre que había servido fielmente a Madden durante muchos años. Sin embargo, en el rostro del millonario no se advertía la menor señal de compasión o sentimiento... sólo expresaba una ira creciente. Bob Eden pensó que los que dijeron que Madden no tenía corazón, habían dicho una gran verdad.

El millonario se irguió y enfocó la linterna sobre el pálido rostro de su secretario.

—¡Bonito asunto! —gruñó.

—¿Por qué me mira así? —gritó, con voz temblorosa, Thorn.

—Creo que si me da la gana puedo mirarle, ¿no? Aunque bien sabe Dios lo harto que estoy de contemplar su estúpida cara.

—Y yo también estoy ya harto de usted —dijo Thorn, con voz temblorosa de rabia.

Por un momento, los dos hombres se miraron fijamente, mientras Bob les contemplaba asombrado, dándose cuenta, por primera vez, de que, bajo el velo de sus relaciones diarias, aquellos dos hombres lo eran todo menos amigos.

De pronto, Madden volvió la linterna hacia Charlie Chan.

—Óyeme, Ah Kim. Este era Louie Wong, el cocinero que tú reemplazaste. ¿Me entiendes? Puedes quedarte en el rancho para siempre, hasta cuando yo esté fuera... ¿Qué te parece?

—Muy *pien*, *señol* Madden.

—Tú has sido el único que me ha proporcionado alguna alegría desde que he llegado a este maldito lugar. Transportad a Louie al salón; yo voy a telefonar a Eldorado.

El millonario se metió en la casa. Entonces, tras una corta vacilación, Chan y el secretario cogieron el endeble cuerpo del chino muerto. Bob Eden siguió lentamente

aquella procesión extraña. En el salón, Madden hablaba vivamente por teléfono. Por fin colgó el aparato.

—No podemos hacer más que esperar —dijo—. En el pueblo hay una especie de alguacil, que vendrá lo más de prisa posible con el forense. ¡Oh! Es un suceso encantador. Ahora invadirán el rancho... y me harán estar aquí hasta sabe Dios cuándo.

—Supongo que deseará usted saber lo que ha ocurrido —empezó Eden y siguió—: Encontré a Louie Wong en el pueblo, en el «Restaurante del Oasis». El señor Holley me lo presentó y...

Madden le detuvo con un ademán.

—Ya le contará todo eso al alguacil. ¡En buen lío estamos metidos!

Se puso a pasear de un lado a otro del salón. Parecía un león con dolor de muelas. Eden se dejó caer en una silla junto al fuego. Chan había salido. Thorn estaba sentado cerca del joven. Este tenía la vista fija en los encendidos troncos. ¿En qué enredo se había metido? ¿Qué misterio se desarrollaba en el rancho de Madden, allí, en pleno desierto? Empezó a sentir unos deseos enormes de marcharse lo antes posible y regresar a la ciudad, donde las luces brillan con toda su fuerza y uno no se encuentra rodeado de misterios indescifrables.

Estaba sumido en aquellos pensamientos, cuando se oyó en el cercado el chirrido de los frenos de un automóvil. Madden en persona abrió la puerta y dos de los principales ciudadanos de Eldorado entraron en la habitación.

—Adelante, caballeros —dijo el millonario, haciendo un esfuerzo por aparecer amable—. Ha ocurrido un accidente.

Uno de los recién llegados, hombre alto, delgado, cuyo rostro estaba curtido por el sol y el aire, se adelantó.

—¿Cómo está usted, señor Madden? Yo le conozco, pero usted no me conoce a mí. Soy el alguacil Brackett y el señor es nuestro forense, el doctor Simms. Por teléfono me ha dicho usted que se trataba de un asesinato.

—Supongo que puede llamarse así —replicó Madden—. Por fortuna, no han matado a nadie. Ningún hombre blanco, quiero decir. No ha sido más que mi viejo chino Louie Wong. —Ah Kim había entrado en el salón a tiempo de oír las palabras del millonario, y sus ojos brillaron duramente mientras su mirada permanecía fija en el rostro de Madden.

—¿Louie? —exclamó el alguacil. Se acercó al sofá sobre el que estaba tendido el chino— ¡Pobre Louie! ¡Tan buena persona que era! No puedo concebir que nadie tuviese nada en contra de Louie.

El forense, hombre de unos treinta años, se acercó también al sofá y dio principio a su examen. Entretanto, Brackett se volvió hacia Madden.

—Procuraremos causarle la menor molestia posible, señor Madden —prometió. Indudablemente, el alguacil deseaba ganarse las simpatías del célebre millonario—. Me verá obligado a hacerle algunas preguntas. Ya se hará usted cargo, ¿verdad?

—Desde luego —contestó Madden—. Empiece. Por más que podré decirle muy poca cosa, o mejor dicho, no podré decirle nada. Yo estaba en mi habitación, cuando mi secretario —y señaló a Thorn— entro y me dijo que el señor Eden acababa de llegar con el cadáver de Louie dentro del coche.

El alguacil miró con interés a Eden.

—¿Dónde le encontró usted? —preguntó.

—Cuando subió al auto estaba en perfecto estado de salud —explicó el joven, e hizo un relato de lo ocurrido. El encuentro con Louie en el «Oasis», el viaje a través del desierto, la parada ante la cerca, y, por fin, el macabro descubrimiento una vez dentro del vallado. El alguacil movió la cabeza.

—Todo eso me parece muy misterioso —admitió—. Usted cree que le asesinaron mientras usted bajó del coche para abrir la puerta. ¿Qué le hace suponer eso?

—El hecho de que durante todo el viaje fue hablando, murmurando cosas para sí. Cuando bajé para abrir la puerta le oí aún.

—¿Y qué decía?

—Hablaba en chino. Lo siento, pero debo confesar que no soy sinólogo.

—Oiga, que yo no lo he acusado de nada, ¿eh?

—Sinólogo es la persona que entiende el chino —sonrió Eden.

—¡Ah! —El alguacil se rascó la cabeza—. Ahora el secretario —dijo.

Thorn se adelantó. Contó que había permanecido en su habitación durante todo el rato y que al oír ruido había salido al corral a ver lo que ocurría. No podía ofrecer la menor indicación. La mirada de Eden se posó en el desgarrón de la americana. Dirigió una interrogadora mirada a Charlie Chan, pero los ojos del chino contestaron que callase.

El alguacil se volvió hacia Madden.

—¿Quién más había en la casa? —preguntó.

—Sólo Ah Kim. Pero no vale la pena interrogarle.

El representante de la ley movió la cabeza.

—¡Quién sabe! —afirmó—. Ya conoce usted las luchas entre las diversas castas de chinos. —Y con voz atronadora, ordenó—: Ven aquí.

Ah Kim, poco tiempo antes sargento Chan de la Policía de Honolulu, se acercó al alguacil. Su rostro era tan inescrutable como una piedra. ¡Cuántas veces, muchas más que aquel policía norteamericano, había interpretado el papel contrario!

—¿Habías visto alguna vez a ese Louie Wong? —tronó el policía.

—¿Yo, *señol*? No, *señol*, nunca he visto a él antes.

—Eres nuevo en la comarca, ¿verdad?

—Yo *llegó* aquí *viernes*, *señol*.

—¿Dónde habías trabajado antes?

—Muchos sitios, *señol*. *Tiudades glandes*, *tiudades* pequeñas.

—Te pregunto qué dónde has trabajado últimamente.

—En campo golf de Santa Fe. *Lleval* palos en campo.

—Está bien, ya te puedes marchar. —El alguacil había dado por terminado el interrogatorio—. No tengo mucha práctica en estas cosas —dijo—. Los últimos años los he pasado confiscando licor, de manera que he olvidado las prácticas policíacas. Además, esto es cosa del *sheriff*. Antes de venir hacia aquí le he llamado y ha dicho que mañana por la mañana enviaría al capitán Bliss, de la Brigada de Investigación Criminal. De manera que por esta noche, no le molestaremos más, señor Madden.

El forense se adelantó.

—Nos llevamos el cadáver al pueblo, señor Madden —dijo—. Ahí podré hacerle la autopsia.

—Perfectamente —replicó el millonario—. Haga todo lo que sea necesario y mándeme la cuenta. Créame que siento infinito que haya ocurrido esto.

—Y yo también —dijo el alguacil—. Louie era una bellísima persona.

—Sí... excelente. Ha sido una verdadera pena que haya ocurrido esto.

—A mí me parece muy misterioso —dijo otra vez el alguacil—. Mi mujer me dirá que no debía haberme metido en este asunto. Bueno, adiós, señor Madden. He tenido un verdadero placer en conocer un hombre tan célebre como usted.

Cuando Bob Eden se retiró a su habitación, Madden y Thorn quedaron frente a frente. Algo en la expresión de cada uno de ellos hizo sentir al joven profundos deseos de presenciar la escena que iba a desarrollarse en el salón.

Ah Kim le esperaba junto a un chisporroteante fuego.

—He encendido, *señor* —dijo.

Eden cerró la puerta y se dejó caer en una silla.

—¡Por amor de Dios, Charlie! ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?

Charlie se encogió de hombros.

—Cosas muchas —dijo—. Hace dos noches Charlie Chan dijo a usted que chinos tienen grande fuerza psíquica. Rostro de usted explicó a Charlie que hacía burla de él.

—Perdóneme —suplicó Eden—. Nunca más volveré a burlarme de usted. Pero lo que ha ocurrido esta noche...

—Desgracia grande crimen de esta noche —dijo, pensativamente, Chan—. Charlie hace humilde indicación a usted que tenga cuidado grande. Todo puede perderse. Policía entrará en escena. En ligeros cerebros de ellos no estará idea de que asesinato de Louie Wong no tiene importancia.

—¿Dice que no tiene importancia?

—No. Importancia es pequeña si se hace comparación con otras cosas.

—Supongo que para Louie sí sería de la máxima importancia.

—Charlie también cree palabras de usted. Pero asesinato de Louie Wong es como muerte de loro... es suceso oscuro para esconder suceso más oscuro ocurrido antes de que nosotros hiciésemos aparición en rancho de señor Madden. Antes de que loro cayese de percha suya, antes de que Louie se marchara de mundo norteamericano, persona desconocida murió lanzando llamadas de socorro, a las que nadie dio contestación. ¿Quién? Tiempo quizá dará explicación.

—Entonces, ¿usted cree que mataron a Louie porque sabía demasiado?

—Sí, como *Tony* también. Pobre Louie, hizo locura grande de no quedar en San Francisco. Cometió error grande cuando volvió a desierto. No querían a Louie aquí. Pero una cosa asombra a Charlie.

—¿Sólo una cosa? —preguntó Eden.



—Pero una cosa asombra a Charlie.

—En momento de ahora sólo una cosa. En otros momentos, otras cosas asombran a Charlie Chan. Louie marchó de rancho miércoles por la mañana. Quizá noche aún estaba sobre desierto. ¿Cómo sabía Louie misterio de aquí? ¿Eco de disparo llegó a San Francisco? Charlie Chan siente pena grande no haber tenido conversación con pobre Louie Wong. Pero hay muchos caminos para seguir.

—Así lo espero —suspiró Eden—. Pero yo no los veo. Todo esto es demasiado para mí.

—Para Charlie Chan es mucho, también.

—V para el alguacil —sonrió Eden.

—Señor alguacil ve sólo misterios grandes —contestó Chan, sonriendo a su vez.

—Por eso me es simpático —admitió Eden—. Pero ese capitán Bliss no será tan inocente. Vaya con cuidado, Charlie, o le acusará a usted de asesino.

Chan asintió.

—Charlie Chan ha tenido emociones grandes y nuevas en continente —dijo—. Sargento Chan es sospechoso de asesinato. Risa acudirá a mis labios quizá, cuando esté en casa. Ahora risa no acude. Buenas noches...

—Un momento —le interrumpió Eden—. ¿Qué hacemos el martes por la tarde? Madden espera para entonces la llegada del mensajero con las perlas.

El detective se encogió de hombros.

—Dos días enteros, aún. Usted ponga lejos preocupación. Cosas grandes pueden suceder antes de noche martes. —Y salió del cuarto.

Cuando el lunes por la mañana los tres principales habitantes del rancho terminaban el almuerzo, sonó un golpe en la puerta. Thorn fue a abrir. En el umbral apareció Will Holley.

—¡Oh! —dijo, con acritud, Madden—. ¿Ya está otra vez aquí?

—Naturalmente —replicó Holley—. Siendo un buen periodista como soy, no iba a dejarme perder el primer crimen que hemos tenido en los alrededores en muchos años. —Tendió un periódico al millonario—. De momento, aquí tiene usted un diario de Los Ángeles. Nuestra interviú está en primera plana.

Madden cogió el periódico sin el menor interés. Por encima de su hombro, Bob pudo leer el encabezamiento:

SE APROXIMA UNA ERA DE PROSPERIDAD,
DICE UN CELEBRE FINANCIERO

P. J. Madden, entrevistado en su rancho del desierto,
predice un gran auge en los negocios.

Madden leyó distraídamente el artículo. Cuando hubo terminado, dijo:

—Supongo que habrá aparecido también en los periódicos de Nueva York, ¿verdad?

—Decide luego —contestó Holley—. Todos los periódicos del país publican esta mañana sus declaraciones. Usted y yo somos famosos, señor Madden. Pero ¿qué ha sido eso del pobre Louie?

—No me lo pregunte —gruñó el millonario—. Algún loco se lo cargó. Su amigo Eden podrá decirle mucho más que yo acerca del asunto —y sin añadir más, P. J. Madden salió al *patio*.

Eden y Holley se miraron unos momentos; por fin, salieron al campo.

—¡Vaya racha de suerte! —dijo el periodista—. Me abruma. Louie era un excelente sujeto. Tengo entendido que le asesinaron dentro del coche.

Eden le explicó lo ocurrido. Lentamente, los dos hombres se fueron alejando del rancho.

—¿De quién sospecha usted? —preguntó Holley.

—Yo, de Thorn. Sin embargo, Charlie dice que el asesinato de Louie es un accidente sin importancia y que lo mejor sería que no descubrieran al asesino. Desde luego, tiene razón.

—No hay ningún peligro de que lo descubran. El alguacil es un pobre hombre

incapaz de descubrir nada.

—¿Y el capitán Bliss?

—¡Oh! Ese es un individuo que hace mucho ruido y se pinta solo para hacer cargar con la culpa al más inocente. El *sheriff*, en cambio, es bastante inteligente y sabe hacer trabajar el cerebro, pero no es fácil que intervenga. Vayamos a dar una vuelta por el lugar donde anoche detuvo usted el auto. Tengo un telegrama para usted, supongo que será de su padre.

Al cruzar la puerta, el telegrama cambió de manos. Acercándose bien al pecho para que no pudieran verlo desde el rancho, Bob Eden lo leyó.

—Dice mi padre que le va a decir a Madden que esta noche envía a Draycott con las perlas.

—¿Draycott? —preguntó Holley.

—Es un detective particular que emplea a veces mi padre. Un nombre como cualquier otro. Cuando Madden telefonee a mi padre que Draycott no ha llegado, mi padre se manifestará muy inquieto. —Bob quedóse pensativo unos instantes—. Creo que es lo único que puede hacer. Tiemblo ya al pensar en la que se armará. No me gusta este trabajo de amansar a Madden. Quizá ocurra algo antes. ¡Ojalá!

Los dos hombres examinaron el lugar donde Eden había dejado el coche mientras abría la puerta. En la arena se veían las huellas de los neumáticos de distintos automóviles, pero no se advertía la menor huella de pisadas.

—Hasta las huellas de mis pies han desaparecido —hizo notar Eden—. ¿Cree usted que ha sido el viento...?

Holley se encogió de hombros.

—No —dijo—. No ha sido el viento. Alguien ha venido aquí con una escoba y ha borrado toda huella de pisadas cerca del automóvil.

Eden asintió.

—Tiene usted razón. Alguien... pero ¿quién? Sin duda nuestro amigo Thorn.

Se apartaron a un lado para dejar paso a un automóvil que se metió en el rancho.

—Ahí viene Bliss con el alguacil —dijo Holley—. Quedamos en que no les prestaremos ninguna ayuda, ¿eh?

—Ni la más mínima. Procuremos hacerles marchar del rancho lo antes posible.

Entraron otra vez en el cercado y aguardaron. Del salón llegaban trozos de la conversación de Thorn y Madden con los dos policías. Al poco rato, salió Bliss seguido del millonario y del alguacil Brackett. Saludó a Holley como a un viejo amigo y el periodista le presentó a Bob Eden.

—¡Ah, sí, señor Eden! —exclamó el capitán—. Quería hablar con usted. ¿Cuál es su versión de lo ocurrido anoche?

Bob Eden le miró con disgusto. Era un hombre grueso, alto. El tipo corriente del policía. Sus ojos no reflejaban gran inteligencia. El joven le hizo un cuidadoso relato del suceso de la noche anterior.

—¡Hum! —gruñó Bliss—. Me parece muy extraño.

—¿De veras? —sonrió Eden—. A mí también. Pero da la casualidad de que es la verdad.

—Está bien. Ahora vamos a echar un vistazo al lugar del crimen —dijo Bliss.

—No encontrará más que las pisadas de ese joven y mías —dijo Holley—. Hemos estado allí hace un momento.

—¿De veras? —y sin añadir más, salió al camino seguido del alguacil. Después de un examen superficial, los dos hombres regresaron.

—¿Qué hay de ese chino, Ah Kim? Aquí tenía un buen empleo, ¿verdad? Louie Wong regresa. ¿Qué ocurre entonces? Pues que Ah Kim pierde la colocación.

—Las sospechas de usted son infundadas —protestó Madden.

—¿Usted lo cree? —preguntó Bliss—. Pues yo no. Le digo que conozco bien a los chinos. No les preocupa lo más mínimo pegarle una cuchillada a cualquiera. —En aquel momento, Ah Kim salió de la casa—. ¡Eh, tú! —llamó Bliss.

Bob Eden empezó a inquietarse.

Ah Kim se acercó.

—¿Usted llama a mí, *señol*?

—Claro que te llamo. Te voy a meter en la cárcel.

—¿*Pol* qué, *señol*?

—Por haber asesinado a Louie Wong. ¿Creías que no lo descubriría?

El chino contempló fríamente aquel crudo practicante de su propio arte.

—Usted *estal loco, señol* —dijo.

—¿De veras? —El rostro de Bliss se endureció—. Te voy a demostrar lo loco que estoy. Te aconsejo que me lo cuentes todo. Será mejor para ti.

—¿Qué tengo que *contal, señol*?

—Cómo te las compusiste para hundir tu cuchillo en el costado de Louie Wong.

—¿Usted quizá ha *encontlado* cuchillo de Ah Kim? —preguntó, maliciosamente, el chino.

—No te preocupes por eso.

—Dedos de *poblecito* Ah Kim han dejado *malca* en cuchillo, ¿*veldad, señol*?

—¡Cállate! —rugió Bliss.

—Puede que *señol* ha *encontlado* huellas de zapatillas de *poblecito* Ah Kim en *alena* de camino. —Bliss le miró en silencio—. Ah Kim ha dicho a usted loco, mucho loco, policía loco usted.

Holley y Eden se miraron divertidos. Por fin, Madden intervino.

—Vamos, déjele, capitán. No tiene usted ninguna prueba contra él, usted lo sabe. Si me deja sin cocinero sin tener ninguna prueba en contra suya, le aseguro que se arrepentirá.

—Yo... yo... —Bliss vaciló—. Yo sé que ha sido él el asesino y más tarde lo demostraré. —De pronto, sus ojos se iluminaron—. ¿Cómo llegaste a los Estados Unidos? —preguntó.

—Ciudadano *americano, señol*, yo. *Nacel* en San *Flancisco*. *Cualenta* cinco años,

señol, ahola.

—Nacido aquí, ¿eh? ¿Es verdad eso? Entonces, tendrás en regla tus documentos, supongo. A ver, enséñamelos.

El corazón de Bob dejó de latir. Aunque la mayoría de los chinos no tenían ninguna documentación, sabía que la falta de ese requisito era suficiente excusa para que aquel estúpido policía arrestara en seguida a Chan. Unos segundos más y todo se habría ido al...

—¡Vamos! —ordenó Bliss.

—¿Qué dice, *señol*? —preguntó Ah Kim.

—Ya sabes lo que digo. Enséñame tu partida de nacimiento o te juro que esta noche duermes en la cárcel.

—¡Oh, *señol*! *Celtificado* muy *pelfectamente*, *señol*. —Y ante la asombrada mirada de Eden, el chino sacó un papel y se lo tendió a Bliss.

El capitán lo leyó de mala gana, luego se lo devolvió a Ah Kim.



El capitán lo leyó de mala gana.

—Está bien, pero aún no he terminado contigo.

—*Glacias* muchas, *señol* —replicó, radiante, Ah Kim—. Usted mucho loco, *señol*. Adiós —y se marchó hacia la cocina.

—Ya le dije que la cosa me parecía muy misteriosa —comentó el alguacil.

—¡Oh! ¡Por los clavos de Cristo, cálese ya! —exclamó Bliss—. Señor Madden —siguió—. Le aseguro que descubriré este misterio. Ya me volverá usted a ver por aquí.

—Vuelva siempre que quiera —invitó Madden, con una absoluta falta de sinceridad—. Si descubriese yo algo, avisaría en seguida al señor Brackett.

Bliss y Brackett subieron a su automóvil y regresaron al pueblo. Madden se dirigió hacia la casa.

—¡Maravilloso, Chan! —exclamó en voz baja Holley— ¿Dónde diablos sacaría esa partida de nacimiento?

—Ese hombre piensa en todo —contestó Eden.

El periodista subió a su coche.

—Supongo que Madden no me invitará a comer. Me marchó, pero recuerde que estoy cada vez más interesado en descubrir este misterio. Además, Louie Wong era amigo mío.

—No sé a donde vamos; sin embargo, presiento que estamos sobre el buen camino —dijo Eden—. Pero si no tuviera conmigo a Charlie, me sentiría completamente desvalido.

—También usted ha hecho trabajar el cerebro —le aseguró Holley.

De vuelta a su habitación, Eden encontró a Ah Kim haciéndole con toda calma su cama.

—Charlie, es usted un as —dijo el joven, cerrando la puerta—. Creí que estaba cogido sin remedio. ¿De quién era aquella partida de nacimiento que le enseñó a Bliss?

—Partida de nacimiento de Ah Kim —sonrió Chan.

—¿Quién es Ah Kim?

—Ah Kim es humilde comerciante de verduras que trajo a Charlie Chan a Eldorado. Ah Kim hizo préstamo de partida de nacimiento suya por corto tiempo. Rápida idea acudió a cerebro de Charlie, de que señor Madden podía hacer pregunta de documentos antes de tomar cocinero. Madden no hizo pregunta, pero Charlie tenía certificado.

—Es usted muy bueno al hacer todo esto por los Jordan... y por mi padre. Espero que le premiarán debidamente.

Chan movió la cabeza.

—¿Qué dijo usted en auto que llevaba a nosotros a barco? Cartero en día de fiesta sale a dar paseo grande. Trabajo de ahora es placer grande para Charlie Chan. Cuando nudos queden deshechos y contestación sea clara, Charlie Chan tendrá conseguido

premio. —E inclinándose ante el joven, el detective abandonó la habitación.

Algunas horas más tarde, mientras esperaban la comida, Bob Eden y Madden estaban hablando en el salón. El millonario repetía su deseo de volver a Nueva York lo antes posible. Estaba sentado frente a la puerta del rancho. De pronto, en su rostro se reflejó un disgusto tan profundo, que Bob se sobresaltó. Al volverse, el joven vio en el umbral a un hombre con tipo de profesor, que llevaba una maleta en la mano. Era el menudo naturalista del «Hotel del Oasis».

—¿El señor Madden? —preguntó el recién llegado.

—Yo mismo, ¿qué desea?

El desconocido entró en el salón y dejó la maleta en el suelo.

—Me llamo Thaddeus Gamble, y me interesa muchísimo el estudio de cierta fauna que vive alrededor de su rancho. Tengo una carta para usted de un antiguo amigo suyo, el director de una escuela que ha recibido muchos donativos de sus manos. ¡Si tuviera la amabilidad de leerla!

El millonario dirigió a Thaddeus Gamble la menos amistosa de las miradas y después de leer la breve epístola la rompió en menudos pedazos, los cuales tiró al fuego.

—¿Desea quedarse unos días aquí? —dijo.

—Si pudiera ser, me haría usted un gran favor —contestó Gamble—. Desde luego, los gastos que ocasione mi estancia aquí...

Madden le interrumpió con un ademán. En aquel momento entró Ah Kim para poner la mesa.

—Pon otro plato, Ah Kim —ordenó Madden—. Y acompaña al señor Gamble a la habitación contigua a la del señor Eden.

—Es usted muy amable —dijo, suavemente, el naturalista—. Procuraré causarle las menos molestias posibles. Veo que la comida está a punto de ser servida. Me alegro. Este aire del desierto despierta un apetito... Volveré en seguida.

Siguió a Ah Kim. Madden permaneció con la vista fija en la puerta por donde había salido. Bob Eden comprendió que las cosas se habían enredado más.

—¡Ojalá le...! —gruñó el millonario—. Pero hay que ser corteses. —Se encogió de hombros—. Menos mal que espero marcharme pronto de aquí.

Bob Eden siguió preocupado. ¿Quién era el señor Gamble? ¿Qué buscaba en el rancho de Madden?

CAPITULO XI

THORN MARCHA A CUMPLIR UNA MISIÓN

Cualquiera que fuese la misión que había traído al señor Gamble al rancho, era indudablemente una misión pacífica. Jamás vio Bob un hombre de aspecto más inofensivo que aquel. Durante toda la comida, el naturalista habló volublemente con el cultivado acento de un catedrático. Madden permanecía callado; sin duda estaba aún resentido por la intrusión del forastero. Thorn, como de costumbre, permanecía sumido en sus pensamientos. Un traje negro había reemplazado el misteriosamente roto de la noche anterior. Fue Bob Eden quien tuvo que acudir en ayuda del señor Gamble y mantener la conversación.

Una vez terminada la comida, Gamble se levantó y se acercó a la puerta. Durante unos instantes contempló la enorme extensión de arena en dirección a los helados picos de las lejanas montañas.

—¡Magnífico! —comentó— ¿Se da usted cuenta, señor Madden, de la enorme grandeza del lugar que ha escogido para edificar su rancho? ¡El desierto, el amplio y solitario desierto que desde tiempo inmemorial ha hechizado a los hombres! Hay personas que lo encuentran yermo y lleno de molestias, pero, por mi parte...

—¿Estará mucho tiempo aquí? —le interrumpió Madden.

—Según. A mí me gustaría ver la comarca después de las lluvias de primavera... cuando florecen la verbena y la bellorita. El pensarlo sólo me encanta. Como dijo el profeta Isaías: «Y el desierto se alegrará, y florecerá como la rosa, y el cauce seco se llenará de agua, y la tierra sedienta calmará su sed». ¿Conoce usted a Isaías, señor Madden?

—No, no le recuerdo. Conozco a tanta gente.

—Creí haberle oído decir, profesor, que le interesaba a usted la fauna de los alrededores —dijo Bob.

Gamble le lanzó una rápida mirada.

—Veo que me ha dado usted un título, joven —dijo—. Es usted muy observador. Sí, me interesan varias cosas, sobre todo la cola de la rata canguro, que alcanza aquí una largura fenomenal. Y los maxilares del ratón, los cuales, según tengo entendido, alcanzan también aquí un tamaño fantástico.

Sonó el timbre del teléfono. Madden descolgó el aparato. Escuchando atentamente, Bob Eden oyó: «Un telegrama para el señor Madden». En aquel

momento, el millonario apretó el receptor contra el oído y el resto del mensaje fue un ininteligible murmullo.

Eden lo sintió mucho, al ver que a medida que iba recibiendo el mensaje, el millonario iba frunciendo el ceño. Cuando por fin colgó el receptor, permaneció durante un rato con la mirada fija en el fuego, sumido, al parecer, en hondas preocupaciones.

—¿Qué cultiva usted en este suelo tan arenoso, señor Madden? —preguntó el profesor Gamble.

—¿Eh...? —Lentamente, Madden volvió a la realidad— ¿Que qué cultivo? Un sin fin de cosas. Usted e Isaías se quedarían sorprendidos al verlas. —Gamble sonreía tan candorosamente, que Madden se amansó un poco—. Venga, ya que le interesa, se las enseñaré.

—Es usted muy amable —replicó Gamble, y siguió al campo al millonario. Thorn se levantó y salió tras ellos. Inmediatamente, Eden corrió al teléfono y llamó a Will Holley.

—Óigame —dijo en voz baja—. Acaban de transmitirle a Madden un telegrama por teléfono. Me ha parecido que el mensaje le inquietaba mucho. No he podido oír nada, pero me gustaría saber en seguida lo que decía. Usted, que es amigo del telegrafista, mire a ver si puede enterarse de lo que decía. Desde luego, sin despertar sospechas, ¿eh?

—Está bien —replicó Holley—. El muchacho me lo dirá todo. ¿Está usted solo ahí? ¿Puedo llamarle dentro de unos minutos?

—Ahora estoy solo —contestó Eden—. Si cuando usted llame no lo estoy, haré ver que desea usted hablar con Madden y le pondré en comunicación con él. Puede inventarse cualquier cosa. Pero si se da prisa, no será necesario.

Al colgar el receptor, entró Ah Kim para llevarse los platos sucios.

—Bueno, Charlie —dijo Eden—. Ya tenemos otro huésped en nuestro hotel, ¿eh? Chan se encogió de hombros.

—Estas noticias llegan con rapidez grande a cocina —dijo.

Eden sonrió.

—Usted fue quien quiso esperar y observar —le recordó—. Si le abruma los menesteres cocineros, no me critique.

—Señor Gamble —murmuró Chan—, parece inofensivo como hermosa mañana de mayo.

—Ya lo creo. Un lector asiduo de la Biblia.

—Es inofensivo —siguió Chan—, pero guarda en maleta hermoso revólver nuevo, lleno de balas.

—Seguramente lo ha traído para cazar ratas —sonrió Eden—. No vaya a sospechar de él, Charlie. Sin duda es un novato, que hace caso de las películas y ha venido a este salvaje lugar armado hasta los dientes para defender su vida. Y a otra cosa. Acaban de darle a Madden, por teléfono, el texto de un telegrama, y, a juzgar

por la cara que ha puesto, se trata de una mala noticia. Ahora Holley ha ido a ver si puede enterarse del mensaje ese. Cuando suene el teléfono, salga a la puerta y avíseme si viene alguien.

Silenciosamente, Ah Kim reanudó su trabajo de quitar la mesa. Unos minutos más tarde, el timbre del teléfono indicó que Holley llamaba desde Eldorado. Eden corrió a descolgar el receptor y Charlie se dirigió a la puerta.

—Soy yo, Holley —dijo, en voz baja, el joven.

—...

—Sí, sí. Todo va bien.

—...

—Dígame.

—...

—¡Caray! Muy interesante.

—...

—Con que llega esta noche, ¿eh?

—...

—Muchas gracias.

Colgó el teléfono y en seguida entró otra vez Charlie.

—¡Un notición! —dijo, poniéndose en pie, Bob—. El telegrama era de la señorita Evelyn Madden. Dice que está harta de esperar en Denver. El telegrama ha sido expedido desde Barstow. La señorita llega esta tarde a las seis y cuarto a Eldorado. Me parece que tendré que dejar mi habitación y marcharme.

—¿Señorita Evelyn Madden? —murmuró Chan.

—Sí. ¿La conoce? Es la única hija de Madden. ¡Una belleza! La conozco de haberla visto varias veces en San Francisco. No tiene nada de extraño que Madden se asombrase, ¿verdad?

—No, claro —asintió Charlie—. Misterioso rancho como este, no lugar apropiado para joven señorita.

Eden lanzó un suspiro.

—Otra nueva complicación —dijo—. Esto se mueve, pero me parece que no nos lleva a ningún sitio.

—Charlie Chan hace recuerdo a usted de virtud poco empleada, paciencia. Casa mucho más alegre ahora. Manos de mujer...

—Esa mujer no emplea las manos más que para pintarse —sonrió Eden—. Me apostaría un millón, Charlie, a que ni el desierto es capaz de deshelar a Evelyn Madden.

Chan marchó a la cocina. Al cabo de un rato, regresaron Madden y Thorn; al parecer, Gamble se había retirado a su cuarto. La calurosa tarde devolvía al desierto toda su fama. Madden desapareció y, al poco rato, su «ruidosa» respiración llegó hasta Bob Eden. El joven pensó que aquello era una buena idea.

Tendido en su cama, el tiempo pasaría más de prisa. En realidad, no se dio cuenta

de cómo pasaba. Cerca del anochecer se despertó bañado en sudor y con el cerebro embotado. Pero una ducha bien fría le devolvió la claridad de las ideas.

A las seis cruzó el patio en dirección al salón. Detenido frente a la puerta del rancho vio el enorme auto de Madden, y recordó lo del telegrama. Sin duda, el millonario se disponía a ir a esperar a su hija al pueblo, y a la altiva Evelyn no podía hacérsele la afrenta de ir a buscar con el coche pequeño.

Pero sin duda era Thorn quien debía hacer el viaje a Eldorado. El secretario apareció vestido enteramente de negro. El sombrero, negro también, acentuaba la palidez de su rostro. Venía con el millonario, al parecer enfrascados en una conversación muy interesante, que interrumpieron al ver al joven.

—Buenas tardes —saludó este—. ¿Nos deja usted, señor Thorn?

—Un negocio en el pueblo —replicó el secretario, y dirigiéndose a su jefe, dijo—: Está bien, señor Madden, me marchó.

Otra vez sonó el timbre del teléfono. Madden cogió el receptor y la historia se repitió en su rostro.

—¡Siempre malas noticias! —pensó Eden.

Madden tapó con su enorme mano el micrófono y dijo a su secretario:

—Es esa vieja del sanatorio, la doctora Withcomb. Dice que quiere verme esta noche, que tiene algo muy importante que decirme.

—Dígale que está ocupado —sugirió Thorn.

—Lo siento mucho, doctora —contestó Madden—. Pero estoy muy ocupado...

Se detuvo, interrumpido, sin duda, por la anciana. De nuevo tapó la bocina.

—Insiste en venir —se lamentó.

—Entonces, tendrá que recibirla —dijo Thorn.

—Está bien, doctora —capituló Madden—. Venga allá a las ocho.

Thorn salió y a los pocos momentos el automóvil volaba en busca de la hija del millonario. El señor Gamble entró con varias citas acumuladas en su mente. Eden se entretuvo con el aparato de radio.

A la hora de costumbre, con gran sorpresa por parte de Eden, los tres hombres cenaron. La silla de Thorn estaba vacía y, cosa extraña, no se había puesto plato para Evelyn; ni el millonario dio orden alguna referente a la habitación que debía ocupar su hija. «¡Qué extraño!», pensó Eden.

Después de la cena, salieron al *patio*. El millonario había ordenado de nuevo que encendieran fuego allí y las llamas teñían de rojo las paredes de ladrillos y la vacía percha de *Tony*.

—¡Esto es vivir! —dijo Gamble, después de encender uno de los vegueros de Madden—. Los infelices que habitan en las ciudades no saben lo que se pierden. Yo me pasaría la vida aquí.

El millonario no se dio por enterado de las palabras de su huésped, y en el patio reinó un profundo silencio. Poco después de las ocho oyóse en el cercado el ruido de los frenos de un automóvil. Thorn y la muchacha, quizá. Pensó el joven. Pero sin

duda, Madden no lo creía así, pues dijo:

—Es la doctora. ¡Ah Kim! —llamó. El criado apareció—. Acompaña aquí a la señora.

—Supongo que no querrá verme a mí —dijo Gamble, levantándose—. Me voy a buscar un libro.

Madden miró a Bob, pero el joven no se movió.

—La doctora y yo somos amigos —dijo.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí. Me la presentaron ayer por la mañana. Es una mujer maravillosa.

La doctora Withcomb entró en el patio.

—¿Qué tal, señor Madden? Es un gran placer tenerle otra vez entre nosotros.

—Muchas gracias —dijo, fríamente, el millonario—. Ya conoce usted al señor Eden, ¿verdad?

—¿Cómo está usted? —sonrió la mujer—. Me alegro mucho de verle. No estoy muy satisfecha de usted, sin embargo. Hoy no ha venido a visitarme.

—He estado un poco ocupado. Siéntese, haga el favor.

Ofreció una silla a la doctora. Al parecer, Madden necesitaba algunas lecciones de hospitalidad. La doctora Withcomb se sentó. Madden ocupó un sillón un poco apartado y esperó.

—Señor Madden —dijo la doctora Withcomb—, permíteme por haberle venido a molestar... Sé que está usted aquí para descansar y que no le gusta recibir visitas. Pero la mía no es una visita de cumplido. He venido para... para hablarle de ese horrible suceso que ha ocurrido en este rancho.

Madden no contestó en seguida.

—Se refiere usted... —dijo lentamente.

—Al asesinato del pobre Louie Wong —contestó la doctora.

—¡Oh!

¿Había una nota de alivio en la voz de Madden?

—Louie era amigo mío... muchas veces iba a verme. Cuando me enteré de su muerte, no sabe usted cuánto lo sentí. Y a usted le sirvió muy fielmente, señor Madden. Desde luego, supongo que hará usted todo lo posible por descubrir a su asesino, ¿verdad?

—Claro, todo lo posible —contestó, indiferente, el millonario.

—Si lo que tengo que decirle tiene algo que ver con el asesinato de Louie, la policía lo decidirá —siguió la señora Withcomb—. Usted puede explicarles lo que voy a contarle, si quiere usted oírme.

—Con mucho gusto, señora.

—Bien, verá usted. El sábado por la noche llegó a mi rancho un hombre que dijo llamarse Henry McCallum y que venía de Nueva York —empezó la doctora—. Me dijo que sufría de los bronquios, aunque debo confesar que no le descubrí el menor síntoma. Alquiló una de mis cabañas y se quedó para algún tiempo... por lo menos,

así lo creí yo.

—Siga —asintió Madden.

—El domingo por la noche, poco antes de la hora en que fue asesinado Louie, un hombre que guiaba un enorme coche, se detuvo frente a mi rancho y tocó la bocina. Uno de los criados fue a ver lo que quería y el desconocido pidió hablar con McCallum. McCallum salió, habló un rato con el desconocido, y, en seguida, subió al auto, marchándose juntos en esta dirección. Esto ha sido lo último que he sabido de McCallum. Dejó una maleta llena de ropa, pero no ha vuelto a buscarla.



Se detuvo frente a mi rancho y tocó la bocina.

—¿Y cree usted que asesinó a Louie? —preguntó Madden, con cortés incredulidad.

—No creo nada. ¿Qué voy a saber yo? No me parece más que es una cosa que debe contarse a la policía. Como usted interviene más de cerca que yo en este asunto, le ruego explique a la policía lo que le cuento. Pueden venir a examinar los objetos pertenecientes a McCallum, si lo desean.

—Muy bien —dijo Madden, poniéndose en pie—. Contaré a la policía todo cuanto usted me ha dicho. Por más que, si le he de ser franco...

—Muchas gracias —le interrumpió la doctora—. No deseaba conocer su opinión. —Se levantó también—. Veo que nuestra entrevista ha terminado. Siento mucho haberle molestado a usted...

—Usted no me ha molestado —protestó el millonario—. Quizá lo que usted me ha referido pueda sernos de gran utilidad. ¿Quién sabe?

—Es usted muy amable —replicó la doctora, con cierto sarcasmo. Miró la percha del loro—. ¿Cómo está *Tony*? Él sí que ha perdido un amigo en Louie.

—*Tony* ha muerto —dijo, bruscamente, Madden.

—¿Cómo! ¡También *Tony*! —la doctora guardó silencio unos instantes—. Esta

visita de usted al desierto hará época, señor Madden —dijo, lentamente—. Salude a su hija de mi parte. ¿No está con usted?

—No, no está conmigo.

—¡Es una lástima! He oído decir que es muy guapa.

—Un momento —exclamó Madden, al ver que la doctora se alejaba—. Mi criado la acompañará hasta su coche.

—No se moleste —dijo Bob—. Ya la acompañaré yo. —Y guio a la señora Withcomb hasta su automóvil. Al pasar por el salón, vieron a Gamble sentado ante un enorme libro. Cuando llegaron al coche, la doctora exclamó:

—¡Qué hombre! Es tan duro como el granito. No creo que la muerte de Louie signifique nada para él.

—Por lo menos significa muy poco.

—Bueno, confío en usted. Si no cuenta al *sheriff* lo que yo le he dicho, se lo diré usted, ¿verdad?

El joven vaciló.

—Le voy a decir algo en secreto —dijo—. Se está haciendo todo lo posible para descubrir al asesino de Louie. No por parte de Madden, sino por otros.

La señora Withcomb permaneció unos instantes en silencio, luego dijo:

—Creo que le comprendo. Le deseo mucha suerte, muchacho.

Eden estrechó su mano.

—Por si no vuelvo a verla, quiero que sepa que el haberla conocido a usted ha sido para mí uno de los mayores orgullos.

—Me acordaré siempre de sus palabras. Adiós.

Eden contempló alejarse el automóvil. Cuando regresó al salón, encontró juntos a Madden y a Gamble.

—¡Maldita bruja! —exclamó Madden.

—Un momento —dijo, calurosamente, Eden—. Esa mujer, con sólo sus dos manos, ha hecho más bien en el mundo que usted con todos sus millones. No lo olvide.

—¿Y le da eso derecho a inmiscuirse en mis asuntos?

Bob contuvo las palabras que estaban a punto de brotar de su boca; no debía olvidar que estaba en casa de aquel millonario.

Miró el reloj. Eran las ocho y cuarto y no se tenía la menor noticia de Thorn ni de Evelyn Madden. ¿Se habría retrasado el tren de la joven? No era probable.

Aunque sabía que su presencia en el salón no era bien vista, permaneció en él. Quería ver en qué terminaría todo aquello. A las diez, el señor Gamble, después de comentar favorablemente el viento del desierto, marchó a su habitación.

A las diez y minutos, el automóvil de Madden se detuvo ante el rancho. Bob Eden se levantó con la vista fija en la puerta. Por fin se abrió esta y Martín Thorn entró solo.

Sin decir ni una palabra a su jefe, el secretario se quitó el sombrero y dejóse caer

pesadamente en un sillón. El silencio se hizo abrumador.

—¿Ya ha arreglado los negocios? —preguntó Eden.

—Sí —fue la única contestación del secretario. Eden se levantó.

—Señores, me marcho a la cama —dijo.

Al entrar el joven en su cuarto, oyó al señor Gamble que trasteaba por el cuarto de baño que estaba entre su habitación y la que ocupaba el profesor. La vecindad de aquel hombre le restaba independencia. En lo futuro debería ser más cauto.

Poco antes de que apagara la luz, Ah Kim apareció en la puerta. Eden llevóse un dedo a los labios e hizo un ademán, señalando el cuarto de baño. El chino asintió.

—¿Dónde está Evelyn? —preguntó en voz baja Eden.

Chan se encogió de hombros.

—Más misterio —susurró.

—¿Qué habrá estado haciendo nuestro amigo Thorn durante las últimas cuatro horas?

—Gozando paseo por desierto iluminado de luna, creo —contestó el detective—. Cuando coche ha marchado, Charlie Chan ha tomado nota de marcador. Doce mil ochocientas cuarenta millas. Cuatro millas sólo necesarias para hacer viaje a pueblo, y cuatro, para volver a rancho. Cuando automóvil ha llegado, marcador decía doce mil ochocientas setenta y nueve millas.

—Piensa usted en todo, Charlie —dijo, admirado, Bob.

—Lugar extraño ha sido donde ha estado Thorn —añadió el chino—. Mucha arcilla —mostró un trozo de barro—. Charlie Chan ha encontrado cerca de acelerador. ¿Quizá usted ha visto tierra así cerca?

—Ninguna que se le parezca lo más mínimo. No supondrá que ha raptado a la joven. Madden ha tomado parte en ello, y la muchacha es su hija.

—Nuevo problema nace esta noche —dijo el detective.

Eden asintió.

—¡Dios mío! Nunca me había visto ante tantos problemas desde que dejé de estudiar álgebra. Y, por otra parte, mañana es martes. Las perlas vienen camino del rancho. Por lo menos, así lo cree el viejo P. J... Mañana sí que será difícil amansarle.

Oyóse una llamada en la puerta que daba al *patio*, y Chan tuvo el tiempo justo de correr a la chimenea para simular que estaba arreglando el fuego. Se abrió la puerta y Madden, con un extraño cuidado, entró en la habitación.

—¡Hombre! ¿Usted por aquí? —saludó Bob.

—¡Ssst! —ordenó el millonario, con la vista fija en el cuarto de baño—. Vete sin hacer ruido —dijo, dirigiéndose a Ah Kim.

—Muy *pien, señol* —y el chino salió.

Madden se acercó al cuarto de baño y se puso a escuchar. Luego empujó suavemente la puerta y entró en el cuarto de baño, cerrando la puerta que comunicaba con la habitación de Gamble, y, después, la de la habitación de Bob Eden.

—¡Así! —dijo—. Quiero hablar con usted. No levante la voz. Su padre me ha

telefoneado y me ha dicho que un hombre llamado Draycott llegará con las perlas a Barstow mañana al mediodía.

—O sea, que las tendrá usted mañana por la noche.

Madden se acercó más y dijo en voz apenas perceptible:

—Sea como sea, no quiero que ese hombre llegue al rancho.

Eden le miró asombrado.

—Yo creía, señor Madden...

—¡Ssst! No pronuncie mi nombre.

—Pero, después de todos los preparativos...

—He cambiado de parecer. No quiero que me traigan aquí el collar. Quiero que mañana vaya usted a Barstow, se entreviste con ese Draycott y le ordene que se dirija a Pasadena. El miércoles iré yo allí. Dígale que me espere a la puerta del Garfield National Bank, de Pasadena, al mediodía del miércoles. Entonces me entregará las perlas y las guardaré en lugar seguro.

Bob sonrió.

—Perfectamente —dijo—. Usted es quien manda.

—Ordenaré a Ah Kim que le lleve mañana por la mañana al pueblo en el coche pequeño y así podrá usted tomar el tren de Barstow. Pero, recuerde que esto queda entre nosotros dos. No diga ni una palabra a nadie. Ni a Gamble ni a Thorn, ¿me entiende?

—Perfectamente.

—Entendidos, pues. Buenas noches.

Madden salió silenciosamente de la habitación. Bob se quedó más asombrado que nunca.

—Por lo menos —murmuró—, esto significa otro día ganado.

CAPITULO XII

EL TRANVÍA EN EL DESIERTO

Al día siguiente, Bob Eden se levantó muy temprano; esto se estaba haciendo ya costumbre en él. Antes de que sirvieran el almuerzo tuvo una hora entera para reflexionar y no puede negarse que eran muchas las cosas en las cuales tenía que pensar. Uno por uno fue recordando los extraños acontecimientos que habían tenido lugar desde que llegara al rancho. Pero sobre todos, estaba el problema de Evelyn Madden. ¿Dónde se hallaba entonces aquella altiva muchacha? Una espesa niebla invadía el cerebro del joven. ¡Si por lo menos ocurriera algo claro, definido, algo que él pudiera entender!

Después del almuerzo, se levantó y encendió un cigarrillo. Sabía que Madden esperaba ansiosamente que hablase.

—Señor Madden —dijo al fin—, tengo que ir a solventar un asunto a Barstow. Es una cosa muy importante. Si Ah Kim pudiera acompañarme al pueblo para tomar el tren de las diez y cuarto...

Los verdes ojos de Thorn se animaron con súbito interés. El millonario miró al joven con mal disimulada alegría.

—No hay el menor inconveniente —dijo—. Ya lo arreglaré todo. Ah Kim, acompañarás al señor Eden al pueblo dentro de media hora. ¿Entendido?

—*Siempre tlabajando yo* —se lamentó Ah Kim—. Levanto cuando sale sol, *tlabajó, tlabajo*, hasta que sol esconde. Si *señol quelía conductol* de taxi, *señol ¿pol* qué no lo dijo?

—¿Qué es eso? —rugió el millonario.

Ah Kim se encogió de hombros.

—*Muy pien, señol, poblecito* Ah Kim *gualá* coche.

Cuando más tarde Bob se hubo sentado en el coche junto a Charlie y el rancho quedó a una respetable distancia, el chino miró interrogadoramente a su compañero.

—Ahora usted presenta misterio grande —dijo—. Negocios en Barstow es cosa nueva para Charlie Chan.

Eden se echó a reír.

—Órdenes del jefe —dijo—. Tengo que ir allí a encontrarme con Al Draycott... y las perlas.

—¿Señor Madden ha hecho cambio de parecer? —preguntó.

—Eso mismo. —Y Eden relató al chino el porqué de la visita nocturna del millonario.

—¿Qué parece a usted esto? —preguntó, asombrado, el chino.

—Pues me parece que nos proporciona un día más de *hoo malimali*. Y, por otra parte, nos presenta otro nuevo problema. A propósito, no le he explicado para qué vino a vernos la otra noche la doctora Withcomb.

—No hay necesidad —replicó el detective—. Charlie Chan escuchó todo desde cocina.

—Entonces ya sabe que debió de ser Shaky Phil y no Thorn quien asesinó a Louie, ¿verdad?

—Shaky Phil o quizá desconocido que guiaba coche y que hizo llamada desde carretera. Siento interés profundo por desconocido. ¿Quién era? ¿Trajo noticia de que Louie volvía a desierto?

—Es inútil que me haga preguntas. No tengo la menor idea de nada. —Ante ellos se extendía Eldorado con sus tejados brillantes bajo el sol mañanero—. Dejémonos caer en casa de Holley —siguió el joven—. El tren no habrá llegado todavía. Quizá tiene alguna noticia.

El periodista estaba sentado ante su mesa.

—¿Qué tal? —saludó—. Esta mañana sí que se ha levantado temprano, joven. —Apartó a un lado la máquina de escribir—. Estaba escribiendo la oración fúnebre del pobre Louie. ¿Qué hay de nuevo en el Rancho Misterio?

Bob Eden le explicó la visita de la doctora Withcomb y la de Madden a su habitación, de la cual había resultado su viaje a Barstow.

—El viajecito le sentará perfectamente a usted —sonrió Holley—. ¿Qué le parece la señorita Evelyn? Pero, ahora que me acuerdo, ya la conocía usted.

—¿Que qué me parece la señorita Evelyn? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó, sorprendido, Eden.

—¿No llegó ayer noche?

—Por lo menos, yo no la he visto. En el rancho no se vio el menor rastro de ella. Holley se levantó y dio unos pasos por el despacho.

—Sin embargo, llegó en el tren de las seis cuarenta. ¡Es extraño, muy extraño!

—¿Está usted seguro?

—¡Claro que lo estoy! La vi con mis propios ojos. —Holley se sentó de nuevo—. Ayer noche no tenía mucho trabajo, era una de mis noches libres, tengo solamente trescientas sesenta y cinco al año. Por lo tanto, me fui a la estación a ver llegar el tren de las seis cuarenta. Thorn también estaba allí. Una joven alta, elegante, bajó del tren y oí que Thorn se dirigía a ella llamándola señorita Evelyn. «¿Cómo está papá?», preguntó la muchacha. «Venga y se lo explicaré», dijo el secretario. «No ha podido venir él en persona a esperarla». La joven subió al automóvil y se marcharon. Por eso supuse que la joven estaba alegrando su vida en el rancho.

Eden movió la cabeza.

—¡Es muy extraño! Thorn regresó al rancho poco después de las diez, solo. Charlie, con su habitual agudeza, descubrió que el automóvil había recorrido unas treinta y nueve millas.

—También, junto al acelerador, como caído de zapato, Charlie hizo descubrimiento de pequeño trozo de arcilla —añadió el chino—. Usted conoce país, señor Holley. Quizá usted puede hacer mención de casa donde está arcilla.

—La hay en varios lugares —contestó Holley—. Esto se hace cada vez más difícil. ¡Oh! Me olvidaba. Hay una carta para usted, Eden.

El periodista le entregó una carta escrita con una cuidada letra. Era de la señora Jordan; en ella la dama le suplicaba que no malograra la venta de las perlas. El joven la leyó en voz alta. La señora Jordan no entendía lo que ocurría. Madden estaba en el rancho, había comprado las perlas... ¿Por qué, pues, aquel retraso? La pérdida de aquel dinero sería una tragedia para ella.

Cuando hubo terminado la lectura, Eden dirigió una acusadora mirada a Charlie Chan, luego, rasgó la carta y tiró los pedazos a la papelera.

—¡He llegado ya al límite! —dijo—. Esa mujer es el ser más bueno que he conocido y me parece que la estamos haciendo sufrir inútilmente. Al fin y al cabo, lo que ocurre en el rancho de Madden no es cosa nuestra. Nuestro deber con la señora Jordan es...

—Usted perdone interrupción. Charlie Chan tiene agudo sentimiento de deber. Lealtad florece siempre en corazón de Charlie Chan.

—Entonces, ¿qué cree usted que debemos hacer? —preguntó el joven.

—Esperar y hacer vigilancia.

—Pero ¡por el amor de Dios!, eso ya lo hemos hecho. Precisamente esta mañana estaba pensando en ello. Lo único que hemos logrado ha sido que a un suceso inexplicable haya seguido otro, sin lograr nada firme ni claro. Las cosas pueden continuar así indefinidamente...

—Paciencia —dijo Chan— es virtud grande. Durante siglos, chinos han hecho cultivo de paciencia, como jardinero cultivo de flores jóvenes. Hombre blanco no hace cultivo de paciencia. Hombre blanco parece cucaracha dentro de botella.

—Pero óigame, Charlie. Todo lo que hemos descubierto en el rancho es cosa de la Policía.

—¿Para estúpido capitán Bliss?

—¿Qué más da? No veo yo por qué no hemos de entregarle las perlas a Madden y luego, una vez tengamos su recibo, podemos ir a contarle al *sheriff* todo lo que sabemos. Hecho eso, a nosotros no nos importa que descubra o no a quién asesinaron en el rancho de Madden.

—Quizá *sheriff* hiciera descubrimiento del problema —se burló Chan—. Cerebro grande *sheriff*, sin duda, como capitán Bliss. Idea de usted tiene oposición completa de Charlie Chan.

—Es que estoy pensando en la señora Jordan. En sus intereses.

Chan le palmeó la espalda.

—Usted es joven bueno, tiene lealtad. Usted abra oídos a palabras de cabezas más viejas. Señor Holley, ¿usted tiene deseo de hacer intervención en conversación de nosotros?

—Desde luego —sonrió Holley—. Estoy totalmente de acuerdo con el señor Chan, Eden. Sería una lástima abandonar la partida ahora. El *sheriff* vale bastante, pero este misterio es demasiado profundo para él. Más vale que espere un poco más hasta...

—Está bien —suspiró Eden—. Esperaré. Pero díganme una cosa. ¿Qué es lo que esperamos?

—Mañana, señor Madden marcha a Pasadena —dijo el detective—. Thorn acompaña a jefe y podremos librarnos de algún modo de Gamble. Suerte mucha para nosotros. Hasta ahora nosotros hemos hecho registro de rancho con prisa grande, como hombre que corre detrás de tranvía que escapa. Mañana nosotros registramos despacio.

—Como quiera, pero usted cargará con las responsabilidades, ¿eh?

—Responsabilidad caerá sobre hombros de Chan, como perlas descansan sobre vientre. Ahora hago humilde indicación de que usted haga viaje a Barstow.

Eden miró su reloj.

—Ya se acerca la hora. Un poco de vida ciudadana no me hará ningún daño. Pero le advierto que cuando vuelva quiero un poco de luz. Si ha ocurrido alguna otra cosa misteriosa en ese rancho, echaré a correr a través del desierto y me pondré a lanzar aullidos.

Tomar el tren resultó la cosa más agradable del mundo, pues en la estación encontró a Paula Wendell, que, al parecer, tenía la misma idea. La joven estaba encantadora con su traje de montar; sus ojos rebosaban vida.

—Buenos días —saludó Paula—. ¿Adónde va?

—A Barstow, en viaje de negocios —explicó.

—¿Es importante?

—Naturalmente. Yo no empleo mi enorme talento en cosas sin importancia.

Llegó el tren y los dos jóvenes subieron a uno de los dos vagones.

—Siento que le necesiten en Barstow —dijo la señorita Wendell—. Yo bajo unas estaciones antes. Pienso alquilar un caballo para dar un paseo por Lonely Cañón. Si me hubiera acompañado usted, no habría sido tan solitario.

Eden sonrió feliz. Realmente la vida no concede muchas veces la oportunidad de mirarse en unos ojos como los de aquella joven.

—¿En qué estación bajamos? —preguntó.

—¿Bajamos? Creía que había dicho...

—La verdad no está conmigo estos días. Barstow tiene tanta necesidad de mi presencia como usted de un instituto de belleza. Desde hoy, Lonely Cañón tendrá que cambiar de nombre.

—Bien. Nos apearemos en Seven Palms. El viejo ranchero que me alquilará un caballo, seguramente tendrá otro para usted.

—No voy vestido precisamente para hacer de vaquero —dijo Eden—, pero supongo que al caballo le dará igual.

El caballo pareció no conceder la menor importancia a aquello. Su abatido aspecto indicaba que se esperaba una cosa así. Salieron del poblado conocido con el nombre de Seven Palms y se metieron a buen paso por el desierto.

—Nunca me había dado cuenta de lo grande que es el mundo hasta que llegué al desierto —dijo Eden.

—¿Ya le empieza a gustar? —preguntó la joven.

—Creo que sí. Que se mete dentro de uno, es verdad. Es algo que no se puede expresar con palabras.

—No sabe usted lo que le envidio que sea esta la primera vez que viene al desierto. Ojalá pudiera yo verlo como si nunca hubiese estado en él. Para mí ya es como si fuera mi despacho. Veo a mi alrededor los pseudo-vaqueros, las apasionantes cabalgadas de los caballeros^[8] de Hollywood. Tragedias, hazañas, rescates, huidas ante las balas... Estas dunas y cañones han visto más películas que Will Holley.

—¿Buscando lugares, hoy también? —preguntó Eden.

—Siempre —suspiró la joven—. Me han enviado un nuevo argumento, tan nuevo como una de esas montañas. Las aventuras de un vaquero y la hija de un millonario de Nueva York, ¿comprende?

—¡Ya lo creo! La muchacha ha crecido entre las orgías de la alta sociedad, ¿no es cierto?

—¿Cómo no iba a serlo? Las orgías se presentan con todo detalle, con los baños en la piscina... en fin, como siempre. Pero esa parte no me concierne a mí. Es luego, cuando la muchacha, harta de idiotez, se viene al Oeste a buscar un hombre de verdad cuando empieza mi trabajo. ¿Es necesario añadir que encuentra al hombre soñado? Su caballo se desboca lanzándola sobre la artemisa del desierto, donde el vaquero la encuentra. A pesar de lo distinto de su posición social, el amor florece en pleno desierto. Créame que a veces me alegro de que mi profesión sea ya una cosa próxima a desaparecer.

—¿De veras?

—¡Oh! El cine progresa. Hace algunos años, el buscador de lugares era un personaje importantísimo. Hoy día, la mayor parte de esta comarca ha sido explorada y clasificada, y cada estudio tiene unos cuantos álbumes llenos de fotografías. Dentro de algunos años no quedará ninguno de nosotros.

La joven detuvo su caballo.

—Voy a tomar unas fotografías —siguió—. Me parece que este trozo de desierto no lo hemos utilizado aún. Es lo más apropiado para estremecer a las dependientas y a los oficinistas, allá en los cines de Nueva York. —Cuando volvió a subir a caballo, continuó—: No es extraño que les gusten esas películas a los habitantes de las

ciudades. Cada uno de ellos piensa: «¡Si yo pudiera ir allí!»

—Sí, y si vinieran aquí, se morirían de aburrimiento la primera noche —dijo Bob Eden—, echando de menos el metro y las historietas del periódico de la noche.

—Es verdad. Pero, afortunadamente, no vendrán nunca.

Siguieron adelante. La joven iba nombrando cada una de las plantas que encontraban.

—Esta es una cholla —anunció—, otra de las variantes del cacto. En total, hay diecisiete mil.

—Muy bien, la creo, no es necesario que me las nombre todas.

Espesas matas de zumaque indicaron que se acercaban al cañón. Al poco rato, dejaron el calor sofocante del desierto por la agradable frescura del fondo del cañón. Los caballos seguían un sendero que a ratos quedaba oculto por los matorrales. Algunos ciruelos salvajes empezaban a florecer en las laderas y en el fondo, por entre altas palmeras, corrían las frescas e invitadoras aguas de un riachuelo.

La vida parecía muy sencilla y agradable en Lonely Cañón. En aquel momento, Eden sintióse más atraído que nunca hacia su joven compañera. No era verdad que existiesen ciudades populosas. El mundo acababa de nacer, estaba completamente limpio y ellos eran sus únicos habitantes.

Por un pendiente sendero bajaron hasta el grupo de palmeras, junto al riachuelo, donde desmontaron para dar cuenta del almuerzo que Paula Wendell había guardado en sus alforjas.

—¡Qué lugar más maravilloso para descansar! —exclamó Bob Eden.

—Pero ¿no decía el otro día que no estaba cansado? —le recordó la joven.

—No lo estoy. Sin embargo, me gusta el lugar. Además, no es cosa de geografía. No gusta el lugar por sí mismo, sino por la compañía que uno lleva. —Y después de frase tan filosófica, me apresuro a añadir que no tengo ninguna gana...

—Tenía usted razón antes, cuando dijo que la verdad no está en usted —rio la joven—. Sé lo que está pensando... Que no he traído bastante para dos. Pero sepa usted que estos emparedados del «Oasis» están hechos para rancheros y que jamás he podido comerme más de uno. Hay cuatro... Se ve que he sentido algo. También nos repartiremos la leche.

—Pero ese es su almuerzo. Debí comprar alguna cosa en Seven Palms.

—Aquí tiene un emparedado de rosbif. Pruébelo y quizá entonces no se sienta usted tan hablador.

—Bueno... ¡Hum!...

—¿Qué le decía? Al «Oasis» le gusta tratar bien a sus clientes. ¿Quiere leche?

—Me daría vergüenza —murmuró Eden. Sin embargo, se dejó convencer fácilmente.

—No ha comido usted nada —dijo, cuando hubo terminado.

—Ya lo creo que he comido. Mucho más que de costumbre. Yo como muy poco.

—Buena noticia para Wilbur. Le costará poco mantenerla. Aunque si tiene dos

dedos de frente comprenderá que por muy elevada que sea la cuenta de la manutención de una mujer como usted, será siempre pequeña.

—Le envié sus recuerdos.

—¿De veras? Pues... en parte me sabe mal que lo haya hecho. No soy hipócrita y le confieso que empiezo a sentir antipatía por Wilbur. El muchacho empieza a cargarme.

—Pero usted decía...

—Sí, ya lo sé. Pero ¿no puedo haberme equivocado? Soy joven, y los jóvenes nos equivocamos muy a menudo. Interrúmpame si ha oído alguna vez lo que voy a decirle. Cuanto más la veo...

—¡Alto! Eso ya lo he oído.

—Creo que lo mejor será que volvamos al trabajo. Si no su caballo se va a comer toda la hierba que hay por aquí.

Por otro camino emprendieron el regreso a Seven Palms. El sol estaba ya cerca del ocaso cuando divisaron las casas del poblado.

—Si pudiera encontrar un lugar nuevo para la escena de amor final —suspiró la joven.

—¿Qué escena de amor?

—Entre el vaquero y la pobrecita millonaria. ¡Se han besado ya tantas veces frente al sol poniente! Es necesario encontrar algo nuevo.

Eden oyó un *clinc*, como si una de las herraduras de su caballo hubiera chocado contra un objeto de acero. El caballo dio un traspies y estuvo a punto de caer.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¡Oh, eso! Es uno de los carriles medio enterrados de un viejo ramal del ferrocarril. Un sueño que nunca se convirtió en realidad. Hace años pensaron construir aquí una ciudad, bajo esos álamos; el ramal salía de la línea principal y recorría quince millas de desierto. Pensaban hacer una populosa y trabajadora ciudad, una metrópoli del desierto, de la cual sólo quedan hoy un par de casas en ruinas. Pero era en el tiempo de las grandes especulaciones. Trajeron un sin fin de gente y en una sola tarde vendieron seiscientos lotes de terreno.

—¿Y los carriles?

—Vieron pasar un solo tren y ya no trabajaron más. Todo el material de la compañía consistía en una máquina y dos viejos tranvías traídos de San Francisco para servir de vagones. Uno de los coches se destruyó para aprovechar la madera. Pero los restos del otro están todavía en pie, precisamente no muy lejos de aquí.

En aquel momento, llegaron a lo alto de un montículo.

—¿Qué sabe usted de eso? —preguntó Bob.

Ante ellos, hundido en la arena, veíase un tranvía en ruinas. Estaba inclinado hacia un lado, con los cristales amarillos de polvo, pero en el frente se podía leer aún el siguiente rótulo: «Market Street».

Ante aquel letrero tan familiar, Bob Eden sintió que le invadía la nostalgia de su

ciudad natal. Detuvo su caballo y contempló aquel símbolo del triunfo del desierto sobre los planes de los humanos. El hombre había creído que podía conquistarlo y había acudido con sus máquinas y sus ensueños, y de todo aquello, sólo quedaba un viejo tranvía como una advertencia amenazadora.

—Cuántos novios subieron a ti —dijo Bob—. ¡Y cómo has terminado! ¡Tú, que hiciste tantas veces el trayecto entre Twin Peaks, has venido a morir olvidado y solitario entre la arena y los cactus del desierto!

—¡Muy bien! —exclamó la joven—. Después de oírle eso voy a pedirle que me dedique una poesía.

Se apearon de sus caballos para acercarse al tranvía. Paula desenfundó su máquina fotográfica y la preparó.

—¿No me quiere en la fotografía? —preguntó Eden.

—No, que estropearía el conjunto —rio la joven, y disparó la máquina. En aquel mismo instante, los dos jóvenes se llevaron un susto de muerte. Un viejo había salido de pronto del interior del coche. Un hombre encorvado, con el rostro encuadrado por una hirsuta barba.

La mirada de Eden buscó la de la joven.

—¿No le vio usted el miércoles por la noche, en el rancho de Madden? —preguntó en voz baja.

—Sí, es el buscador de oro que le dije —asintió Paula.

El hombre de la barba no dijo nada, pero se quedó mudo de asombro, de pie en la plataforma de aquel abandonado tranvía, junto al letrero de «Market Street».

CAPITULO XIII

LO QUE VIO EL SEÑOR CHERRY

Bob Eden avanzó unos pasos.

—Buenas tardes —dijo—. Espero que no habremos venido a estorbarle.

Moviéndose con cierta dificultad, el hombre bajó de la plataforma.

—¿Cómo están? —dijo, gravemente, estrechando las manos de Bob y de Paula—. No, no me han venido a estorbar. Estaba echando una siestecita... no soy tan fuerte como antes.

—Pasábamos por casualidad... —empezó Eden.

—No pasa mucha gente por aquí —dijo el viejo—. Me llamo William I. Cherry. Pero siéntense, como si estuvieran en su casa.

—Nos detendremos un poquito —dijo Eden.

—Han llegado a la hora de cenar. ¿Qué les parecen unas judías con jamón?... —invitó el viejo.

—¡Ni pensar! —rechazó Eden—. Es usted muy amable, pero dentro de un rato estaremos en Seven Palms.

Paula Wendell se sentó en uno de los estribos del tranvía y Bob se dejó caer en la caliente arena. El señor Cherry se dirigió a la plataforma posterior y regresó con una caja que, originariamente, había contenido jabón. Después de tratar de conseguir inútilmente que Bob la aceptase como asiento, el viejo se sentó en ella.

—¡Bonita casa la que se ha agenciado usted! —dijo Eden.

—¿Casa? —El buscador de oro contempló con ojo crítico el destartado tranvía — ¿Casa, muchacho? Hace treinta años que no he tenido casa. Muy bien dirá campamento de paso.

—¿Hace mucho que está aquí? —preguntó Eden.

—Tres o cuatro días. El reumatismo me molestaba bastante. Pero mañana me voy.

—¿Se va? ¿A dónde?

—A cualquier sitio.

—¿Y por dónde cae eso? —sonrió Eden.

—No sé. En cualquier sitio. Algún lugar que no será este, ciertamente.

—¿A ver si encuentra algo? —volvió a sonreír Eden.

—Usted lo ha dicho. —Y los cansados ojos del viejo miraron las cumbres de las montañas.

—¿Y qué espera encontrar? —preguntó Paula Wendell.

—Una vez encontré una veta de cobre, señorita, pero me la quitaron. Sin embargo, sigo buscando.

—¿Hace mucho que está en el desierto? —preguntó Eden.

—Veinte, veinticinco años. En un desierto o en otro.

—¿Y antes?

—Buscando oro en Australia, desde Hannans a Hall's Creek. También cuidé ganado en Nueva Gales del Sur, luego trabajé de fogonero en varios vapores.

—Nació en Australia, ¿verdad?

—Quién, ¿yo? —El señor Cherry movió negativamente la cabeza—. No señor, nací en África del Sur... de padres ingleses. He estado en el Congo, en el Zambeze, y he recorrido toda el África Central Inglesa.

—¿Y cómo llegó a Australia?

—No sé, muchacho. Estaba haciendo contrabando por América del Sur cuando la campaña de Méjico. Seguramente habría algo en Australia que me interesó y me fui allí. Entonces era muy joven.

Eden movió la cabeza.

—¡La de cosas que habrá usted visto!

—¡Ya lo creo, muchacho! El otro día un médico de Redland me dijo: «Necesitas lentes». «¿Para qué? Si ya lo he visto todo», contesté yo, y me marché.

Todos callaron. Bob Eden no sabía cómo abordar el asunto; hubiera deseado tener junto a él a Chan. Pero su deber estaba bien claro.

—¿Dice usted que hace tres o cuatro días que está aquí? —preguntó.

—Poco más o menos.

—¿Se acuerda dónde estaba el miércoles por la noche?

El viejo miró agudamente a Eden.

—Y si me acuerdo, ¿qué?

—Se lo preguntaba porque, si no se acuerda, puedo refrescarle la memoria. El miércoles por la noche estaba usted en el rancho de Madden, cerca de Eldorado.

Lentamente, el señor Cherry se quitó el sombrero, sacó un palillo metido entre la cinta y el fieltro, y se lo llevó a la boca.

—Sí, puede que estuviera. ¿Qué pasa?

—Pues... que me gustaría hablar un poco con usted respecto a aquella noche.

Cherry le miró atentamente.

—Es la primera vez que le veo a usted —dijo— y me parece que conozco a todos los *sheriffs* y alguaciles de California.

—Entonces, ¿reconoce usted que aquella noche ocurrió algo en el rancho de Madden que requiere la presencia de un *sheriff*? —dijo rápidamente Eden.

—Yo no reconozco nada —contestó el viejo minero.

—Usted sabe cosas muy importantes acerca de lo ocurrido el miércoles por la noche en el rancho de Madden —insistió Eden—. Es necesario que me lo cuente.

—No tengo nada que decir —replicó Cherry, obstinadamente.

Eden empleó otra táctica.

—¿Qué hacía usted en el rancho de Madden?

El señor Cherry llevóse el anciano palillo de un lado a otro de la boca.

—No hacía nada. De cuando en cuando, en mis viajes por el desierto, me dejo caer por el rancho de Madden. Yo y el cocinero, Louie Wong, somos amigos. Cuando voy por allí me da un poco de comida y me deja dormir en el granero. Le hago compañía. Está muy solo en el rancho. Aunque es un chino, se encuentra tan solo como si fuera un blanco.

—Una buena persona, Louie Wong —sugirió Eden.

—Uno de los mejores muchachos del mundo, y no digo ninguna mentira.

Con deliberada lentitud, Bob dijo:

—Louie Wong ha sido asesinado.

—¿Qué?

—De una puñalada en el costado, el domingo por la noche, junto a la puerta del rancho. Le asesinó un desconocido.

—¡Algún asqueroso cerdo! —exclamó, indignado, el señor Cherry.

—Esa es mi impresión. No soy policía, pero hago todo lo posible por descubrir al asesino. Lo que usted presencié la otra noche en el rancho de Madden tiene, sin duda, una gran importancia para el descubrimiento del asesino de Louie. Necesito su ayuda. ¿Quiere hablar ahora?

El señor Cherry quitóse el palillo de la boca y lo contempló unos instantes.

—Sí —dijo al fin—. Hablaré. Esperaba poder quedar separado de esto. Jueces, tribunales y todos sus trámites no se han hecho para mí. Pero, como soy hombre decente y no tengo nada que ocultar, hablaré, aunque no sé como diablos empezar.

—Ya le ayudaré yo —contestó, encantado, Eden—. La otra noche, cuando fue al rancho de Madden, quizá oyó gritar a un hombre: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesino! Aparta ese revólver. ¡Socorro!». O algo así, ¿verdad?

—No tengo nada que ocultar. Eso fue lo que oí.

—¿Y vio usted algo, además?

El viejo asintió.

—Vi muchas cosas, muchacho. Louie Wong no ha sido el primer hombre que han asesinado en el rancho de Madden. Presenció un asesinato.

Eden ahogó una exclamación. Paula Wendell, con los ojos desorbitados, quedóse mirando fijamente al minero.

—Cuéntemelo todo —siguió preguntando Eden.

El señor Cherry llevóse otra vez a la boca el palillo, lo cual no le impidió continuar su relato.

—La vida tiene cosas muy extrañas. Yo creí que lo ocurrido había quedado sólo entre el desierto y yo. Nadie te conoce, me dije. Nadie vendrá a preguntarte nada. Pero estaba equivocado. Me da igual hablar que callar. Sin embargo, me gustaría no

acercarme a un tribunal...

—Quizá yo pueda ayudarle —dijo Eden—. Siga. Decía usted que presencié un crimen.

—Aten sus caballos, muchachos —advirtió el señor Cherry—. Bueno, como iba diciendo —siguió—, el miércoles, al anochecer, me dejé caer como de costumbre por el rancho de Madden. Pero, al entrar en el corral, vi que ocurría algo allí. Había llegado el amo. Todas las ventanas estaban iluminadas y, frente a la puerta había un coche muy grande junto al cacharro de Louie. Como estaba muy cansado, pensé que lo mejor era procurar apartarme de la vista del amo y llegarme hasta la cocina a ver si Louie me daba un poco de cena.

»Dejé mi alforja en el granero y fui hacia la cocina. Como Louie no estaba en ella me dispuse a salir, pero entonces oí un grito en la casa; un hombre decía: “¡Socorro! Aparte ese revólver. Conozco su juego. ¡Socorro! ¡Socorro!”. Tal como usted ha dicho antes. A mí no me gusta meterme en líos, pero, a pesar de ello, volví a la cocina y me quedé unos momentos sin saber qué hacer. Y, de pronto, se oyó otra vez el grito del hombre, las mismas palabras, pero no era el hombre, sino *Tony*, el loro chino. Aquella vez las palabras sonaron más terribles. En seguida se oyó un disparo. El tiro pareció venir de una de las habitaciones que dan al *patio*. La ventana estaba abierta. Me acerqué a ella y, en aquel momento, sonó otro disparo. En seguida se oyó un gemido. Llegué a la ventana y miré dentro de la habitación.

Se interrumpió.

—¿Y qué? —preguntó, impaciente, Bob.

—Era un dormitorio y allí estaba él con un humeante revólver en la mano. En el suelo, al otro lado de la cama, había alguien. Lo único que pude ver fueron sus zapatos. Siempre con el revólver en la mano se volvió hacia la ventana...

—¿Quién? —exclamó Bob Eden— ¿Quién tenía el revólver en la mano? ¿Está hablando de Martín Thorn?

—¿Thorn? ¿Quiere decir aquel secretario con aspecto de serpiente? No, no hablo de Thorn. Me refiero a él...

—¿A quién?

—Al jefe. Madden. P. J. Madden.

Hubo un momento de profundo silencio.

—¡Buen Dios! —exclamó Eden—. ¿Madden? Dice usted que Madden... ¡Es imposible! ¿Cómo lo sabe? ¿Está usted seguro?

—Claro que estoy seguro. Conozco perfectamente a Madden. Hace tres años que le vi en el rancho. Es un hombre fornido, de cara rojiza, el cabello un poco gris. Madden es un hombre inconfundible. Estaba de pie, con el revólver en la mano y la mirada fija en la ventana. Me aparté. En aquel momento, ese Thorn del que usted hablaba, entró en el cuarto. «¿Qué ha hecho?», dijo. «Le he matado», contestó Madden. «Eso ha sido lo que he hecho». «¡Loco!» exclamó Thorn. «No era necesario». Madden tiró el revólver. «¿Por qué no?», preguntó. «Me daba miedo».

«Siempre le tuvo miedo» dijo Thorn. «¡Cobarde! Aquella vez en Nueva York...». Madden le dirigió una mirada y le ordenó: «Cállate y olvídale. Le temía y le he matado. Era lo mejor que podíamos hacer».



Estaba de pie, con el revólver en la mano.

El viejo minero se interrumpió y miró a su asombrado auditorio.

—Bien, señor y señorita —siguió—, me marché. ¿Qué más se podía hacer allí? Lo ocurrido no era cuenta mía y no quería verme enredado en ningún proceso. Márchate en seguida, me dije, y que los demás se las compongan como puedan. Volví al granero, cogí mi alforja y al salir vi que llegaba un automóvil al rancho. Salté la cerca y me marché carretera abajo. Pensé que nadie sospechaba que yo había estado en el rancho aquella noche. No comprendo cómo lo han descubierto ustedes. Pero soy un hombre decente y no oculto nada. Esto es todo lo que sé y es la pura verdad.

Bob Eden se levantó y dio unos pasos por la arena.

—¡Este es un asunto muy serio! —exclamó.

—¿Usted cree? —preguntó el minero.

—Usted sabe quién es Madden, ¿verdad? Uno de los hombres más destacados de los Estados Unidos...

—Y claro, nunca podrá demostrarse nada en contra de él. Se las arreglará de una manera u otra para burlar la Justicia. Dirá que fue en defensa propia...

—No lo crea. Si usted dice ante los jueces lo que vio, el señor P. J. Madden está listo. Ahora mismo se vendrá usted con nosotros a Eldorado...

—Un momento —le interrumpió Cherry—. Yo no me meto en ningún pueblo. Por lo menos, mientras no sea absolutamente indispensable. He contado ya lo que sabía y lo repetiré cuando lo crean conveniente. Pero yo no voy a Eldorado.

—Pero, oiga...

—Óigame a mí. ¿Qué es lo que sabe usted? ¿Conoce la identidad del hombre que asesinaron? ¿Han encontrado su cadáver?

—No, pero...

—Me lo figuraba. O sea, que la única prueba que tienen es mi palabra. ¿Y qué vale mi palabra contra la de P. J. Madden? ¡Nada!

—Quizá tenga usted razón.

—¡Claro que la tengo! Yo les he hecho un favor, ahora ustedes háganme otro a mí. Saquen el mayor provecho posible de mis informes. A mí déjenme fuera del todo. Si a... a pesar de eso me necesitan, entonces vayan a Needles; dentro de una semana, estaré en casa de mi amigo Slim Jones. Me parece que les hago una buena proposición, ¿no es verdad, señorita?

La joven sonrió.

—A mí así me lo parece...

—Está bien —dijo Eden—. Aprovecharé lo mejor que pueda los informes que me ha dado y haré lo posible para que su nombre no aparezca en el asunto.

El viejo se puso en pie haciendo un esfuerzo.

—¡Chóquela! —dijo— ¡Es usted todo un hombre!

—Bien —dijo Eden—, ahora tenemos que marcharnos. He tenido un gran placer en conocerle.

—Y yo también —replicó Cherry—. De cuando en cuando me gusta charlar con alguien. Y chicas tan guapas no se ven muy a menudo.

Bob y Paula se despidieron del viejo. Este quedóse junto al tranvía, viéndoles alejarse. Durante un rato caminaron en silencio.

—Bueno —dijo, al fin, Bob—. ¿Ha oído usted algo, señorita?

—¡Ya lo creo! Algo que me cuesta trabajo creer.

—Quizá no le cueste tanto creerlo si le cuento unas cuantas cosas. Por fin se ha metido usted en el gran misterio de Madden y no hay ya motivo para que no sepa tanto como yo. Por eso voy a hablar.

—Estoy dispuesta a escucharle.

—Bien, pues yo vine aquí a cerrar un negocio con Madden. La primera noche que pasé en el rancho... —Y dio una detallada explicación de los misteriosos sucesos que habían empezado con los gritos del loro—. Ahora, ya lo sabe. Alguien ha sido asesinado, esto es evidente. Alguien antes que Louie. Pero ¿quién? Todavía no lo sabemos. ¿Por quién? Tenemos una contestación, sin embargo...

—¡Parece increíble!

—¿No cree lo que nos ha contado Cherry?

—Esos caminantes del desierto a veces ven cosas extrañas. Y ya ha oído lo que le

dijo el doctor de Redland...

—Sí. Sin embargo, creo que Cherry ha dicho la verdad. Después de los días que he pasado con Madden le considero capaz de todo. Es un hombre duro y el que se ponga en su camino... está listo. Algún desgraciado lo hizo... pero no por mucho tiempo. ¿Quién? Ya lo descubriremos. Es necesario que lo descubramos.

—¿Lo descubramos?

—Sí, usted también entra en este asunto. Después de lo que ha oído no puede echarse atrás.

—Me parece que me va a gustar —dijo Paula Wendell.

Devolvieron sus cansados caballos a la cuadra de Seven Palms y, después de cenar en el restaurante del pueblo, cogieron el tren para Eldorado. Cuando se aparearon, Charlie y Will Holley les esperaban.

—¿Qué tal? —saludó el periodista— ¡Hola, Paula!... ¿Dónde habéis estado? Eden, aquí está Ah Kim. Madden le ha hecho venir a buscarle.

—¡Hola, caballeros! —dijo, alegremente, Eden—. Antes de que Ah Kim y yo nos marchemos para el rancho debemos detenernos un momento en la redacción del gran periódico *Eldorado Times*. Tengo algo que comunicar.

Cuando hubieron llegado a la oficina, en la que Charlie entró de bastante mala gana, Eden cerró la puerta y se enfrentó con ellos.

—Amigos —anunció—: Las nubes se están disipando. Por fin he logrado algo definido. Pero antes de seguir adelante permítame, señorita Wendell, que le presente a Ah Kim, aunque, en realidad, a quien tiene usted el honor de conocer es al sargento Charlie Chan, de la Policía de Honolulu.

Chan se inclinó.

—Tengo mucho gusto en conocerle, señor sargento —dijo la joven.

—No me mire así, Charlie —rio Eden—. Me destroza el corazón. Y no se asuste, pues esta joven sabe más que usted acerca de nuestro asunto. Bueno, siéntense.

Bastante asombrados, Chan y Will Holley se sentaron.

—Esta mañana he dicho que quería luz —siguió Eden—. El viaje a Barstow ha resultado muy fructífero, Charlie. La señorita Wendell y yo hemos cabalgado un poco por el desierto y hemos encontrado e entrevistado... a aquel buscador de oro.

—¿Qué dice? —exclamó Holley.

Los ojillos de Chan se avivaron.

—Los chinos tienen una gran fuerza psíquica, Charlie —siguió Eden—. De ahora en adelante, lo proclamaré a los cuatro vientos. Tenía usted razón. Antes de que llegásemos al rancho de Madden, alguien cometió un inocente asesinato. Y sé quién lo cometió.

—¿Thorn? —sugirió Holley.

—Nada de Thorn. No, caballeros, fue el jefe... Madden en persona... ¡El gran P. J.! El miércoles por la noche, en su rancho, Madden asesinó a un hombre. Un pasatiempo más para los millonarios.

—¡Imposible! —exclamó el periodista.

—¿Lo cree así? Pues escuche. —Y Eden repitió el relato de Cherry.

Chan y Holley le miraron mudos de asombro.

—¿Y dónde está ahora el viejo minero? —preguntó Chan.

—Le he dejado marchar —contestó Eden—. Pero sé a dónde se dirige y dónde podremos encontrarle cuando le necesitemos. Antes tenemos que descubrir otras cosas.

—Sí, claro —asintió Holley—. ¡Madden! Me cuesta trabajo creerlo.

—Charlie Chan no ha visto nunca caso más extraño. Nosotros no hemos avanzado pesquisas. Siempre asesinato es muerto sobre alfombra... muchas huellas... Charlie las sigue y encuentra asesino. Aquí no; Charlie nota que cosas no van conformes; tinieblas rompen por fin, escucho nombre de asesino que mató, pero ¿quién ha sido asesinado? ¿Por qué asesinaron a él? Hay trabajo grande aún.

—¿No cree usted que deberíamos avisar al *sheriff*? —sugirió Eden.

—¿Por qué? —preguntó Chan—. Llegará capitán Bliss cometiendo error grande a cada momento. *Sheriff*, sin hacer preparación, entra en asunto. Madden comprende situación y oculta todas pruebas que hay en rancho y escapa con facilidad grande. No, *sheriff*, por favor... a no ser que ustedes no tengan confianza en Charlie Chan.

—No diga usted tonterías, Charlie —protestó Eden—. Usted es quien dirige. Chan se inclinó.

—Gracias muchas. Dificultades de asunto despiertan orgullo de humilde policía. Charlie Chan descubrirá misterio entero o esconderá cara en el suelo.

—Bueno —dijo Eden—, ¿y si nos marchásemos?

Frente al «Hotel del Desierto», Bob Eden se despidió de la joven.

—El final de un día perfecto —dijo—, excepto por un detalle.

—¿Cuál?

—Wilbur. El pensar en él se me hace intolerable.

—¡Pobre Jack! Se porta muy duramente con él. Buenas noches, y...

—¿Y qué?

—Vaya con cuidado, en el rancho, quiero decir.

—Iré siempre con cuidado, en el rancho y en todas partes.

Durante todo el trayecto hasta el rancho de Madden, Chan guardó un pensativo silencio. Eden y él se separaron en el cercado. Cuando el joven entró en el patio vio a Madden solo, envuelto en un abrigo, sentado ante un moribundo fuego.

El millonario se puso en pie.

—¡Buenas noches! —dijo— ¿Qué?

—¿Qué? —replicó Eden. Habíase olvidado por completo de la misión que le había llevado a Barstow.

—¿Ha visto a Draycott? —susurró Madden.

—¡Oh! —el joven recordó todo—. Mañana, en la puerta del Banco, en Pasadena —dijo en voz baja—. A las doce en punto.

—Está bien —contestó Madden—. Saldré de aquí antes de que usted se levante.
¿Se va a acostar?

—Sí. Ha sido un día muy atareado.

—¿De veras? —preguntó, indiferente, Madden.

Se levantó y dirigióse al salón. Bob quedóse contemplando la ancha espalda de aquel individuo tan poderoso, que parecía tener el mundo en sus manos, pero que había asesinado a un hombre porque le tenía miedo.

CAPITULO XIV

EL TERCER HOMBRE

Tan pronto como se despertó, a la mañana siguiente, Bob Eden sumióse otra vez en las profundas meditaciones en que estaba hundido su cerebro cuando se durmió la noche anterior. Madden había asesinado un hombre. Una vez en su vida, y a pesar de la fría seguridad en sí mismo que tenía el millonario, había perdido la cabeza, y, sin pensar en los resultados de tal acción, apretó el gatillo del revólver que William S. Hart le regalara. Su situación debía de haber sido desesperadísima, para que aquel hombre tan frío y calculador lo olvidara todo.

¿A quién había matado? Aquello era algo que todavía estaba por descubrir. ¿Por qué lo había hecho? Según su propia confesión, porque tenía miedo. Madden, cuyo solo nombre llenaba de terror a muchas personas y ante cuya presencia muchos hombres temblaban, había conocido la emoción del miedo. Era ridículo, pero Thorn había dicho: «Siempre le tuvo miedo».

En el pasado del millonario existía un punto oscuro que debía aclararse. Ante todo, era necesario descubrir la personalidad del hombre asesinado el miércoles por la noche. Por fin el misterio empezaba a aclararse; la larga cadena de hechos inexplicables ocurridos desde que llegaron al desierto, se había roto momentáneamente para dar paso a algo definido. Por fin tenían en qué hincar el diente. Aquello les guiaría hasta... ¿Hasta dónde?

Chan esperaba en el *patio* cuando Bob Eden salió. En el rostro del chino se reflejaba una amplia sonrisa.

—Almuerzo descansa en mesa de salón —anunció—. Usted consume pronto. Frente a nosotros está día excelente para hacer investigación sin inquietud.

—¿Cómo es eso? —preguntó Eden— ¿No hay nadie en el rancho? ¿Y Gamble?

Chan se dirigió al salón y ofreció una silla a Eden.

—Déjese ya de eso, Charlie —dijo el joven—. Hoy no es Ah Kim. ¿Ha querido decir que Gamble también nos ha dejado?

Charlie asintió.

—Gamble ha tenido deseos grandes de visitar Pasadena. Al incluirse en ese viaje ha sido tan bien recibido como una de las ratas que colecciona.

Eden bebió el jugo de naranja.

—Madden no le quería con él, ¿verdad?

—No —contestó Chan—. Me he levantado antes que día y he preparado almuerzo, como eran órdenes que señor Madden dio ayer noche. Madden y Thorn han llegado borrando insistente sueño de sus ojos. De pronto, profesor Gamble ha hecho aparición en salón. Sueño estaba lejos de sus ojos y en labios tenía canción de alegría. «Se ha levantado muy pronto», ha dicho señor Madden, gruñendo como perro a quien quitan comida. «He pensado hacer un viajecito a Pasadena con usted», ha contestado señor Gamble. Cara de señor Madden se ha puesto roja como montañas cuando sol desaparece, pero no ha dado contestación. Señor Gamble ha subido parte trasera de coche, tan bien acogido como rata de desierto, pero señor Gamble no daba importancia malos deseos de compañeros de viaje.

Eden lanzó un silbido de alegría.

—Para nosotros ha sido una suerte. Yo me estaba preguntando qué haríamos con Gamble. Nos han quitado de encima un peso enorme.

—Usted ha dicho verdad grande —asintió Chan—. Nosotros haremos registro completo y encontraremos algo. ¿Cómo encuentra usted a Charlie Chan?

—Charlie el mundo perdió un grande hombre el día en que usted se hizo policía. Pero ¿quién llega? —añadió, mirando hacia fuera.

Chan fue hacia la puerta.

—No es necesaria alarma —dijo—. Sólo llega señor Holley.

El periodista entró en el salón.

—Aquí me tienen dispuesto a entrar en acción —anunció—. Si no tienen inconveniente, quiero tomar parte en la caza.

—Claro que no tenemos —dijo Eden—. ¡Encantados de verlo por aquí! Hemos tenido una suerte inmensa. —Y explicó lo de la marcha de Gamble.

—Desde luego —dijo Holley—. Gamble quiere ir a Pasadena para no perder de vista a Madden. Se me han ocurrido ciertas ideas acerca de este asunto.

—¡Bravo! —exclamó Eden—. A ver, díganos una.

—Espere un poco. Ya se las soltaré en el momento oportuno. En mis buenos tiempos estaba encargado de los reportajes de crímenes y misterios policíacos. A menudo me llamaban «Ojillos Agudos».

—¡Qué nombre más bonito! —rio Eden.

—«Ojillos Agudos» ha venido a observar —siguió Holley—. Ante todo, debemos decidir qué es lo que buscamos.

—Me parece que ya lo sabemos, ¿no? —preguntó Eden.

—¡Oh! En general, sí, pero hay que ir al detalle. Creo que el método apropiado es retroceder hasta el principio y empezar por ahí. ¿Verdad, Chan?

Charlie se encogió de hombros.

—En libros es así siempre —dijo—. En vida real no es siempre como en libros.

Holley sonrió.

—Perfectamente —dijo—. Ha echado un jarro de agua fría sobre mi entusiasmo. Sin embargo, voy a exponer mi parecer. Hoy no tenemos que preocuparnos de las

actividades de Shaky Phil Maydorf en San Francisco, ni del asesinato de Louie, ni de la desaparición de la hija de Madden. Todo eso se descubrirá más tarde. Hoy tenemos que encontrar la explicación del relato del viejo minero.

—Que pudo muy bien ser una mentira o un error —sugirió Eden.

—Sí, reconozco que el relato parece inexplicable. Si no existiesen pruebas que lo refuerzan, no le concedería la menor atención. Sin embargo, tenemos esas pruebas. Recuerde las palabras de *Tony* y su muerte. Más importante aún es el revólver de Bill Hart con dos cápsulas vacías. También está el impacto de la pared. ¿Qué más quiere?



—Más importante aún es el revólver de Bill Hart con dos cápsulas vacías.

—Sí, realmente, parece bien reforzado —asintió Eden.

—Lo está, no cabe la menor duda. Alguien fue asesinado en esta casa el miércoles por la noche. Al principio creímos que era Thorn el asesino, ahora hemos descubierto que fue Madden. Madden atrajo a alguien hasta la habitación de Thorn y

allí le mató. ¿Por qué? Porque le tenía miedo. Lo que nos interesa descubrir ahora es quién era el tercer hombre.

—¿El tercer hombre? —preguntó Eden.

—Precisamente. Dejando a un lado al minero, ¿quiénes estaban en el rancho? Madden, Thorn y otra persona. Un hombre que viendo su vida en peligro gritó pidiendo socorro. Un hombre que un momento más tarde caía al suelo junto a la cama y de quien el viejo minero sólo vio los zapatos. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Cuándo llegó? ¿Qué le traía aquí? Estas son las preguntas a las cuales hemos de encontrar contestación. ¿No tengo razón, señor Chan?

—Sin duda —replicó el chino—. ¿Y cómo encontraremos contestaciones? Quizá buscando. Humildemente sugiero que empecemos registro.

—Sin dejar ni un rincón del rancho —asintió Holley—. Podemos empezar por la mesa de Madden. Alguna carta puede proyectar un rayo de luz sobre el misterio. Desde luego, los cajones están cerrados. Pero yo he traído un manojito de llaves que me ha dejado un cerrajero del pueblo.

—Usted parece gran detective —dijo Chan.

—Gracias —contestó Holley. Se acercó al escritorio del millonario, y después de probar varias llaves, abrió los cajones.

—Trabajo excelente —dijo el detective.

—Me parece que no hay gran cosa aquí —declaró el periodista. Sacó los papeles que llenaban el cajón izquierdo y los dejó sobre la carpeta. Bob encendió un cigarrillo y salió de la habitación. El registrar la correspondencia de Madden no le agradaba.

En cambio, los representantes de la Policía y de la Prensa no eran tan delicados. Durante más de media hora, Chan y el periodista estudiaron el contenido de los cajones. Sólo encontraron cartas de negocios. Ni el menor detalle que pudiera echar ninguna luz sobre la identidad del muerto. Por fin, burlados sus deseos, guardaron otra vez los documentos y cerraron los cajones.

—No hemos conseguido nada —dijo Holley—. Borremos de la lista el escritorio y sigamos adelante.

—Charlie Chan aconseja que trabajo sea dividido —dijo el chino—. Ustedes harán registro dentro de rancho. Charlie Chan hará registro fuera.

Una por una, Holley y Eden registraron todas las habitaciones. En el cuarto ocupado por el secretario contemplaron el impacto dejado en la pared por la bala. Sin embargo, el revólver no estaba ya allí. Este fue el único descubrimiento de importancia.

—Hemos perdido —dijo Holley—. Madden es un hombre demasiado inteligente para dejar el menor rastro, pero...

Regresaron al salón. Al poco rato apareció, bañado en sudor, Charlie Chan. Entró en la estancia y dejóse caer pesadamente en una butaca.

—¿Cómo ha ido eso, Charlie? —preguntó Eden.

—¡Malo! —admitió Chan—. Desilusión grande pesa sobre corazón de Chan.

Pensamiento más lógico de Madden después de asesinato es enterrar muerto. No otro medio de esconder cadáver. He hecho examen de todo centímetro de terreno con esperanza grande. ¡Nada! Si cadáver ha sido enterrado, no ha sido en rancho. Caras de ustedes dicen a Charlie Chan que informes de ustedes son tan malos como los de Chan.

—No hemos encontrado absolutamente nada —dijo Holley.

Et chino lanzó un suspiro.

—Barrera grande ha aparecido frente a nosotros —dijo.

Quedáronse todos en silencio.

—No nos desanimemos —dijo, al fin, Bob. Se recostó en su sillón y lanzó una columna de humo hacia el techo—. ¡Hombre! ¿No se les ha ocurrido nunca que encima de esta habitación puede haber una especie de desván?

Chan se puso rápidamente en pie.

—Inteligente indicación —exclamó—. Desván sí, pero ¿cómo subir? —Quedóse unos instantes mirando al techo y luego entró en la habitación contigua—. Situación de ahora muy humillante para Charlie Chan —anunció. Los dos hombres entraron detrás del detective y al mirar hacia arriba, vieron con toda claridad una trampa abierta en el techo.

Bob Eden fue el encargado de subir hasta ella con ayuda de una escalera de mano que Chan trajo del granero. Momentáneamente, el joven permaneció en el desván con la cabeza inclinada, tratando de acostumbrar la vista a la semioscuridad que reinaba allí.

—Me parece que no hay nada —dijo—. Sí. ¡Ah! —añadió—, aquí hay algo. Un momento.

Le oyeron correr por el desván y nubes de polvo cayeron sobre ellos. Por fin vieron aparecer un bulto por el agujero de la trampa; era una vieja maleta.

—Parece que hay algo dentro —anunció Eden.

La cogieron con manos temblorosas y la llevaron al salón. Bob Eden se reunió en seguida con ellos.

—¡Fíjense el poco polvo que hay en esta maleta! —dijo el joven—. Debe de hacer poco que estaba en el desván. Holley, aquí es donde sus llaves entran en acción.

Costó muy poco trabajo al periodista abrir la maleta. Los tres hombres se inclinaron sobre ella.

Chan sacó un estuche de aseo con los objetos de uso corriente; un peine, un cepillo, navajas de afeitar, jabón para la barba, pasta para los dientes, camisas, calcetines, pañuelos. Miró las iniciales de la ropa.

—D. nada más —anunció.

—No indica nada —dijo Eden.

Del fondo de la maleta, Chan sacó un traje gris.

—Hecho por sastre en Nueva York —dijo, después de examinar la etiqueta. De los bolsillos sacó una caja de cerillas y un paquete medio vacío de cigarrillos

económicos—. Terminada chaqueta —dijo.

Dirigió su atención al chaleco, y, en seguida, en el rostro del chino apareció una alegre sonrisa. Del bolsillo inferior derecho sacó un viejo reloj unido a una pesada cadena. Estaba parado. Abrió la tapa posterior y lanzó un grito de satisfacción. Luego pasó el reloj a Bob Eden, quien leyó:

—«Obsequio de Honest Jac McGuire a su viejo amigo Jerry Delaney» y la fecha «26 agosto 1913».

—¡Jerry Delaney! —exclamó Holley—. ¡Por fin lo tenemos! El tercer hombre se llamaba Jerry Delaney.

—Todavía no probado que tercer hombre era Jerry Delaney —advirtió Charlie Chan—. Hago suposición de que reloj puede ayudar a hacer descubrimiento.

De otro de los bolsillos sacó un papel arrugado. Era el billete de una cama de un *pullman*.

—Departamento B, vagón 198 —leyó—. Chicago a Barstow. —Volvió el billete—. Fecha cuando fue usado: 8 de febrero de este año.

Bob Eden se inclinó sobre un calendario.

—¡Fíjense! —exclamó—. Jerry Delaney salió de Chicago el ocho de febrero, hace una semana, el domingo por la noche. Llegó a Barstow el día once por la mañana, o sea, el miércoles, el mismo día en que fue asesinado. ¡Qué detectives somos!

Chan seguía ocupado con el chaleco. Sacó un llavero con varias llaves y luego un recorte de periódico. Esto último lo entregó a Bob.

—Lea, por favor —dijo.

Bob Eden leyó:

«Los aficionados al teatro estarán encantados de saber que entre el elenco de artistas que toman parte en la comedia musical que se estrena en el teatro Mason el próximo lunes, titulada “Una noche de junio”, figura la señorita Norma Fitzgerald. Tiene a su cargo el papel de Marcia, que requiere una excelente voz de soprano. La legión de admiradores que tiene en esta ciudad la señorita Fitzgerald, saben ya la emoción que sabe dar a sus papeles la genial artista. La señorita Fitzgerald hace veinte años que trabaja en las tablas —pues empezó cuando todavía era una niña— habiendo aparecido en obras tales como “La cura de Amor”...»

Eden se interrumpió.

—Sigue una lista de obras. Al final dice: «Los miércoles y los sábados habrá función de tarde a precios especiales».

Eden dejó el recorte sobre la mesa.

—Ya sabemos una cosa más acerca de Jerry Delaney —dijo—. Estaba interesado por una soprano. Hay muchos hombres interesados por artistas, pero este detalle puede llevarnos a algún sitio.

—¡Pobre Jerry! —dijo Holley, contemplando los objetos que habían pertenecido a aquel hombre—. En el lugar donde ha ido no necesitará ni cepillo, ni navaja, ni reloj

de oro. —Cogió el reloj y lo miró pensativo—. Honest Jack McGuire. Me parece haber oído este nombre en alguna parte.

Entretanto, Chan registraba los bolsillos del pantalón. En ninguno de ellos encontró nada.

—Registro está completo —anunció—. Doy humilde consejo que devolvamos a su sitio todo. Hemos hecho progreso grande.

—¡Ya lo creo! —exclamó, entusiasmado, Eden—. Más progreso del que jamás creí posible. Ayer noche sólo sabíamos que Madden había asesinado a un individuo. Hoy ya sabemos el nombre del muerto. —Se interrumpió un momento—. No creo que haya ninguna duda, ¿verdad? —terminó.

—No creo —replicó Holley—. Un hombre no se separa de dos objetos tan necesarios como un peine y una navaja de afeitar, a menos que ya no los necesite. Si no puede emplearlos, es que ya no puede emplear nada en el mundo. ¡Pobre!

—Antes de guardar todas estas cosas, examinémoslas bien —dijo Eden—. Hemos descubierto que el hombre a quien Madden temía, el hombre a quien mató, era Jerry Delaney. ¿Qué sabemos de Delaney? Que no estaba en muy buena situación, aunque se hiciera hacer los trajes a medida. A juzgar por la dirección del sastre, no es de los de más postín. Fumaba cigarrillos Corsican. Honest Jack McGuire, quienquiera que sea, era un viejo amigo suyo, y le apreciaba tanto, que le regaló un reloj: ¿Qué más? Delaney estaba interesado por una actriz llamada Norma Fitzgerald: Hace una semana salió de Chicago, a las ocho de la noche, en dirección a Barstow. Viajó en el departamento B coche 198. Esto es todo lo que sabemos de Jerry Delaney.

Charlie Chan sonrió.

—Muy bien —dijo—. Lista magnífica. Pero usted ha hecho olvido de cosa que completa.

—¿Qué me he olvidado? —preguntó Eden.

—Coja chaleco de Delaney —siguió Chan—. Examine con atención... ¿Descubre algo?

Eden examinó con toda atención el chaleco, y, al fin, desconcertado, se lo tendió a Holley, que hizo lo mismo.

—¿Nada? —preguntó el detective, riendo en silencio—. ¿Ustedes no son tan buenos detectives como creía Chan? Es posible. Aquí... ponga mano en bolsillo.

Eden metió los dedos en el bolsillo indicado por el chino.

—Está forrado de gamuza el bolsillo del reloj, eso es todo —dijo.

—Usted ha dicho verdad —contestó Chan—. ¿Y en bolsillo izquierdo?

Bob le miró asombrado.

—¡Oh! —exclamó—. Ahora lo comprendo. El bolsillo del reloj está a la derecha.

—¿Y por qué? —insistió Charlie—. Porque a propietario de chaleco costaba dificultad grande sacar reloj de bolsillo izquierdo. Jerry Delaney dijo a sastre que bolsillo de reloj estuviese a derecha. —Empezó a guardar las ropas en la maleta—. Nosotros sabemos cosa nueva acerca de Jerry Delaney, él tenía particularidad de ser

zurdo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó, de pronto, Holley. Charlie y Bob se volvieron hacia él. Había cogido el reloj y lo contemplaba atentamente—. Honest Jack McGuire... ¡Ahora lo recuerdo!

—¿Conoce a señor McGuire? —preguntó, rápidamente, Chan.

—Le conocí hace mucho tiempo —replicó Holley—. La noche que llegó a este rancho el señor Eden, yo le acompañé, y, por el camino, me preguntó si había visto nunca al señor Madden. Le contesté que doce años antes había encontrado a Madden en una casa de juego de la Calle 44, en Nueva York. El mismo Madden recordó nuestro encuentro cuando le hablé de él.

—Pero ¿y McGuire? —preguntó Chan.

—Ahora recuerdo que el nombre del propietario de aquella casa de juego era Jack McGuire. Honest Jack, tenía el descaro de llamarse^[9]. Jack McGuire era un viejo amigo de Delaney y le regaló a este un reloj como prueba de su amistad. Señores, esto es muy interesante. La casa de juego de McGuire entra otra vez en la vida de P. J. Madden.

CAPITULO XV

LA TEORÍA DE WILL HOLLEY

Una vez cerrada la maleta, Bob Eden la subió de nuevo al polvoriento desván. Luego cerraron otra vez la trampa y la escalera de mano fue devuelta al granero. Los tres hombres se miraron satisfechos del trabajo de la mañana.

—Son más de las doce —dijo Holley—. Tengo que regresar en seguida a la ciudad.

—Iba a hacer a usted proposición de que quedara a comer en rancho —dijo Chan. Holley movió la cabeza.

—Es usted muy amable, pero no hay ni que pensar en ello —dijo Holley—. Debe de estar usted harto de hacer de cocinero y no quiero estropearle la primera oportunidad que se le presenta de hacer unas vacaciones. Siga mi consejo y obligue a Eden a que le haga la comida.

Chan asintió.

—Usted ha dicho verdad grande, pero sólo pensaba hacer comida modesta —dijo—. Oficio cocinero da cansancio como compañía de japonés. Sí señor Eden da permiso, serviré sólo emparedados y té.

—¡Ya lo creo! —dijo Eden—. Quédese usted, Holley, que nos ayudará.

—No. Quiero hacer unas cuantas pesquisas. Sólo para aclarar lo que hemos descubierto hoy. Si Jerry Delaney llegó aquí el miércoles, debió de dejar alguna pista por la ciudad. Puede que alguien le viera. ¿Estaba solo? Hablaré con el propietario del hotel...

—Humildemente aconsejo prudencia grande —dijo Chan.

—No es necesario que me lo diga. Además, no hay ningún peligro. Madden no se trata con nadie del pueblo. No quiere ni siquiera oír hablar de él. Sin embargo, tendré todo el cuidado posible. Confíe en mí. Más tarde volveré.

Cuando se hubo marchado el periodista, Chan y Eden consumieron en la misma cocina una frugal comida, y, en seguida, reanudaron sus pesquisas. Pero sus esfuerzos no tuvieron el menor premio. A las cuatro de la tarde volvió Holley. Venía acompañado de un joven de aspecto melancólico.

Al entrar en el salón, Chan se retiró, dejando a Eden que se entendiese con ellos. Holley presentó al joven como el señor De Lisie, representante de una empresa de construcciones que intentaba levantar una ciudad en el desierto, a base de la venta de

lotes de terreno a particulares.

—He hecho venir al señor De Lisie —explicó Holley—, porque quiero que escuche la historia que me ha contado. Se refiere al miércoles por la noche.

—¿Le ha explicado al señor De Lisie que se trata de algo confidencial...? —empezó Eden.

—Desde luego —contestó el joven—. Will ya me lo ha advertido. No se preocupe, Madden y yo no somos buenos amigos, sobre todo, después de la manera como me trató.

—¿Le vio usted el miércoles por la noche? —preguntó Eden.

—No, aquella noche no. Fue otra cosa lo que vi. El miércoles por la noche, alrededor de las siete, estaba yo en los terrenos de la Compañía; me disponía ya a marcharme, cuando un enorme automóvil se detuvo junto al mío. Al volante iba un hombrecillo y en el interior estaba sentado otro individuo. «Buenas noches, —dijo el que guiaba—. ¿Me podría usted decir si vamos bien para llegar al rancho de Madden?» Les contesté que sí, que siguieran adelante el camino recto. Entonces, el que iba en el interior, preguntó: «¿Cuánto falta para llegar?» «Cállate, Jerry, —le interrumpió el del volante—. Yo me encargo de eso» y poniendo en marcha el automóvil, marchó en dirección a este rancho.

—¿Se fijó en el conductor? —preguntó Eden.

—¡Ya lo creo! Era un hombrecillo delgado, pálido, los labios no tenían el más mínimo color. Hablaba lentamente, remarcando bien las palabras. A mí me dio la impresión de que era profesor de algo.

—¿Y el hombre que iba dentro?

—No le pude ver bien.

—¿Y cuándo encontró a Madden?

—Cuando volví a Eldorado empecé a pensar. Al parecer, Madden estaba en su rancho. Entonces tuve una gran idea. La marcha de mi Compañía es bastante mala. ¡Si lograra que Madden entrase en la sociedad! Es un hombre de dinero y su nombre serviría de espejuelo a las gentes. Se podía probar. Así, a la mañana siguiente, o sea el jueves, me dirigí al rancho.

—¿A qué hora?

—Debía de ser poco después de las ocho. A esa hora es cuando estoy en mejores condiciones para los negocios. Llamé a la puerta del rancho, pero nadie contestó. Empujé y vi que estaba cerrada. Di la vuelta a la casa y entré por la cocina, sin ver a nadie.

—¿No había nadie? —murmuró, asombrado, Eden.

—Nadie más que las gallinas y los pavos. Y *Tony*, el loro chino. Estaba en su percha. «Hola, *Tony*, —le dije—. Eres un idiota», me contestó. ¿Les parece decente esa manera de tratar a un hombre honrado? Pero, volviendo a mi historia. En aquel momento entró un auto en el cercado y de él bajaron Madden y su secretario. Conocía al millonario por fotografía. Parecía cansado; iba sin afeitarse. «¿Qué hace usted

aquí?», me preguntó. «Señor Madden», dije «¿ha reflexionado usted acerca de las posibilidades que encierra el terreno de estos alrededores?» Y empecé a hacerle la propaganda del caso. Pero no fui muy lejos. Me interrumpió y me mandó al diablo de la peor manera. Entonces, sin decirle nada más, me marché. Más perderá él.

—¿Y eso es todo? —preguntó Eden.

—Todo.

—Le estoy muy agradecido. Desde luego, todo eso queda entre nosotros. Si alguna vez pensase adquirir algún terreno en el desierto...

—Pensaría en mí ¿verdad?

—Naturalmente. Pero, por ahora, el desierto no me sienta muy bien.

—Si quisiera esperar un momento fuera, señor De Lisie... —empezó Holley.

—Entendido. Me llegaré hasta los terrenos y cuando regrese a Eldorado puede usted recogerme.

El joven salió y al momento entró Chan.

—¿Lo ha oído, Charlie? —preguntó Eden.

—Sí. Muy interesante.

—Seguimos avanzando —intervino Holley—. Jerry Delaney vino hacia este rancho alrededor de las siete de la noche del miércoles, y no vino solo. El cuarto hombre entra en escena. ¿Quién es? Me da en las narices que era el profesor Gamble.

—No cabe la menor duda —replicó Eden.

—Bien —siguió Holley—. Ya tenemos al señor Gamble. Hay otra cosa... El domingo por la noche alguien fue a buscar en coche a Shaky Phil Maydorf a casa de la doctora y se lo llevó con él. ¿No sería, acaso, Gamble quien le fue a buscar? ¿Qué le parece a usted, Charlie?

Chan asintió.

—Es posible. Persona que buscó a Shaky Phil sabía vuelta de Louie. Si pudiésemos hacer descubrimiento...

—¡Ya lo tengo! —exclamó Eden—. Gamble estaba en el «Oasis» cuando llegó Louie. ¿Se acuerda, Holley?

El periodista sonrió alegremente.

—O sea que cuando usted y Louie llegaron aquí, Shaky Phil y Gamble les estaban espiando.

—Pero ¿y Thorn? ¡Aquel rasgón en su chaqueta! —comentó Eden.

—Debimos equivocarnos. Esta nueva teoría parece la más lógica. Otra cosa nos ha descubierto además el relato de De Lisie; el que después del asesinato de Delaney, Madden y Thorn estuvieron fuera toda la noche. ¿A dónde fueron?

Chan lanzó un suspiro.

—Noticia mala. Cuerpo de Delaney llevado lejos de rancho.

—Es lo más probable —admitió Holley—. Si no nos ayuda alguien que sepa donde está enterrado, no es fácil que lo encontremos nunca. Hay más de cien cañones solitarios donde pudo ser escondido el muerto. Tenemos que seguir adelante sin la

prueba más importante, o sea, el cadáver de Delaney.

Chan estaba sentado ante el escritorio de Madden jugueteando con la enorme carpeta que estaba frente a él. De pronto, los ojillos del chino se iluminaron y sacó una hoja de papel del interior de la carpeta.

—¿Qué es esto? —exclamó.

Era una carta escrita a mano. Chan recorrió con la vista la misiva y se la entregó a Eden. Estaba escrita por la fuerte mano de un hombre.

—Lleva la fecha del miércoles —dijo Eden a Holley. Y leyó en voz alta:

«Mi querida Evelyn: Quiero que sepas algo de lo que ocurre en el rancho. Como ya te he dicho otras veces, las relaciones entre Martin Thorn y yo, no han sido muy buenas desde el año pasado. Esta tarde ha llegado por fin la ruptura y le he despedido. Mañana por la mañana iré con él a Pasadena y allí nos separaremos para siempre. Desde luego, sabe un sin fin de cosas que preferiría que ignorase; de no ser así, ya le hubiese plantado en la calle hace un año. Puede causarnos algunas molestias, te lo advierto por si se dejara caer por Denver. Voy a llevar yo mismo esta carta al correo, pues no quiero que Thorn sepa nada acerca de ella...»

Al llegar aquí, la carta se interrumpía de pronto.

—Vamos viento en popa —dijo Holley—. ¡Otro rayo de luz respecto a lo que pasó aquí el miércoles por la noche! Podemos reconstruir la escena. Madden está sentado a esta mesa escribiendo la carta a su hija. Se abre la puerta... y alguien entra. ¡Es Delaney! ¡Delaney, el único hombre a quien P. J. tiene miedo! Madden esconde apresuradamente la carta dentro de la carpeta. Se pone en pie, sabiendo que el recién llegado viene por él. Sigue una pelea y Delaney es asesinado. Luego, el problema de lo que debe hacerse con el cadáver no es resuelto hasta la mañana. Madden regresa al rancho, comprendiendo que ya no puede despedir a su secretario. Tiene que hacer las paces con Thorn. Su secretario sabe demasiado. ¿Qué le parece, Charlie?

—Tiene lógica grande —admitió el chino.

—Dije esta mañana que tenía ciertas ideas —siguió el periodista— y todo lo que ha ocurrido hoy ha tendido a confirmarlas. Ahora estoy dispuesto a exponerles mi teoría... si es que quieren escucharla.

—Suéltela —dijo Eden.

—Para mí, la cosa está tan clara como un amanecer en el desierto —siguió Holley—. Reconstruyamos lo ocurrido, como hacen los franceses. Empecemos por el hecho de que Madden le tiene miedo a Delaney. ¿Por qué? ¿Qué es lo que hace que un hombre rico le tenga miedo a otro? El chantaje, desde luego. Delaney sabe algo respecto a él, algo que quizá se remonta a aquella casa de juego de Nueva York. Como Thorn odiaba a su jefe, quizá estaba de acuerdo con la banda de Delaney. Esta se entera de que Madden ha comprado las perlas y decide entrar en acción. El desierto es el lugar ideal para llevar a cabo sus planes. Shaky Phil va a San Francisco, Delaney y el profesor vienen aquí. Shaky Phil aleja del rancho a Louie el fiel criado. El escenario está preparado ya. Delaney llega con sus amenazas y pide el dinero y las

perlas. Sigue una discusión hasta que, por fin, Delaney el chantajista es muerto por Madden. ¿Tengo razón?

—Parece verosímil —admitió Eden.

—Imaginemos lo que sigue: Cuando Madden mató a Jerry, creyó sin duda que Delaney había venido solo. Luego descubrió que había otros de la banda, que no sólo conocían lo que había servido a Delaney para amenazarle, sino que sabían algo más en contra de él: conocían su crimen. Le exigen dinero, y las perlas. Por eso le hacen telefonar a San Francisco para que ordene que las perlas sean traídas aquí, al desierto. ¿Cuándo dio esa orden, Eden?

—El jueves por la mañana.

—¿Qué le decía? El jueves por la mañana, o sea, después de regresar del viaje nocturno. Le obligaron a que pidiera el collar bajo la amenaza de descubrir sus dos secretos. Al principio, Madden deseaba tanto como ellos entregarles el collar, pero a medida que han ido pasando los días, ha recobrado el valor y ahora está buscando la manera de salir del atolladero. Me da lástima ese hombre. —El periodista se interrumpió—. Bueno, este es mi parecer. ¿Qué piensa usted, Charlie? ¿Tengo razón?

Chan permaneció sentado, contemplando la carta de Madden.

—Parece idea buena —dijo lentamente—. Pero objeciones hacen aparición.

—¿Por ejemplo? —pidió Holley.

—Madden es hombre importante. Delaney y compañeros no tienen importancia. Señor Madden podía decir que mató a chantajista en defensa propia.

—Sí, hubiera podido si Thorn hubiese sido amigo suyo y le hubiera apoyado. Pero el secretario le odia y quizá le amenazó con explicar una historia muy distinta. Además, recuerde que no era sólo el crimen de Delaney el arma que podían esgrimir contra él. Existe también el secreto que sirvió a Delaney para atemorizarle durante muchos años.

Chan asintió.

—Usted ha dicho verdad grande. Usted haga contestación a otra pregunta y Charlie Chan cerrará sus labios. Louie, amigo grande de *Tony*, el loro chino, es asesinado. Sin embargo, Louie marchó a San Francisco en mañana de miércoles, doce horas antes de trágica noche. ¿No es asesinato de Louie crimen inútil?

Holley reflexionó unos instantes.

—Sí, es un detalle. Pero Louie era gran amigo de Madden, lo cual era un motivo para no quererle aquí. Preferían que su víctima estuviera sola e indefensa. Claro que esta explicación es muy deficiente. Por lo demás, mi teoría me parece buena. A usted no, ¿verdad?

Chan movió la cabeza.

—Sólo tengo un motivo. Larga experiencia ha enseñado a Charlie Chan que tener afecto grande a una sola teoría trae consecuencias malas. Teoría de usted ha hecho daño a Chan. Prefería tener cerebro libre sin influencia de pensamiento de usted.

—¿Entonces, no tiene usted nada que oponer a mi idea? —preguntó Holley.

—No. Hablando con franqueza, diré que estoy en tinieblas completas —dirigió una mirada a la carta que tenía entre las manos y siguió—: o con luz muy débil —añadió—. Esperemos y quizá hará descubrimiento pronto.

—Todo esto está muy bien —dijo Eden—. Pero me parece que no esperaremos mucho en el rancho de Madden. Recuerde que le prometí que Draycott se encontraría con él hoy en Pasadena. Pronto volverá aquí echando rayos y centellas.

—Sólo accidente —dijo Chan, encogiéndose de hombros—. Draycott y señor Madden no se han encontrado. Cosa así ocurre muchas veces cuando personas desconocidas se dan cita.

—Puede haber ocurrido otra vez.

—Ojalá lo crea Madden así cuando vuelva esta noche —suspiró Eden—. Lo más probable es que lleve encima el revólver de Bill Hart y no me gusta nada la idea de caer detrás de una cama, enseñando sólo los zapatos.

CAPITULO XVI

LLEGA EL CINE

El sol se había ocultado ya tras los lejanos picos nevados; las estrellas brillaban sobre el desierto. En el termómetro colgado de una de las paredes del *patio*, el mercurio empezó su rápido descenso y un viento cortante y frío cayó sobre aquel desolado mundo.

—Comida caliente es necesaria —dijo Chan—. Con permiso de usted abriré latas conserva.

—Cuidado con el arsénico —le advirtió Eden. El chino se dirigió a la cocina.

Hacía rato que Holley se había marchado. Bob Eden se sentó junto a la ventana, contemplando el silencioso mundo exterior. Aún quedaba mucha tierra por habitar en Norteamérica, pensó. ¿Creería esto la muchedumbre que en aquella hora se apelotonaba en los ferrocarriles subterráneos y en los ruidosos restaurantes, o los que esperaban en las esquinas a que las señales luminosas les indicasen que ya podían pasar para ir a encerrarse en las jaulas que llamaban casas? ¡Qué gran habitación el desierto; y qué sana! Pero al mismo tiempo, ¡qué gran exponente de la ridícula insignificancia del hombre ante la grandiosidad de la naturaleza!

Chan entró con una bandeja llena de víveres. Sobre la mesa dejó dos humeantes platos de sopa.

—Dígnese compartir despreciable comida. Primer plato es servido con amable ayuda de abrelatas.

—¡Pues parece estupendo! —sonrió Eden. Empezaron a comer—. Es usted un mago en la cocina, Chan —siguió el joven—. ¿Sabe una cosa, Charlie? Ya he descubierto el por qué de esa inquietud que siento aquí en el desierto. Es debida a que me veo terriblemente pequeño. Míreme a mí y luego mire por esa ventana y dígame qué soy yo comparado con la inmensidad de tales espacios.

—Chinos siempre tienen mismo pensamiento. Chino sabe que es grano de arena en inmensa playa de eternidad. Y es tranquilo y tiene humildad grande. No nervios agitados como hombres blancos. Vida para chino no tiene dureza tan grande como para hombre blanco.

—Y es más feliz —dijo Eden.

—Usted ha dicho verdad —replicó Chan. Trajo una fuente con salmón al natural

—. Todo tiempo yo estuve en San Francisco, vi hombres blancos llenos de calor y de excitación. Vida en hombre blanco es fiebre grande. ¿Para qué? ¿Dónde termina vida de hombre blanco? En mismo sitio que vida de chino, creo.

Cuando hubieron terminado la cena, Eden intentó ayudar a su compañero a fregar los platos, pero el chino no se lo permitió. Entonces, acercóse al aparato de radio y lo hizo funcionar. La fuerte voz de un locutor, resonó en la habitación:

—«Ahora, señores, les tenemos preparada una agradable sorpresa. La señorita Norma Fitzgerald, de la compañía que presenta *Una noche de junio* en el teatro Mason, va a cantar... ejem... ¿Qué va a cantar, señorita Norma? Dice la señorita Fitzgerald que esperen un momento y lo sabrán».

Al oír el nombre de la joven, Bob Eden llamó al detective, que acudió en seguida.

—«Buenas noches, amigos —saludó la señorita Fitzgerald—. Estoy muy contenta de encontrarme otra vez en California».

—Oiga, Norma —bromeó Eden—. Déjese de canciones. Dos caballeros que están en el desierto desean hablar con usted. Díganos lo que sepa acerca de Jerry Delaney.

Sin duda, Norma Fitzgerald no oyó las palabras del joven, pues una hermosa voz de soprano resonó en la habitación. Chan y Eden escucharon en silencio.

—Otro de grandes misterios de hombre blanco —hizo notar Charlie, cuando hubo terminado la canción—. Oímos voz de célebre actriz, pero estamos a distancia grande de ella. Charlie Chan hace suposición de que nosotros debemos visitar pronto a célebre actriz.

—¡Ah, sí! Pero ¿cómo? —preguntó Eden.

—¡Nosotros encontraremos solución! —dijo Chan, y salió de la estancia.

Bob cogió un libro. Una hora más tarde fue interrumpido por el timbre del teléfono.

—¿Aún suspira por los focos eléctricos? —preguntó una alegre voz.

—¡Claro que sí! —contestó Eden.

—Pues ha llegado el cine —dijo Paula Wendell—. Venga en seguida.

Bob corrió a su cuarto. Chan había encendido fuego en el patio y estaba sentado frente a la hoguera, cuyas llamas se reflejaban en el impassible rostro del chino. Al regresar con el sombrero, Eden se detuvo junto al detective.

—¿Está reflexionando, Charlie? —preguntó.

—En momento de ahora Charlie Chan está muy lejos de rancho de Madden. Está en Honolulu, donde noches son suaves y dulces, no como fría oscuridad de desierto. Tengo añoranza en corazón. Hacía memoria de humilde casa que tengo en Punch Bowl Hill, donde linternas brillan y corren mis diez hijos.

—¡Diez! —exclamó Eden— ¡Jesús! Es usted todo un padre.

—Tengo orgullo grande de ser —asintió Chan—. ¿Usted marcha?

—Me voy un rato a la ciudad. La señorita Wendell me ha llamado. Parece que han llegado los de las películas. Ahora recuerdo que mañana es el día que Madden les prometió que podían venir aquí. Apostaría cualquier cosa a que el viejo lo ha

olvidado.

—Hay probabilidades grandes de que sea así. Mejor no decir nada a señor Madden, podría negar permiso. Tengo ilimitados deseos de ver confeccionar película. Podría regresar a casa y explicar experiencia a hija mayor, que pasa días hundida en revista de cine y hace olvido muy a menudo de culto de antepasados.

Unos minutos más tarde, Eden guiaba el cochecillo por la solitaria carretera alumbrada por la débil luz de las plateadas estrellas, Por un momento, pensó en Louie Wong enterrado entonces en el pequeño cementerio de Eldorado, pero en seguida su pensamiento volvió a cosas más alegres.

En el momento de cruzar el umbral del «Hotel del Desierto», comprendió que aquella no era una noche vulgar en Eldorado. Desde el salón llegaban risas y gritos y las notas de una inarmónica banda. Paula Wendell salió a recibirle y le hizo entrar en la estancia.

La pequeña habitación, con sus muebles pasados de moda y sus deslucidas paredes, parecía haber recobrado de pronto juventud. Bob Eden conoció a los artistas en la intimidad; eran muchachos llenos de alegría y al parecer sin ninguna preocupación en el mundo. Una hermosa muchacha le tendió una mano que le recordó la joyería de su padre, y, en seguida, se dedicó otra vez al *ukelele* que estaba tocando. Un joven alto, elegantemente vestido, que respondía al nombre de Ronnie, dejó de torturar un momento un saxofón.

—¡Hola, amigo! —exclamó—. Supongo que se habrá traído su lira. —Y se lanzó otra vez sobre el saxofón.

Un actor de mediana edad, de piel bronceada y rostro de facciones duras, estaba sentado al piano. En un rincón, una señora y un viejo se mantenían apartados de sus bulliciosos compañeros. Eden fue a sentarse junto a ellos.

—¿Cómo se llama? —preguntó el viejo, poniéndose una mano detrás de la oreja—. ¡Ah! Me alegro mucho de conocer a un amigo de Paula. Esta noche estamos un poco ruidosos, señor Eden. Me recuerda aquellos días en que íbamos de pueblo en pueblo haciendo teatro. ¡Entonces éramos muy felices! ¿Verdad, Fany? —preguntó, dirigiéndose a la mujer.

—Sí —contestó ella—, pero yo casi no salía de Nueva York. Estuve en la compañía de Belasco durante quince años.

En aquel momento, Paula regresó junto a Eden.

—¿Vámonos a dar una vuelta por el pueblo? —sugirió Bob. Y sin aguardar el asentimiento de la joven, la arrastró a la calle, perdiéndose en silencio por las callejas de Eldorado.

—Fíjese en esa luna —dijo el joven—. Parece una raja de melón congelada.

—A usted le encantan mucho las cosas de comer, ¿verdad? —dijo la muchacha—. Siempre que piense en usted, me lo imaginaré luchando con aquel bistec.

—El hombre tiene que comer y si no hubiera sido por aquel bistec, nunca nos habríamos hecho amigos.

—¿Y qué? —preguntó Paula.

—Pues que me habría encontrado muy solo en este desierto. —Volvieron hacia el hotel—. ¿Sabe una cosa? —siguió él—. He estado pensando... Estamos a punto de terminar con el misterio del rancho y entonces tendré que regresar a casa.

—Y a su libertad. Estará encantado, ¿verdad?

—Sí. Sin embargo, quisiera que usted no me olvidara cuando nos separemos. Quisiera ser su... ¡ejem!... su... amigo.

—¡Magnífico! Una siempre necesita amigos.

—Escríbame de cuando en cuando. Quiero saber noticias de Wilbur.

Se detuvieron frente a la puerta del hotel.

—Buenas noches —dijo la joven.

—Un momento; si no hubiera existido ese Wilbur...

—Pero existe. No se ponga romántico. Me parece que el contemplar la luna en forma de raja de melón helado...

—No es la luna, es usted.

El propietario del «Hotel del Desierto» apareció en la puerta.

—Si me descuido, la dejo fuera, señorita Wendell. Estaba cerrando, ya.

—Ahora mismo entro —replicó la joven—. Mañana le veré en el rancho, señor Eden.

—Muy bien —contestó Bob. Saludó al hotelero y la puerta del hotel se cerró ante él.

Mientras cruzaba el desierto, iba pensando en qué le diría al impaciente P. J. Madden, cuando llegase al rancho. El millonario debía de haber regresado ya de Pasadena; había marchado a aquella población con la esperanza de encontrar en ella a Draycott. ¡Y Draycott estaba en San Francisco, sin figurarse el papel que su nombre desempeñaba en el drama de las perlas Phillimore! P. J. estaría furioso, pediría una explicación.

Pero no ocurrió nada de esto. El rancho estaba sumido en tinieblas, y Ah Kim fue la única persona a quien encontró.

—Madden y otros están en cama, ahora —explicó el chino—. Han llegado cansados, llenos de polvo y han ido a la cama en seguida.

—Pues, entonces, mañana será otro día —replicó Eden—. Yo también me voy a la cama.

Cuando el jueves por la mañana salió a almorzar, vio que los tres hombres le habían precedido.

—¿Fue todo bien en Pasadena, ayer? —preguntó.

Thorn y Gamble le miraron: Madden frunció el ceño.

—Sí, claro —dijo. Y añadió una mirada que significaba claramente: ¡Cállese!

Después del almuerzo, Madden se reunió con el joven en el patio.

—No diga una palabra a nadie de eso de Draycott —ordenó.

—Supongo que se encontraron, ¿verdad? —preguntó Eden.

—No.

—¡Cómo! Es muy extraño. Pero claro, no conociéndose...

—No vi ni rastro de ninguna persona que se pareciera al hombre que usted me describió. Me empieza usted a escamar...

—Yo le dije que estuviera allí, señor Madden.

—De todas maneras, no me importa demasiado no haberle encontrado. Las cosas no fueron como yo esperaba. Lo mejor es que se ponga usted en contacto con él y le diga que venga a Eldorado. ¿Le telefoneó a usted?

—Puede que sí. Pero ayer noche estuve en el pueblo. Sea como sea, me telefoneará pronto.

—Si no lo hace, será mejor que vaya usted a Pasadena y le busque...

Un camión lleno de operadores y actores vestidos con extraños trajes se detuvo ante el rancho. Otros dos camiones le seguían. Alguien bajó del primer camión y abrió la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó Madden.

—Hoy es jueves —contestó Eden—. ¿Se ha olvidado ya...?

—Por completo —dijo Madden—. ¡Thorn! ¿Dónde está Thorn?

El secretario apareció.

—Son los pelicularos. Hoy es el día...

—¡Maldición! —gruñó Madden— ¡Bueno! Tendremos que aguantarlos. Martín, encárguese de ellos. —Y se metió en su habitación.

Los artistas eran todo trabajo aquella mañana en contraste con la descuidada alegría de la noche anterior. Las cámaras fueron colocadas en el patio. Los actores, vestidos con trajes españoles, estaban ya preparados. Bob Eden se acercó a Paula Wendell.

—Buenos días —le saludó la joven—. ¿Ve cómo logré vencer a Madden?

En aquel momento pasó junto a ellos el director.

—Todo ha ido muy bien —dijo, dirigiéndose a la muchacha.

—Por una vez ha quedado satisfecho —murmuró Paula, al oído de Bob—. ¡Habría que enviar la noticia a los periódicos!

Eden se dirigió a donde estaba el viejo de la noche anterior, quien se hallaba sentado junto al actor que había tocado el piano. Cerca de ellos, estaba Ah Kim.

El actor pianista, que respondía al nombre de Eddie Boston, decía:

—Este Madden me recuerda a Jerry Delaney. ¿No conociste a Jerry, Pop?

Eden se acercó más.

—¿Quién es? —preguntó el viejo.

—¡Delaney! —gritó Boston. Chan se acercó también—. ¡Jerry Delaney! Era un gran artista. Si tengo ocasión, le preguntaré a Madden si se acuerda...

En aquel momento, llamaron a escena a Eddie Boston. Cuando este se hubo alejado, Chan y Bob se miraron.

Los artistas trabajaron sin parar hasta la hora de la comida. Entonces se

desparramaron por el cercado, probando la fortaleza de sus dientes con los emparedados del «Oasis» y calentando el estómago con el café conservado dentro de botellas termos. De pronto, Madden apareció a la puerta del rancho. Parecía muy alegre.

—Un saludo para todos —dijo—. Dispongan como si estuvieran en su casa. — Estrechó la mano del director y cambió algunas palabras con cada uno de los actores.

Así llegó frente a Eddie Boston. Eden, que estaba cerca del actor, asistió a toda la conversación que sostuvieron los dos hombres.

—Me llamo Boston —dijo el actor. Su duro rostro se iluminó—. Estaba deseando hablar con usted, señor Madden. Quería preguntarle si se acuerda de un viejo amigo mío... Jerry Delaney, de Nueva York.

Los ojos de Madden se hicieron más pequeños, pero permaneció impassible.

—¿Delaney? —preguntó con indiferencia.

—Sí, Jerry Delaney, que frecuentaba la casa de Jack McGuire, en la Calle 44 — insistió Boston—. Sabe...

—No le recuerdo —dijo Madden—. ¡Conozco tanta gente!

—Quizá no quiera recordarlo —dijo, con voz extraña, Boston—. No le critico. Fue un crimen lo que hizo con usted...

Madden miró ansiosamente a su alrededor.

—¿Qué sabe usted de Delaney? —preguntó, en voz baja.

—Muchas cosas —replicó Boston. Se acercó más al millonario y Bob Eden apenas pudo distinguir las palabras—. Sé todo lo de Delaney, señor Madden.

Por un momento, los dos hombres se miraron fijamente.

—Venga al rancho, señor Boston —invitó el millonario. Y Bob vio desaparecer los dos hombres dentro del salón.

Ah Kim apareció con una bandeja llena de cigarros y cigarrillos, obsequio del dueño del rancho. Al detenerse frente al director, este le miró atentamente.

—¡A fe que este chino tiene carácter! —exclamó—. Óyeme, ¿no te gustaría trabajar en el cine?

—Usted dice *tontelías* —gruñó Ah Kim.



—¿No te gustaría trabajar en el cine?

—No, nada de eso. En Hollywood podríamos emplearte.

—Usted *quiele bulalse* de chino.

—No lo creas. Reflexiona sobre mi proposición. Toma. —Escribió algo en una tarjeta—. Si cambias de parecer, ven a verme, ¿entendidos?

—*Otlo* día quizá. Tengo felicidad *glante* aquí *ahola*. —Y Ah Kim se alejó con la bandeja.

Bob Eden fue a sentarse junto a Paula Wendell. Estaba muy preocupado por lo ocurrido.

—Óigame —empezó—. Ha sucedido algo y usted puede ayudarnos. —Y explicó la conversación mantenida entre Eddie Boston y Madden—. Ni Chas ni yo podemos hacer nada —añadió—: ¿Qué clase de persona es ese Eddie Boston?

—Un hombre muy desagradable. A mí, nunca me ha sido simpático.

—¿Podría hacerle algunas preguntas en la primera ocasión que se le presente? Procure descubrir todo lo que ese hombre sabe acerca de Jerry Delaney, pero hágalo de manera que no despierte ninguna sospecha. Si puede, claro está.

—Lo procuraré —contestó—. No soy muy lista...

—¿Quién dice que usted no es lista? Es listísima, y, además, muy buena. Avíseme tan pronto como se entere de algo e iré en seguida al pueblo.

El director se puso en pie.

—¡A trabajar! —ordenó— ¿Estamos todos? ¡Eddie! ¿Dónde está Eddie?

Boston salió del rancho. Su rostro no revelaba nada. No sería cosa fácil hacer hablar a aquel hombre, pensó Eden.

Una hora más tarde, los actores y toda su impedimenta regresaron al pueblo. En seguida, Bob buscó a Charlie Chan. En la cocina explicó al detective las sorprendentes palabras de Eddie Boston. Los ojillos del chino se iluminaron.

—Seguimos adelante —dijo—. Eddie Boston es ahora nuestra esperanza. Hay

que hacer hablar al señor Boston. Pero ¿cómo?

—Paula Wendell lo va a intentar —replicó Eden.

—Idea excelente, creo —asintió Chan—. Frente a joven hermosa, ningún hombre queda en silencio.

CAPITULO XVII

SOBRE LA PISTA DE MADDEN

Una hora más tarde, Bob Eden contestaba a una llamada telefónica. Por fortuna, el salón estaba desierto. Paula Wendell era quien llamaba.

—¿Qué tal la suerte? —preguntó, en voz baja, la joven.

—No muy buena. Eddie estaba de muy mal humor cuando volvimos al pueblo. Al llegar, hizo sus maletas, pagó la cuenta del hospedaje y salía ya del hotel cuando le alcancé. «Óigame, Eddie, quisiera preguntarle...» empecé, pero no fui más lejos. Señaló la estación y me dijo: «Ahora no puedo perder tiempo, Paula. Tengo que tomar el tren de Los Ángeles», y se marchó corriendo hacia la estación. Me hizo el efecto de que huía.

Eden permaneció unos instantes callado.

—Es muy extraño. Lo más lógico era que regresase con la compañía, en automóvil, ¿no?

—Desde luego. Así vino. Lo siento mucho. He fracasado en mi intento. No me queda más remedio que retirarme a la vida privada...

—Nada de eso. Usted hizo todo lo que pudo.

—Pero no ha servido de nada. Lo siento de veras. Dentro de una hora tengo que marchar a Hollywood. ¿Estará usted aquí cuando yo vuelva?

Eden lanzó un suspiro.

—Me parece que me quedaré aquí para siempre.

—¿Qué lástima!

—¿A quién se refiere usted?

—A usted, desde luego.

—Muchas gracias. Espero verla pronto.

Colgó el receptor y salió al cercado. Ah Kim estaba próximo a la cocina. Los dos hombres entraron en el granero.

—Nuestras esperanzas se han venido al suelo —dijo Eden. Y repitió la conversación que había sostenido con Paula Wendell—. Estoy desanimado. Nos hallamos ante un muro infranqueable, Charlie.

—Muchas veces Charlie Chan ha encontrado camino cerrado por misma cosa que usted —replicó el detective—. Entonces ha pegado golpes fuertes en cabeza, hasta que ha sentido dolores grandes. Entonces, espléndida idea ha entrado en dolorida

cabeza. He dado vuelta a muro.

—¿Qué quiere decir?

—Rancho ha terminado ya existencias. Nosotros tenemos que hacer registro en otros sitios. Nombres de tres ciudades corren dentro de cabeza de Charlie Chan... Pasadena, Los Ángeles, Hollywood.

—Está muy bien... pero ¿cómo vamos allí? —dijo, después de una pequeña pausa— ¡Hombre! Me parece que ya he encontrado la manera. Esta mañana decía Madden que debía ir yo a Pasadena en busca de Draycott. Parece que por alguna causa extraña no se encontraron ayer.

—¿Asaltó a señor Madden mal humor por no encontrar a detective de San Francisco? —sonrió Chan.

—No, aunque parezca extraño, no fue así. No creo que deseara encontrar a Draycott yendo en compañía del profesor. Paula Wendell marcha hacia allí en su automóvil. Si me doy prisa, podré hacer el viaje con ella.

—Hago suposición de que viaje será muy agradable. Usted dese prisa. Hablaremos más cuando Charlie haga de chofer para llevar a usted a Eldorado.

Bob Eden se dirigió en seguida al dormitorio de Madden y vio al millonario, que estaba tendido en su cama. Sus estrepitosos ronquidos turbaban la paz del atardecer. Bob golpeó fuertemente la puerta con los nudillos.

Madden se despertó sobresaltado. Una viva inquietud se reflejó en su rostro. Momentáneamente, Bob sintió profunda piedad por aquel gran hombre.

—Perdone que le moleste —le dijo—. Pero se me ha presentado la oportunidad de ir a Pasadena con los de la compañía de cine. Creo que es lo mejor. Draycott no ha llamado y...

—¡Ssst! —ordenó, vivamente, Madden. Cerró la puerta—. El asunto de Draycott debe quedar entre usted y yo. Supongo que le extrañará este misterio, pero no puedo explicárselo. Lo único que puedo decirle es que ese Gamble me parece que no es lo que pretende. Y...

—¿Y qué?

—¡Bueno! Dejémoslo correr. Busque a Draycott y dígame que venga a Eldorado. Que se hospede en el «Hotel del Desierto» y que no diga ni una palabra a nadie. Dentro de poco me pondré en contacto con él. Hasta entonces, que no se mueva del hotel, ¿entendido?

—Perfectamente, señor Madden. Siento mucho que esto se haya alargado tanto...

—Está bien, está bien. Dígame a Ah Kim que le lleve a Eldorado, a menos que sus amigos le vengán a buscar aquí.

—No, tendré que aceptar otra vez los servicios de Ah Kim. Muchas gracias. Volveré pronto.

—Buena suerte.

Rápidamente, Bob metió unas cuantas cosas en su maleta y salió al cercado a esperar a Ah Kim. Gamble apareció en la puerta del rancho.

—¿Nos deja, señor Eden? —preguntó.

—No —contestó el joven—, sólo un viajecito.

—¿De negocios, quizá? —insistió, amablemente, el profesor.

—Quizá —sonrió Eden. Y como en aquel momento apareció el auto con su chofer chino, subió al vehículo.

De nuevo Chan y él se hundieron en el desierto, sobre el cual empezaba a caer la noche.

—Bien, Charlie —dijo Eden—. Soy un novato en estos trabajos detectivescos. ¿Qué es lo que tengo que hacer, ante todo?

—Aleje de cabeza de usted toda preocupación. Charlie Chan estará junto a usted para dar dirección a sus pasos.

—¿Usted? ¿Y cómo lo hará?

—Cosa sencilla. Mañana daré anuncio a señor Madden que tengo que hacer visita a hermano enfermo en Los Ángeles. Es excusa antigua de criados chinos. A Madden sabrá mal, pero no tendrá sospecha. Tren sale de Eldorado a siete de mañana para ir a Pasadena. Llegaré allí a once de mañana. Usted concederá favor de esperarme en estación, ¿verdad?

—Con mucho gusto. Primero visitaremos Pasadena, ¿no?

—Sí. Haremos esfuerzo por descubrir movimientos de señor Madden el miércoles... ¿Qué pasó en Banco? ¿Visitó casa que tiene en Pasadena? Luego haremos visita a Hollywood y quizá a señor Eddie Boston. Luego pediremos a señorita soprano que deje de cantar por breve momento y hable un poco.

—Muy bien —replicó Eden—, pero nos vamos a encontrar sin ninguna autoridad para interrogar a nadie. Usted en Honolulu es un policía, pero en California no creo que eso le sirva de nada.

Chan se encogió ligeramente de hombros.

—Caminos se abrirán frente a nosotros.

—Así lo espero —contestó el joven—. Pero hay otra cosa. ¿No nos arriesgamos mucho? Suponga que Madden se entere de lo que hacemos. Es un poco arriesgado, créame.

—Arriesgado es palabra que va bien a intenciones de nosotros —asintió Chan—. Pero desesperación ha caído sobre nosotros. Juego es demasiado largo.

—Tiene usted razón al decir que estamos desesperados —suspiró Eden—. Yo, a cada minuto que pasa, lo estoy más. Y le digo que si no regresamos de este viaje con algún detalle que aclare las cosas, va a asaltarme la tentación de librarnos del enorme peso que llevamos, usted sobre el estómago y yo en el cerebro.

—Paciencia es virtud grande —sonrió Chan.

—Usted lo sabrá mejor que yo —dijo Eden.

Cuando llegaron al «Hotel del Desierto», Eden vio con profundo alivio que el auto de Paula estaba detenido frente al edificio. Aguardaron junto al cochecito. En aquel momento llegó Will Holley. Chan y Bob le explicaron sus planes.

—Puedo ayudarles un poco —dijo el periodista—. El mayordomo de la casa de Madden en Pasadena es un buen muchacho llamado Peter Fogg. Ha venido aquí varias veces y le conozco bastante. —Escribió unas palabras en una tarjeta—. Entréguele esto y díganle que van de mi parte.

—Gracias —dijo Eden—. Si no me equivoco, lo necesitaremos.

Paula Wendell apareció en la puerta del hotel.

—Tengo una gran noticia para usted —anunció Eden—. La acompaño en su auto hasta Pasadena.

—¡Encantada! Suba.

El joven obedeció.

—¡Hasta la vista, amigos! —gritó cuando el auto se puso en marcha.

—Me parece que tendrá que poner un taxímetro en su coche, señorita —dijo Eden.

—No diga tonterías. Estoy muy contenta de llevarle en mi auto.

—¿De veras?

—Claro. Su peso me ayuda a mantener el coche recto en la carretera.

—¡Qué orgullo para mí! Si quiere guiaré yo un rato.

—Muchas gracias... creo que lo haré yo mejor, porque conozco las carreteras.

—Es usted una mujer tan perfecta, que a veces me pone nervioso.

—No seré tan perfecta cuando he fracasado con Eddie Boston.

—No se preocupe. Eddie es un hueso. Chan y yo probaremos suerte ahora.

—¿Y como anda ese misterio?

—Sigue fastidiándonos. —Durante un rato estuvieron hablando del inexplicable crimen de Madden. Habían llegado a lo alto de las montañas que rodeaban a Eldorado y poco después corrían a través de una fértil campiña, sobre la cual flotaba un intenso perfume de flores.

—¡Um! —suspiró Eden, respirando fuerte— ¡Qué olor más bueno! ¿Qué es?

La joven le dirigió una compasiva mirada.

—¡Pobrecito! Son naranjos en flor.

—¡Oh! ¿Cómo iba a saber yo eso?

—¡Sí, claro, es un árbol tan poco conocido!

—Esa flor es la que llevan las mujeres cuando se casan, ¿verdad? Naturalmente, atontan al hombre con su olor y cuando el pobre condenado vuelve en sí, se encuentra casado ya. —Un automóvil se precipitó sobre ellos—. ¡Cuidado!

—Ya le he visto —dijo la joven—. Conmigo no corre usted ningún peligro. ¿Cuántas veces tendré que decírselo?

En Riverside cenaron y bailaron un poco y, demasiado pronto para Eden, llegaron a Pasadena. Paula detuvo el auto frente al «Hotel Maryland».

—¡Oiga! —protestó Eden—. Que quiero dejarla a salvo en Hollywood.

—No se moleste —sonrió Paula—. Yo soy como usted. Puedo cuidar de mí misma.

—¿De veras?

—¿Quiere verme mañana?

—Siempre quiero verla mañana. Chan y yo iremos a buscarla. ¿Dónde podemos encontrarla?

Paula Wendell le dijo que a la una estaría en el estudio, y, con un alegre adiós, desapareció calle abajo. Bob se metió en el hotel.

A la mañana siguiente, después del almuerzo, recordó que un amigo de la Universidad, llamado Spike Bristol, vivía en Pasadena. Por el listín de teléfonos se enteró de su dirección.

—Conque agente de Bolsa, ¿eh? —dijo Eden, después de estrechar la mano a su amigo.

—Sí, es el gran trabajo. Todos mis amigos me compran los valores que necesitan.

—Ahora comprendo por qué te has alegrado tanto al verme.

—¡Claro, hombre! Tenemos unas acciones de minas... al seis por ciento...

—Te creo, y puedes guardarlas, no te las quitaré. He venido aquí en viaje de negocios... privados. Guarda bajo el sombrero lo que voy a decirte.

—Lo siento —contestó, rápidamente, Bristol—, pero no llevo sombrero. Esta es la ventaja del clima...

—Supongo que no pretenderás venderme unas acciones del clima. Óyeme, Spike, tú conoces a P. J. Madden, ¿verdad?

—Hombre, no somos muy íntimos. Nunca me ha convidado a comer. Pero claro, nosotros, los grandes financieros, nos conocemos todos. En cuanto a Madden, hace dos días que le hice un favor.

—A ver, explícate.

—Esto debe quedar entre nosotros. Madden vino aquí el miércoles por la mañana con un fajo de títulos por valor de ciento diez mil dólares, la mayor parte Liberties, y se los negociamos el mismo día. El pago lo hicimos al contado.

—Eso era precisamente lo que quería saber. Spike, me gustaría hablar con alguien del Banco de Madden para saber lo que hizo allí el miércoles.

—¿Eres Sherlock Holmes?

—Pues... —Eden pensó en Chan—. De momento trabajo con la Policía. —Spike lanzó un silbido—. Y puedo decirte, además, pero guarda el secreto para ti —siguió Bob—, que Madden está metido en un lío. Ahora estoy en su rancho del desierto y tengo motivos para creer que está siendo víctima de un chantaje.

Spike le miró.

—¿Y qué, si es así? —preguntó—. Eso es cosa suya.

—Debiera serlo, pero no lo es. Un negocio entre él y mi padre está de por medio. ¿Conoces tú a alguien en el Banco Garfield?

—Uno de mis mejores amigos es uno de los cajeros. Sin embargo, esos banqueros son gente dura de pelar. No obstante, podemos probar.

Juntos fueron hasta el Banco Garfield, donde Spike sostuvo una larga

conversación con su amigo. Al fin, llamó a Eden y se presentó el cajero.

—¿Cómo está usted? —saludó el cajero—. Ya se dará cuenta de que lo que me ha dicho Spike es algo irregular. Pero desde el momento en que él responde de usted supongo que... Bueno, ¿qué es lo que desea?

—Madden estuvo aquí el miércoles. ¿Qué ocurrió?

—Sí, el señor Madden estuvo aquí el miércoles. Hacía dos años que no le veíamos y su llegada causó sensación. Visitó las cajas de seguridad y después abrió la suya.

—¿Estaba solo?

—No —replicó el cajero, le acompañaba su secretario, el señor Thorn. También le acompañaba un hombrecillo de mediana edad, a quien no recuerdo muy bien.

—Sí, ya sé. Dice usted que el señor Madden examinó su caja de seguridad. ¿Fue eso todo?

El cajero vaciló un momento.

—No. Telegrafió a su oficina de Nueva York para que depositase en el Federal Reserve Bank, una importante cantidad de dinero a nuestro nombre. —Y añadió—: Preferiría no decir nada más.

—¿Le pagaron esa cantidad?

—No he dicho que se la pagásemos. Creo que he hablado ya demasiado.

—Ha sido usted muy amable —replicó Eden—. Le prometo que no lo lamentaré. Adiós, y muchas gracias.

Y seguido de Bristol salió a la calle.

—Gracias por tu ayuda, Spike —dijo Eden—. Te dejo aquí.

—¡Me echas a un lado, como si fuese un traje viejo! —se lamentó Bristol— ¿Y si fuésemos a comer juntos?

—Lo siento, otro día será. Tengo que marcharme. La estación está hacia abajo, ¿verdad?

—Sí. Adiós.

Del tren de las once bajó un Charlie Chan completamente distinto del que hacía la comida en el rancho. Iba vestido tal como Eden le había visto en San Francisco.

—¡Hola, cocinero! —saludó el joven.

Chan sonrió.

—Ahora hago respeto otra vez —explicó—. He recuperado traje en Barstow. Hoy no cocina. Vida alegre así.

—¿Puso Madden muchos reparos a su marcha?

—No ha podido. Ah Kim se marchó antes de que señor Madden despertase, dejando nota escrita. Ahora corazón suyo debe de estar triste con idea de que he desertado de rancho. Sorpresa grande y alegre cuando Ah Kim vuelva a nido.

—Bien, Charlie, he estado muy ocupado —dijo Eden. Y explicó sus actividades matinales—. Cuando la otra noche Madden volvió al rancho, debía sudar dinero por todos los poros. Me parece que Holley tenía razón al decir que nuestro millonario está

siendo víctima de un chantaje.

—Parece así —asintió Chan—. Charlie tiene otra idea. Madden ha asesinado hombre y corazón suyo tiembla de miedo de descubrimiento. Coge mucho dinero y si crimen se descubre, puede marchar lejos con dinero. ¿Idea de Chan es buena?

—¡Hombre! Es muy posible —admitió Eden.

—Nosotros haremos reflexión sobre idea —contestó Chan—. Ahora hago humilde indicación de que nosotros vamos a casa de señor Madden en Pasadena para tener conversación con mayordomo.

Un taxi les llevó a la Orange Grove Avenue. Los ojillos de Chan brillaban de alegría mientras contemplaba la hermosa población. Cuando el coche penetró bajo la sombra de los pimenteros que bordeaban las aceras de la calle de los millonarios, el detective contempló con cierto miedo los enormes edificios.

—¡Espectáculo muy emocionante para chino nacido en humilde choza, junto fangoso río! —dijo—. Hombres ricos viven como emperadores, en Norteamérica.

—Charlie —le interrumpió Eden—. Estoy preocupado con esta visita a ese mayordomo. Suponga por un momento que explique a Madden nuestra visita.

—Hay que hacer esperanza de que cosas no sucedan así.

—¿Es realmente necesario verle?

—Tiene importancia grande visitar a todas personas que tienen conocimiento de Madden. Mayordomo puede ser de utilidad grande.

—¿Qué le diremos?

—Cosa que tenga parecer de verdad. Madden en situación mala, chantaje. Nosotros policías que damos persecución a chantajistas.

—Muy bien. Pero ¿y cómo lo demostraremos?

—Haré rápida presentación de chapa de policía de Honolulu, que he clavado en chaqueta. Todas chapas de Policía tienen semejanza mucha. Sólo si persona tiene sospechas y lee cerca se entera bien.

—Bueno, usted guía, Charlie. Yo le sigo.

El taxi se detuvo frente a la más grande de las casas de la calle... o quizá del mundo. Chan y Eden cruzaron la amplia verja y encontraron a un hombre que estaba regando los rosales de una pérgola.

—¿El señor Fogg? —preguntó Eden.

—Yo mismo —contestó el hombre. Bob Eden le tendió la tarjeta de Holley.

—¡Mucho gusto en conocer a unos amigos de Holley! —dijo, sonriendo—. Vengan hasta la terraza y siéntense. ¿En qué puedo servirles?

—Vamos a hacerle algunas preguntas, señor Fogg —empezó Eden—. Quizá le parezcan extrañas. Puede usted contestar a ellas o no, como prefiera. Ante todo, ¿estuvo el miércoles en Pasadena el señor Madden?

—Sí, claro, estuvo aquí.

—Entonces, ¿usted le vio?

—Sí, le vi un momento. Se detuvo ante la puerta. Iba en el coche grande. Eran las

seis. Hablé con él unos instantes, pero no bajó del auto.

—¿Qué le dijo?

—Me preguntó si todo iba bien y añadió que dentro de poco vendría a pasar unos días aquí con su hija.

—Con su hija, ¿eh?

—Sí.

—¿Le preguntó usted por su hija?

—Sí, claro, las preguntas de cortesía. Me dijo que estaba bien y que tenía muchas ganas de venir aquí.

—¿El señor Madden iba solo en el coche?

—No, Thorn estaba con él y también les acompañaba otro hombre a quien no había visto nunca.

—¿Entraron en la casa?

—No. Tuve la impresión de que el señor Madden intentaba hacerlo, pero que cambió de parecer.

Bob Eden miró a Charlie Chan.

—Señor Fogg, ¿no notó usted algo extraño en la manera de comportarse del señor Madden? ¿Parecía el de siempre?

Fogg frunció el entrecejo.

—Verán, cuando se hubo marchado me quedé pensando en ello. Durante nuestra conversación había estado muy nervioso y parecía así como inquieto.

—Voy a decirle algo, señor Fogg, y confío por completo en su discreción. Ya puede comprender usted que si no fuéramos personas decentes, Will Holley no nos hubiera recomendado a usted. El señor Madden está nervioso e inquieto. Tenemos motivos para creer que es víctima de una banda de chantajistas. El señor Chan... — Chan descubrió por un momento la placa insignia de su cargo y el sol de California se reflejó un segundo sobre ella.

Peter Fogg asintió.

—No me sorprende —dijo, muy serio—. Pero me sabe mal enterarme de ello. Siempre he apreciado mucho al señor Madden. Son pocas las personas que sienten el menor afecto por él... pero, para mí, ha sido un amigo. Como ustedes pueden comprender por mi aspecto, el trabajo que hago aquí no es el que corresponde a mi persona. Yo era abogado en Nueva York. Pero mi salud se resintió y tuve que venir aquí. Estaba en una situación en la cual hubiese aceptado cualquier trabajo. Sí, señores. Madden ha sido muy bueno conmigo y haré todo lo posible por ayudarles.

—Dice usted que no le sorprende. ¿Tiene algún motivo para decir eso?

—Ningún motivo definido... pero un hombre tan famoso como Madden... y tan rico... En fin, que es una cosa inevitable.

Por primera vez habló Charlie Chan.

—Una pregunta más, señor. ¿Tiene usted pensamiento de que el señor Madden tuviera miedo de otro hombre? ¿Un hombre llamado... Jerry Delaney?

Fogg le lanzó una rápida mirada, pero no contestó.

—Jerry Delaney —repitió Bob Eden—. ¿Ha oído alguna vez ese nombre, señor Fogg?

—Sólo puedo decirles esto —contestó Fogg—. El señor Madden a veces se porta como un verdadero amigo. Hace bastantes años, hizo instalar en esta casa una serie de timbres de alarma. Mientras los obreros los instalaban le encontré en el vestíbulo. «Supongo que nos avisarán, si alguien trata de entrar», dijo. «Un hombre como usted, tiene siempre infinidad de enemigos», dije yo. Me miró un poco burlonamente y contestó: «Sólo le temo a un hombre en el mundo, Fogg, sólo a uno» «¿Y quién es ese hombre, señor Madden?», le pregunté. «Se llama Jerry Delaney», me contestó. «Recuerde este nombre por si alguna vez ocurre algo». Le prometí acordarme y, cuando ya se alejaba, le pregunté: «¿Y por qué le tiene usted miedo a ese Delaney?» De momento no me contestó.

—Pero al fin sí —sugirió Eden.

—Sí. Me miró unos instantes y dijo: «Jerry Delaney tiene una de las profesiones más extrañas, Fogg. Y es un verdadero as en ella.» —En seguida se metió en la biblioteca y comprendí que era mejor no preguntarle ya nada más.

CAPITULO XVIII

EL TREN DE BARSTOW

Poco después, dejaron a Peter Fogg junto al vacío palacio de P. J. Madden. Durante un rato fueron en silencio. Por fin, Bob Eden preguntó:

—¿Qué ha sacado en limpio de la entrevista?

Chan se encogió de hombros.

—Detalles insignificantes. Pero trabajo de detective es reunir detalles para hacer luego aclaración.

—Hemos descubierto que Madden visitó el miércoles su casa, pero que no entró en ella. Cuando le preguntaron por su hija, contestó que estaba bien y que pronto vendría aquí. ¿Qué más? Una cosa que ya sabíamos. Que Madden le tenía miedo a Jerry Delaney.

—Y que señor Delaney tenía trabajo extraño.

—¿Qué trabajo? Sea más explícito.

Chan frunció el entrecejo.

—No sé. Hay que hacer reflexión sobre posible trabajo de Jerry Delaney.

El taxi les dejó en la parada de donde salían cada hora los autobuses de Hollywood. Llegaron a tiempo de coger el de las doce.

Paula Wendell les esperaba en el salón del estudio en donde trabajaba.

—Vamos a comer a la cantina y luego iremos a dar una vuelta por los estudios —les dijo.

Chan miraba deslumbrado una calle bordeada de imaginarias viviendas.

—Hija mayor de Charlie Chan cambiaría derecho a Paraíso por favor de estar aquí con su padre —dijo—. Cuando vuelva a Punch Bowl Hill, tendré cosas grandes que explicar.

Comieron rodeados de artistas grotescamente vestidos y maquillados.

—Nunca cartero ha hecho paseo más interesante en día de fiesta —dijo el detective, saboreando el pastel de gallina—. Pido perdón si hago demostración de apetito grande. Es experiencia nueva comer comida que no ha lanzado sus vapores sobre Charlie Chan.

—En el Estudio 1 están impresionando una película —dijo la joven, al terminar de comer—. Es en contra del reglamento, pero si me prometen no hacer demasiado ruido, les podré llevar allí para que echen un vistazo.

Pasaron del sol deslumbrador al oscuro interior de una gran construcción semejante a un hangar. A los pocos momentos llegaban al escenario, que representaba un elegante comedor de un hotel extranjero. Ricas colgaduras y hermosas alfombras lo decoraban. Junto a la pared, veíanse mesitas con pantallas, y un deslumbrante camarero estaba a la puerta.

Como la escena requería muchos extras, gran número de personas aguardaban pacientemente el aviso del director. Las caras de la mayoría de ellos estaban llenas de ansiedad. Era gente que había conocido la amargura de la vida y muy poco la felicidad. Casi todos los hombres iban de uniforme. Sin duda se trataba de una película de guerra. Bob Eden oyó retazos de conversaciones en francés, español y alemán; en los ojos de aquellos obreros del arte leyó centenares de historias más reales y trágicas que las que jamás representarían ante el lienzo de plata.

—Las estrellas, tanto los hombres como las mujeres, están todos cortados por el mismo patrón, poco más o menos —dijo Paula Wendell—, pero los extras son muy distintos. Si hablara usted con algunos de ellos, se asombraría. Tienen cerebro y son gente refinada... que ocultan un pasado notable. Ahora trabajan por cinco dólares diarios.

Se oyó una llamada y los extras fueron ocupando las mesas que les habían sido designadas. Chan contemplaba fascinado todo aquello; indudablemente, hubiera podido permanecer allí para siempre. Pero Bob Eden, faltando otra vez a la gran virtud que es la paciencia, empezó a inquietarse.

—Todo esto está muy bien —dijo—. Pero tenemos que trabajar. ¿Qué hay de Eddie Boston?

—He pedido su dirección —replicó la joven—. Dudo que le encuentren en casa a esta hora, pero pueden probar.

Un viejo apareció detrás de las cámaras. Eden reconoció al veterano actor que había estado el día anterior en el rancho de Madden.

—Quizá Pop pueda ayudarles —dijo Paula. Le llamó—. ¿Sabe dónde podríamos encontrar a Eddie Boston? —preguntó.

Al acercarse Pop, Charlie Chan se escondió en un oscuro rincón.

—¡Hombre! ¿Qué tal, cómo está, señor Eden? —dijo el viejo—. ¿Dice que quiere ver a Eddie Boston?

—Sí, me gustaría.

—¡Es una lástima! No le encontrará en Hollywood.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—En estos momentos camino de San Francisco —contestó Pop—. Por lo menos, ese era su destino cuando le vi la última vez.

—¿San Francisco? ¿Y qué va a hacer allí? —preguntó, asombrado, Eden.

—No sé. Tengo la impresión de que Eddie ha heredado mucho dinero.

—¿Cómo?

—Ayer noche, cuando regresamos del desierto, le encontré en la calle. Vino aquí

por tren y le pregunté por qué había hecho aquello. «Tenía que arreglar algunos asuntos, Pop, —me contestó—. Mañana por la mañana marchó a San Francisco. Las cosas marchan bien y ahora que la película ha terminado, quiero tomarme unas vacaciones. Hace lo menos treinta años que no he estado en Frisco y me muero de ganas de visitarlo».

Eden movió la cabeza.

—Muchas gracias. —Se dirigió a la puerta al lado de Paula, y Chan, con el sombrero caído sobre los ojos, les siguió.

Al salir al aire libre, Eden se detuvo.

—Otro nuevo desengaño —dijo—. ¿Llegaremos alguna vez a aclarar del todo este misterio? Bien, Charlie... Boston se nos ha ido de entre las manos. Ha volado.

—Madden ha dado dinero a Boston para que marche lejos. ¿No dijo Boston que sabía todo de Jerry Delaney?

—Con lo cual quería decir que estaba enterado de la muerte de Delaney. Pero ¿cómo pudo enterarse? ¿Estaba en el desierto aquel miércoles por la noche? ¡Oh! —Bob se llevó una mano a la frente—. ¿No tiene un frasco de sales, Paula?

—No las uso nunca —rio ella.

Salieron a la calle.

—Tenemos que marcharnos —dijo Eden—. La noche se aproxima y estamos lejos de casa. —Se volvió hacia la joven—. ¿Cuándo volverá a Eldorado?

—Esta tarde. Me han dado un nuevo guión... uno que requiere una ciudad fantasma.

—¿Una ciudad fantasma?

—Sí, una población minera abandonada. Por lo tanto, tendré que volver a Petticoat Mine.

—¿Dónde está eso?

—En las montañas, a unas diecisiete millas de Eldorado. Hace diez años, Petticoat Mine tenía tres mil habitantes, hoy no alberga ni un alma. Sólo ruinas, como Pompeya. Un día se lo enseñaré a ustedes... muy interesante.

—Gracias muchas por haber dado permiso de visitar interesante fábrica de películas —hizo notar Chan—. Recuerdo de bondad de usted estará siempre en memoria de Charlie Chan.

—Ha sido un placer para mí —replicó la joven—. Siento que se tengan que marchar.

En el coche que les llegaba a Los Ángeles, Eden preguntó al detective:

—¿No se ha desanimado nunca, Charlie?

—No, mientras hay trabajo grande aún que hacer —replicó el detective—. Queda señorita Fitzgerald. Pájaro cantante, quizá, pero tengamos esperanza que no habrá volado.

—Sería mejor que hablara usted con ella... —empezó Eden.

Pero Chan movió la cabeza.

—No, Charlie Chan no acompañará a usted en esta aventura. Presencia de chino ocasionaría embarazosas pausas en conversación. Usted va solo a ver célebre cantante. Usted descubra qué cosas sabe de hombre muerto en desierto... de Delaney.

Eden lanzó un profundo suspiro.

—Haré lo que pueda. Pero la confianza en mí se va esfumando.

A la puerta del desierto teatro, Eden depositó un dólar en la mano del portero, quien le permitió entrar y examinar la tabla de avisos. Como esperaba, allí estaban las direcciones de los artistas. La señorita Fitzgerald se hospedaba en el Wynwood Hotel.

—Usted parece a Charlie Chan hombre con experiencia grande —comentó el detective.

Eden se echó a reír.

—En mis buenos tiempos he conocido algunas coristas. Yo soy un hombre de mundo.

Chan se sentó en un banco de la Pershing Square, mientras el muchacho entraba solo en el Wynwood Hotel. Dio su nombre y después de una larga espera en el humilde vestíbulo, la actriz se reunió con él. Contaría por lo menos treinta años, probablemente más, pero sus ojos tenían todavía un brillo juvenil. Al ver a Bob Eden, adoptó una coqueta expresión.

—¿Usted, señor Eden? —dijo—. Me alegro mucho de verle, a pesar de que su visita es un misterio para mí.

—Si por lo menos es un misterio agradable... —sonrió Eden.

—Por ahora sí lo es. ¿Es usted también del teatro?



—Si por lo menos es un misterio agradable...

—No. Ante todo, quiero decirle que la otra noche la oí cantar por radio y quedé embelesado. Tiene usted una voz maravillosa.

El rostro de la actriz se iluminó de satisfacción.

—Me gusta oírle hablar así. Pero tuve un resfriado... siempre que vengo a esta

ciudad me constipo. Tendría que oírme cuando estoy en forma.

—Para mí no pudo estar usted mejor. Con una voz como la suya, debería trabajar en la Opera.

—Todos mis amigos me lo dicen. Y no es que no se me hayan presentado oportunidades. Pero me gusta el género al cual me dedico. Trabajo en él desde que tenía diez años.

—Debe de hacer cuatro días.

La satisfacción de la actriz fue en aumento.

—Pero aún no me ha explicado el motivo de su visita —dijo.

—Señorita Fitzgerald, soy un viejo amigo de un conocido de usted.

—¿Qué conocido? ¡Tengo tantos!

—Me lo figuro. Me refiero a Jerry Delaney. ¿Conoce a Jerry?

—¿Que si le conozco? Desde hace años. —Frunció el entrecejo—. ¿Tiene alguna noticia de Jerry?

—No, no tengo ninguna —contestó Eden—. Por eso he venido a verla. Necesito saber donde está y pensé que tal vez usted podría ayudarme.

La artista habíase vuelto muy cauta.

—¿Dice usted que Jerry es un viejo amigo suyo?

—¡Ya lo creo! Trabajé con él en casa de Jack McGuire, en la Calle 44.

—¿De veras? —La cautela habíase desvanecido—. Pues sé tanto como usted acerca del actual paradero de Jerry. Hace dos semanas me escribió desde Chicago. Le vi en Seattle. Estuvo muy misterioso. Me dijo que me vería aquí dentro de poco.

—¿No le habló del asunto que tenía entre manos?

—¿Qué asunto?

—Por si no lo sabe... se lo diré yo. Jerry estaba a punto de conseguir una bonita cantidad.

—¿De veras? ¡No sabe usted lo que me alegro! Las cosas no le han ido muy bien a Jerry, desde aquellos días en casa de McGuire.

—Eso es verdad. Y, a propósito: ¿le habló alguna vez Jerry de los hombres que había conocido en casa de McGuire? ¡Allí sí que hacíamos buenos negocios!

—No, nunca me ha hablado mucho de ello. ¿Por qué?

—Estaba preguntándome si le habría mencionado alguna vez el nombre de P. J. Madden.

—¿Quién es P. J. Madden? —preguntó, inocentemente, la actriz.

—Uno de los primeros potentados del país. Si lee cada día los periódicos...

—Pero no los leo. Mi trabajo me lleva mucho tiempo. No puede darse idea de las horas que le dedico.

—Me lo imagino. Pero, óigame, yo quisiera saber dónde se encuentra ahora Jerry. Empieza a inquietarme su ausencia.

—¿Inquietarle? ¿Por qué?

—Los asuntos de Jerry son bastante peligrosos, ya lo sabe.

—No sabía ni una palabra de eso. ¿Por qué son peligrosos?

—Dejémoslo correr. El caso es que Jerry Delaney llegó a Barstow hace una semana, y que poco después desapareció de la capa de la tierra.

—No creerá que ha tenido algún accidente, ¿verdad?

—Mucho me temo que sí. Ya sabe usted como es Jerry. Temerario...

La actriz permaneció callada unos instantes.

—Sí —murmuró—. Esos irlandeses de cabellos rojos...

—Claro —dijo Eden, un poco demasiado de prisa.

Los verdes ojos de la señorita Fitzgerald se entornaron.

—¿Dice usted que conoció a Jerry en casa de McGuire?

—Sí.

La cantante se levantó.

—¿Y desde cuándo ha tenido el cabello rojo? —Sus amistosos modales habían desaparecido—. Ayer noche ya me fijé que me seguía un policía. Parece mentira que tengan jóvenes tan simpáticos en la policía de aquí.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó Eden.

—No se haga el tonto —advirtió la señorita Fitzgerald—. Si Jerry Delaney está metido en algún lío, yo nada sé, pero no haré nada que pueda causarle el menor perjuicio. Un amigo es un amigo.

—Se equivoca usted —protestó Bob.

—No me equivoco. Si buscan a Jerry, tendrán que encontrarle sin mi ayuda. Además, y eso es la verdad, no tengo la menor idea de dónde se encuentra en estos momentos. Y ahora, márchese de aquí.

Eden se levantó.

—A pesar de todo, le aseguro que me encanta su voz —sonrió Eden.

—¿Sí? ¿Qué policías tan simpáticos y galantes! Bien, pues escúchela siempre que quiera... la radio es para todos.

Bob Eden regresó cariacontecido a la Pershing Square, dejándose caer pesadamente en el banco que ocupaba el detective.

—Suerte ha sido mala —hizo notar Chan—. Cara de usted es libro abierto.

—No tiene usted idea de lo ocurrido —dijo el joven. Y explicó su aventura con Norma Fitzgerald.

—¡Estoy avergonzado! Me ha llamado policía, pero debiera haberme dicho que mi sitio estaba en un jardín para niños.

—Detenga preocupación —advirtió Chan—. Se trata sólo de mujer con inteligencia grande.

—Ya es bastante. De ahora en adelante obrará usted. Como detective, resulto un gran joyero.

Cenaron en un restaurante cualquiera y tomaron el tren de las cinco y media para Barstow. Una vez instalados en el vagón, Bob Eden miró a su compañero.

—Ya hemos terminado el día, Charlie —dijo—. El día del cual esperábamos

tanto. ¿Qué hemos logrado? Nada, ¿no es verdad?

—Palabras de usted están cerca de verdad —admitió Chan.

—Le repito, Charlie, que no lograremos salir adelante. Nuestra posición es desesperada. Tendremos que ir a ver al *sheriff*...

—Perdone que Charlie Chan interrumpa a usted. ¿Con qué vamos nosotros a *sheriff*? Haga recuerdo de que pruebas de nosotros son como flores reflejadas en estanque. Madden es hombre importante, su palabra es ley para muchos. —El tren se detuvo en una estación—. Nosotros vamos a *sheriff* coa explicación extraña... loro muerto, historia de minero medio ciego y quizá loco, maleta en desván llena de viejas ropas. ¿Podemos hacer demostración de culpabilidad de hombre que ha asesinado? ¿Dónde está cadáver? Todos policías reirían de nosotros...

De pronto, Chan se interrumpió y Eden siguió la dirección de su mirada. En el corredor del vagón estaba el capitán Bliss, de la Brigada de Investigación Criminal, mirándoles fijamente.

A Eden le dio un salto el corazón. Los ojillos del capitán observaron todos los detalles del traje de Chan y luego contempló a Eden. Sin hacer ningún ademán, dio media vuelta y se dirigió al otro coche.

—¡Buenas noches! —dijo Eden.

El detective se encogió de hombros.

—Fin de preocupaciones —dijo—. No tenemos que buscar a *sheriff*... *sheriff* vendrá a nosotros. Queda tiempo breve a nosotros en rancho de Madden. ¡*Poblecito* Ah Kim! Pronto será arrestado por asesino de Louie Wong.

CAPITULO XIX

LA VOZ EN EL ESPACIO

Llegaron a Barstow a las diez y media. Bob Eden anunció que pensaba pasar la noche en el hotel de la estación. Después de cambiar unas palabras con el taquillero, Chan se reunió con él.

—Tomo habitación vecina a que usted ocupa —dijo—. Próximo tren a Eldorado sale a cinco de mañana. Charlie Chan estará en tren cuando se ponga en marcha. Usted mejor espere a tren de once y diez. Sería cosa mala que nosotros volviésemos juntos a rancho como hermanos siameses.

—Si usted es capaz de levantarse a las cinco y media, Charlie, le consideraré un héroe, además del mejor detective del mundo —dijo Eden.

Chan cogió su maleta y subieron a sus habitaciones. Pero Eden no se acostó en seguida. En lugar de eso, se sentó y apoyando la cabeza en las manos, trató de pensar.

La puerta que ponía en comunicación las dos habitaciones se abrió de pronto y Chan apareció en el umbral. En las manos llevaba el maravilloso collar de perlas.

—Sólo para asegurar a usted que fortuna de Phillimore está segura.

Dejó las perlas sobre la mesa, bajó la luz, Bob Eden las cogió y pensativamente se puso a acariciarlas.

—¡Son magníficas! ¿Verdad? —dijo—. Óigame, Charlie, usted y yo tenemos que hablar francamente. —Chan asintió—. Así no podemos seguir. Mañana por la tarde regresaré al rancho. Tendré que fingir que he visto a Draycott; más mentiras; estoy harto ya de ellas y, además, algo me dice que no lograremos nada. No, Charlie, estamos en el mismo lugar que cuando empezamos. Tenemos que entregar las perlas.

El rostro de Chan se entristeció.

—Suplico no hacer usted eso. En cualquier momento...

—Ya sé que me pedirá más tiempo. Su orgullo profesional está herido. Lo comprendo perfectamente y créame que lo siento.

—Sólo pocas horas —suplicó Chan.

Eden contempló unos instantes el bondadoso rostro del chino. Movi6 la cabeza.

—No es sólo por mí, Bliss también intervendrá dentro de poco. Hemos llegado al final de la cuerda. Le daré un último plazo... Le concederé de tiempo hasta mañana a las ocho de la noche. Eso, siempre que Bliss no aparezca antes. ¿Conforme?

—Fuerza manda —dijo el detective.

—Muy bien. Tendrá todo el día de mañana. Cuando vuelva al rancho, no contaré nada de Draycott, diré sencillamente: «Señor Madden, las perlas estarán aquí a las ocho de la noche». A esa hora, si no ha ocurrido nada, entregaremos el collar y nos iremos. Camino de casa podemos explicar nuestra historia al *sheriff* y si se ríe de nosotros, por lo menos habremos cumplido con nuestro deber. —Bob lanzó un suspiro de alivio. Se levantó y terminó—: ¡Gracias a Dios que ya está todo arreglado!

Tristemente, Chan cogió las perlas.

—Situación desagradable para Charlie Chan —dijo—. ¡Venir a continente para hacer conocimiento con fracaso! —Su rostro se iluminó—. Pero queda día entero. Cosas muchas pueden suceder.

Eden le dio unos cariñosos golpecitos en la espalda.

—¡Bien sabe Dios que le deseo que triunfe! —dijo—. Buenas noches.

Cuando a la mañana siguiente Bob Eden se despertó, el sol entraba de lleno en su habitación. Tomó el tren para Eldorado y al llegar allí se dirigió a la oficina de Holley.

—¿Cómo va eso? —le saludó el periodista— ¿Ya ha vuelto, por fin? Su compañero se ha puesto hace rato al trabajo. A primeras horas de la mañana ha estado aquí.

—¡Oh! Chan tiene ambiciones —replicó Eden—. ¿Le ha visto?

—Sí —y Holley señaló una maleta que estaba en un rincón del despacho—. Ha dejado las ropas que corresponden a su verdadera personalidad, para que se las guarde. Según me ha dicho, piensa ponérselas dentro de un par de días a lo más.

—Seguramente tendrá que ponérselas para que le lleven a la cárcel —dijo Eden—. Supongo que le habrá contado lo de Bliss.

—Sí. Me temo que ese hombre lo eche todo por tierra.

—Es lo más seguro. También le habrá contado Charlie lo poco que conseguimos en nuestro viaje.

Holley asintió.

—Y lo poco que consiguieron afirma más mi teoría del chantaje. Algo ha ocurrido aquí que confirma mis sospechas.

—¿Qué ha sido ello?

—De la oficina de Madden le han enviado otros cincuenta mil dólares por medio del Banco de aquí. Hace un momento he estado hablando con el presidente. Ha dicho que no sabe si podrá conseguir todo ese dinero para mañana, pero que Madden ha accedido a esperar.

Eden quedóse pensativo unos instantes.

—No cabe la menor duda que su teoría es exacta. El viejo P. J. está siendo víctima de un chantaje. Por más que Chan ha tenido una idea muy interesante... piensa que tal vez Madden está reuniendo todo ese dinero...

—Sí, ya lo sé, me lo ha contado esta mañana. Pero a mí me satisface más mi versión, aunque reconozco que este asunto es un rompecabezas de los más

complicados.

—Lo es. Y a mi parecer hemos hecho ya todo lo humanamente posible para resolverlo. Esta noche entregaré las perlas. Supongo que Charlie se lo habrá dicho, ¿no?

—Sí —asintió Holley—. Le está usted destrozando el corazón. Pero, desde el punto de vista de usted, tiene toda la razón. Hay un límite para todo y usted ya ha llegado a él. Sin embargo, ruego a Dios que ocurra algo antes de llegar la noche.

—¡Y yo! —dijo Eden—. De no ser así, no veo otra solución que entregar el collar. Hay que pensar en la señora Jordan. Para ella no significa nada que Madden haya asesinado a un hombre.

—Es una situación muy difícil la de usted, muchacho. Rogaré con toda mi alma... Una vez me hablaron de un periodista cuyas plegarias fueron atendidas. Pero eso fue hace muchos años...

Eden se levantó.

—Tengo que regresar al rancho. ¿Ha visto hoy a Paula Wendell?

—La vi almorzando en el «Oasis». Se disponía a marchar hacia Petticoat Mine. Pero no se preocupe, le llevaré yo mismo al rancho de Madden.

—De ninguna manera. Alquilaré un auto.

—Déjese de tonterías. El periódico ya está fuera de la prensa y no tengo el menor trabajo. ¡Vamos!

Y de nuevo, *Horacio Greeley* le condujo a través del desierto.

—Esta noche no he dormido mucho —dijo el periodista, ahogando un bostezo.

—¿Pensando en Jerry Delaney? —preguntó el muchacho.

—No, ha ocurrido algo que me interesa sólo a mí. Aquella entrevistó con Madden le ha inspirado a mi amigo la idea de ofrecerme un trabajo en Nueva York, un trabajo excelente. En vista de lo cual, ayer por la tarde fui a ver al doctor de Eldorado, quien me dijo que ya podía abandonar el desierto.

—¡Magnífico! —exclamó Eden—. ¡No sabe usted cuánto me alegro!

Una extraña sombra cruzó por los ojos de Holley.

—Sí —dijo—. Al cabo de todos estos años se abre la puerta de la cárcel. Durante todo este tiempo he soñado en este momento... y ahora...

—¿Qué?

—El prisionero vacila. Se estremece ante la idea de abandonar su tranquila celda. ¡Nueva York! Nueva York ya no es el Nueva York que conocí. ¿Podré luchar de nuevo y triunfar? No lo sé.

—No diga usted tonterías —replicó Eden—. Claro que triunfará.

La determinación se reflejó en el rostro de Holley.

—Lo probaré —dijo—. Iré a Nueva York. No voy a pasarme la vida en este lugar. ¡Sí! Volveré a pasear por Park Row.

Dejó a Eden en el rancho. El muchacho se dirigió en seguida a su habitación y después de lavarse, salió al patio. Ah Kim pasó junto a él.

—¿Algo nuevo? —susurró Eden.

—Thorn y Gamble todo día fuera con coche grande —contestó el chino—. Nada más.

En el salón, Eden encontró al millonario solo. Al ver entrar a Bob, el millonario se puso en pie.

—De vuelta, ¿eh? ¿Encontró a Draycott? Puede hablar en voz alta. Estamos solos. Eden se sentó en uno de los sillones.

—Todo está arreglado. Esta noche, a las ocho, le entregaré las perlas Phillimore.

—¿Dónde?

—Aquí, en el rancho.

Madden frunció el ceño.

—Le pedí que la entrega se hiciese en Eldorado. ¿Vendrá aquí Draycott?...

—No. A las ocho tendré las perlas y entonces se las entregaré a usted. Si prefiere que la transacción se haga en privado, podemos arreglarlo.

—Bien —Madden dirigió una escrutadora mirada al joven—. Quizá las tenga ya ahora —dijo.

—No, pero las tendré a las ocho.

—Me alegro de que por fin se arregle todo. Aunque le advierto que si vuelve a poner otro obstáculo...

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya me ha oído. ¿Me cree tonto? Desde el primer día ha ido usted obstaculizando la entrega del collar. ¿No es verdad?

Eden vaciló. Parecía haber llegado el momento de hablar claro.

—Sí, es verdad —admitió.

—¿Por qué?

—Pues porque me pareció que ocurría algo raro aquí, señor Madden.

—¿Qué motivos le hicieron suponer eso?

—Ante todo, quiero hacerle una pregunta. ¿Qué ocurrió para que usted cambiase de parecer? En San Francisco quería que el collar fuese entregado en Nueva York. ¿Por qué pidió luego que fuera traído al sur de California?

—Por un motivo muy sencillo —replicó Madden—. Allí creí que mi hija regresaría conmigo a Nueva York. En lugar de eso irá a Pasadena hasta el final de la estación. Y mi intención es guardar el collar en el Banco hasta que ella lo necesite.

—En San Francisco conocí a su hija —dijo Eden—. Es una muchacha muy linda. Madden le miró fijamente.

—¿Lo cree usted así?

—Naturalmente. Supongo que aún debe de estar en Denver, ¿no?

Por un momento, Madden le miró en silencio.

—No —dijo al fin—, no está en Denver.

—¿No?

—No, está en Los Ángeles, en casa de unos amigos.

Ante aquella sorprendente información, Eden abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que está allí? —inquirió.

—Desde el martes. Sí, creo que era el martes. Recibí un telegrama en el cual me decía que venía al rancho. Como por motivos particulares no deseaba que estuviese aquí, envié a su encuentro a Thorn, con instrucciones para que la condujera a Barstow y una vez allí, la dejara en el tren de Los Ángeles.

Eden reflexionó unos segundos. Barstow estaba poco más o menos a la distancia que señaló el marcador del automóvil. Pero ¿había arcilla en la estación o en los alrededores?

—¿Está seguro de que llegó a salvo a Los Ángeles? —preguntó.

—Desde luego. El miércoles la vi. Ya he contestado a sus preguntas. Ahora le toca el turno a usted. ¿Por qué creyó que ocurría algo raro aquí?

—¿Qué ha sido de Shaky Phil Maydorf? —replicó Eden.

—¿Quién?

—Shaky Phil... el sujeto que decía llamarse McCallum y que me ganó la otra noche cuarenta y siete dólares al póker.

—¿Dice usted que su verdadero nombre es Maydorf? —preguntó, con interés, Madden.

—Sí. Tuve una aventurilla con Maydorf en San Francisco.

—¿Cómo fue?

—Se portó como si deseara hacer suyas las perlas Phillimore.

Madden enrojeció violentamente.

—¿De veras? ¿Tiene inconveniente en contarme cómo ocurrió la cosa?

—Ninguno. —Y explicó las actividades de Maydorf en el muelle.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —preguntó Madden.

—Pues porque creí que usted lo sabía. Y aún lo sigo creyendo.

—¿Está usted loco?

—Quizá. No discutamos sobre eso. Pero cuando vi a Maydorf aquí, lo más natural era que sospechase que las cosas no seguían su curso normal. No estoy aún convencido de que no sea así. ¿Por qué no volvemos al plan inicial y hacemos en Nueva York la entrega del collar?

Madden movió la cabeza.

—No, es necesario que las reciba aquí.

—Por lo menos, dígame qué es lo que ocurre.

—No ocurre nada —replicó Madden—. Mejor dicho, nada que no pueda solucionar yo mismo. He comprado las perlas y las quiero. Le doy mi palabra de que ustedes cobrarán. Al fin y al cabo, eso es todo lo que le interesa a usted.

—Señor Madden. Yo no soy ciego. Usted está metido en un mal asunto y me gustaría ayudarle.

Madden se volvió y su cansado rostro era una prueba evidente de lo acertado de la declaración de Eden.

—Yo mismo saldré de él —dijo—. En peores trances me he visto. Muchas gracias por su amable intención, pero no se preocupe por mí. Quedamos en que a las ocho... Confío en usted. Ahora permíteme, voy a descansar un rato.

Salió de la habitación, dejando perplejo a Bob. ¿Había ido demasiado lejos? ¿Había dicho demasiado al millonario? ¿Y las noticias de Evelyn Madden? ¿Serían ciertas? ¿Estaba, realmente, la joven en Los Ángeles? Era muy posible. Además, al hablar de ella, su padre parecía la franqueza personificada.

Cansado ya de tantos problemas, siguió el ejemplo de Madden y se pasó durmiendo el resto de la tarde.

Cuando se despertó, la noche caía ya sobre el desierto. En el cuarto de baño oyó a Gamble. ¡Gamble! ¿Quién era Gamble? ¿Por qué había permanecido en el rancho de Madden?

En el *patio*, Bob cambió algunas palabras con Ah Kim y le comunicó las noticias referentes a Evelyn Madden.

—Thorn y profesor otra vez en rancho —dijo el detective—. Otra vez, como antes, marcador hacía indicación de treinta y nueve millas. En interior de coche restos de arcilla.

Eden movió la cabeza.

—El tiempo pasa —dijo.

Chan se encogió de hombros.

—Si pudiera hacer detención de tiempo, haría con placer grande —replicó.

Durante la cena, el profesor Gamble fue la amabilidad personificada.

—Bien, bien, señor Eden, estamos muy contentos de tenerle otra vez entre nosotros. Siento mucho que se haya dejado perder un día entero de este maravilloso aire del desierto. ¿Prosperan sus negocios?

—¡Ya lo creo! —sonrió Eden— ¿Y los de usted?

El profesor le lanzó una rápida mirada.

—Pues... he tenido un día magnífico. He encontrado, por fin, la rata que buscaba.

—Una suerte para usted, pero una desgracia para la rata —replicó Eden, y la cena transcurrió en silencio.

Después de cenar, Madden encendió un cigarro y se dejó caer en su sillón favorito, junto al fuego. Gamble se sentó en otro y cogió una revista. Eden encendió un cigarrillo y empezó a pasearse por la habitación. Thorn cogió también una revista. El reloj dio las siete, y sobre el salón pareció tenderse un insoportable manto de silencio.

Bob se detuvo junto al aparato de radio.

—Nunca comprendí las ventajas de la radio hasta llegar aquí —dijo a Madden—. Ahora comprendo que, hasta la lectura de un libro sobre las costumbres de los esquimales, puede resultar encantadora.

Dio la vuelta al conmutador. Ah Kim entró en el salón y se dispuso a levantar el mantel. En aquel momento, la fuerte voz de uno de los locutores de Los Ángeles, les

llenó la estancia.

—... a continuación, oirán ustedes a la señorita Norma Fitzgerald, que actúa en el teatro Mason, quien cantará una selección de canciones de la comedia musical, «*Una noche de junio*».

Madden se inclinó hacia delante y sacudió la ceniza de su cigarro. Thorn y Gamble miraron hacia el techo, sin el menor interés.

—Buenas noches, amigos míos —dijo la voz de la mujer con quien Bob Eden había hablado la noche anterior—. Ya estoy aquí otra vez. Ante todo, quiero dar las gracias a todos ustedes por los montones de cartas que me han escrito aquí, a la emisora. No he tenido tiempo de leerlas todas. Ahora, quiero decir a Sadie French, si me escucha, que me he alegrado mucho de saber que está en Santa Mónica, y que ya le escribiré. Otra carta que me ha hecho muy feliz, es la de mi viejo amigo Jerry Delaney...

El corazón de Eden cesó de latir. Madden se inclinó más, Thorn entreabrió la boca y los ojos del profesor se hicieron más pequeños. Ah Kim siguió quitando los platos de la mesa.

—He estado un poco inquieta respecto a Jerry —siguió la cantante— y he tenido una gran alegría al enterarme de que estaba vivo. Espero verle pronto. Ahora sigo con mi programa, pues dentro de media hora debo estar en el teatro. Espero que todos ustedes irán a vernos. La obra que presentamos...

—¡Quite esa birria! —dijo Madden—. Parece mentira que den tan malos programas por radio.

Norma Fitzgerald había empezado a cantar, pero Bob Eden le cortó el resuello a la «birria». Entre él y Ah Kim se cambió una significativa mirada. Una voz había llegado hasta el desierto, pasando sobre las solitarias montañas y los innumerables kilómetros de arena y artemisa... Una voz que decía que Jerry Delaney estaba vivo y que, por lo tanto, todas sus teorías se venían al suelo.

¡El hombre a quien Madden había asesinado, no era, pues, Jerry Delaney! Entonces, ¿de quién era aquella voz que había pedido socorro aquella trágica noche, en el rancho? ¿Quién lanzó el grito que fue oído y repetido por *Tony*, el loro chino?

CAPITULO XX

PETTICOAT MINE

Ah Kim, cargando con una bandeja llena de platos, salió de la habitación. Madden se recostó en su butaca, entornó los ojos y lanzó una fina columnita de humo hacia el techo. El profesor y Thorn se abismaron otra vez en la lectura de sus respectivas revistas. ¡Era una conmovedora escena doméstica!

Pero Bob Eden no compartía aquella paz... El corazón le latía aceleradamente... Estaba desconcertado. Sin hacer ruido, salió al patio. En la cocina, Ah Kim limpiaba afanosamente la vajilla. A juzgar por el impasible rostro del chino, nadie hubiera creído que aquella no era su habitual ocupación.

—Charlie —dijo, en voz baja, Bob.

Chan se apresuró a secarse las manos y se acercó al joven.

—Hago humilde indicación que no hable usted —le hizo salir por la otra puerta y le condujo junto al granero—. ¿Qué cosa ocurre ahora? —preguntó.



—Hago humilde indicación que no hable usted.

—¿Qué cosa? ¿No la ha oído? Hemos estado siguiendo una pista falsa. Jerry

Delaney vive.

—Tiene interés grande eso —admitió Chan.

—¿De qué está hecho usted? —La calma de Chan era turbadora—. Nuestra teoría se derrumba y usted...

—Siempre ocurre cosa igual con teorías hechas —dijo Chan.

—¿Y qué haremos ahora?

—¿Qué cosa podemos hacer? Hacer entrega de collar. Usted ha hecho promesa que Charlie Chan lamenta. No podemos hacer más que dar perlas a señor Madden.

—¿Y marcharnos sin aclarar lo que ha ocurrido aquí! No sé...

—Cosa que ha de ser, será. Son palabras de sabio Kong Fu Tse...

—Pero, oiga, Charlie. ¿Ha pensado usted en eso? Quizá no ha ocurrido nada. Quizá hemos seguido una pista falsa desde el principio...

Un pequeño automóvil se detuvo frente al rancho. La luna apenas acababa de salir y el campo estaba envuelto en una semioscuridad. Una figura familiar bajó del auto y sin detenerse a abrir la puerta de la valla, saltó por encima de ella. Eden corrió al encuentro de su amigo.

—¡Eh, Holley!

El periodista se detuvo.

—Me ha asustado, pero usted es precisamente el hombre a quien yo buscaba. —Holley jadeaba anhelosamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven.

—No sé. Pero estoy inquieto. Paula Wendell...

—¿Qué le pasa a Paula? —preguntó, tembloroso, Eden.

—¿La ha visto, por casualidad?

—No.

—Pues no ha vuelto de Petticoat Mine. La distancia entre ese poblado minero y Eldorado es insignificante y Paula salió para allí después de almorzar. Debía haber vuelto hace ya rato. Me prometió cenar conmigo, para ir luego al cine. Se trata de una película que le interesa mucho ver.

Eden corrió hacia la carretera.

—Vámonos en seguida... corra...

Chan se acercó a ellos. Algo brillaba en su mano.

—Pistola automática de Charlie Chan —explicó—. Esta mañana he recogido de maleta. Llévase arma con usted...

—No la necesitaré —dijo Eden—. Guárdela. Usted tal vez tenga que emplearla...

—Suplico humildemente...

—Gracias, Charlie. No la necesito. ¡Vamos, Holley!

—¿Y perlas? —preguntó Chan.

—Ya estaré aquí a las ocho. Lo de ahora es más importante...

En el momento en que se sentaba junto a Holley, Eden vio abrirse la puerta del rancho y aparecer la enorme figura del millonario.

—¡Eh! —gritó Madden.

—¡Al diablo! —murmuró Eden. El auto del periodista, habiendo recobrado, al parecer, su juventud, se lanzó a toda velocidad por la carretera.

—¿Qué puede haber ocurrido? —preguntó el muchacho.

—No sé. Esa población abandonada es un lugar peligroso. Está llena de minas y pozos. Algunos de más de cien metros de profundidad.

—¡Más de prisa! —suplicó Eden.

—*Horacio Greeley* no da más de sí —replicó Holley—. Madden ha parecido interesarse por su partida, ¿verdad? Eso parece indicar que no le ha entregado aún las perlas.

—No. Ha ocurrido algo nuevo. —Y explicó al periodista lo de la voz que había sonado por radio—. Siempre tuve la impresión de que habíamos equivocado el camino.

—Es posible.

—De todas maneras, eso puede esperar. Ahora, lo más interesante, es descubrir el paradero de Paula Wendell.

Otro automóvil venía hacia ellos a toda velocidad. Los dos coches se rozaron al cruzarse.

—¿De quién es ese auto? —preguntó Eden.

—Un taxi de la estación. Me ha parecido reconocer al chófer. Dentro iba alguien.

—Ya lo he visto. Alguien que debe de ir al rancho de Madden, quizá.

—Acaso —asintió Holley. Dejó la carretera y se metió en el tortuoso sendero que conducía a la mina abandonada—. Tendremos que ir despacio —advirtió.

—Déjese de miedos —insistió Eden—. No le puede hacer mucho daño al viejo *Horacio Greeley*.

Holley dio todo el gas y en el mismo instante, una piedra se puso en contacto con la rueda delantera. Las cabezas de los dos hombres estuvieron a punto de atravesar la capota del coche.

—¡No hay derecho!

—¿A qué no hay derecho?

—A que una chica tan encantadora como Paula Wendell se pasee sola por este desierto. No sé cómo alguien no se ha casado con ella, redimiéndola de ese inmundo trabajo.

—No es fácil —replicó Holley—. No le interesa el matrimonio. Dice que eso es la solución de los seres inútiles.

—¿De veras?

—No podría estar ligada a una cocina, después de la vida de libertad que ha llevado hasta ahora.

—Entonces, ¿por qué está comprometida con ese tipo?

—¿Con quién?

—Con Wilbur... o cómo se llame. El sujeto que le regaló aquel anillo.

Holley se echó a reír. Luego permaneció callado unos instantes.

—No creo que le guste a Paula lo que le voy a decir a usted —dijo al fin—, pero se lo voy a explicar todo. Aquella esmeralda perteneció a su madre. La hizo engarzar en un anillo moderno y la lleva como protección.

—¿Protección?

—Sí. De ese modo, los idiotas con quienes se tropieza, no le hacen el amor.

—¡Oh! —exclamó Eden— ¿Así, me considera un idiota?

—¡Oh, no! Dice de usted que tiene las mismas ideas que ella respecto al matrimonio. Según parece, está encantada de haberle conocido. —Al cabo de unos minutos de silencio, el periodista preguntó—: ¿En qué está usted pensando?

—En que aún tengo tiempo de arreglar mi vida. ¿No le parece?

—Claro.

—He sido siempre un loco. Cuando vuelva a casa, le voy a dar una sorpresa formidable a mi padre. Me voy a dedicar de lleno al negocio, como él quiere. Hasta ahora no había sabido lo que quería. He ido vacilando de un lado a otro como una mujer.

—Nunca había oído un símil más equivocado —replicó Holley—. Enséñeme la mujer que no sabe lo que quiere... y que, sabiéndolo, no trate de conseguirlo.

—¡Bueno! Ya entiende usted lo que quiero decir. ¿Estamos muy lejos aún?

—Estamos a punto de llegar. Cinco millas más.

—Ojalá no le haya ocurrido nada a Paula.

En aquel momento, *Horacio Greeley* entró en un pequeño cañón.

—¿Tiene una linterna eléctrica? —preguntó Eden.

—Sí, ¿por qué?

—Pare un momento y démela. Tengo una idea.

Bob bajó del coche y examinó atentamente el camino.

—Ha pasado por aquí —anunció—. Se ve la huella de los neumáticos de su coche. Lo sé porque cambié uno yo mismo. Está todavía en el poblado. El coche sólo ha pasado una vez.

Subió de nuevo al auto y *Horacio Greeley* reemprendió su marcha. En aquel lugar, la carretera bordeaba un precipicio. Por fin, después de un último viraje, apareció ante ellos la ciudad fantasma de Petticoat Mine.

Bob contuvo el aliento. A la luz de luna, se divisaban las ruinas de una población. Aquí una chimenea, allí un muro derruido. Calles y más calles de casas que poco a poco íbanse reduciendo a polvo. Al bajar de precio la plata, los habitantes de Petticoat Mine abandonaron el poblado, dejándole en manos del terrible destructor, que es el Tiempo.

Se metieron en la calle principal, sorteando los agujeros abiertos en el suelo, sin duda por las explosiones de los barrenos. Entre los adoquines de la calle, crecían hierbajos de un verde sucio. De los edificios levantados por la compañía explotadora, sólo dos quedaban en pie.

—¡Qué espectáculo más encantador! —dijo Eden.

—La construcción esa que hace chaflán a esa calle —señaló Holley—, es el viejo Silver Star Saloon. El que le sigue no se caerá fácilmente. Lo construyeron de piedra... para que fuese bien fuerte... Sin duda lo necesitaban. Es la cárcel, ¿sabe usted?

—¿La cárcel?

Holley bajó la voz.

—¿No hay una luz en el Silver Star?

—Parece que sí. Óigame. Yendo desarmados, estamos en gran desventaja si nos acometen. Me esconderé dentro del coche y cuando sea necesario, apareceré en escena. La sorpresa sustituirá la falta de armas.

—Es una buena idea —asintió Holley, y Eden se escondió en la parte trasera del coche. Al llegar frente al Silver Star, el periodista detuvo el auto. Un hombre apareció de pronto en la puerta de la antigua taberna y se dirigió apresuradamente hacia el coche.

—¿Qué busca aquí? —preguntó. Bob Eden se estremeció al escuchar de nuevo la aguda voz de Shaky Phil Maydorf.

—Hola, forastero —dijo Holley—. Es una sorpresa. Creí que Petticoat estaba desierto.

—La compañía piensa poner otra vez en explotación la mina —replicó Maydorf—. Estoy aquí haciendo experimentos.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó, con indiferencia, Holley.

—La plata se puede decir que ha desaparecido. Pero en esas montañas de la izquierda hay cobre —y añadió—: se ha desviado usted bastante de la carretera principal.

—Ya lo sé. Estoy buscando a una joven que ha venido aquí esta mañana. Quizá la haya visto usted.

—Desde hace una semana no ha estado en la mina nadie más que yo.

—¿De veras? Puede que se equivoque. Si no le importa, echaré yo mismo un vistazo...

—¿Y si me importa? —gruñó Shaky Phil.

—¿Por qué...?

—¡Pues me importa! Estoy solo aquí y no quiero correr ningún riesgo. Dé media vuelta...

—Un momento, un momento —dijo Holley—. Retire ese revólver. Vengo como amigo...

—¿De veras? Pues como amigo, dé media vuelta y márchese de aquí. ¿Entendido? —Se acercó más al coche—. Le repito que aquí no hay nadie...

Se interrumpió al ver que una sombra salía del interior del auto y se precipitaba sobre él. El revólver se disparó y la bala fue a dar contra el suelo.

Durante unos instantes, los dos hombres lucharon desesperadamente. Shaky Phil

no era ya joven, pero ofreció una tenaz resistencia. Sin embargo, esta no duró mucho y cuando Will Holley bajó del auto, Bob Eden tenía ya en sus manos el revólver de Shaky Phil.

—Levántate —ordenó el joven—, y enséñanos el camino. Vengan las llaves. En la puerta de la cárcel hay una cerradura nueva y tenemos ganas de ver lo que hay dentro. —Shaky Phil se levantó—. ¡De prisa! —ordenó Bob—. He tardado bastante en volverte a encontrar. Tenía muchas ganas de cobrarme la deuda que tienes conmigo. ¿Te acuerdas de los cuarenta y siete dólares que me ganaste?... Eso, sin decir nada del trabajo que me diste la noche que llegó el *President Pierce* a San Francisco.

—No hay nada en la cárcel —dijo Maydorf—. No tengo la llave...

—Regístrele, Holley —indicó Eden.

Un breve registro dio por resultado el hallazgo de un manojito de llaves. Eden las cogió y entregó el revólver a Holley.

—Le dejo a su cargo al viejo Shaky Phil. Si intenta hacer algo que no esté conforme, mátele como a un conejo.

Cogió la linterna eléctrica, y, después de estudiar las llaves de Maydorf, dio con la que buscaba y abrió la puerta de la cárcel. Entonces se encontró en lo que en algún tiempo había sido una especie de despacho. La luz de la luna, al entrar por una de las ventanas, descubría una polvorienta mesa, una silla, una antigua caja de caudales, y un estante con algunos libros. Sobre la mesa se veía un periódico. Eden dirigió sobre él el haz luminoso de la linterna eléctrica. Llevaba la fecha de una semana antes.

Al final de la habitación veíanse dos pesadas puertas, provistas de cerraduras modernas. Después de buscar la llave que necesitaba, abrió una de ellas, la de la izquierda. En una pequeña celda, a cuyo final se veía una ventana enrejada, descubrió, mediante el foco de su linterna, la alta figura de una muchacha. Sin gran sorpresa, reconoció a Evelyn Madden. La joven corrió hacia él.

—¡Bob Eden! —exclamó, y toda su altivez habitual se deshizo en lágrimas.

Otra muchacha apareció de pronto en el umbral de la celda... Paula Wendell, tranquila y sonriente.

—¡Hola! —dijo alegremente—. Ya creí que no venía.

—Casi nada. Vine aquí a echar un vistazo y ese —señaló a Shaky Phil, cuya figura se divisaba por la abierta puerta de la cárcel— me dijo que no podía hacerlo. Traté de discutir y terminé aquí. Me dijo que debía pasar la noche en la cárcel. Se portó muy cortésmente, aunque con firmeza.

—Suerte tiene, pues —dijo, ceñudo, Eden. Cogió del brazo a Evelyn—. Salgamos de aquí —dijo, cariñosamente—. Debe de estar usted...

Se interrumpió. Alguien estaba aporreando desde dentro la otra puerta. Sorprendido, miró a Paula Wendell.

—¡Abra la puerta! —dijo esta.

Eden la abrió y miró al interior de la otra celda. En la semioscuridad que reinaba

en ella distinguió la silueta de un hombre.

El joven lanzó un grito ahogado y tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta para sostenerse.

—¡La ciudad fantasma! —exclamó—. No creí que eso fuera tan verdad.

CAPITULO XXI

FIN DEL PASEO DEL CARTERO

Si Bob Eden hubiera conocido la identidad del pasajero del taxi que se cruzó con el coche de Holley cuando se dirigían a la mina, es muy posible que a pesar de la inquietud que sentía por la seguridad de Paula, hubiera regresado al rancho de Madden. Pero ignorándolo, siguió adelante; no le ocurrió lo mismo al pasajero, quien, mirando con interés a los ocupantes de *Horacio Greeley*, reconoció en uno de ellos a Bob Eden. El auto de la estación de Eldorado siguió adelante, hasta que por fin se detuvo frente al rancho.

El chofer se apeó y se dirigía a la puerta de la valla, cuando el viajero saltó al suelo.

—No se preocupe —dijo—. Le dejo aquí. ¿Cuánto le debo?

Era un hombre de unos treinta y cinco años, de engolados modales, vestido a la última moda. El chofer dijo una cantidad y, después de pagársela, el viajero entró en el cercado dirigiéndose hacia la puerta del rancho, a la cual llamó ruidosamente.

Madden, que estaba junto al fuego, hablando con Thorn y Gamble, miró hacia la puerta.

—¿Quién diablos?... —empezó, Thorn fue a abrir y el recién llegado entró en el salón.

—Deseo hablar con el señor Madden —anunció.

El millonario se levantó.

—Yo soy Madden. ¿Qué le trae aquí?

El hombre estrechó la mano del millonario.

—Tengo mucho gusto en conocerle, señor Madden. Soy Víctor Jordan, uno de los propietarios de las perlas que compró usted en San Francisco.

Una alegre sonrisa iluminó el rostro de Madden.

—Encantado de conocerle —dijo—. El señor Eden ya me dijo que llegaría usted hoy...

—¿Cómo ha podido decírselo? —preguntó Víctor Jordan— ¿Si no sabía nada de mi llegada!...

—No me ha dicho precisamente que fuese usted quien vendría. Pero me ha informado que las perlas estarían aquí a las ocho de la noche.

Víctor miró extrañado al millonario.

—¿Que yo tenía que llegar aquí a las ocho de la noche? ¡Pero si las perlas salieron de San Francisco hace una semana, cuando Eden vino aquí!

—¡Cómo! —El millonario estaba rojo como la grana— ¡Las ha tenido durante todo el tiempo en su poder! ¡El sinvergüenza! Le partiré el alma por esta burla. Le ahogaré... —Se interrumpió—. Pero se ha marchado. Hace un momento le he visto marchar.

—¿De veras? No tiene importancia. Al decir que el collar salió de San Francisco al mismo tiempo que Eden, no he querido decir que fuese él quien lo llevase. Las perlas las tiene Charlie.

—¿Charlie qué?

—Charlie Chan, de la Policía de Honolulu. El que las trajo desde Hawai. Madden quedóse pensativo.

—¿Chan? ¿Un chino?

—¡Claro! También está aquí, ¿verdad? Por lo menos, así lo tengo entendido.

Una llama de alegría brilló en los ojos de Madden.

—Sí, está aquí. ¿Y cree usted que tiene las perlas?

—Claro que sí. Las lleva en un cinturón. Háganle venir aquí y le ordenaré que se las entregue en seguida.

—¡Bien, bien! —dijo el millonario—. Si quiere usted pasar a esa habitación un momento, señor Jordan, le llamaré en seguida.

—Sí, señor, no faltaba más —asintió Víctor, que era muy cortés con la gente rica. Madden le guio hasta su dormitorio. Cuando el millonario regresó, venía alegre como unas pascuas.

—¡Esto sí que ha sido suerte! —murmuró— ¡Y pensar que ese maldito cocinero! ... —Se acercó a la puerta que daba al patio y llamó—: ¡Ah Kim!

El chino acudió a la llamada. Miró a Madden y preguntó:

—¿Qué *quiere*, señol?

—Quiero tener unas palabritas contigo. —La voz de Madden era bondadosa—. ¿Dónde trabajaste, antes de venir aquí?

—En muchos sitios, *señol*. En campo golf...

—¿Cuál fue la última población en la que trabajaste?

—No *tlabajo* nunca poblaciones. Llevo palos golf...

—¿Quieres decir que has ido recorriendo rancho tras rancho por el desierto?

—Sí, *señol*. *Ahola* ha *complendido*.

Madden se recostó en su sillón y apoyó los pulgares en los bordes del chaleco.

—¡Ah Kim, eres un embustero! —dijo, con firmeza.

—¿Cómo, *señol*?

—Ahora te enseñaré cómo. No sé qué intenciones eran las tuyas aquí, pero ahora ya ha terminado todo. —Madden se levantó y dirigióse a la puerta—. Venga usted —llamó. Víctor Jordan entró en el salón. Chan entornó los ojos.

—Charlie, ¿qué significa esto? —preguntó Víctor— ¿Qué hace usted dentro de ese fantástico traje?

Chan no contestó. Madden se echó a reír.

—Ya le he dicho que todo estaba terminado, Charlie, si se llama usted así. Aquí está el señor Jordan, uno de los propietarios de las perlas que usted lleva en su cinturón.

Chan se encogió ligeramente de hombros.

—Señor Jordan hace falta a verdad —replicó, abandonando, con evidente satisfacción, su anterior manera de hablar—. Señor Jordan no tiene derecho a perlas. Collar es propiedad de señora Jordan. Charlie Chan hizo promesa a madre de señor Jordan que defendería perlas con su vida.

—Oiga, Charlie —dijo, irritado, Víctor—. No me diga que miento. Estoy harto ya de tantos retrasos, y he venido con autoridad de mi madre a poner fin a esto. Si no me cree, lea usted.

Y tendió al chino una breve nota escrita de mano de la señora Jordan. Chan la leyó.

—Sólo puedo dar una contestación —dijo—. Hacer entrega de perlas. —Lanzó una mirada al reloj—. Pero gustaría mucho más hacer espera hasta que llegue señor Eden...

—Deje usted estar a Eden —dijo Víctor—. Saque el collar.

El detective se inclinó y, volviéndose, hurgó un momento en su cinturón. Segundos más tarde, el collar Phillimore estaba en su mano.

Madden lo cogió ansiosamente.

—¡Por fin! —exclamó.

Gamble estaba mirando por encima del hombro del millonario.

—¡Es maravilloso! —murmuró.

—Un momento —pidió Chan—. ¿Tiene bondad grande de dar recibo?



—¡Es maravilloso! —murmuró.

Madden asintió y sentóse a su mesa.

—Esta tarde he preparado uno. Sólo me falta firmarlo. —Dejó las perlas sobre el secante de uno de los cajones y sacó una hoja escrita a máquina. Lentamente, escribió su nombre—. Señor Jordan —decía mientras tanto—, le estoy muy agradecido de que haya venido a poner fin a esto. Ahora que ya está todo listo, me marcharé en seguida... —ofreció el recibo a Chan.

Una luz extraña brillaba en los de costumbre impasibles ojos del detective. Se acercó para coger la hoja que le tendía el millonario y, después de cogerla, con la rapidez de un tigre, se lanzó sobre las perlas. Madden trató también de echarles mano, pero, no tuvo tiempo. El collar había desaparecido ya en una de las amplias mangas del traje de Chan.

—¿Qué significa esto? —rugió Madden—. ¿Está usted loco?

—¡Ssst! —dijo Chan—. Hago retención de perlas.

—¡Ya lo veremos! —y el millonario sacó su revólver.

Se oyó un disparo, pero no del revólver de Madden, sino salido de la amplia manga derecha del traje de Chan. El arma de Madden cayó al suelo y la mano del millonario apareció manchada de sangre.

—¡No se baje usted! —advirtió el chino. Toda la suavidad había desaparecido de su voz—. Cartero ha hecho paseo largo, pero ahora está cerca de final. No haga inclinación para recoger revólver o tendré que poner bala en cabeza.

—¡Charlie! —exclamó Víctor— ¿Está usted loco?

—No mucho —sonrió el chino—. Suplico favor que se aparte, señor Madden. —Recogió el revólver—. Parece obsequio de señor William S. Hart. ¡Revólver bonito! Ahora está en manos de chino. —Acercóse al millonario y le registró; luego, colocó una silla en el centro de la habitación—. Suplico se siente usted aquí.

—No me... —empezó Madden.

—¡Siéntese! —ordenó Charlie.

El gran Madden le miró un momento y por fin se dejó caer en la silla.

—Señor Gamble —llamó Chan. Registró al hombrecillo—. Usted ha dejado hermoso revólver descansando en habitación. Mejor. Usted sentará aquí. Y usted, señor Thorn, en silla junto a señor Madden. —Retrocedió de espaldas—. Usted, señor Víctor, suplico se una a interesante grupo. ¡Usted siempre loco! Recuerdo... en Honolulu... —Su voz se hizo más dura—. ¡Siéntese o hago agujero en cabeza suya y quito peso grande de espalda de madre de usted!

Colocó una silla entre el grupo y la exposición de armas de la pared.

—Tomo libertad de sentarme —anunció. Miró el reloj—. Espera puede ser larga. Señor Thorn, idea ha asaltado cerebro de Charlie Chan. Suplico coja pañuelo y envuelva con cuidado herida de jefe de usted.

Thorn sacó un pañuelo y Madden le tendió la mano.

—¿A qué diablos esperamos? —gruñó el millonario.

—Esperamos regreso de señor Bob Eden —replicó Charlie—. Tengo cosas interesantes que decir a joven amigo, cuando llegue.

Thorn terminó de vendar la mano de su jefe y se sentó otra vez. Con la paciencia característica de los de su raza, Charlie Chan permaneció inmóvil, con la vista fija en su extraño surtido de prisioneros. Pasaron quince minutos, media hora. Las manecillas del reloj estaban a punto de alcanzar las nueve.

Víctor Jordan se levantó, inquieto. ¡Semejante falta de respeto a un hombre que contaba su fortuna por millones!

—¡Es indudable que está usted loco, Charlie! —protestó.

—Quizá —admitió Chan—. Siéntese y espere.

Se oyó entrar un auto en el cercado.

—Larga espera está cerca de final —anunció—. Ahora viene señor Eden.

La expresión de su rostro sufrió un cambio cuando oyó llamar a la puerta. Esta estaba abierta, gracias a lo cual un hombre entró bruscamente en el salón. Un rostro sanguíneo y decidido. El capitán Bliss, de la Brigada de Investigación Criminal.

Detrás de él entró otro individuo, alto, enjuto, con la cabeza cubierta por un sombrero de anchas alas. Los dos se detuvieron, asombrados por la escena que tenían ante ellos.

Madden se puso en pie.

—¡Capitán Bliss! ¡A fe que me alegro de verle! Ha llegado a tiempo.

—¿Qué significa esto? —preguntó el otro hombre.

—Señor Madden —dijo Bliss—. He hecho venir al señor Harley Cox, *sheriff* de la comarca, porque supuse que nos necesitarían aquí.

—Y tenía usted razón —replicó Madden—. Este chino se ha vuelto loco. Quítenle esa pistola y deténganle.

El *sheriff* se dirigió a Charlie Chan.

—Venga esa pistola, chinito —ordenó—. Ya sabes lo que significa. Un chino con un arma de fuego en California. Deportación. ¡Caray! Si tiene dos...

—Señor *sheriff* —dijo dignamente Charlie—. Suplico permiso para hacer presentación. Soy sargento Chan, de Policía de Honolulu.

El *sheriff* se echó a reír.

—¡Qué ocurrencia! Bien, hombre, pues yo soy la Reina de Saba. ¿Me vas a entregar esa otra arma o quieres empeorar tu situación ofreciendo resistencia a un agente de la Ley?

—No hago resistencia —dijo Chan. Y entregó su propia pistola—. Sólo hago advertencia a usted que soy policía y quiero evitar que usted cometa error que luego sentirá haber hecho.

—Correré ese riesgo. ¿Y ahora, qué es lo que pasa aquí? —Y el *sheriff* se volvió hacia Madden—. Venimos por lo del asesinato de Louie Wong. Bliss vio a ese chino que viajaba en el tren con ese otro sujeto llamado Eden. Iba elegantemente vestido y parecía en muy buenas relaciones con su compañero.

—¡Ahora está sobre la buena pista, *sheriff*! —le aseguró Madden—. No cabe la menor duda que este chino asesinó a Louie. Y ahora mismo tiene en su poder un collar de perlas que me pertenece. Haga el favor de cogérselo y entregármelo.

—Con mucho gusto, señor Madden —replicó el *sheriff*. Se acercó al chino para registrarle, pero Charlie Chan se le anticipó ofreciéndole el collar.

—Entrego a custodia de usted —dijo—. Usted es agente de Policía y sobre usted cae responsabilidad de guardar collar. ¡Tenga cuidado!

Cox examinó las perlas.

—¡Vaya collar! ¡Es estupendo, señor Madden! ¿Dice usted que le pertenece?

—Sí...

—*Sheriff* —suplicó Charlie, echando una mirada al reloj—. Si usted permite humilde indicación, vaya sin prisa. Está a punto de cometer error grande.

—Pero si el señor Madden dice que el collar es suyo...

—Y lo es —insistió Madden—. Compré esas perlas hace diez días, en casa de un joyero llamado Eden. Perteneían a la madre del señor Jordan, aquí presente.

—Es verdad —asintió Víctor.

—Es suficiente —dijo el *sheriff*.

—Repito que soy sargento de Policía de Honolulu... —protestó Chan.

—Quizá, pero ¿crees, acaso, que va a valer más tu palabra que la de un hombre como el señor P. J. Madden? Señor Madden, aquí están las perlas...

—¡Un momento! —exclamó Chan—. Señor Madden dice que es misma persona que compró collar en San Francisco. Haga usted pregunta a señor Madden, *sheriff*, de en dónde está joyería.

—En Post Street —contestó Madden.

—¿En qué parte de Post Street? Frente a joyería está importante casa. ¿Qué nombre tiene casa que está frente a joyería de señor Eden?

—*Sheriff* —objetó Madden— ¿Debo tolerar eso de un cocinero chino? Me niego a contestar. Las perlas son mías...

Víctor Jordan abrió desmesuradamente los ojos.

—No se las entregue —dijo—. Déjeme intervenir a mí. Señor Madden, mi madre me habló de la primera vez en que usted la vio a ella. Usted entonces era un simple empleado. ¿Dónde trabajaba usted entonces? ¿De qué hacía?

El millonario estaba rojo de cólera.

—Eso es asunto mío.

El *sheriff* quitóse el amplio sombrero y se rascó, pensativo, la cabeza.

—Quizá será mejor que guarde un momento este collar. Ven aquí, chinito... o... sargento Chan, si se llama usted así. ¿Qué diablos se propone con todo esto? ¿A dónde quiere ir a parar?

De pronto, se volvió al oír un grito de Madden. El millonario había alcanzado la panoplia de armas de fuego y en su vendada mano sostenía un revólver.

—¡Vamos, estoy ya harto de esto! ¡Arriba las manos! ¡Me dirijo a usted, *sheriff*! ¡Gamble, coge ese collar! ¡Thorn, ve a buscar la maleta que está en mi habitación!



—¡Arriba las manos!

Con un magnífico desprecio de su propia vida, Chan se lanzó sobre Madden y agarrándose a la mano que sostenía el revólver la retorció con fuerza. El arma cayó al suelo.

—Única cosa que Charlie Chan ha podido aprender de japoneses —dijo—. Capitán Bliss, demuestre usted que es policía y ponga esposas en manos de Thorn y profesor. Si señor *sheriff* tiene amabilidad grande de devolver a Charlie Chan pistola que usa como detective en Hawai, cargaré sobre mis hombros responsabilidad de hacer vigilancia sobre este Madden.

—Se la devuelvo con mucho gusto —dijo Cox—, y le felicito. Nunca había presenciado un acto de tanto valor...

—Suplico perdón —sonrió Chan— si hago corrección a palabras de usted. En amanecer de reciente día, tomé trabajo de quitar balas de espléndida colección de armas. Ensucié mucho manos, pero tengo alegría grande de haber hecho. —Se volvió de pronto hacia el hombre que estaba junto a él—. ¡Manos arriba, señor Delaney! —ordenó.

—¿Delaney? —exclamó el *sheriff*.

—No cabe menor duda —replicó Chan—. Usted ha hecho reflexión sobre valor de palabra de Charlie Chan contra palabra de P. J. Madden. Tengo felicidad grande de decir que palabra de señor Madden no ha sido dada en falso. Este no es señor P. J. Madden. Se llama Jerry Delaney.

Bob Eden había entrado silenciosamente en el salón.

—¡Bien trabajado, Charlie! —dijo—. Ha vencido usted. Pero ¿cómo lo supo?

—Hace poco tiempo —contestó Chan— he hecho disparo sobre mano suya. Haga observación de venda que está en su mano, y que mano es izquierda. Dije a usted una vez que Delaney era zurdo.

Detrás de Eden apareció un hombre alto, fornido, pero con aspecto de profundo cansancio. Llevaba un brazo en cabestrillo y su rostro aparecía terriblemente pálido bajo una barba de diez días. Sin embargo, emanaba de él fuerza y autoridad. Parecía una mole de granito, a pesar de que el traje gris que llevaba estaba bastante sucio. Miró fijamente a Delaney y dijo:

—¡Bien, Jerry, estás muy bien! Ya me lo habían dicho todos los que te vieron en casa de Jack McGuire. Sí, muy bien. Así, en mi casa, y con mis propias ropas, te pareces más a mí que yo mismo.

CAPITULO XXII

LA RUTA DE ELDORADO

Después de pronunciar estas palabras, el recién llegado penetró en la habitación y miró inquisitivamente a su alrededor. Su mirada se posó sobre Thorn.

—¡Hola, Martín! —dijo—. Ya te advertí que no conseguirías nada. ¿Quién de ustedes es el *sheriff*?

Cox se adelantó.

—Yo soy. Supongo que usted será P. J. Madden.

Madden asintió, diciendo:

—Siempre he creído que lo era. Hemos telefoneado desde un rancho al pueblo, preguntando por el alguacil, y nos han dicho que usted estaba aquí. Le traemos otro ejemplar para que lo añada a su colección —e indicó la puerta del *patio*, por donde en aquel momento entraba Holley llevando cogido del brazo a Shaky Phil Maydorf. Las manos de este estaban atadas a la espalda. A continuación, entraron Paula Wendell y Evelyn Madden.

—Es mejor que espose juntos a Delaney y a ese otro que le traemos —sugirió Madden—. Luego le haré una lista de los cargos que pesan sobre cada uno de ellos.

—¡Perfectamente, señor Madden! —asintió el *sheriff*. En el momento en que se dirigía hacia Delaney, Chan le detuvo.

—Sólo un corto momento. Usted tiene collar de perlas...

—¡Ah, sí! Es verdad —replicó el *sheriff*. Sacó el collar Phillimore. Chan lo cogió y lo depositó en las manos de P. J. Madden.

—Estoy enterado que usted quería collar en Nueva York —hizo notar—, pero usted hará favor grande si acepta collar aquí. He llevado perlas como peso grande en estómago mucho tiempo. Usted puede hacer recibo cuando quiera. Gracias muchas.

Madden sonrió.

—Muy bien, lo tomo —y guardó el collar en el bolsillo—. Supongo que usted será el señor Chan. El señor Eden me ha hablado de usted durante el viaje desde la mina. Estoy muy satisfecho de que haya usted estado aquí.

—Siento felicidad grande en haber podido hacer insignificante servicio a famoso señor Madden —se inclinó el chino.

En aquel momento regresó el *sheriff*.

—Supongo, señor Madden, que los cargos contra esa pandilla serán intento de

robo... —empezó el policía.

—Y un sin fin de cosas más —añadió Madden—, incluyendo asalto con intento de asesinato —señaló su herido brazo—. Tan pronto como pueda explicaré todo lo ocurrido, pero antes quiero sentarme —se dirigió a su mesa—. Estoy un poco débil... He pasado unos días muy malos. En general, ya saben ustedes lo ocurrido, pero no saben el fondo de la historia. Tendré que retroceder bastantes años, hasta situarme en una casa de juego de la Calle 44 de Nueva York. ¿Está usted familiarizado con los jugadores de Nueva York y sus sistemas, *sheriff*?

—Sólo he estado una vez en Nueva York. No me gustó.

—No, claro, es lógico —replicó Madden. Miró a su alrededor—. ¿Dónde están mis cigarros? ¡Ah! Aquí. Muchas gracias, Delaney, veo que me has dejado un par. Bien, *sheriff*, para que pueda usted comprender lo que ha pasado, le voy a explicar el sistema que empleaban los dueños de casas de juego de Nueva York, un sistema que estuvo muy en boga hace catorce o quince años. En los magníficos edificios donde estaban instalados esos garitos en espera de los inocentes que llegaban cargados de dinero a la gran ciudad, unos cuantos miembros de la banda, personificaban a los millonarios más conocidos, tales como Frank Gould, Cornelius Vanderbilt, Astor, yo mismo. Obraban con el mayor cuidado; estudiaban las fotografías de todas aquellas personalidades y siempre que era posible les observaban de cerca, procurando que la altura fuera la misma, así como la complexión física y los trajes. Se peinaban igual, usaban los mismos lentes, ensayaban sus gestos característicos. No olvidaban ningún detalle, por insignificante que fuese. La persona a quien querían engañar, tenía que ser muy lista para que dudase, aunque fuera momentáneamente, que estaba entre gente de la mayor importancia y sospechar que allí no se jugaba limpio.

Madden se interrumpió un momento.

—Desde luego, algunas de aquellas caracterizaciones eran bastante deficientes, pero tuve la mala suerte que aquí, el señor Delaney, que había sido actor, fuese un verdadero artista. Partiendo de un insignificante parecido conmigo, logró hacer una caracterización mía bastante buena, caracterización que a medida que pasó el tiempo fue siendo cada vez mejor. Empezaron a llegar a mis oídos rumores de que cada noche se me veía jugando en la casa de juego de un tal Jack McGuire, en la calle 44. Envié a mi secretario, Martín Thorn, a que investigara lo que ocurría. Me informó que Delaney me representaba maravillosamente, claro que no tan bien que pudiera engañar a las personas que me trataban diariamente, pero sí a todos aquellos que sólo me conocían por fotografía. Puse en acción a mi abogado, quien me dijo que, ante la amenaza de denunciarle a la policía, Delaney había desistido de seguir representando el papel de millonario.

»Y, efectivamente, no se me volvió a ver por las casas de juego. Lo que ocurrió luego sólo me lo imagino, pero creo que es tal como lo supongo. Los dos Maydorf, Shaky Phil y su hermano —señaló a Gamble—, conocido por la Policía por el “Profesor”, eran los cerebros dirigentes de la banda de McGuire. Sin duda hace

mucho tiempo concibieron la idea de hacer que Delaney me representara en algún sitio. No podían hacer nada sin la ayuda de Thorn, mi secretario, pero sin duda le encontraron dispuesto a dejarse convencer. Por fin decidieron que el desierto era el lugar más indicado para la empresa. Vengo aquí muy pocas veces, y cuando vengo, apenas visito a nadie. En cuanto pudieran cogermé aquí solo, sin mi familia, lo demás era coser y cantar. Su único trabajo consistía en quitarme de en medio y luego, P. J. Madden aparece con su secretario, que es más conocido que él en la comarca. Nadie iba a atreverse a dudar de mi personalidad. Sobre todo, pareciéndose tanto a las fotografías.

El millonario chupó pensativo su cigarro.

—Hace muchos años que esperaba una cosa como la que acaba de ocurrir. No le temía a ningún hombre en el mundo excepto a Delaney. El daño que él podía hacerme era enorme. Una vez le vi estudiándome en un restaurante. La espera ha sido larga, pero son pacientes. Hace dos semanas llegué aquí con Thorn, y en seguida noté algo raro en el ambiente. Hace una semana, el miércoles por la noche, estaba sentado aquí escribiendo una carta a mi hija —tal vez esté aún dentro de esta carpeta, donde la guardé al oír a Thorn lanzar un grito desde su cuarto—. «Venga en seguida, señor Madden», llamó. Sabía que estaba escribiendo unas cartas a máquina y no pude suponer lo que ocurría. Fui a su habitación y allí me esperaba con un viejo revólver mío, obsequio de Bill Hart, en la mano. «¡Manos arriba!», me ordenó. Alguien entro por el *patio*. Era Delaney.

«No se excite, patrón, —me dijo Thorn, y comprendí que el cerdo estaba también en aquello—. Le vamos a llevar a un sitio donde podrá permanecer tranquilo. Voy a empaquetar algunas cosas para usted. Tú, Jerry, vigílale». Y le entregó el revólver a Delaney.

»Nos quedamos solos Delaney y yo. En seguida comprendí que mi doble estaba nervioso... era demasiada aventura para él. Thorn estaba atareado en mi habitación. En aquel momento me puse a pedir socorro a gritos. ¿Para qué? ¿Quién podía contestar a mi llamada? No lo sabía, pero quizá algún amigo podía oírme... Tal vez Louie hubiera regresado ya... o acaso alguien que pasara por la carretera. Delaney me ordenó que callase. Temblaba como un azogado, una voz sonó en el patio en contestación a mi llamada... pero era *Tony*, el loro. Pensando que tal vez podría asustar a Delaney avancé hacia él; disparó contra mí y falló el tiro. Disparó otra vez y noté como un latigazo en el hombro. Entonces caí al suelo.

»Debí de permanecer sin sentido durante algunos segundos. Cuando volví en mí, Thorn estaba en la habitación y oí que decía a Delaney que me había matado. Sin embargo, en seguida descubrieron que estaba vivo y mi buen amigo Jerry era del parecer de terminar el trabajo empezado. Pero Thorn no se lo permitió, e insistió en seguir el plan original. Me salvó la vida, debo reconocerlo. Supongo que fue por cobardía, pero me salvó. Me metieron en un auto y me llevaron hasta la cárcel de Petticoat Mine. Por la mañana se marcharon todos, excepto el Profesor, que se había

unido a nosotros. Me curó la herida y hasta puede decirse que me cuidó cariñosamente. El domingo por la tarde se marchó y a última hora de la noche regresó con Shaky Phil. El lunes por la mañana se marchó el Profesor y desde entonces Shaky Phil fue mi carcelero. No tan amable como su hermano.

»Lo que ocurría en el rancho ustedes lo saben mejor que yo, caballeros. El martes, mi hija telegrafió que venía y, desde luego, si se presentaba aquí, la combinación se venía al suelo. Para evitarlo, Thorn la fue a buscar a Eldorado, le dijo que yo estaba herido en la mina y la llevó al abandonado poblado. Naturalmente, ella le creyó. Desde entonces ha estado allí conmigo, y aún estaría, de no haber llegado esta noche el señor Eden y el señor Holley en busca de esa otra joven que, por desgracia para ella, había caído esta mañana en poder de Shaky Phil.

El millonario se puso en pie.

—Esta es mi historia, *sheriff*. Ya puede figurarse las ganas que tengo de ver entre rejas a todos esos caballeros. Entonces dormiré mucho más tranquilo.

—Bien —asintió el *sheriff*—. Ahora me los llevaré y más tarde prepararemos la acusación contra ellos. Los conduciré a la cárcel del condado. La de Eldorado no podría ofrecerles las comodidades de una celda de primera clase.

—Un momento, Thorn —dijo Madden—. La otra noche oí que le decía usted a Delaney: «Siempre le tuvo miedo... aquella vez en Nueva York...» ¿Qué significa eso? ¿Habían intentado alguna vez el golpe?

Thorn levantó la cara, que había mantenido oculta entre las manos, y contestó:

—Siento mucho lo ocurrido, señor Madden. Se lo diré todo. Una vez en Nueva York ya lo teníamos todo dispuesto, mientras usted estaba en una expedición de caza. Pero si usted le tenía miedo a Delaney, él le tenía más miedo a usted. En el último momento se echó atrás.

—¿Cómo no iba a retroceder? —gruñó Delaney—. No podía confiar en ninguno de vosotros. Sois una cuadrilla de traidores...

—¿Te refieres a mí al decir eso? —preguntó, furioso, Shaky Phil.

—¡Claro que me refiero a ti! ¿Crees que no sé que intentaste apoderarte de las perlas en San Francisco, cuando te enviamos allí para que hicieras salir de aquí a Louie Wong?

—¿Y por qué no iba a intentarlo? —replicó Shaky Phil— ¿No lo has hecho tú también? ¿Y el viajecito a Pasadena para entrevistarte con Draycott? ¡Suerte que Enrique te vigilaba...!

—Claro que vigilaba —intervino el Profesor—. Pero Delaney ha sido siempre un idiota, que se ha dejado engañar por cualquiera. Naturalmente, ¿qué puede esperarse de un hombre que escribe cartas a artistas?...

—¡Cállate! —rugió Delaney— ¿Quién tenía más derecho a esas perlas? ¿Qué hubieseis hecho vosotros sin mí? ¡Los que no servís para nada sois vosotros! ¡Y tú — se volvió hacia Shaky Phil—, todo lo que supiste hacer para arreglar las cosas fue apuñalar a Louie Wong!...

—¿Quién mató a Louie Wong? —rugió Shaky Phil.

—¡Tú le mataste! —gritó Thorn—. Estaba contigo y lo vi. Lo juraré...

—Muy bien —dijo el *sheriff*—, si dejamos un rato más a estos pollos se van a ahorcar ellos mismos.

—Vamos, muchachos —dijo, suavemente, el Profesor—. No discutáis ya más. Así no iremos a ningún sitio. *Sheriff*, estamos dispuestos...

—Un momento —dijo Charlie Chan. Salió del salón y regresó a los pocos segundos con una maleta que dejó frente a Madden—. Tengo placer grande de llamar atención de usted sobre esto —anunció—. Dentro encontrará mucho dinero. Producto de venta de bonos, dinero enviado de oficina de Nueva York. Mucho intacto, pero todo, no. Haga pregunta a Delaney.

—Está todo —gruñó este.

Chan movió la cabeza.

—¿Y señor Eddie Boston?...

—Sí, es verdad —replicó Delaney—, le entregué cinco mil dólares a Boston. El otro día me reconoció en el patio. Corran tras él y quítenselos... ¡el maldito ladrón!

El *sheriff* se echó a reír.

—Hablando de ladrones —dijo—, me acuerdo de vosotros. Bliss, será mejor que nos vayamos. En Eldorado podemos tomar juramento a un par de ciudadanos y nombrarles agentes circunstanciales. Hasta mañana, señor Madden.

El *sheriff* y Bliss se marcharon llevándose con ellos a sus prisioneros. Eden se dirigió a Paula Wendell.

—Una vez fuera el cuarteto Delaney —dijo—, creo que ha terminado mi estancia en el rancho. Tomaré el tren de las diez y media para Barstow y...

—Será mejor que llame a un taxi —sugirió la joven.

—No será así mientras usted y su cochecito estén en escena. Si me quiere esperar mientras hago mi equipaje... quiero decirle a usted unas palabras respecto a Wilbur.

—Ahora me acuerdo de una cosa —dijo Will Holley—. Soy el autor de una famosa interviú con usted, señor Madden. Una interviú que usted nunca me ha concedido.

—¿De veras? —exclamó el millonario—. Bien, no se preocupe por eso. Apoyaré la interviú esa.

—Muchas gracias —contestó el periodista—. ¿Por qué me concederían esa interviú?

—Solución tiene sencillez grande —dijo Chan—. Banda de Delaney pidió dinero a oficina de Nueva York. Mejor manera de hacer demostración que señor Madden estaba en rancho era conceder interviú a periodista. Así en oficina de Nueva York no tendrían duda de que jefe estaba en rancho.

—Creo que tiene usted razón —asintió Holley—. ¡Y nosotros, que durante el viaje desde la mina pensábamos darle una gran sorpresa! ¡Y ha sido usted!

—Casualidad ha venido en ayuda de indigno Charlie Chan. Verdad es que estaba

cometiendo error grande durante todo tiempo. Esta noche sólo, luz ha atravesado tinieblas de cerebro de Charlie. Para dar placer a Víctor hice entrega de perlas. Madden firma recibo, escribe despacio y con dificultad mucha. De pronto asalta recuerdo de que señor Madden hace con trabajo grande todas cosas de mano derecha. ¿Por qué? Entonces recuerdo asalta a mí otra vez y veo chaleco de Delaney con bolsillo para mano izquierda. Para hacer mejor prueba cojo perlas, Madden hace intención de cogerlas también. Pero comete olvido y extiende mano izquierda. Saca revólver también con mano izquierda. Hecho está probado. Charlie Chan sabe que Madden es Delaney.

—¡Eso es pensar de prisa! —dijo Holley.

Chan movió tristemente la cabeza.

—Es cosa natural. Pobre cabeza ha hecho descanso de muchos días. Cuando hacía limpieza de platos cerebro no hacía trabajo. Charlie Chan se dejaba asaltar por estupidez. Cosa siempre clara como mañana de desierto es esta: Hombre escribe carta importante, se va y deja carta dentro de carpeta. Vuelve y no toca otra vez carta. ¿Por qué? Porque nunca vuelve. Otra pista clara. Madden, llamemos así otra vez a señor Delaney, recibe a doctora Withcomb en *patio* oscuro. ¿Por qué? Doctora Withcomb ha visto antes a señor Madden. Habla con mayordomo de Pasadena, ¿cuándo? Cuando noche cae sobre Pasadena. Tampoco baja de coche. No comprendo cómo Chan ha sido tan estúpido. No gusta clima de California. Volveré con prisa grande a Honolulu.

—Es usted muy duro consigo mismo —dijo P. J. Madden—. De no ser por usted, me ha dicho el señor Eden, hubiera entregado el collar y esa pandilla habríase marchado a Oriente o cualquier otro sitio. Le debo a usted mucho y si las simples gracias...

—Detenga usted palabras de gracias para indigno Charlie Chan. Gracias han de ser para *Tony*. Si *Tony* no hubiera hablado en *patio*, ¿dónde estaría ahora collar? ¡Pobre *Tony*, enterrado ahora detrás de granero! —El detective se volvió hacia Víctor Jordan, que permanecía modestamente apartado, y dijo—: Víctor, antes de volver a San Francisco, usted debe dejar gran ramo de flores sobre tumba de pobrecito *Tony*, loro chino. *Tony* ha muerto, pero vida suya ha sido de utilidad grande. Antes de entregar vida a muerte, salvó perlas Phillimore.

—Lo que usted diga, Charlie —asintió Víctor—. Dejaré una cuenta corriente en casa del florista. ¿Alguno de ustedes me podría acompañar al pueblo? —preguntó.

—Yo le llevaré —dijo Holley—. Voy a telegrafiar la noticia. Nos veremos antes de que se marche, ¿verdad, Charlie?

—Marcho en próximo tren —replicó el chino—. Llamaré a oficina de usted para poner mejores ropas. Pero usted no espere. Señorita Wendell ha tenido amabilidad grande de ofrecer a nosotros coche suyo.

—Yo también acompañaré a Paula —dijo Eden—. Le veré en la estación.

Holley y Víctor se despidieron de Madden y de su hija y se fueron. Bob Eden

consultó su reloj.

—Bien, la aventura ha terminado ya. Una cosa quisiera saber, Charlie. Cuando el señor Madden ha entrado esta noche en esta habitación, no ha demostrado usted la menor sorpresa. Sin embargo, al reconocer a Delaney, su primer pensamiento ha debido ser que Madden había sido asesinado.

Charlie rio en silencio.

—Hago humilde observación que usted no tiene conocimiento de costumbres de detectives. Detective sorprendido ha terminado de servir. Hay que tirar a un lado por inútil. Aparición de señor Madden ha causado sorpresa grande a Charlie Chan, pero no podía dejar que policía rival diese cuenta de sorpresa. Tengo sospecha de que señorita Wendell está esperando a nosotros...

—¡Eh, cocinero! —gritó Madden—. ¡Que estoy muerto de hambre! Hace no sé cuántos días que sólo he comido conservas.

—¡Es lástima grande! —dijo Chan—. Cocinero de rancho ha reanudado antigua profesión. Señorita Wendell, estoy con usted dentro de cinco minutos.

Evelyn Madden abrazó a su padre.

—No te preocupes, papá —dijo—. Te llevaré a la ciudad en el auto y esta noche la pasaremos en el hotel. Es necesario que un médico te vea enseguida esa herida del hombro. —Se volvió hacia Eden—. Debe de haber un restaurante en Eldorado, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! —sonrió Bob—. Se llama el «Oasis», pero no lo es. Sin embargo, les recomiendo los bistecs.

P. J. Madden se había puesto en pie.

—Perfectamente, Evelyn. Telefona al hotel y di que nos reserven cinco habitaciones... o no, toma todo un piso. Dile al propietario que quiero bistecs de solomillo y cuanto tengan. Además, diles que quiero también el mejor doctor del pueblo. Y luego pon un telegrama para que vendan en seguida este rancho; no quiero volver nunca más a él. ¡Ah! Y no dejes que ese policía chino se marche sin verme. Aún no he terminado con él. Después telegrafía a Los Ángeles...

Bob Eden corrió a su habitación a hacer la maleta. Cuando volvió encontró a Chan frente a Madden con un fajo de billetes en la mano.

—Señor Madden ha dado recibo de collar —dijo el chino—. También ha hecho esfuerzos para que tome gran cantidad de dinero, que no puedo aceptar.

—No diga tonterías, Charlie —replicó Eden—. Tómelo. Se lo ha ganado.

—Es lo que yo le he dicho —declaró Madden.

Chan guardó cuidadosamente los billetes.

—Tengo que hacer declaración que cantidad que ha dado señor Madden es grande como salario de dos años y medio en Honolulu. Clima de California no es tan malo como he dicho antes.

—Adiós, señor Eden —dijo Madden—. He dado las gracias al señor Chan, pero no sé qué decirle a usted. ¡Ha hecho mucho por nosotros!...

—Lo he hecho con mucho gusto —replicó el joven.

—Pues no sé cómo... —y el millonario se rascó la cabeza.

—Yo sí lo sé —le interrumpió su hija—. Adiós, Bob, y un millón de gracias.

El viento del desierto era frío y fuerte cuando se dirigieron al cochecillo de Paula, que esperaba pacientemente en el cercado. Paula Wendell se sentó al volante.

—Suba, señor Chan —invitó—. El detective se sentó, junto a ella. Bob Eden dejó su maleta en el lugar de los equipajes y volvió junto al detective.

—Estréchese un poco, Charlie. No se burle de los anuncios. Este es un coche de tres plazas.

Charlie se estrechó lo más posible.

—Momento de ahora da vergüenza grande a mí. Vasta extensión de cuerpo de Charlie Chan aparece con vergonzosa claridad.

El coche salió a la carretera. Los cactus le dieron su adiós a la luz de la luna.

—Charlie —dijo Eden—. Supongo que no sabe usted por qué está aquí, ¿verdad?

—Señorita Wendell tiene amabilidad grande —dijo el chino.

—Amabilidad y cautela —rio Eden—. Usted hace aquí de Wilbur, una especie de barricada entre esa mujer y la terrible institución del matrimonio. No cree en el casamiento, Charlie. ¿Dónde cree usted que puede haber aprendido semejante barbaridad?

—Barbaridad grande —dijo Charlie Chan—. Señorita debe ser convencida de error.

—Ya he tratado de convencerla. Le ha traído a usted, porque sabe que estoy loco por ella. Lo sabe desde el momento en que descubrió que mi preciosa libertad constituye una carga para mí. Y la malvada le trae a usted para que yo no pueda decirle nada de lo que siento.

—Charlie Chan empieza a sentirse como esqueleto en medio de banquete —dijo el chino.

—No se preocupe, que a mí no me causa usted esa impresión —le aseguró Eden—. Sí, esa infame ha creído que estando usted delante no me atrevería a hablar del asunto... pero la fastidiaremos. Lo diré bien alto. Charlie, amo a esta joven.

—Es cosa natural que usted sienta eso —asintió Chan.

—Quiero casarme con ella.

—Es resultado natural de amor furioso —aseguró el chino—. Pero señorita Wendell no ha dicho palabra.

—El casamiento es la solución de los cerebros débiles. A mí me gusta la libertad. No me dejaré cazar.

—Siento tristeza grande de oír a usted decir eso —dijo Chan—. Usted permita a Charlie Chan que diga palabras breves de casamiento. Conozco bien. ¿Dónde está sitio mejor que casa de jóvenes casados? Es paraíso terrenal donde preocupaciones se marchan lejos y donde melodía celestial, que es voz de mujer, vibra con extraña sinfonía.

—¡A mí me parece encantador! —dijo Eden.

—Paseo durante noche por calles solitarias llevando en mano, mano de esposa, es cosa divina. Ver luna reflejada en agua junto a mujer amada, es también placer de Cielo. Siento alegría grande dentro de alma cuando hago recuerdo de feliz primavera cuando casé.

—¿Cómo le suena, Paula? —insistió Eden.

—En cabeza de Charlie Chan no entra comprensión de cómo usted hace resistencia a joven tan simpático. Siento aprecio grande por joven amigo Bob. —Paula Wendell no dijo nada—. Aprecio grande —insistió Chan.

—Bueno —admitió la joven—, reconozco que yo también siento cierto aprecio por él.

Chan hundió su codo en el costado de Eden. Habían llegado ya a la vista de Eldorado. Cuando se detuvieron frente al hotel, Holley y Víctor Jordan se reunieron con ellos.

—¿Ya han llegado? —dijo el periodista—. Su maleta está en la oficina, Charlie. La puerta está abierta.

—Gracias muchas —replicó el chino, y se alejó hacia el hogar del *Eldorado Times*.

Holley levantó la vista hacia las plateadas estrellas.

—Siento que se vaya, Eden —dijo—. Me sentiré muy solo sin usted.

—Pero usted estará en Nueva York.

Holley movió sonriente la cabeza.

—¡Oh, no!, no estaré allí. Esta tarde he enviado un telegrama. Dentro de algunos años, quizá... pero no ahora. No puedo marcharme. En esta desierta comarca hay algo... que me retiene a pesar de todo. Seguiré viendo Nueva York en el cine.

A lo lejos, en la interminable llanura de arena, se oyó el silbido del tren de Barstow. Charlie Chan apareció vestido con sus ropas, que habían reemplazado la blusa de seda de Ah Kim.

—Aguda voz de ferrocarril anuncia final de aventura nuestra —dijo. Tomó la mano de Paula Wendell—. Acepte felicitación última de cartero un poco cansado. ¡Puede momento de ahora ser principio de aventura más grande de vida! ¡Y más feliz también!

Cruzaron la solitaria calle.

—¡Adiós! —dijo Eden, en el momento en que la joven y él se detenían ala sombra de la estación. Algo en el fuerte apretón de la pequeña, pero fuerte mano de la joven le indicó todo lo que quería saber. Su corazón latió con más fuerza y atrajo hacia él a Paula.

—Volveré pronto —prometió. Trasladó la esmeralda de la mano izquierda a la derecha—. Sólo como recuerdo —añadió—. Cuando vuelva, traeré una sustituta, la piedra más hermosa de la más hermosa colección de joyas de California. De nuestra colección.

—¿Nuestra colección?

—Sí. —El tren habíase detenido y Charlie Chan les llamaba desde el estribo de uno de los vagones—. Has conseguido el sueño dorado de todas las mujeres. ¡Vas a casarte con el hijo de un joyero!

FIN



Earl Derr Biggers nació en 1884 en Warren, Oregón, EE. UU. Mientras estudiaba en el college, escribía historias cortas en diferentes periódicos de Boston. Se graduó en la Universidad de Harvard en 1907. Al terminar sus estudios comenzó a publicar una columna de humor en el *Boston Traveller*. En 1909 le nombraron editor de teatro, tarea que le hicieron abandonar tres años después por sus sinceras y poco amables críticas.

Ese año comenzó a escribir su primera novela *Las siete llaves*. El mismo día que le anunciaron su publicación, en 1913, pidió matrimonio a Eleanor Ladd, compañera del *Traveller*. Se casaron en 1914.

En 1919, durante unas vacaciones en Honolulu oyó hablar del detective chino Chang Apala. Ello le inspiraría para escribir en 1925 el primer libro de Charlie Chan que se publicó por entregas en el *Saturday Evening*. Fue tan grande su éxito que los editores le pagaron 25 000 dólares por los derechos de una nueva historia del personaje.

Ese mismo año se traslada a vivir a Pasadena, California con idea de estar cerca de Hollywood para gestionar la venta de los derechos de sus libros al cine. Murió en 1933, tras sufrir un ataque cardíaco en Palm Springs, California.

Su personaje fue todo un éxito que trascendió la obra del autor y se popularizó gracias al cine, la radio, comics y libros escritos por otros autores como Robert Hart Davis, Dennis Lynds, Bill Pronzini y Jeffrey M. Wallman o Michael Avallone. En su momento supuso una alternativa a los «chinos malvados» habituales en otras obras de la época, como Fu Manchu.

Notas

[1] Víctor equivale a vencedor, triunfador. <<

[2] Alee, diminutivo de Alejandro. <<

[3] Diminutivo de Roberto. <<

[4] En español, en el original. <<

[5] Personaje de un cuento de Washington Irving, que durmió durante veinte años. (N. del T.) <<

[6] Arma arrojadiza de los indígenas de Australia, cuya particularidad consiste en que en el caso de no herir a la víctima regresa a la mano del tirador. (N. del T.) <<

[7] En español en el original. <<

[8] En español en el original. <<

[9] Honest, en inglés, significa honrado. (Nota del traductor). <<